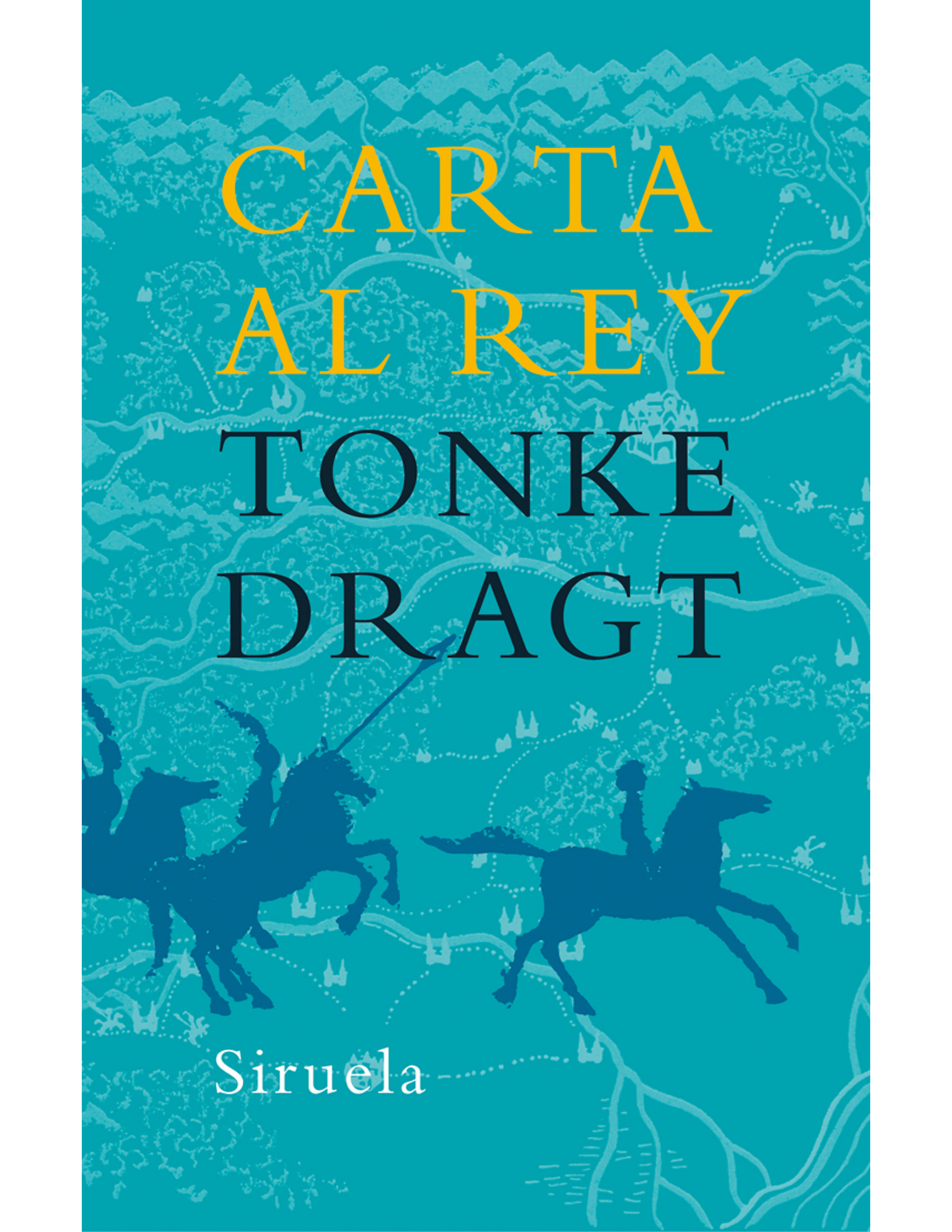




CARTA AL REY TONKE DRAGT

Siruela

TONKE DRAGT

Carta al rey



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

CARTA AL REY

INTRODUCCIÓN LOS CABALLEROS DEL REY DAGONAUT

PRIMERA PARTE LA MISIÓN

1. La vigilia en la capilla
2. La petición de un desconocido
3. El camino a la posada
4. La posada Yikarvara
5. El Caballero Negro del Escudo Blanco
6. Los Caballeros Rojos
7. La huida

SEGUNDA PARTE EL VIAJE POR EL BOSQUE

1. De camino. El caballo negro
2. El Loco de la Cabaña del Bosque
3. Toque de trompetas. El anillo
4. Los ladrones
5. Los Caballeros Grises
6. Los monjes y el monasterio Marrón

TERCERA PARTE EL CASTILLO DE MISTRINAUT

1. El peregrino y los Caballeros Grises
2. Prisionero
3. El señor del castillo y su hija
4. La lucha con los Caballeros Grises
5. La reconciliación
6. El nombre del Caballero del Escudo Blanco

CUARTA PARTE BORDEANDO EL RÍO AZUL

1. Otra vez en camino
2. La posada La Puesta de Sol. La historia de Ewain
3. Lo que Ristridín contó del Caballero del Escudo Blanco
4. Los Caballeros Rojos
5. La despedida de los Caballeros Grises

QUINTA PARTE EN LAS MONTAÑAS

1. Un compañero de viaje
2. El ermitaño
3. La despedida de Jaro
4. Piak
5. Niebla y nieve
6. Vista del reino de Unauwen
7. Taki e Ilia. El descenso continúa

SEXTA PARTE AL ESTE DEL RÍO ARCO IRIS

1. Hacia Dangria con Ardoc
2. El alcalde de Dangria. La artimaña de Piak
3. La carta
4. La huida
5. En El Cisne Blanco

6. La liberación de Piak
7. El impuesto del río Arco Ir is
8. El paso del río Arco Ir is
9. El señor del pontazgo

SÉPTIMA PARTE AL OESTE DEL RÍO ARCO IRIS

1. El Bosque de Ingewel
2. Una noche angustiosa en las Colinas Lunares
3. Slupor
4. La ciudad de Unauwen. El mendigo de la puerta
5. El rey Unauwen
6. El caballero Iwain y Tirillo
7. Slupor por última vez
8. Espadas y anillos
9. Lo que anunció el rey Unauwen

OCTAVA PARTE DE VUELTA A LA CIUDAD DE DAGONAUT

1. De la ciudad de Unauwen a Dangria
2. De Dangria a Menaures
3. La despedida de Piak
4. El castillo de Mistrinaut
5. El bosque
6. El rey Dagonaut
7. Un Caballero de Escudo Blanco
8. Un reencuentro al amanecer

Créditos

CARTA AL REY

TONKE DRAGT

Traducción del neerlandés
de María Lerma

Ilustraciones de la autora

Las Tres Edades Ediciones Siruela

CARTA AL REY

Dedicado a las tres estrellas de occidente

INTRODUCCIÓN

LOS CABALLEROS DEL REY DAGONAUT

Ésta es una historia de hace mucho tiempo, de cuando aún había caballeros. Se desarrolla entre dos reinos: el país del rey Dagonaut al este de la Gran Cordillera y el país del rey Unauwen al oeste de la Gran Cordillera. Así se llamaban también las capitales de los dos reinos: la ciudad de Dagonaut y la ciudad de Unauwen. También se habla de otro país, pero ahora no es el momento de referirnos a ello.

La historia comienza en el reino de Dagonaut. Es preciso que antes sepas algo de él y de sus caballeros. Para ello he copiado algunos fragmentos de un libro muy, muy antiguo.

Nuestro rey Dagonaut es un rey poderoso; su reinado es elogiado como sensato y justo, y su reino es grande y hermoso. Hay colinas, campos y tierras fértiles, anchos ríos y extensas selvas. Al norte hay montañas y al oeste hay otras aún más altas. Más allá se encuentra el país del rey Unauwen, del que nuestros trovadores cantan bonitas canciones. Al este y al sur no hay montañas, y por allí a veces intentan entrar enemigos en nuestro país, envidiosos de la prosperidad que reina. Pero nadie ha podido conquistar nunca el reino porque los caballeros del rey lo guardan bien y lo defienden con valentía. Se vive bien dentro de nuestras fronteras, donde hay paz y seguridad.

El rey Dagonaut es servido por muchos caballeros; hombres resueltos y valientes que le ayudan a gobernar el reino y a mantener el orden. Muchos de ellos son famosos: ¿quién no ha oído hablar del caballero Fartumar y de Tiuri el Valiente, y de Ristridín del Sur, por citar algunos de ellos? El rey ha cedido parte de su territorio a la mayoría de sus caballeros, que deben gobernar en su nombre. También están obligados a acudir inmediatamente cuando él los llama, para ayudarlo con su fuerza y sus guerreros.

También hay caballeros que no poseen tierras; en primer lugar aquellos que aún son jóvenes, pero que sucederán después a sus padres. Y además están aquellos que no desean tener posesiones, los caballeros errantes, que viajan por todo el país y ofrecen sus servicios en todas partes, que guardan las fronteras y que incluso salen del país para contar después al rey lo que allí sucede.

Hay muchos caballeros en el reino de Dagonaut, a pesar de lo cual no es fácil convertirse en uno de ellos. Porque aquel que desee recibir el espaldarazo ha de demostrar que lo merece. Ha de pasar un severo periodo de prueba: primero debe servir como escudero a un caballero experimentado y después pasar un año más junto a los guerreros del rey. No sólo debe manejarse con las armas y tener conocimiento de muchas cosas, sino que sobre todo debe demostrar que es leal y honesto, servicial y valiente. Debe ser un caballero en todos los aspectos.

Una vez cada cuatro años, en el verano, el rey Dagonaut convoca a todos los caballeros a la ciudad, donde permanecen siete días. Le cuentan cómo va todo en las distintas partes del reino y lo que ellos mismos han hecho y emprendido.

En esa semana, en el solsticio de verano, los jóvenes que han conseguido merecerlo, son nombrados solemnemente caballeros por el rey.

¡Qué gran día es éste! Después del espaldarazo se celebra una misa en la catedral seguida de una comida en palacio. A continuación, un magnífico desfile por la ciudad en el que participan todos los caballeros, con sus armas, escudos y estandartes. Los jóvenes caballeros van a la cabeza. De todas partes llega gente para verlo. Entonces se celebra una gran fiesta, no sólo en palacio, sino en toda la ciudad. Hay feria en la plaza del mercado, por todas partes se toca música y en todas las calles se baila y se canta, al principio con la luz del sol y después a la luz de cientos de antorchas. Al día siguiente el rey convoca a los caballeros a una reunión a la que los jóvenes caballeros pueden acudir por primera vez. Un día después participan en un gran torneo, que para muchos es el momento álgido de la semana. Nunca se ve tanta pompa y esplendor, tanto valor y destreza juntos.

Pero antes de esos espléndidos días, los nuevos caballeros han debido pasar su última prueba. Las veinticuatro horas antes de su espaldarazo deben ayunar, no pueden comer ni beber nada. Y deben pasar la noche velando en una pequeña capilla fuera de los muros de la ciudad. Allí están sus espadas delante del altar, y ellos, vestidos con blancas ropas, se arrodillan y meditan sobre la gran labor que tienen por delante. Como caballeros de Dagonaut, hacen el propósito de servir con lealtad a su rey y a su reino que es su patria. Prometen ser siempre honestos y serviciales, y luchar por el bien.

Deben velar y meditar durante toda la noche, y rezar pidiendo tener fuerza para realizar su labor. No pueden dormir ni hablar, ni escuchar voces del mundo exterior hasta que, a las siete de la mañana, son conducidos por una delegación de caballeros hasta el rey.

Esta historia comienza en una de esas noches, en una pequeña capilla sobre la colina a las afueras de la ciudad de Dagonaut. Cinco jóvenes pasan allí la noche en vela antes de ser nombrados caballeros: Wilmo, Foldo, Yiusipú, Armán y Tiuri. Tiuri es el más joven de ellos, acaba de cumplir dieciséis años.

PRIMERA PARTE

LA MISIÓN

1. La vigilia en la capilla

Tiuri estaba arrodillado en el suelo de piedra de la capilla y miraba la pálida llama de la vela que tenía delante.

¿Qué hora sería? Tenía que pensar seriamente sobre las obligaciones que tendría cuando fuese caballero, pero sus pensamientos se desviaban una y otra vez. A veces ni siquiera pensaba. Se preguntaba si a sus amigos les sucedería lo mismo.

Miró hacia un lado, a Foldo y a Armán, a Wilmo y a Yiusipú. Foldo y Wilmo observaban sus velas, Armán se había tapado la cara con las manos. Yiusipú estaba sentado y miraba hacia arriba, pero de pronto cambió de postura y miró a Tiuri directamente a los ojos. Se quedaron un momento mirándose, después Tiuri apartó la vista y volvió a dirigir los ojos hacia la vela.

¿En qué pensaría Yiusipú?

Wilmo se movió e hizo un sonido chirriante en el suelo con los zapatos. Los demás le miraron a la vez. Wilmo inclinó la cabeza como avergonzado.

«Qué silencio hay», pensó Tiuri un poco después. «En mi vida he sentido tanto silencio. Sólo oigo nuestras respiraciones y, a lo mejor, si escucho bien, los latidos de mi propio corazón...»

Los cinco jóvenes no podían hablar entre sí, no podían decir ni una palabra en toda la noche. Y no podían tener ningún contacto con el mundo exterior. Habían cerrado incluso la puerta de la capilla con candado y volverían a abrirla a la mañana siguiente, a las siete, cuando viniesen los caballeros del rey Dagonaut a buscarlos.

¡Mañana por la mañana! Tiuri imaginaba el festivo desfile: los caballeros con sus corceles bellamente enjaezados, los coloridos escudos y los ondeantes estandartes. También se veía a sí mismo, montado en un fogoso caballo, vestido con una armadura resplandeciente, con casco y ondeante plumaje.

Apartó aquella imagen de sí. No debía pensar en los aspectos externos de la caballería, sino proponerse ser leal y honesto, valiente y servicial.

La luz de la vela le dañaba la vista. Miró al altar donde reposaban las cinco espadas. Encima colgaban los escudos; brillaban en la luz oscilante de las velas.

«Mañana habrá dos caballeros llevando las mismas armas», pensó, «mi padre y yo». Su padre también se llamaba Tiuri. Le llamaban «El Valiente». ¿Estaría despierto pensando en su hijo? «Espero convertirme en un caballero tan bueno como él», pensó Tiuri.

Poco después tuvo otro pensamiento: «¿Te imaginas que ahora llamase alguien a la puerta? No podríamos abrirla». Se acordó de algo que una vez le contó el caballero

Fartumar, del que había sido su escudero. Cuando éste estaba velando en la capilla la noche antes de su espaldarazo, alguien llamó con fuerza a la puerta. Él estaba entonces con tres amigos, pero ninguno de ellos abrió. ¡Menos mal!, porque después resultó ser un sirviente del rey que quería ponerlos a prueba.

Tiuri volvió a mirar a sus compañeros. Seguían en la misma postura. Seguro que ya había pasado la medianoche. Su vela casi se había consumido; era la más pequeña de las cinco. Tal vez fuera porque estaba sentado más cerca de la ventana. Allí había corriente, no dejaba de sentir el aire. «Cuando se apague mi vela no encenderé otra», pensó. Le parecía más agradable estar sentado en la oscuridad para que los otros no pudieran verle. No tenía miedo de quedarse dormido.

¿Dormía Wilmo? No, se movía.

«No estoy haciendo bien la vigilia», pensó Tiuri. Cruzó las manos y fijó los ojos en la espada que sólo podría usar para una buena causa. Pronunció para sí las palabras que le diría al rey Dagonaut al día siguiente: «Juro, como caballero, servirle con lealtad, así como a sus súbditos, y a todo aquel que solicite mi ayuda. Juro...».

Entonces llamaron a la puerta con suavidad, aunque se escuchó perfectamente. Los cinco jóvenes contuvieron la respiración pero permanecieron sentados inmóviles.

Volvieron a llamar.

Los jóvenes se miraron, pero no dijeron una palabra ni se movieron.

Oyeron cómo giraba el pomo de la puerta. Después se oyó el sonido de pisadas que se alejaban lentamente.

Los cinco suspiraron a la vez.

«Ya ha pasado», pensó Tiuri. Era extraño, pero tenía la sensación de que había estado esperando aquello durante todo el tiempo que llevaba velando. Su corazón latía tan fuerte que se le ocurrió que los demás también debían de oírlo. «Vamos, tranquilo», se dijo a sí mismo. «A lo mejor era un extraño que no sabía que velábamos aquí, o alguien que quería gastarnos una broma, o ponernos a prueba...»

Sin embargo, se quedó en tensión esperando volver a oír otra cosa. Su vela brilló con más intensidad durante un instante y después se apagó con un suave sonido siseante. Ahora estaba sentado en la oscuridad.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando oyó un ruido muy débil encima de su cabeza. Era como si alguien estuviera rascando la ventana con las uñas. Y entonces escuchó una voz, débil como un suspiro, que decía:

—¡Por amor de Dios, abre la puerta!

2. La petición de un desconocido

Tiuri se enderezó y miró hacia la ventana. No vio nada, ninguna sombra, por lo que podía pensar que eran imaginaciones suyas. ¡Ojalá fuese así! No podía hacer, de ninguna

de las maneras, lo que aquella voz le había pedido por muy urgente que pareciera. Ocultó su cara entre las manos e intentó apartar cualquier pensamiento de su mente.

Pero volvió a oír la voz, con mucha claridad, aunque no fuese más que un susurro: «¡Por amor de Dios, abre!».

Sonó casi más acuciante que al principio.

Tiuri miró a sus amigos. Daba la impresión de que no habían escuchado nada. Pero él sí lo había oído. «¡Por amor de Dios, abre!»

¿Y ahora qué? No podía abrir la puerta... pero ¿y si se trataba de una persona que estuviese en peligro, un fugitivo que quisiera acogerse a sagrado?

Escuchó. Volvía a haber silencio. La voz seguía sonando en sus oídos; nunca podría olvidarla. Ay, ¿por qué tenía que estar pasando aquello? ¿Por qué tenía que oír aquella súplica él precisamente? No debía responder, pero no se sentiría tranquilo hasta haberlo hecho.

Dudó. Después tomó una decisión. Se levantó sin hacer ruido, con dificultad, pues se había quedado rígido al llevar tanto tiempo arrodillado sobre el suelo helado. Empezó a deslizarse hacia la puerta tanteando la pared. De vez en cuando volvía la mirada hacia sus amigos. No creía que hubiesen notado nada, o sí, podía ser; Armán le miró. Pero Armán nunca le delataría.

Pareció que pasaba una eternidad hasta que llegó al pórtico. Volvió a lanzar una mirada hacia atrás: a sus amigos, al altar y a los escudos que había encima, a la luz de las cuatro velas y a las sombras oscuras de alrededor, entre las columnas y las bóvedas. Después cruzó el pequeño pórtico hacia la puerta y puso la mano en la llave.

«Si abro», pensó, «romperé las reglas. Mañana no podré ser nombrado caballero».

Giró la llave, abrió un poco la puerta y miró hacia fuera.

En el umbral había un hombre vestido con un ancho hábito, con la capucha sobre la cabeza. Tiuri no podía distinguir sus rasgos, estaba demasiado oscuro. Abrió la puerta un poco más y esperó en silencio a que el otro dijese algo.

—¡Gracias! —susurró el desconocido.

Tiuri siguió en silencio.

El desconocido esperó un momento y después dijo, todavía susurrando:

—Le pido ayuda. Es un asunto de vida o muerte.

Como Tiuri no respondió, siguió diciendo:

—¿Quiere ayudarme?... ¿Quiere ayudarme? —repitió—. ¡Santo Dios! ¿Por qué no dice nada?

—¿Cómo puedo ayudarle? —susurró Tiuri—. ¿Por qué ha venido aquí? ¿Es que no sabe que mañana seré nombrado caballero y que no puedo hablar con nadie?

—Lo sé —contestó el desconocido—. Precisamente por eso he venido hasta aquí.

—Habría sido mejor que hubiese ido a otra parte —susurró Tiuri enfadado—. Acabo de romper las reglas, así que mañana no podré recibir el espaldarazo.

—Recibirá el espaldarazo precisamente con gran mérito —dijo el desconocido—. ¿Acaso

no debe responder un caballero cuando se le solicita ayuda? Salga, entonces le contaré lo que puede hacer por mí. ¡Rápido, rápido, no hay mucho tiempo!

«¡Sí, claro!», pensó Tiuri, «ya he hablado y abierto la puerta, ¿por qué no iba a salir también de la capilla?».

El desconocido le cogió la mano y lo llevó a lo largo del muro exterior de la capilla. Su mano tenía un tacto huesudo y rugoso: la mano de un anciano. «Su voz también suena como la de un anciano», pensó Tiuri. «¿Quién será?»

El desconocido se detuvo junto a un pequeño nicho.

—Escondámonos aquí —susurró— y hablemos en voz baja para que nadie pueda oírnos.

Cuando estuvieron en el nicho soltó la mano de Tiuri y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Tiuri —contestó el joven.

—Ay, Tiuri, en ti podré confiar.

—¿Qué quiere de mí?

El desconocido se inclinó hacia él y susurró:

—Aquí tengo una carta, una carta muy importante. Puedo decirte que el bienestar de todo un reino depende de ella. Es para el rey Unauwen.

¡El rey Unauwen! Tiuri había oído hablar mucho de él. Reinaba en la tierra al oeste de las montañas y se hablaba de él como de un monarca noble y justo.

—Esta carta tiene que ser entregada al rey —dijo el desconocido—. Tan rápido como sea posible.

—Usted no pretenderá... —empezó a decir Tiuri incrédulo.

—Quien llevará la carta será el Caballero Negro del Escudo Blanco —le interrumpió el desconocido—. En este momento está en la posada Yikarvara en el bosque. Sólo te estoy pidiendo que le lleves esta carta. Yo no puedo hacerlo; soy mayor y me persiguen enemigos.

—¿Por qué no se lo pide a otro? La ciudad está llena de caballeros; hay gente de sobra en la que puede confiar.

—No se lo puedo pedir a ninguno de ellos —contestó el desconocido—. Lllaman demasiado la atención. ¿No te he dicho que hay enemigos por todas partes? Hay espías al acecho por toda la ciudad esperando poder robar la carta. No, no puedo recurrir a un caballero conocido. Necesito a alguien desconocido y que no llame la atención. Pero al mismo tiempo debo atreverme a confiarle esta carta. Busco a alguien que sea un caballero, pero que a la vez no lo sea. Eres la persona que necesito: has sido considerado merecedor de recibir mañana el espaldarazo, pero también eres joven y aún no eres conocido.

Tiuri no tenía nada que objetar a aquellas palabras. Intentaba de nuevo distinguir los rasgos del desconocido, pero no lo consiguió.

—¿Es muy importante esta carta? —preguntó.

—¡De una importancia incalculable! —susurró el desconocido—. ¡Vamos!, no dudes más

—siguió diciendo con voz temblorosa—. ¡Estás perdiendo mucho tiempo! Aquí cerca, detrás de la capilla, hay un caballo en un prado; si lo coges podrás estar en la posada dentro de tres horas, si corres mucho puedes llegar en menos tiempo. Ahora debe de ser la una y cuarto. A las siete podrás estar de vuelta, cuando vengán a buscarte para que comparescas ante el rey Dagonaut. Por favor, haz lo que te pido.

Tiuri sintió que no podía negarse. Las reglas que debía seguir un futuro caballero eran importantes, pero aquella petición de ayuda lo era más todavía.

—Lo haré —dijo—. Deme la carta y dígame cómo puedo encontrar la posada.

—¡Gracias! —suspiró el desconocido y, susurrando rápidamente, continuó diciendo—: La posada se llama Yikarvara. ¿Conoces la casa de caza del rey Dagonaut? Detrás hay un estrecho camino que lleva al noroeste. Tómalo hasta que llegues a un claro en el bosque. De allí parten dos senderos, coge el de la izquierda y él te llevará. En cuanto a la carta, júrame por tu honor de caballero protegerla como a tu propia vida y no dársela a nadie más que al Caballero Negro del Escudo Blanco.

—Aún no soy caballero —dijo Tiuri—, pero si lo fuera lo juraría por mi honor.

—Bien. Si alguien quisiera robártela debes destruirla, pero no antes de que sea realmente necesario. ¿Entendido?

—Entendido —contestó Tiuri.

—Y recuerda bien esto: cuando estés con el Caballero Negro del Escudo Blanco debes preguntarle: «¿Por qué su escudo es blanco?». Él te contestará: «Porque el blanco contiene todos los colores». Entonces él te preguntará: «¿De dónde vienes?». Y tú contestarás: «Vengo de lejos». Sólo después deberás entregársela.

—Es el santo y seña —masculló Tiuri.

—Exacto, el santo y seña. ¿Sabes ya exactamente lo que tienes que hacer?

—Sí, señor —dijo Tiuri—. Démela.

—Una cosa más —dijo el desconocido—. Ten cuidado, estate pendiente de que no te sigan. Aquí está la carta. Cuídala bien.

Tiuri la cogió. Era plana y no muy grande, y notó que tenía sellos. Con cuidado la metió bajo su camisa, junto a su pecho.

—¿No la perderás? —preguntó el desconocido.

—No —contestó Tiuri—, aquí estará a salvo.

El desconocido le cogió las manos y las apretó:

—Ve entonces —dijo—. Que Dios te bendiga.

Entonces soltó las manos de Tiuri, se dio la vuelta y se marchó. Poco después no quedaba rastro de él.

Tiuri esperó un momento y después se dirigió, en silencio y rápidamente, hacia el lado contrario. Miró un momento a las ventanas poco iluminadas de la capilla donde sus amigos aún velaban ante el altar. «¡Vamos!», se dijo a sí mismo, «tengo que darme prisa».

Y fue en busca del prado donde debía estar el caballo.

3. El camino a la posada

Era una bonita noche de verano; en el cielo brillaban muchas estrellas. Detrás de la capilla, Tiuri encontró efectivamente un caballo. Estaba atado a una valla y no tenía ni riendas ni silla.

«Menos mal que ya he montado alguna vez un caballo a pelo», pensó mientras empezaba a soltar la cuerda con dedos un tanto temblorosos. Era una lástima que no llevara encima su navaja porque la cuerda estaba atada con muchos nudos. No llevaba ningún arma consigo; todas estaban en la capilla.

El caballo soltó un pequeño relincho que sonó muy fuerte en aquel silencio. Tiuri miró a su alrededor. Una vez que sus ojos se hubieron acostumbrado un poco a la oscuridad, vio una edificación, no lejos de él, posiblemente la granja a la que pertenecía el prado.

Por fin soltó la cuerda.

—Venga —le susurró al caballo—. Ven conmigo.

El animal volvió a relinchar. Un perro empezó a ladrar y unos instantes después una luz se encendió en la granja.

Tiuri se subió al caballo y chasqueó la lengua.

—¡Arre!

El animal empezó a moverse poco a poco.

—¡Eh! —gritó de pronto una fuerte voz—. ¿Quién anda ahí?

A Tiuri ni se le pasó por la cabeza responder.

El perro ladraba mucho, con fiereza, y un hombre salió de la granja con un farol en la mano.

—¡Ladrón! —gritó—. ¡Detente! Jian, Marten, venid aquí. Un ladrón se lleva mi caballo.

Tiuri se asustó. Robar, ésa no era su intención. Pero no tenía tiempo que perder. Se inclinó hacia delante y apremió al caballo. El animal obedeció y empezó a trotar.

—¡Más rápido! —susurró Tiuri nervioso—. ¡Más rápido!

A su espalda se oyó un confuso jaleo; griterío, voces y un persistente ladrido. El caballo se asustó, echó las orejas hacia atrás y corrió rápido como el viento.

«Siento haber tenido que coger prestado su caballo», se dijo Tiuri pensando en el hombre al que aún oía gritar. «No lo estoy robando, después se lo devolveré.»

Cuando después de un rato miró hacia atrás, la granja ya quedaba muy lejos y no había ni rastro de perseguidores. A pesar de ello siguió cabalgando con la misma rapidez.

Se dijo a sí mismo que el desconocido bien podría haberle contado que el caballo era de otra persona. La carta parecía ser muy importante y, además, muy secreta. Contuvo un poco al caballo y comprobó al tacto si el valioso documento seguía seguro. Sí, estaba en el mismo lugar. Miró con atención a su alrededor, acordándose de que el desconocido había hablado de enemigos que estaban al acecho. Pero no vio a nadie. Miró fijamente hacia la ciudad que estaba prácticamente a oscuras, y lanzó una mirada hacia la capilla, que se adivinaba pequeña y blanca sobre la colina.

Después siguió en dirección al bosque.

El bosque no estaba lejos de la ciudad de Dagonaut. Era muy extenso y aún quedaban lugares en los que el hombre jamás había puesto un pie. Tiuri conocía bien el camino hacia la casa de caza; había ido muchas veces allí con la comitiva del rey.

En el bosque había mucha más oscuridad, pero el camino era ancho, por lo que podía seguir avanzando deprisa. De vez en cuando dejaba que el caballo fuese al paso para poder observar bien a su alrededor. No veía a nadie y a pesar de ello el bosque parecía estar habitado por seres invisibles que le espiaban y acechaban, listos para asaltarle...

Llegó a la casa de caza sin que nada hubiese ocurrido. Encontró sin problemas el camino del que le había hablado el desconocido; era estrecho y serpenteante, y obligaba a ir más despacio por él.

«Espero llegar a tiempo», se dijo a sí mismo. «Imagina que no estuviese cuando los caballeros del rey vayan a buscarnos. Pero el desconocido ha dicho que llegaría a la posada en tres horas.»

Pensó en el Caballero Negro del Escudo Blanco al que tenía que entregar la carta. Nunca había oído hablar de él. ¿Quién era? ¿De dónde venía? El rey Dagonaut no tenía ningún caballero que llevase esas armas; posiblemente estuviera al servicio del rey Unauwen. La razón por la que estaba allí, tan lejos de su país, también era un enigma. Tiuri recordaba historias de viajeros del sur que habían conocido a caballeros de Unauwen. A veces recorrían el Gran Camino del Sur para ir a Eviellan, el país hostil que había a la otra orilla del río Gris. Uno de los hijos de Unauwen gobernaba allí.

Se preguntaba cuánto tiempo llevaría en camino. ¿Una hora? Entonces serían las dos y cuarto. Quizá más tarde; le parecía que había pasado mucho tiempo desde que estuviera arrodillado en la capilla y oyera la voz que le pedía que abriera...

El terreno empezó a ser accidentado: a veces ascendía y luego volvía a descender. El caballo parecía ver mejor que él; al menos avanzaba sin dudar.

Silencioso era el bosque en la noche... pero no tan silencioso como la capilla. Oía todo tipo de sonidos extraños y suaves, de animales tal vez. Y el crujir de hojas y los pasos del caballo y el chasquido de ramas secas que se rompían al chocar con ellas. Algo voló contra su cara; se asustó un poco. Sólo era una mariposa nocturna u otro tipo de insecto.

El camino volvía a ascender y se despejaba. Allí había menos árboles. «Seguro que ya estoy cerca del claro», pensó.

Un poco después llegó a un altiplano en el que no había ningún árbol. Aquél debía de ser el lugar que le había mencionado el desconocido. Debía tomar el camino de la izquierda.

Cuando cruzaba el altiplano escuchó de pronto algo que no se parecía en nada a los sonidos que había oído hasta entonces: ¡relinchos y ruido de cascos!

Sólo podía ver una parte del bosque y cuando observó bien vio figuras oscuras y brillo de armas a lo lejos. Una comitiva de caballeros cruzaba rápidamente por el bosque.

Tiuri se ocultó bajo los árboles preguntándose quiénes serían aquellos caballeros y qué harían en el bosque en mitad de la noche. Después de un rato se atrevió a volver al altiplano. No se veía ni se oía a nadie más; era como si lo hubiese soñado. No se quedó mucho tiempo pensando, sino que cogió el sendero de la izquierda que descendía desde el claro.

«No puedo decir que esto sea un sendero», pensó mientras seguía avanzando. «Es una especie de senda, no más.» Y suspiró irritado porque tenía que ir más despacio. Un poco más allá se vio incluso obligado a bajar del caballo y guiarlo a pie, buscando el camino a tientas, temiendo perderse a cada momento. Las ramas le golpeaban la cara y la alta hierba cubierta de rocío le mojó los pies.

«¿Qué hora será?», se preguntaba una y otra vez. «Como esto siga así, jamás llegaré a tiempo.»

Entretanto, comenzó a clarear y algunos pájaros se pusieron a cantar.

Suspiró de alivio cuando el camino por fin mejoró y pudo volver a montar a caballo.

En el momento de oscuridad previo al amanecer llegó a un segundo claro. Allí había un pequeño edificio de madera; aquélla debía de ser la posada.

4. La posada Yikarvara

Tiuri se bajó del caballo y lo ató a un árbol. Después fue corriendo a la posada. Estaba silenciosa y oscura; todas las puertas y ventanas estaban cerradas. El joven dejó caer la aldaba sobre la puerta. Ésta produjo un golpe fuerte y atronador que debió despertar a todo el mundo. Sin embargo dentro de la posada no se oyó ningún ruido. Tanteó la puerta pero estaba cerrada con llave. Impaciente, volvió a hacer tronar la aldaba. Entonces se abrió una ventana de la planta superior. Un hombre, con gorro de dormir, se asomó y con voz adormilada preguntó qué deseaba.

—¿Es ésta la posada Yikarvara? —preguntó Tiuri.

—Sí, ésta es —contestó el hombre gruñendo—. ¿Para eso tenías que despertarme y quizá también a mis huéspedes? No tenemos mucha paz esta noche.

—¿Es usted el posadero? Quiero hablar con uno de sus huéspedes.

—¿En mitad de la noche? —dijo el hombre enfadado—. No va a poder ser. Vuelva mañana.

—¡Es importante! —dijo Tiuri en un tono de urgencia—. Por favor... no cierre la ventana. El hombre volvió a asomarse.

—¿Quién eres? Y ¿con quién tienes que hablar?

—No importa quien yo sea —susurró Tiuri—. Busco al Caballero Negro del Escudo Blanco.

El hombre hizo un sonido raro; Tiuri no pudo distinguir si era de enfado o sorpresa. En cualquier caso el adormilamiento había desaparecido de su voz cuando dijo:

–Espera un momento, ya bajo.

Su cabeza desapareció y al poco tiempo Tiuri oyó el chirrido de cerrojos que se corrían. Después se abrió la puerta y el hombre apareció en el umbral. Iba en camisón y llevaba una vela encendida en la mano.

–Bien –dijo mirando a Tiuri de arriba abajo–. Soy el posadero de Yikarvara. Y ahora cuéntame por qué me has sacado de mi sueño.

–Vengo a ver al Caballero Negro del Escudo Blanco. Tengo que hablar con él inmediatamente.

–Eres el segundo de esta noche. Pero eso de hablar con él inmediatamente no va a ser posible.

–Puede despertarlo, ¿no?

–No va a ser posible –volvió a decir el posadero–. El Caballero Negro del Escudo Blanco no está aquí. Se marchó esta noche temprano.

Tiuri se sobresaltó.

–No –dijo–. Eso no puede ser.

–¿Por qué no iba a poder ser? –preguntó el posadero con calma.

–¿Adónde ha ido? –preguntó Tiuri nervioso.

–Si lo supiera te lo diría. Pero no lo sé.

Pareció notar el susto de Tiuri, porque añadió:

–Creo que volverá, al menos si es tan buen caballero como parece. Vienes a por él, ¿no es así? No de su parte.

–A por él –dijo Tiuri.

–¿Qué tienes que contarle?

–Eso no puedo decírselo a usted. Pero es urgente. ¿Sabe cuándo volverá?

–Si lo supiera te lo diría, pero eso tampoco lo sé. No sé absolutamente nada de ese caballero. Es una historia extraña.

Se rascó tan fuerte la cabeza que se le cayó el gorro.

–¡Ay!, pero usted tiene que saber algo –dijo Tiuri–. ¿Cuándo se ha ido y por qué? ¿Qué dirección tomó?

–Ésas son muchas preguntas a la vez –dijo el posadero. Se agachó con dificultad y recogió su gorro de dormir–. Ven conmigo al comedor –dijo entonces–. No me gusta el frío húmedo de la mañana; no es bueno para mis rígidas piernas.

En el comedor dejó la vela sobre la mesa y volvió a ponerse el gorro. Tiuri, que le había seguido, preguntó con impaciencia:

–¿Adónde ha ido el Caballero Negro?

–Llegó ayer por la mañana. Un huésped extraño, no es que dude de que sea un caballero valiente, no, precisamente me impresionó mucho. Estaba completamente solo, no le acompañaba ni un escudero. Llevaba una armadura negra como el carbón, sólo el escudo que traía en el brazo era blanco como la nieve. Tenía la visera negra bajada y no se la levantó cuando me pidió una habitación, ni tampoco cuando entró.

»Bien, le di una habitación, por supuesto, y más avanzado el día fui a llevarle la comida porque me lo había pedido. Pensé que entonces vería su cara, pero no fue así. Se había quitado la armadura y también el casco, pero llevaba puesta una máscara negra de seda, por lo que sólo pude verle los ojos. Extraño, ¿no es cierto? Seguro que ha hecho algún voto. ¿Sabes algo de eso?

–¿Adónde ha ido? –volvió a preguntar Tiuri.

El posadero pareció un poco irritado, pero contestó de todos modos.

–Eso es lo que iba a contarte. A eso de la una o las dos, mientras estaba en la cama, llamaron con fuerza a la puerta. Miré por la ventana y allí había otro caballero negro.

«¡Déjenme entrar!», exclamó. «¿Está aquí el Caballero Negro del Escudo Blanco?» Sí, contesté yo. Pero es un poco tarde... «¡Abra la puerta!», gritó. «¡O la echo abajo!» Bajé volando y abrí la puerta. El caballero estaba delante de mí; también llevaba una armadura negra como el carbón, pero su escudo era rojo como la sangre. Me preguntó con tono severo: «¿Dónde está el Caballero Negro del Escudo Blanco?». Está dormido, contesté. «¡Despiértele!», dijo entonces. «Tengo que hablar con él. Y dese un poco de prisa, por favor.»

Para ser sincero, yo estaba un poco asustado y me apresuré a obedecer. Pero antes de llegar a la habitación de mi huésped, éste bajaba ya por la escalera. Estaba totalmente vestido, llevaba puesta su armadura y su casco, con la visera bajada. Tenía todas sus armas y el escudo blanco le colgaba del brazo. Así bajó y entró en el comedor. El Caballero Negro del Escudo Rojo fue a su encuentro y se detuvieron uno frente al otro. El Caballero del Escudo Rojo se quitó un guante y se lo tiró al otro a los pies. El Caballero del Escudo Blanco lo recogió y preguntó: «¿Cuándo?». «¡Ahora!», contestó el Caballero del Escudo Rojo.

El posadero calló un momento para coger aire y concluyó diciendo:

–Después salieron juntos del comedor, sin decir una sola palabra, y un par de minutos más tarde se alejaron a caballo, adentrándose en el bosque.

–Para batirse en duelo –dijo Tiuri.

–Sí, eso creo yo también. Y hasta ahora no ha vuelto ninguno de los dos.

–¿Así que se fueron a las dos? ¿Qué hora es?

–Cerca de las cuatro y media, creo. Ya está amaneciendo.

–¿En qué dirección se fueron?

El posadero salió con él y se lo indicó.

–Pero no sé adónde querían ir –añadió.

–Intentaré seguir sus huellas –dijo Tiuri con prisa–. Gracias.

Y antes de que el posadero pudiera decir o preguntar nada más, ya había salido corriendo hasta el caballo, se había subido a él y había desaparecido.

5. El Caballero Negro del Escudo Blanco

En el este, el cielo era rosa y naranja; el sol estaba a punto de salir. Los pájaros piaban y silbaban, cantaban y gorjeaban contentos, como si se alegrasen del bonito día que empezaba. Tiuri no se alegraba; estaba irritado por lo tarde que era, y ni siquiera había cumplido la misión. ¿Cómo iba a conseguir volver a tiempo a la capilla? A pesar de ello siguió cabalgando sobre las huellas que habían dejado los dos caballeros negros. Había jurado entregar la carta y no quería romper un juramento. Aquello no le permitía quedarse eternamente quejándose para sus adentros. Maldecía al Caballero Negro del Escudo Rojo por haber retado al Caballero Negro del Escudo Blanco, y le parecía mal que el Caballero Negro del Escudo Blanco hubiera aceptado el reto. Maldecía a los dos por no haber dejado claras sus huellas al no haber ido por el sendero y sí por el bosque.

«Seguro que ya son las cinco», pensó. «Ya es totalmente de día. ¿Dónde habrán ido?, por Dios.»

Pensó en la sorpresa que se llevarían los caballeros de Dagonaut al no encontrarle a las siete en la capilla. ¿Qué pensarían el rey, sus padres, sus amigos y los demás cuando se enterasen de que se había ido la noche de su espaldarazo? Volvió a recordar las palabras del desconocido y en un suspiro llegó a la conclusión de que no podía haber actuado de otra forma. Entonces volvió a la realidad con un sobresalto porque había perdido el rastro.

Había llegado a un claro y el suelo arenoso estaba completamente removido y lleno de huellas. ¿Cuáles pertenecían a los dos caballeros?

Miró fijamente alrededor. Era como si toda una tropa de caballeros hubiese pasado por allí, a lo mejor eran los caballeros que había visto por la noche. Éstos habían cruzado el bosque en tropel, aplastando muchas plantas y rompiendo ramas. No pudo encontrar el rastro de los dos caballeros. Finalmente tomó la dirección por la que había llegado la tropa; había abierto un claro y visible sendero. Al seguir cabalgando se preguntó si ellos tendrían algo que ver con los caballeros negros. Aunque hubiera luz, de pronto se sintió más angustiado de lo que había estado la noche anterior...

Después de un rato oyó algo: un relincho suave e intranquilo. Unos segundos después vio un caballo atado a un árbol. Era un caballo negro precioso, enjaezado con sencillez. Le miró con ojos tristes y oscuros y volvió a relinchar.

Tiuri le acarició un momento el hocico y susurró: «Ten paciencia, iré a ver dónde está tu dueño. Supongo que debe estar por aquí. ¿No es así?».

Cabalgó un poco más y entonces vio algo entre los árboles, sobre la pálida hierba verde. Era negro y blanco y rojo... La respiración se le cortó en la garganta, a pesar de lo cual saltó de su caballo rápidamente y fue hacia allí.

Allí, en el suelo, había una persona con una armadura negra, dañada y abollada. Blanco era el escudo que había a su lado. Lo rojo era sangre. Tiuri había encontrado al Caballero Negro del Escudo Blanco, pero estaba herido o... muerto.

Se arrodilló junto a él. Estaba gravemente herido, pero todavía respiraba. No llevaba casco, pero tenía la cara cubierta por una máscara negra. Tiuri se inclinó para mirarle

fijamente, con todos los miembros temblándole. Después se sobrepuso. Tenía que hacer algo, ver cómo estaba el herido, vendarle.

El caballero se movió y susurró:

–¿Quién está ahí?

Tiuri se inclinó sobre él.

–Quédese tumbado, señor –dijo–. Voy a ayudarlo. ¿Le duele algo?

Vio que el caballero le miraba a través de la máscara.

–No te conozco –dijo con voz débil–, pero me alegro de que alguien me haya encontrado antes de morir. No te preocupes por mis heridas, ya no hay nada que hacer.

–No diga eso –dijo Tiuri, mientras empezaba a soltar la armadura con cuidado.

–No te molestes –susurró el caballero–. Sé que me estoy muriendo.

Tiuri temió que tuviese razón. A pesar de ello siguió intentando aliviar el sufrimiento del herido. Rasgó un trozo de su ropa y con él lo vendó lo mejor que pudo.

–Gracias –susurró el caballero un poco después–. ¿Quién eres y cómo es que estás aquí?

–Me llamo Tiuri. ¿Voy a buscar agua? Tal vez quiera beber un poco.

–No es necesario. Tiuri... conozco ese nombre. ¿Eres familia de Tiuri el Valiente?

–Es mi padre.

–¿Cómo es que estás aquí? –preguntó el caballero.

–Yo... vine por usted... siento tanto que...

–¿Vienes por mí? –le interrumpió el Caballero Negro–. ¿Vienes por mí? Gracias a Dios, entonces a lo mejor no es demasiado tarde... –miró a Tiuri con unos ojos que brillaban detrás de la máscara negra y le preguntó–: ¿Tienes algo para mí?

–Sí, señor. Una carta.

–Sabía que mi escudero encontraría un mensajero –suspiró el caballero–. Espera un momento –dijo cuando Tiuri iba a sacar la carta–. ¿No tienes nada que preguntarme?

Tiuri recordó de pronto que tenía que decir el santo y seña.

–¿Por qué... por qué su escudo es blanco? –preguntó tartamudo - deando.

–Porque el blanco contiene todos los colores –contestó el caballero. Su voz sonó mucho más fuerte. Era una voz que a Tiuri le infundía una gran confianza.

Después él preguntó:

–¿De dónde vienes?

–Vengo de lejos –contestó Tiuri.

–Ahora enseñame la carta –ordenó el caballero–. Ah, no, antes comprueba si alguien nos espía.

Tiuri miró.

–No hay nadie por los alrededores –dijo–, excepto nuestros caballos.

Sacó la carta y se la enseñó al caballero.

–Oh, señor –rompió a decir–, cuánto siento que le hayan vencido en el duelo.

–¿Duelo? –dijo el herido–. No ha habido ningún duelo. Nunca me ha vencido nadie. El

Caballero Negro del Escudo Rojo me tendió una emboscada. Sus Caballeros Rojos se me echaron encima y me asaltaron en gran número.

—¡Qué horror! —murmuró Tiuri atónito.

—Pero no han encontrado lo que buscaban. No sólo querían destruirme a mí, sino también la carta, la carta que me acabas de enseñar. Ocúltala bien, después te diré lo que debes hacer con ella... Primero dime, Tiuri, ¿cómo es que has venido tú a traerme la carta?

Tiuri se lo contó.

—Bien —susurró el caballero, callando después unos segundos—. No te preocupes tanto —dijo después con amabilidad.

Tiuri notó que sonreía bajo la máscara y deseó saber cómo era su cara.

—Escucha —dijo el caballero—. Tengo que ser breve porque no me queda mucho tiempo... Esta carta es para el rey Unauwen y es de enorme importancia. Ahora que yo ya no podré llevarla, tendrás que hacerlo tú.

—¿Yo? —susurró Tiuri.

—Sí, no se me ocurre nadie mejor. Tú eres capaz, confío en ti. Debes ponerte en camino inmediatamente, no hay tiempo que perder. Tienes que viajar al oeste, primero cruzando el bosque y después bordeando el río Azul hasta llegar a su nacimiento. Allí vive un ermitaño, Menaures... Coge el anillo de mi dedo; cuando se lo muestres al ermitaño sabrá que te he enviado yo. Entonces te ayudará a cruzar las montañas porque no puedes hacerlo solo. Al otro lado de las montañas el propio camino te guiará...

El caballero levantó la mano y dijo:

—Aquí tienes, coge mi anillo... Sé que te estoy pidiendo mucho, pero en este momento eres la persona indicada para realizar esta misión.

Tiuri sacó con cuidado el anillo de su dedo.

—Quiero hacerlo —dijo—, pero no sé...

—Tienes que hacerlo —dijo el caballero—. Pero no quiero ocultarte que será difícil. Ya sabes que hay enemigos al acecho que buscan esta carta; te amenazarán muchos peligros. Así que mantén en secreto tu misión; no cuentes nada a *nadie*. Y entrega esta carta sólo al rey Unauwen.

—¿Qué... qué pone en ella? —preguntó Tiuri, mientras deslizaba lentamente el anillo en su propio dedo.

—Es un secreto —contestó el caballero—. No debes abrirla. Sólo si corres el riesgo de tener que entregarla, debes leerla para poder llevar el mensaje de viva voz. En ese caso debes destruir la carta. Pero eso sólo en caso de necesidad.

Se calló un momento y entonces preguntó con una voz mucho más débil:

—¿Quieres llevar la carta?

—Sí, señor.

—Júramelo por tu honor de caballero —susurró el caballero.

—Lo juro por mi honor de caballero —dijo Tiuri—. Es sólo —añadió entonces— que

todavía no soy caballero.

–Lo serás. Y ¿quieres quitarme ahora la máscara...? Siempre hay que ir hacia la Muerte con la cara descubierta.

Con manos temblorosas, Tiuri hizo lo que le había pedido. Y cuando vio la cara tranquila y noble del Caballero Negro quedó tan impresionado que le cogió la mano y le juró que entregaría la carta a salvo.

–Y le vengaré de sus asesinos –dijo.

–Eso no es cosa tuya... –susurró el caballero–. Sólo tienes que ser mi mensajero.

Cerró los ojos. Sus dedos se movieron un momento en la mano de Tiuri y después se quedaron quietos.

Tiuri le miró y soltó su mano con suavidad. Sabía que había muerto y estaba profundamente apenado aunque acabara de conocer al caballero. Después se llevó las manos a la cara y rezó por su alma.

6. Los Caballeros Rojos

Tiuri se levantó y volvió a mirar la cara serena del Caballero Negro del Escudo Blanco. Después se dio la vuelta y fue hacia su caballo. Tenía que cumplir la misión que le había encomendado el caballero: llevar la carta al rey Unauwen en el país que estaba al oeste de la Gran Cordillera.

Se detuvo junto a su caballo y pensó cuál era la mejor forma de actuar. No podía volver a la ciudad de Dagonaut, eso llevaría demasiado tiempo. Además tendría que dar explicaciones y eso no era posible porque su misión debía mantenerse en secreto. A pesar de todo, tenía que mandar noticias a la ciudad, a sus padres, para que no se intranquilizaran y empezaran a buscarlo. También tenía que ocuparse de que el Caballero del Escudo Blanco tuviera un entierro digno y que se supiera quién lo había asesinado. Lo mejor que podía hacer, pensó, era volver a la posada; no estaba lejos de allí. «Puedo contarle al posadero que el Caballero del Escudo Blanco ha muerto y pedirle que envíe un mensaje a la ciudad».

Un instante después ya estaba en camino, sintiéndose mucho más adulto y serio que antes. Tras haber cabalgado un rato, oyó crujir de ramas y vio aparecer un poco más adelante a un hombre a caballo que venía a su encuentro. Iba vestido como para una batalla, con casco y cota de malla, lanza y espada. Su cota, escudo y el penacho de su casco eran rojos como la sangre. «Uno de los Caballeros Rojos», pensó Tiuri. Recordó que no llevaba ningún arma. A pesar de aquel pensamiento, siguió cabalgando tranquilo como si no pasara nada.

El Caballero Rojo se apartó un poco para dejarle el camino libre. Tiuri pasó por su lado con el corazón latiéndole con fuerza, pero antes de que le hubiera rebasado, el caballero le habló.

—Eh, amigo —dijo—, ¿qué haces en el bosque tan temprano? ¿De dónde vienes y adónde vas?

—Eso es asunto mío —respondió Tiuri en seco—. Buenos días.

Siguió cabalgando a la espera de tener un arma en su espalda en cualquier momento. No ocurrió nada. Recuperó la respiración pero no se atrevió a volver la mirada ni a acelerar el paso. Entonces oyó al caballero gritar algo; no pudo entender qué. Volvió la vista a pesar de todo y vio que se había incorporado un segundo Caballero Rojo. Ambos le seguían con la mirada. Uno de ellos volvió a gritar. Tiuri escuchó que otra persona le respondía a lo lejos. Se inquietó y aceleró el paso del caballo.

Enseguida notó que los Caballeros Rojos le seguían.

Animó a su cansado caballo a ir más rápido, la posada ya no podía estar lejos. De pronto apareció a su derecha otro Caballero Rojo que en tono brusco le ordenó que se detuviera. Antes de que Tiuri pudiera contestar, apareció por el otro lado un cuarto caballero que apenas pudo esquivar.

Tiuri emprendió realmente la huida. Y de golpe todo el bosque pareció estar lleno de Caballeros Rojos que iban a por él. Le perseguían y le gritaban que se detuviese.

Claro que no lo hizo. Obligó a girar a su caballo y se metió en una parte frondosa del bosque, en un intento desesperado de escapar de sus perseguidores.

No sabía cuánto tiempo llevaba corriendo colina arriba, colina abajo, atravesando todo tipo de plantas y matorrales espinosos, con el griterío y las voces detrás. Sólo sabía que no quería ser asesinado como el Caballero Negro del Escudo Blanco. Después de un rato volvió la vista y vio que había conseguido algo de ventaja. Aquello no podía durar mucho tiempo; su caballo estaba cansado, el bosque era difícil de transitar y sus perseguidores eran demasiados contra él. De pronto se le ocurrió una idea brillante. Saltó del caballo y le golpeó las ancas para que siguiera andando, mientras que él fue hacia el lado contrario y trepó a un árbol tan rápido como pudo. Después esperó en las alturas, bien escondido entre el follaje, jadeando, a ver qué pasaba. Un par de caballeros pasó por debajo del árbol. No le vieron. Después de un rato volvió a oírlos gritar en la lejanía; entonces fue cuando se atrevió a moverse para adoptar una postura más cómoda. No bajó del árbol porque tenía miedo de que volviesen.

Se quedó un rato sentado allí arriba, pero los Caballeros Rojos no regresaron. El bosque tenía un aspecto seguro y tranquilo y parecía casi increíble todo lo que había pasado en las últimas horas.

Miró a su alrededor y sacó la carta con cuidado para observarla con detenimiento. En apariencia no tenía nada especial: era pequeña, blanca y plana, y no había nada escrito en ella. Examinó los tres sellos con los que estaba lacrada, en los cuales había una pequeña corona, pero no había nada más que pudiera indicar su importancia. Volvió a guardar bien la carta y entonces pensó que debían ser las siete. Se recostó contra la rama y cerró los ojos. «Tal vez», pensó, «los caballeros de Dagonaut están haciendo sonar sus cuernos ante la puerta de la capilla en este momento. Tal vez Armán, Foldo, Wilmo y

Yiusipú se están levantando para abrir la puerta...». Imaginaba a los caballeros delante de la capilla y les oía decir: «Buenos días, el rey de Dagonaut os llama. Coged la espada y el escudo y seguidnos». Intentó imaginar lo que vendría después, pero no lo consiguió. En ese momento se le apareció la imagen del Caballero Negro del Escudo Blanco que le decía: «Sólo tienes que ser mi mensajero».

Abrió los ojos. La capilla parecía quedar muy lejos y la vigilia haber pasado hace mucho tiempo. Él ya no tenía nada que ver con eso. Miró hacia abajo. «Creo que ya no hay peligro», pensó. Bajó y empezó a andar por el bosque con cuidado, mirando constantemente alrededor y aguzando el oído con cada sonido inesperado.

Al poco tiempo se llevó una sorpresa: su caballo estaba pastando tranquilamente.

–Buen caballo –dijo mientras montaba–. Vamos a la posada; allí podrás llenar la panza. Entonces recordó que no era su caballo.

«¡Es cierto!», pensó sobresaltado. «Este caballo tiene que volver a su dueño.»

Cabalgó hacia la posada donde llegó rápidamente sin que le ocurriera nada más.

7. La huida

En el comedor, el posadero estaba barriendo. Ya estaba vestido, pero seguía con el gorro de dormir puesto. En una de las mesas, cerca de la ventana abierta, había dos hombres desayunando. Cuando Tiuri entró, los dos le miraron sorprendidos.

–¡Santo cielo! –exclamó el posadero–. ¿Qué has estado haciendo?

De pronto Tiuri se dio cuenta de que iba hecho una piltrafa. Su camisola blanca estaba manchada y rasgada por las aventuras que había vivido la noche anterior. Había perdido su cinta del pelo, por lo que los mechones le colgaban salvajes y desordenados por la cabeza y, además, estaba cubierto de arañazos que se había hecho al huir de los Caballeros Rojos.

–¿Has encontrado al Caballero Negro? –preguntó el posadero.

–Lo he encontrado –contestó el joven con gravedad.

El posadero le examinó de pies a cabeza. Finalmente su mirada se detuvo en la mano izquierda de Tiuri y la expresión de sorpresa fue transformándose poco a poco en una de sospecha.

Tiuri siguió la dirección en la que apuntaban sus ojos y vio lo que le había llamado la atención: el anillo que le había dado el caballero.

–Este anillo no es... –empezó a decir el posadero.

–El Caballero Negro del Escudo Blanco ha muerto –le interrumpió Tiuri en voz baja.

–¿Qué me dices? –gritó el posadero consternado–. ¿Muerto? ¿El Caballero del Escudo Rojo ha ganado el duelo?

–No ha habido ningún duelo. El Caballero del Escudo Blanco ha sido asesinado...

–¡Santo cielo! –exclamó el posadero–. ¡Asesinado!

—Escúcheme, por favor. No tengo mucho tiempo y lo que tengo que decirle es de gran importancia.

Los hombres de la mesa habían dejado de comer y le miraban con la boca abierta. Uno de ellos se levantó y preguntó:

—¿Le ha pasado algo al Caballero Negro que vino ayer?

Antes de que Tiuri pudiera decir nada, la puerta de la sala se abrió y una voz dura preguntó:

—¿De quién es el caballo que está delante de la posada?

Tiuri se giró. En el umbral había un hombre fornido con la cara roja, que iba mirándolos uno a uno con ojos de enfado. Tiuri no le conocía, pero su voz le resultó familiar.

—De este joven —contestó el hombre que seguía sentado a la mesa—. Ha venido a caballo.

—En efecto —dijo Tiuri—. Es mi caballo... o no, no lo es. Guardó silencio. De pronto supo quién era el hombre que estaba en el umbral; reconoció su voz... Era el dueño del caballo.

El hombre fue hacia él bramando:

—No, claro que no lo es. ¡Es mi caballo! Y tú eres el ladrón que me lo robó anoche.

—Señor, no lo he robado. Sólo lo he cogido prestado. Discúlpeme, yo...

Pero el hombre estaba demasiado enfadado como para escuchar. Agarró a Tiuri bruscamente del brazo y le dijo:

—Te tengo, ladrón.

Se dirigió a los demás y siguió diciendo:

—He seguido su rastro durante media noche, pero después de un rato lo perdí. Entonces llegué a la posada y mira por donde aquí están mi caballo y el ladrón.

Tiuri se soltó.

—No soy ningún ladrón —exclamó—. Para serle honesto tenía pensado devolverle su propiedad. Escúcheme y se lo explicaré todo.

—Pamplinas —dijo el hombre con menosprecio—. No me creo una palabra.

—Señor... —empezó a decir Tiuri.

—No soy ningún señor —le interrumpió el hombre—. No me gustan estas pamplinas que nos quieres hacer creer. Eres uno de esos chicos que tienen mucha palabrería pero que no sirven para nada.

—Déjeme explicarle —suplicó Tiuri.

—Eso lo harás después ante el preboste. Vendrás conmigo a la ciudad.

¿Ir con él a la ciudad? Tiuri no quería. Eso supondría perder tiempo y además empezaba a entender que no podía dar ninguna explicación. Tenía que guardar silencio sobre su misión y, por tanto, sobre los acontecimientos que le habían llevado a ella.

Dio un paso atrás y dijo:

—No iré con usted a la ciudad. No soy ningún ladrón, palabra de honor.

—¡Qué bonito, ahora más todavía! —exclamó el hombre—. Palabra de honor. ¿Cómo te atreves a decir algo así, granuja?

—¿Cómo se atreve a llamarme granuja? —preguntó Tiuri. Estaba enfadado por llamarle así, a él, que, de no haber pasado nada, en aquel momento sería un caballero tratado con respeto por todo el mundo. Un granuja, él, que había sido elegido para una misión importante.

—No entiendo nada —dijo el posadero—. ¿Ha robado su caballo? Él llegó a altas horas de la noche y acaba de contarme que el Caballero del Escudo Blanco ha sido asesinado. Lleva su anillo en el dedo. ¿Qué significa todo esto?

—Lo explicaría todo —dijo Tiuri por tercera vez—, pero no se me permite hacerlo.

Habló con calma, aunque por dentro estaba muy intranquilo. Las caras de los otros cuatro eran realmente amenazadoras.

—Le cogí el caballo —siguió diciendo— porque tenía que hacer un recado muy urgente...

—¡Tonterías! —dijo el dueño del caballo—. En tal caso me lo podías haber pedido prestado, ¿no? Eso no lleva tanto tiempo. Cierra ya la boca y acompáñame. Estoy harto de tanta palabrería.

—No, espere un momento —dijo el posadero—. Todavía tiene que explicarme una cosa. ¿Qué ha pasado con el Caballero Negro del Escudo Blanco?

—El Caballero del Escudo Blanco ha muerto —dijo Tiuri— y le pido que se ocupe de que reciba un entierro como corresponde a un noble caballero. Lo encontrará no muy lejos de aquí...

Le dijo dónde estaba.

—¿Quién lo ha matado? —preguntó el posadero.

—Los Caballeros Rojos —contestó Tiuri—. Fue una emboscada.

—¡Los Caballeros Rojos! —exclamó el hombre que seguía en la mesa—. Los he visto. Esta mañana pasaron por aquí, cuando...

—¿De qué estáis hablando? —preguntó el dueño del caballo—. Él es un ladrón y quiero castigarlo.

—Estamos hablando de un asesinato —dijo el posadero.

—Esto también se lo puede contar al preboste —dijo el propietario del caballo mientras agarraba a Tiuri—. Lo que es seguro es que este joven en ningún caso puede escaparse.

—Esos Caballeros Rojos... —empezó a decir el hombre de la mesa.

—El Caballero Negro... —dijo el posadero.

Pero Tiuri no esperó a ver qué más tenían que decir. Se zafó y salió corriendo del comedor. Que pensaran que era un ladrón; no se dejaría llevar a la ciudad. Los cuatro hombres le siguieron con gran griterío. Tiuri se internó en el bosque. Enseguida sacó ventaja a sus perseguidores, pero sintió que no podría ser por mucho tiempo. El corazón le latía con fuerza en la garganta y veía manchas negras. Redujo la marcha y miró hacia atrás. Después reunió todas sus fuerzas y trepó a un árbol por segunda vez.

Esta vez también funcionó la artimaña; un poco después los perseguidores corrían

debajo de él sin verle.

«No puedo repetir esto una tercera vez», pensó cuando hubo recuperado un poco la respiración. «Se dice que usar tres veces la misma artimaña es tentar al diablo.»

Estaba agotado. Por suerte pudo descansar un poco, ya que de todos modos tenía que esperar a que el terreno fuera seguro. Después de un rato vio volver al posadero y al dueño del caballo. Hablaban en voz baja y tenían caras largas. El posadero había perdido el gorro de dormir; a Tiuri no le quedó más que reírse para sus adentros por muy seria que fuese la situación.

Sí, las cosas no se le presentaban bien. Tenía que viajar a un país lejano para llevar una carta importante y no tenía otra cosa que la ropa que llevaba puesta: una ropa maltrecha que no era nada apropiada. No tenía armas, ni dinero ni caballo. Se le consideraba un ladrón. Y además tenía enemigos peligrosos: los Caballeros Rojos y el Caballero Negro del Escudo Rojo, su señor.

Tiuri suspiró. La tarea que tenía por delante no le iba a ser fácil. «Y ni siquiera he podido enviar un mensaje a la ciudad», pensó. Aquello debía ocurrir de una u otra forma. El dueño del caballo iría con toda seguridad al preboste. ¿Entenderían en la ciudad que el supuesto ladrón era la misma persona que el joven que había desaparecido de la capilla la noche antes de ser nombrado caballero? «Papá, mamá y mis amigos no creerán que soy un ladrón», pensó, «creo que el rey tampoco. Pero estarán intranquilos». Volvió a suspirar. «Vamos», se dijo con seriedad. «Sólo puedes pensar en una cosa; tienes que llevar la carta. Se lo has jurado al caballero.» Miró el anillo de su dedo. Era un bonito anillo con una gran piedra, parecía un diamante. A lo mejor no era prudente llevarlo en la mano, no, era incluso una gran estupidez. Soltó el cordón que cerraba el cuello de su camisola y ató el anillo con fuerza. Lo colgó de su cuello, bajo la camisa para que nadie pudiera verlo.

Tenía que ponerse en camino; consideró que ya no había peligro. A lo mejor podía de alguna forma conseguir armas y un caballo.

«¡Vaya, si seré tonto!» pensó. Allí está todavía el del caballero; lo puedo coger sin más.

Bajó resbalando del árbol. Sabía lo que tenía que hacer: primero coger el caballo y después echarse a andar.

SEGUNDA PARTE

EL VIAJE POR EL BOSQUE

1. De camino. El caballo negro

Tiuri volvió a andar con cuidado por el bosque, en dirección al lugar en el que había encontrado al Caballero Negro del Escudo Blanco. Pasado un rato, oyó a alguien que silbaba una canción no lejos de donde estaba. Fue sigilosamente hacia el origen del sonido y allí vio a un joven de su misma edad que estaba atando haces de ramas. Silbaba alegre y no reparó en Tiuri.

Le estuvo mirando durante un rato. «¿Lo hago o no?», pensó. Después tomó una decisión, salió de su escondite en el matorral y dijo:

–Buenos días.

El chico se asustó, dejó de silbar y le miró con la boca abierta.

–Buenos días –volvió a decir Tiuri–. ¿Harías algo por mí?

El otro siguió mirándole.

–¡Pues no! –exclamó al final–. Tú debes de ser el chico que están buscando, el ladrón de caballos.

–¡Chist! –susurró Tiuri–. No grites tanto.

El chico dio un paso atrás y lanzó una mirada al hacha que estaba en el suelo muy cerca de él.

–No tienes por qué tenerme miedo –dijo Tiuri–. Yo tengo más motivos para tenértelo a ti porque no estoy armado... Sí, yo soy el que buscan, pero no soy ningún ladrón, palabra de honor.

–Entonces ¿qué haces aquí? –preguntó el chico–. Y ¿qué quieres de mí?

–Necesito tu ayuda –contestó Tiuri–. ¿Irias por mí a la ciudad a llevar a alguien un mensaje de mi parte?

–¿Llevar un mensaje? ¿Por qué? ¿Por qué iba a ayudarte?

–Sólo te lo estoy pidiendo. Si no quieres, no puedo obligarte. Pero te estaría muy agradecido si lo hicieras. En serio, no soy ningún ladrón.

–Humm –dijo el chico frunciendo el ceño–. ¿Qué quieres que haga? No es que esté seguro de que lo vaya a hacer. De hecho no tengo ni idea.

–Ve a la ciudad de Dagonaut, busca al caballero Tiuri el Valiente y dile que su hijo está bien, pero que de momento no puede volver. Dile también que su hijo está sano y que no intente dar conmigo.

–¿No lo puedes hacer tú mismo? La ciudad está un poco lejos y tengo un montón de trabajo que hacer.

–Yo no puedo ir. Me siguen. Eso lo sabes, ¿no? Por favor, hazlo y vete ahora mismo.

–¿Al caballero Tiuri el Valiente? ¿Qué tengo que decirle a un señor tan poderoso? Ni

siquiera me escuchará.

—Sí te escuchará, porque le llevas un mensaje de su hijo. También puedes dirigirte a mi... a su mujer y decírselo a ella... Espera, ¿tienes una cuerda? —dijo Tiuri interrumpiéndose.

—Pues sí —dijo el chico dándole un trozo de cuerda.

Tiuri se quitó el cinturón y en su lugar se ató la cuerda a la cintura. El cinturón se lo dio al chico. Era muy bonito; su madre lo había bordado y su padre había comprado la hebilla de oro al mejor orfebre de la ciudad.

—Mira —dijo—, dale esto al caballero Tiuri, o a su mujer, así sabrán que te he enviado yo. Y la hebilla te la puedes quedar como pago.

El chico, dudando, cogió el cinturón.

—¿Qué tengo que decir? —preguntó.

Tiuri repitió el mensaje.

—No lo olvides —añadió—. Y vete inmediatamente. Una petición más: no le digas a nadie que me has visto.

—Menos al caballero Tiuri —dijo el chico con una sonrisa.

—¿Así que lo harás?

—Sí —dijo el chico enrollando el cinturón con cuidado.

—Prométeme que no lo olvidarás.

—Si fuese caballero —dijo el chico sonriendo otra vez— lo juraría por mi honor.

—Gracias —dijo Tiuri muy serio.

El chico le miró de forma penetrante.

—Me pondré enseguida en camino —dijo— y no diré que te he visto. No creo que seas un ladrón, aunque no entiendo muy bien qué es lo que pasa contigo.

—Gracias —volvió a decir Tiuri.

El chico le sonrió vergonzoso, dio media vuelta y se fue.

«Esto está arreglado», pensó Tiuri cuando siguió andando. El chico cumpliría su promesa, de eso estaba seguro. Ya podía dedicarse plenamente a su misión con el corazón tranquilo.

Después de un rato volvió a encontrarse en el claro cuyo suelo había sido removido por cascos de caballos. Fue sigilosamente al lugar donde yacía el Caballero Negro. Al acercarse oyó voces. ¿Sería la gente de la posada? Creía reconocer la voz del posadero aunque no conseguía distinguir más que «¡Oh!» y «¡Vaya!» y «¡Asesinado!». Se acercó al caballo negro que seguía atado a un árbol. En un segundo lo soltó y se subió a él. Al principio el animal se mantuvo tranquilo, pero cuando Tiuri lo montó empezó a encabritarse.

—Tranquilo —susurró el joven—. ¡Sé obediente! Tengo una misión de tu amo.

El caballo echó la cabeza hacia atrás y relinchó. Tiuri tenía problemas para hacerse con él, pero lo consiguió a pesar de todo.

Oyó que decían:

—Hay alguien ahí.

Apretó los talones contra los flancos del caballo, le dio una palmada en el cuello y siseó:

—¡Adelante!

El caballo obedeció y se puso en marcha. Corrió por el bosque, saltó arbustos, apartó hojas y partió ramas. Tiuri tenía que agarrarse con fuerza. Creyó oír a un hombre gritando, pero también podía ser imaginación suya. En cualquier caso, enseguida dejó atrás el lugar de la tragedia.

El caballo era rápido y fogoso, un corcel digno del Caballero Negro. ¿Sentiría el animal que obedecía la última voluntad de su dueño llevando a Tiuri tan rápido como le era posible al oeste, al país del rey Unauwen? Si es que iba hacia el oeste...; Tiuri no se había fijado. Cómo iba a hacerlo cabalgando así de rápido por el bosque.

Dejó trotar al caballo hasta que llegaron a un camino ancho y recto. Allí se detuvo para mirar con atención a su alrededor y determinar la dirección correcta. Tuvo suerte; por la posición del sol pudo ver que el camino iba más o menos del este al oeste. «Éste debe de ser el Primer Gran Camino», pensó.

Desde el reino de Dagonaut partían dos grandes caminos hacia el país de Unauwen: «el Primer Gran Camino», que cruzaba en parte el bosque, y «el Tercer Gran Camino», que bordeaba la frontera al sur del bosque. También había existido un «Segundo Gran Camino», pero la última parte de éste llevaba años siendo intransitable, invadida por el Bosque Salvaje. En tiempos remotos hubo mucho tránsito en los tres, cuando un gran número de viajeros iba y venía del reino de Unauwen. Después, el contacto disminuyó y uno de los caminos incluso cayó en desuso. Tiuri había oído que últimamente muchas personas volvían a Dagonaut desde Unauwen por el camino del sur. Entre ellos había caballeros; el Caballero Negro del Escudo Blanco había sido, probablemente, uno de ellos.

Tiuri miró a ambos lados del camino. No se veía a nadie. Pensó que no estaría mal ir un rato por el camino; sería más rápido y fácil que ir por el bosque. Así empezó su viaje al oeste.

El caballo iba rápido y parecía incansable, pero Tiuri notó, a su pesar, que apenas podía mantenerse derecho en la silla. El sonido de los cascos le retumbaba en la cabeza hasta tener la sensación de que le iba a explotar, y a veces tenía un velo ante los ojos que le hacía ver todo nubloso. Finalmente la situación fue tan grave que temió caerse del caballo. Tiró de las riendas, giró a la izquierda y se internó un trecho en el bosque. Allí detuvo al caballo, se dejó caer y se derrumbó en el suelo. Los árboles encima de su cabeza parecían moverse y cambiar de forma, y la niebla se hizo más espesa. Se tumbó boca abajo con la cara sobre la hierba fresca.

Al cabo de un rato se sintió mejor. Entonces percibió otras sensaciones: tenía hambre y sed. En aquel momento recordó que no había comido ni bebido nada desde la mañana del día anterior y comprendió que ése era el motivo de su debilidad. Se sentó y miró a su

alrededor. Tenía que comer algo para recuperar fuerzas, pero ¿dónde lo iba a encontrar? A lo mejor podía conseguir algo de fruta. Miró al caballo que estaba pastando tranquilamente a su lado. Su mirada se detuvo en la bolsa que colgaba de la silla de montar... quizá hubiese algo de comer allí dentro. Se incorporó y la abrió. El caballo levantó un momento la cabeza pero le dejó hacer. La bolsa no contenía gran cosa: dos trozos de pan duro, un paquete envuelto en cuero y un cepillo de alambre. El pan alegró mucho a Tiuri y enseguida le dio un mordisco. El caballo lo miró como si también esperase un trozo.

—Seguro que este pan era para ti —dijo Tiuri—, pero seguro que te parece bien que me lo coma yo. Tú puedes comer hierba y yo no.

El caballo lo miró con ojos comprensivos; eso le pareció al menos. Dio otro bocado más y entonces sintió que su sed aún era más grande que su hambre. Cogió al caballo de las riendas y dijo:

—Vamos, tenemos que buscar agua; una fuente o un riachuelo.

Durante un tiempo fue por el bosque con el caballo detrás, pero después de un rato fue al revés: Tiuri iba arrastrándose mientras el caballo lo guiaba. Así llegaron a un estrecho riachuelo que serpenteaba entre altos helechos. Tiuri se tumbó en el borde y bebió. Después se levantó y le habló al caballo:

—Eres una maravilla. Eres como uno de esos caballos que pertenecieron a los grandes caballeros y sobre los que cantan los trovadores; un corcel que todo lo entiende y es tan inteligente como una persona. Me has traído hasta el agua y yo te lo agradezco.

Volvió a sacar el pan de la bolsa y comió un trozo. Al caballo también le dio algo. El pan que sobró (que no era mucho) lo partió en dos trozos y lo volvió a meter en la bolsa. «Uno para esta noche y otro para mañana», pensó. «Más adelante me encargaré de la comida.»

Después abrió con cuidado el paquete envuelto en cuero. Había tres pedernales. «Pueden ser útiles», se dijo a sí mismo mientras los volvía a empaquetar y los metía en la bolsa.

—Y el cepillo de alambre también puedo usarlo —le dijo al caballo—. No sé cómo te llamas, pero te llamaré Ayuda Fiel, y Portador Negro y Buen Compañero. Me alegra que me aceptes como jinete e intentaré ser digno de tu anterior dueño.

Volvió a tumbarse y pensó en el Caballero Negro del Escudo Blanco. ¿Cómo se llamaría y por qué habría venido al reino de Dagonaut? Y ¿qué pondría en la carta? Tanteó el lugar en el que la tenía... no debía perderla en ningún caso. Entonces pensó en el camino que tenía por delante: a través del bosque, a lo largo del río Azul y al otro lado de las montañas del oeste. Tenía que continuar enseguida. Pero no por el Gran Camino; allí estaría demasiado expuesto. Viajaría en paralelo al camino, pendiente de seguir la dirección correcta.

Unos instantes después se incorporó y continuó la marcha. El pan y el agua le habían sentado bien, aunque le habría gustado comer algo más. Durante mucho tiempo fue en

paralelo al camino, a veces montado, a veces a pie, según lo exigiera el terreno. A veces estaba cerca de él y entonces lo miraba con añoranza. «Por ahí avanzaría mucho más rápido.» Le parecía realmente imprudente hacerlo, sobre todo cuando más avanzado el día vio pasar a diversas personas, leñadores con hachas y también jinetes. Entre esa gente no parecía haber enemigos, pero podrían verle y contárselo a ellos.

Por la tarde pasó junto a un manzano silvestre, pero la mayoría de las manzanas, por desgracia, aún no estaban del todo maduras. Cogió alguna: metió tres en la bolsa y se comió una, aunque estuviese dura y ácida.

Cuando el sol caía al oeste sobre los árboles, se alejó más del camino para buscar un lugar donde dormir aquella noche. En un pequeño claro cubierto de hierba ató el caballo a un árbol, le quitó silla y arreo, y lo frotó con un trozo de su camisa ya maltrecha. Después cenó la mitad del pan y una manzana. Entretanto empezó a hacer frío. Cogió la manta que había bajo la silla del caballo, se tumbó y se enrolló en ella. Miró al caballo y murmuró:

–Buenas noches. Despiértame si hay peligro.

Después cerró los ojos y cansado por la tensión y las emociones se durmió inmediatamente.

2. El Loco de la Cabaña del Bosque

Al principio de la noche Tiuri durmió como un tronco, pero en un momento dado se despertó de repente. Pasó algo de tiempo antes de que recordara dónde estaba. Había mucha oscuridad y mucho silencio. Se quedó un rato inmóvil tumbado de espaldas mirando hacia arriba. No lograba distinguir nada. Sólo había silencio y oscuridad, ambos tan intensos que le cortaban la respiración. Sintió miedo, un miedo enorme. No se atrevía a mover un dedo y empezó a sudar en frío...

Un débil ruido aumentó su angustia al máximo, pero después volvió a recuperarse. Seguía teniendo miedo, pero ya no tanto como para paralizar su voluntad. El sonido que había oído era muy inofensivo; en ese momento cayó en la cuenta de lo que había sido: el caballo había resoplado.

Suspiró profundamente. Al menos no estaba solo; había un ser vivo con él. Pero ¿por qué se había despertado? ¿Por las buenas o porque había alguien cerca espiándole?

«Tonterías», pensó. «Nadie puede verme con esta oscuridad.»

Cerró los ojos y enseguida volvió a abrirlos, si bien no había mucha diferencia. Se llevó la mano al pecho y palpó la carta. De repente su misión le parecía irrealizable. El Caballero Negro del Escudo Blanco había sido asesinado por los Caballeros Rojos. ¿Cómo iba él, tan joven e inexperto, a llevar a cabo algo en lo que un caballero tan valiente había fracasado? El caballo volvió a resoplar. A Tiuri le habría gustado decirle cualquier cosa al animal, pero no se atrevió porque algo o alguien podría oírle. Entonces

volvió a mirar hacia arriba y de pronto vio una estrella. Sólo era una pequeña estrella, pero daba luz... y esperanza. No hizo que desapareciera su miedo, pero le devolvió el valor. Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad. Vio ramas y hojas, perfiladas vagamente contra el cielo, y un delgado tronco.

Intentó pensar en otras cosas que no fueran su misión y sus enemigos. Intentó pensar en sus amigos, en sus padres, en el rey Dagonaut y en las fiestas que había habido en la ciudad. ¿Qué tal habrían ido las cosas por allí? ¿Habría sido diferente a otras veces al haberse marchado de la capilla (cosa que seguro no había pasado antes) uno de los futuros caballeros? ¿Habría ido el dueño del caballo al preboste para contarle que un ladrón se lo había robado? ¿Habría llevado el mensaje el joven leñador? ¿Habrían oído también sus amigos, que velaban con él en la capilla, la petición del desconocido? Creía que no. Armán le había visto salir, pero no había dicho nada.

Revivió aquel momento en la capilla... el chirrido en la ventana, la voz susurrante... ¡Ojalá no hubiera pasado! Entonces sería caballero. «Es increíble», pensó. «Aquí estoy sin ser caballero, pero con una misión que sería dura incluso para un experimentado...»

Suspiró. «Eres joven y aún no has dado que hablar», le había dicho el desconocido, «y a pesar de ello sé que puedo confiar en ti».

Sus pensamientos se hicieron más vagos y saltaron de una cosa a otra aunque siempre girando en torno a los mismos problemas y acontecimientos. Aquello le cansaba. Y al mismo tiempo seguía inmóvil y alerta, temiendo peligros.

«Tengo que dormir», pensó. «Mañana tengo que recorrer un buen trecho.» Pero no lo conseguía. Había pasado más noches a la intemperie (anteriormente, en el bosque cercano a Tehuri, el castillo de su padre. Aquél sí era un bosque seguro y amable, y entonces no había enemigos a los que temer).

Cambió con cuidado de postura y volvió a cerrar los ojos. Después de un rato se durmió, pero su sueño fue intranquilo y confuso.

Cuando volvió a despertar ya había luz y los árboles estaban llenos de pájaros trinando. Bostezó y se estiró. Estaba cansado y entumecido y tenía el pelo húmedo por el rocío. El caballo negro tenía un aspecto fresco y animado y le miraba con ojos despiertos.

–Buenos días –dijo Tiuri–. Tenemos que seguir ¿eh? No puedo decir que ardo en deseos de partir. Pero lo que sí he de decir es que con la luz de la mañana todo se ve muy distinto.

Miró a su alrededor; los pensamientos angustiosos de la noche pasada habían sido innecesarios. No se veía a nadie.

Poco tiempo después estaba montado en la silla, fortalecido por un frugal desayuno en el que se había comido el último trozo de pan y una manzana. Llegó al Gran Camino que estaba desierto. Todavía era temprano, posiblemente no eran más de las siete. A pesar de ello no tomó el camino sino que, como el día anterior, fue en paralelo a él. Avanzó bastante rápido porque los árboles allí estaban lejos unos de otros y había poca maleza.

Cabalgó durante un tiempo sin encontrarse con nadie ni ver nada especial. Su cansancio desapareció y se sintió bastante animado. Hacía buen tiempo, el sol brillaba entre los árboles y producía luces doradas en las hojas. El viaje al reino de Unauwen ya no le parecía tan lejano y peligroso.

Llegó a unos arbustos en los que crecían bayas rojas y se bajó a coger tantas como pudo. Mientras lo hacía un sonido familiar llegó a sus oídos. ¡El tocotoc de cascos de caballos! Se puso en cuclillas detrás de unos arbustos y miró a través de ellos. Un poco más tarde los vio pasar y todo su buen humor se esfumó. Eran dos Caballeros Rojos.

Pasaron de largo con rapidez en dirección oeste y no miraron ni a la derecha ni a la izquierda. Se quedó inmóvil hasta que el sonido de los cascos hubo desaparecido. Después se levantó en silencio, se deslizó hasta el camino y miró a ambos lados. No se veía a nadie más. Pero el peligro había estado cerca. Menos mal que no había ido por el camino.

Volvió a subir al caballo y pensó: «Tengo que alejarme más del camino. Esos dos no se han fijado bien, pero si hubieran mirado me habrían visto, o por lo menos mis huellas. Tengo que ir más al sur y cabalgar a través del bosque».

Enseguida llevó a cabo lo que se había propuesto, si bien notó rápidamente que no iba a ser fácil mantener la dirección adecuada.

Cerca del mediodía llegó a un pequeño sendero, que siguió después de haberlo pensado un poco. Un poco más tarde se comió la última manzana (las bayas ya se habían acabado). Ya no tenía nada que comer y, a pesar de su hambre, no quería dedicar tiempo a buscar. Después de un rato el sendero se dividía en dos y se detuvo sin estar seguro de cuál debía tomar.

—¡Eh, bonito caballo y jinete! —exclamó de pronto una voz por detrás—. ¿Adónde vais? Recto no, recto no debéis ir, ¡sino por este camino!

Tiuri se asustó y volvió la vista. Allí había un ser humano que aparentemente acababa de salir de un matorral. Se acercó a ellos y repitió:

—Recto no, extranjero, jinete, viajero, sino por este camino, el camino a mi casa. ¿Venís por mí, bonito caballo negro y jinete desconocido?

Era un ser extraño. Un hombre fuerte y rechoncho, con el pelo oscuro salvaje y una barba corta y rizada. Iba vestido con un deshilachado pantalón rojizo y una piel gris de oveja. Estaba erguido, con las manos en la espalda y movía los dedos desnudos de sus pies.

—¿Por qué no me das los buenos días, desconocido sobre un bonito caballo negro? —preguntó—. ¿Por qué no me das los buenos días, jinete y viajero? ¿Por qué no me das los buenos días? Soy el Loco de la Cabaña del Bosque.

Se acercó y tendió una mano hacia el caballo.

—Tu caballo me ha dado los buenos días —dijo—. ¿Por qué tú no, jinete desconocido? Me puedes llamar el Loco de la Cabaña del Bosque; todos lo hacen, pero mi madre me llama Marius.

–¡Ah!, buenos días –dijo Tiuri tirando de las riendas.

–No, no te vayas –dijo el hombre barbudo–. No te vayas. Habla conmigo, extranjero, viajero, y acompáñame a mi cabaña.

Tiuri vio que tenía ojos redondos de color azul claro y una mirada infantil. Estaba decepcionado y no parecía peligroso en absoluto.

–¿Qué quieres que te diga? –preguntó el joven.

–Que hables conmigo. Contar de dónde vienes, adónde vas y quién eres. Yo soy el Loco de la Cabaña del Bosque, así me llaman los leñadores y carboneros, y mi padre y mis hermanos también lo dicen. Pero mi madre me llama Marius.

Cogió una rienda y levantó suplicante la mirada.

–Querido Marius –dijo Tiuri–. Te he dado los buenos días, pero no puedo quedarme a hablar contigo. Tengo prisa y he de seguir el viaje.

–¿Por qué tienes prisa? ¿Por qué? Puedes llamarme «Loco», de verdad; a mí no me importa. Nunca tengo prisa. Y los árboles tampoco cuando crecen. Algunos animales sí, pero nunca tienen que seguir viaje, menos las aves migratorias cuando es invierno. ¿Por qué tienes prisa y tienes que seguir? Acompáñame a mi cabaña. Así les contaré a mi padre y a mi madre que vienes por mí, para hablar conmigo.

–En otra ocasión –dijo Tiuri, tirando suavemente de las riendas–. No puedo hablar contigo ahora; tengo que seguir.

–¿Seguir, seguir, seguir y seguir más todavía?

–Sí.

–¿Adónde? ¿Adónde vas con prisa, jinete desconocido sobre bonito caballo negro, jinete con ropa rara?

Tiuri se impacientó un poco.

–De verdad –dijo–, no tengo tiempo. Déjame seguir.

–¡Adónde, adónde! –gritó el Loco.

–Muy lejos –contestó Tiuri.

–¿Siguiendo al sol? ¿Siguiendo al bonito blanco-amarillo-naranja y dorado sol?

–Sí, siguiendo al sol.

¿Por qué hablaba aquel Loco tan fuerte? Cualquier Caballero Rojo podría oírle.

–No hay nadie –dijo el Loco como si hubiese adivinado sus pensamientos–. Mamá está en la cabaña hilando y papá vendrá más tarde a casa con mis hermanos. Están cortando leña en aquel valle –señaló al oeste–, por aquí no viene casi nadie –siguió diciendo–. Y absolutamente nadie para ver al Loco de la Cabaña del Bosque. A veces vienen, pero nunca por mí.

Miró triste a Tiuri.

El joven sintió un poco de compasión por él.

–Si tuviera tiempo hablaría contigo, de verdad –dijo–, pero es que tengo que irme.

–Siguiendo al sol.

–Sí, y ya he hablado mucho contigo.

—No mucho —dijo el Loco rascándose la abundante cabellera—, no mucho, viajero desconocido. Siguiendo al sol. A mí también me gustaría seguir al sol alguna vez, pero mi padre dice que se esconde y mi madre llora si me voy. ¿Volverás para decirme dónde se esconde el sol? ¿O el sol no se esconde donde vive? ¿Volverás?

—Sí. Volveré y hablaré contigo y te lo contaré todo.

—¡Todo! —exclamó contento el Loco—. ¡Todo y todo! ¿Vendrás entonces conmigo a la Cabaña del Bosque?

—Chist —susurró Tiuri.

—¿Tienes miedo del bosque, desconocido viajero? El bosque no te hará ningún mal, y los zorros tampoco y los pájaros tampoco. Y yo tampoco.

—A lo mejor hay otras cosas —dijo Tiuri en voz baja.

—Chist. Y ¿cuáles son? ¿Cosas que se arrastran y serpientes que sisean? ¿Quién te busca, desconocido?

—¿Has visto a alguien? —preguntó Tiuri intranquilo.

—Nada —contestó el Loco. Se revolvió el pelo y arrugó la frente—. Pero he sentido cosas, he sentido cosas que se deslizan y se arrastran. Pero no están aquí. No están aquí todavía.

—Tengo que seguir —dijo Tiuri nervioso.

—No están aquí todavía —repitió el Loco mirando a Tiuri—. Eres un desconocido raro, joven viajero sobre bonito caballo negro. ¿Tienes hambre?

Tiuri miró a su alrededor y no contestó.

—¿Tienes hambre? —preguntó el Loco volviendo a coger una rienda.

—Sí —contestó Tiuri.

—Ven entonces a la Cabaña del Bosque, allí mi madre te dará de comer.

—Gracias. Pero tengo que irme.

—Entonces no, entonces no —susurró el Loco—. Vas siguiendo al sol. ¿Cómo te llamas, desconocido?

—No puedo decírtelo. No ahora.

—¿Es un secreto? ¿Eres alguien con un secreto, desconocido viajero?

—¿Por qué piensas eso?

—No pienso, no pienso, eso dicen, por eso soy un Loco. Pero yo sé... sé un montón de cosas que nadie quiere saber.

—¿Y qué sabes entonces?

El Loco se rió en voz baja y miró contento a Tiuri.

—Estás preguntando, desconocido —dijo—. Nadie me pregunta nada. Verás lo que sé. Sigue cabalgando. No hace falta que vengas. Sigue cabalgando, muy despacio y yo te llevaré comida.

¡Comida! A Tiuri le sonaban las tripas.

—Pero, querido Loco —dijo—, no puedes decir a nadie que me has visto.

—¿A mi madre tampoco?

–A tu madre tampoco.

–No se lo contaré a nadie, tampoco a mi madre.

–Prométemelo –dijo Tiuri.

–Siempre cumplo lo que digo –contestó el Loco frunciendo el ceño–. ¿Volverás para hablar conmigo y contármelo todo?

–Yo también cumplo lo que digo –dijo Tiuri sonriendo.

El Loco se dio la vuelta y cogió de carrerilla el sendero de la izquierda. Tiuri le siguió con la mirada hasta que desapareció. Después siguió cabalgando recto preguntándose si no tendría que haber insistido más al Loco para que no le delatara. ¿Me seguirá con la comida? Contuvo al caballo y volvió la vista. No se veía a nadie. Se quedó a la espera, pero luego siguió cabalgando. Un poco después oyó pisadas rápidas detrás de él y allí llegaba el Loco otra vez con todo tipo de cosas en las manos.

–Sigue cabalgando, sigue cabalgando, rápido desconocido –dijo jadeando–. Ya mismo podrás comer.

Alcanzó a Tiuri y lo adelantó canturreando.

–Vaya –dijo después de un rato–. Aquí la hierba es suave y el agua dulce. ¿La oyes?

Tiuri oyó en efecto el murmullo del agua. Un pequeño riachuelo corría un trecho junto al sendero. El Loco se arrodilló en la hierba y puso en el suelo lo que llevaba en las manos, con cuidado, como si fueran valiosos tesoros. Cuando Tiuri se hubo bajado del caballo y sentado a su lado, vio lo que era: dos trozos grandes de pan negro, media tortilla de panceta y un trozo de queso... Para él eran, en efecto, valiosos tesoros.

–Todo para ti –dijo orgulloso el Loco–. Sacados del armario de mi madre. Pero ella no lo sabe. Me colé dentro y lo cogí, y ella no lo sabe.

–¿Le parecerá bien? –preguntó Tiuri.

–No puedo decirle nada –dijo el Loco–. No he contado ni dicho nada. Es un secreto.

–Cuando vuelva se lo diré y se lo pagaré. ¿No tendrás problemas por esto?

–¿Problemas? No hace falta que pagues nada. Tengo lo suficiente y a mi madre le parece bien aunque no lo sepa. Come ahora, desconocido con un secreto.

Tiuri no puso reparos; su hambre era demasiado grande. Dio las gracias al Loco y empezó a masticar. Por primera vez después de algunos días disfrutó de una buena comida, si bien no llegó a comérselo todo porque había suficiente como para guardar algo para el futuro. El Loco miraba satisfecho, enroscando los rizos de su barba y asintiendo a cada bocado.

–¿Quieres un poco? –preguntó Tiuri a quien parecía mirarle hambriento.

–N-no, no. Es para ti. Pero bueno, dame un trozo de queso.

Se comió con gusto el trozo que Tiuri le dio, pero se negó a aceptar más.

–Estaba delicioso –suspiró Tiuri cuando hubo comido suficiente–. Te estoy muy agradecido.

–¡No te has comido todo! Todavía queda un trozo de pan y un poco de tortilla.

–¿Puedo guardarlo y llevármelo? Tengo que ir lejos y así tendré algo para el camino.

—Claro que sí —dijo el Loco—. Todavía tienes que ir lejos, lejos. Esto no es suficiente. Pero también puedes comer bayas; más allá hay muchas, bayas azules, dulces, ácidas. Y de las plantas con hojas alargadas crecen raíces, buenas raíces.

Se levantó y arrancó una planta del suelo. Tenía una gran raíz. Sacudió la tierra pegada y le dio un mordisco.

—Buena raíz —dijo masticando.

Fue hacia el caballo y le ofreció el resto que fue aceptado con ansia.

—Otra cosa más que ya sé —dijo Tiuri—. Gracias otra vez. Y ahora quería preguntarte una cosa: ¿se dirige este camino al oeste?

El Loco frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—¿Va este camino al oeste... al lugar donde se esconde el sol?

—¡Ah!, adonde se esconde el sol —dijo el Loco—. Sí, durante un rato. Después se corta este camino, junto al claro. Pero puedes seguir cabalgando sin camino, desconocido, siempre recto, recto. Sólo no tienes que ir hacia aquel lado —señaló al sur— porque allí hay cosas peligrosas.

—Entonces seguiré recto. Y ¿te acordarás de no contárselo a nadie? A lo mejor detrás de mí también vienen cosas peligrosas que quieren capturarme y matarme.

—Es un secreto, extraño jinete y viajero. No diré a nadie que has comido mi comida y que vas siguiendo al sol. A veces encuentro nidos de pájaros, con huevos dentro, pero no se lo digo a mis hermanos porque se los quieren comer crudos. Es un secreto de los pájaros. No contaré a nadie tu secreto. Pero ¿volverás y hablarás conmigo?

—Lo prometo —dijo Tiuri con seriedad.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera, viajero?

—No lo sé —dijo Tiuri dando un suspiro—. Me temo que mucho tiempo. Pero volveré, al menos eso es lo que espero y lo que deseo.

Se levantó despacio.

—Volverás —dijo el Loco mirando a Tiuri con sus ojos claros—. Cabalga ahora recto, desconocido, ve recto, bonito caballo negro. Pero no bebas de la charca oscura que hay más adelante, porque es sólo de los espíritus del bosque.

Tiuri metió el resto de la comida en la bolsa de la silla, dio la mano al Loco, se subió al caballo y se fue. Volvió la vista un par de veces y se despidió con la mano. El habitante del bosque miraba en medio del sendero con los brazos colgando. Cuando Tiuri volvió la vista por tercera vez había desaparecido.

«Ése era un buen hombre», pensó Tiuri, «y no me parece tan loco aunque sea diferente a otra gente». Se sintió repuesto y con el ánimo renovado.

El camino se acababa, en efecto, en un claro en el que había montones de troncos. Desde allí Tiuri fue cruzando el bosque en línea recta. Pasó por una charca oscura rodeada por árboles muy altos y viejos. Aquélla tenía que ser la charca a la que El Loco se había referido. A Tiuri le había vuelto a entrar sed, pero siguió el consejo recibido. La

charca no le gustaba en absoluto, con su agua quieta y oscura en la que no había ni una ondulación. Era muy posible que aquel fuera un lugar encantado... en cualquier caso, extraño y hostil para las personas. Siguió cabalgando apresuradamente y se alegró cuando la hubo dejado atrás.

Poco a poco el terreno se fue haciendo más abrupto y salvaje. Los árboles crecían de forma más irregular y el monte bajo era más tupido. Tiuri vio helechos tan altos como personas y plantas trepadoras retorcidas que colgaban de las ramas como cortinas.

Era difícil avanzar con rapidez y a veces dudaba si había seguido en línea recta.

Cuando empezó a oscurecer encontró un escondite en un hoyo poco profundo rodeado de arbustos y decidió pasar allí la noche.

3. Toque de trompetas. El anillo

Lo primero que hizo Tiuri a la mañana siguiente fue trepar lo más alto posible a un árbol para poder determinar desde allí la dirección correcta teniendo en cuenta la posición del sol.

Un poco después volvía a estar sobre el caballo. Se preguntaba cuánto duraría el trayecto por el bosque y si aparecería lejos del río Azul.

El río Azul también pasaba por la ciudad de Dagonaut y por el castillo Tehuri, de donde era Tiuri. Nacía en la Gran Cordillera, primero fluía hacia el este y luego, dibujando un gran meandro, hacia el norte, pasando por el Bosque Azul. Después continuaba hacia el sudeste, atravesando la ciudad de Dagonaut y, finalmente, bordeaba la frontera este del país. Tiuri había oído que un trecho del Primer Gran Camino pasaba cerca de la cordillera, pero no recordaba dónde estaba la fuente en la que nacía el río. De la ciudad de Dagonaut hasta las montañas del oeste, yendo por el Gran Camino, seguro que tenía de ocho a diez días de viaje. Tiuri no había estado nunca allí, pero algunos viajeros y caballeros errantes se lo habían contado. Seguro que él tardaría más y sólo habría llegado a las montañas. El viaje era largo y la carta era importante, y no podía perder mucho tiempo, le había dicho el Caballero Negro. El Caballero Negro quizá hubiera tomado el Gran Camino, pero él estaba armado.

El trayecto por el bosque le resultó peor de lo que esperaba; tenía que tener cuidado de no perderse y a veces era difícil abrirse paso. No avanzaba rápido. Por la mañana se había comido el último trozo de pan del Loco y tenía que vivir de lo que encontraba: frutos y raíces. No disponía de armas para capturar animales salvajes ni de tiempo para poner trampas. Había rasgado un buen trozo del bajo de su túnica acortándola; lo que era necesario porque a menudo tenía que andar un gran trecho llevando al caballo por las riendas.

No se encontró con nadie durante todo el día; el bosque también tenía el aspecto de que por allí nunca pasara nadie.

El cuarto día de su viaje resultó ser bien diferente. Entonces escuchó tras de sí un crujido de ramas y sonido de voces.

Se hizo todo lo invisible que pudo y esperó. Oyó que las voces se alejaban, pero poco después vio a un joven andando por el bosque no lejos de donde él estaba. Iba vestido de gris y armado, y llevaba a un caballo por las riendas. De vez en cuando se paraba y miraba a su alrededor, pero no reparó en Tiuri ni en el caballo negro. Al poco tiempo desapareció, pero Tiuri le oyó hablar con alguien.

—¿Dónde se han metido todos?

—Están cazando más al norte —dijo otra voz—. ¿Has visto algo?

—Nada. Y tampoco huellas hasta donde sé. Pero es difícil decirlo. El bosque es muy salvaje. Podrías buscar durante días sin encontrar a nadie. A pesar de todo, tiene que estar en alguna parte.

—Yo sólo veo árboles, árboles y más árboles —masculló el otro—. Y espinos y trepadoras con las que tropezar. Precioso escondite es este bosque, eso es cierto... para quien no quiera que lo encuentren...

Las voces se hicieron menos claras y comprensibles. Entonces en la lejanía se escuchó el sonido claro de un cuerno de caza.

—¡Vamos! —oyó Tiuri que exclamaba alguien.

Un poco después se hizo el silencio. Tiuri abrazó el cuello del caballo y susurró:

—¿Quiénes eran? ¿Un par de cazadores de una partida de caza? ¿Qué están cazando?

El caballo no contestó, pero el joven tenía la sensación de que le había entendido y de que tenía sus propias ideas acerca de la gente que deambulaba por el bosque.

«Si estoy atento, no me verán», pensó Tiuri. Suspiró. ¿Tendría que avanzar siempre así, desconfiando y temiendo a los enemigos? Continuó con el doble de precaución, pero no vio a nadie más. Lo que sí oyó, un par de veces, fue el sonido del cuerno en la lejanía.

El caballero Fartumar también tenía un cuerno, un cuerno famoso. Con él había reunido a sus hombres para la batalla, hacía mucho tiempo, cuando los enemigos del este habían irrumpido en el país. Tiuri había sido su escudero durante un tiempo y cuando el caballero contaba sus aventuras lo escuchaba sin respirar. Ahora estaba él mismo en medio de una aventura. «Tal vez», pensó, «mi escudero me escuche sin respirar cuando yo le cuente... Si salgo de esta sano y salvo... y si alguna vez soy caballero...».

Por la tarde el bosque volvió a cambiar de carácter. Se hizo menos cerrado y los árboles eran altos, con troncos rectos y delgados. Tiuri podía ver muy por delante de sí. Parecía una sala con el brillante suelo abonado y muchas columnas. Era fácil cabalgar por allí, pero por contra cualquiera podría verle desde una gran distancia. Aquella no era una idea agradable, sobre todo cuando volvió a oír el cuerno en la lejanía.

Después de un rato llegó a un valle poco profundo por el que corría un riachuelo; cuántos riachuelos transcurrían por el bosque... Había arbustos bajos con flores

amarillas. Allí desmontó y decidió quedarse a descansar hasta que se hiciera de noche. Después seguiría en la oscuridad; aquello le parecía más seguro.

Se durmió tendido bajo un arbusto inclinado. Cuando se despertó había una total oscuridad. Gateó a tientas hacia el riachuelo y se inclinó hacia delante para beber. Al hacerlo vio algo extraño: un pequeño punto luminoso que oscilaba debajo de su cabeza. Por un momento pensó que era una luciérnaga y levantó la mano involuntariamente para cogerla. La cogió: era dura y redonda. Para sorpresa suya vio que era el anillo del Caballero Negro que estaba colgado de su cuello con un cordel. Lo observó con atención. Sí, la piedra que tenía brillaba en la oscuridad. Era una luz débil, como la de una estrella lejana, pero muy visible a pesar de todo. Parecía un último saludo del Caballero del Escudo Blanco, un recuerdo al juramento que había hecho. Tiuri notó lágrimas en sus ojos. Soltó el cordel y se puso el anillo en el dedo.

«Este anillo me protegerá y guiará», pensó. «Y mantendré mi juramento por difícil que sea.»

Aquella noche avanzó un buen trecho y no temió a la oscuridad ni a los sonidos misteriosos. A veces veía brillar una estrella entre los árboles, como si fuera hermana de la piedra del anillo que llevaba en el dedo. Siguió cabalgando en el grisáceo amanecer cuando los pájaros empezaron a piar y se detuvo cuando se hizo totalmente de día.

Después de un breve descanso buscó comida y siguió su camino. No se veía a nadie y tampoco vio ningún buen escondite. Observó que el terreno a su izquierda, en el sur, empezaba a ascender; los árboles se elevaban desde colinas cada vez más altas. Atravesó un sendero que iba hacia el norte desde las colinas, tal vez hacia el Camino Grande. Un sendero significaba la posibilidad de que hubiese gente cerca.

«Voy a buscar un escondite por aquí», pensó. «Creo que lo encontraré entre las colinas.» Además es hora de que el Portador Negro descanse. Esta noche continuaremos el viaje.

Encontró un lugar de descanso y, después de haberse apretado la cuerda que tenía en la cintura (porque no podía encontrar nada de comer), se tumbó e intentó dormir. Volvió a oír un cuerno medio en sueños.

«Esta noche seguiremos», pensó, y se durmió.

4. Los ladrones

Tiuri retomó su viaje poco antes de la puesta de sol. Había arrancado la rama de un árbol y la llevaba en la mano como única arma. Siguió cabalgando por el bosque que parecía en llamas por la luz del sol poniente.

—Siguiendo al sol... —había dicho el Loco de la Cabaña del Bosque.

Poco a poco fue oscureciendo. El anillo de su dedo empezó a iluminarse. No tanto

como para alumbrarlo, pero sí para animarlo. No oyó otra cosa que los típicos sonidos nocturnos del bosque a los que ya se había acostumbrado. El caballo avanzaba rápido y seguro. Después de un rato Tiuri notó que había llegado a un sendero; tenía muchas curvas, pero parecía ir hacia el oeste.

Entonces ocurrió.

Un susurrar que no era del viento entre los árboles... un crujir de ramas, no a causa de las patas de animales... De repente aparecieron a ambos lados del camino... uno incluso saliendo de un árbol. Muchos hombres, unos diez, rodearon el caballo de Tiuri y le ordenaron que se detuviera. Uno de ellos sostenía un farol en alto y, con su luz, Tiuri pudo verlos: tipos rudos y barbados, armados con palos, espadas y puñales.

—¡Alto! —le ordenaron—. ¡La bolsa o la vida!

¡Eran ladrones!

Tiuri estaba muy asustado y le temblaba todo el cuerpo. Pero tuvo el valor suficiente como para no mostrar su miedo. Miró las caras amenazantes y dijo:

—No tengo dinero, nada.

—¡Ahá! —exclamó el ladrón que llevaba el farol mientras enfocaba la luz a la cara de Tiuri—. No tienes aspecto de rico, pero tu caballo es bueno.

—Y tiene un bonito anillo en el dedo —dijo otro agarrando la mano de Tiuri.

Tiuri retiró la mano y con la otra levantó el palo.

—Vi el anillo desde lejos —dijo un tercer ladrón—. Brilla.

—Dejadme seguir —dijo Tiuri. Su voz sonó firme pero el corazón le latía como loco.

Los ladrones se sorprendieron tanto que retrocedieron un poco.

—Bien, bien —dijo uno de ellos—. Tiene agallas.

—No te dejaremos ir hasta que no nos hayas dado todo lo que tienes —dijo el que había visto brillar el anillo. Se acercó y cogió al caballo por las riendas. El animal levantó la cabeza y resopló furioso.

A Tiuri se le pasó por la cabeza que quizás una huida rápida podía salvarle. Pero antes de poder intentarlo los demás ladrones también se habían acercado levantando amenazadoramente sus armas.

—Vamos, no puedes con nosotros —dijo el ladrón que tenía al caballo por las riendas—. Tu vida no nos sirve para nada, pero tenemos que quedarnos con tu dinero.

Se dirigió a los demás y ordenó:

—¡Quitadle ese palo antes de que os pegue en la cabeza!

Por lo visto era el jefe.

Tiuri agarró el palo con más fuerza y dijo:

—No llevo nada. Ni un centavo. No se van a enriquecer conmigo. Déjenme ir.

Uno de los ladrones se rió a carcajadas y otro exclamó:

—¡Ciérrale la boca! ¡Tírale del caballo!

El caballo negro volvió a levantar la cabeza y relinchó.

El jefe soltó las riendas y dijo con brusquedad:

—Tienes pinta de pobre, joven, pero llevas un anillo enormemente bello en el dedo. Lo quiero para mí.

¡El anillo! «Ojalá no me lo hubiera puesto nunca», pensó Tiuri desesperado y dijo:

—No tendrás el anillo.

—¡Habrás visto! —exclamó el jefe de los ladrones—. ¡Bájate del caballo y hazlo ya!

Unas manos bruscas agarraron a Tiuri, lo despojaron de su palo y lo tiraron del caballo. Fue terrible. El caballo se encabritó y relinchó, y tuvo que ser sujetado por tres ladrones. Los otros acorralaron a Tiuri, pero el jefe los apartó de un empujón y gritó:

—¡Quitadle las manos de encima! Yo fui el primero en ver el anillo; brillaba en la lejanía como una estrella.

Los ladrones obedecieron pero siguieron acosando a Tiuri con caras amenazantes. El joven respiró profundamente, rodeó una de sus manos con la otra y repitió:

—No tendrá el anillo. ¡Nunca!

—Lo cogeré —dijo el jefe—, y deberás ser muy habilidoso para conseguir impedírmelo. ¿Por qué cabalgas por aquí de noche y a deshora?

El valor de Tiuri se vino abajo. No podía perder el anillo. Tenía que enseñárselo al ermitaño que vivía junto a la fuente para que le ayudara a cruzar las montañas. No, no podía perder el anillo.

Miró al jefe.

—Estoy indefenso frente a usted —dijo—. No tengo armas y estoy solo. Pero no puedo desprenderme del anillo. Prefiero morir a dárselo.

Dijo aquello con temeridad y no podía esperar que diese resultado.

—¡Vaya!, no hables tanto —dijo impaciente uno de los ladrones.

—¡Córtale el dedo! —exclamó riendo otro—. Así acabaremos de una vez.

—Me siento impotente —dijo Tiuri al jefe—, pero le suplico que me permita quedarme este anillo. Ha pertenecido a alguien que ha muerto y al que tengo gran aprecio.

El jefe de los ladrones se le acercó mucho y le agarró la mano.

—Bien, así que aprecias el anillo. Pero supongo que también aprecias tus dedos. Te cortaré un dedo. ¿Qué me dices?

—Nada —contestó Tiuri mientras intentaba retirar la mano inútilmente.

—Pero te dejaré el anillo. ¿Qué dices ahora?

Tiuri miró al ladrón sin comprender.

—¿A qué se refiere? —dijo balbuciendo.

—A que te corto un dedo en lugar de coger el anillo. Un dedo a cambio de tu anillo. ¿Qué me dices?

Tiuri se echó a temblar. ¿Dejarse cortar el dedo? ¿Pero el anillo entonces? ¿El anillo del valiente Caballero del Escudo Blanco? Tenía que enseñar el anillo al ermitaño.

—Hágalo —dijo con el valor que infunde la desesperación—. Me seguirán quedando cuatro dedos.

Se oyó hablar a sí mismo como si fuera otra persona y se sorprendió de sus propias

palabras.

El jefe le soltó la mano.

–Bien –dijo con brusquedad.

Otro ladrón se puso a su lado y desenvainó la espada.

–¿Puedo hacerlo yo? –dijo riéndose por lo bajo–. Mi espada está afilada.

Tiuri cerró un momento los ojos, pero no retiró lo que había dicho.

–¡Déjame hacerlo a mí! –siseó el ladrón.

Tiuri volvió a abrir los ojos y vio cómo el jefe le quitaba la espada al ladrón y le retorció la oreja.

–¡Toma! –exclamó–. Esto es lo que te voy a dar. No le pongas la mano encima a este joven.

Recorrió a todos con la mirada y siguió diciendo:

–Tiene más valor en un solo dedo que todos vosotros juntos en todo el cuerpo.

Se dirigió a Tiuri y le dijo:

–Guarda tu anillo. Lo has defendido con valentía. Escóndelo bien porque hay más ladrones en este bosque.

Tiuri casi no podía creerlo; de pronto se había quitado un gran peso de encima.

–Vete –le ordenó el jefe–. Y te aconsejo que dejes esta zona. Me quedo con tu caballo. Con algo me tengo que quedar, ¿no?

¡El fiel caballo negro!

–Pero... –empezó a decir Tiuri–, eso...

–¡Ya está bien de charlas! –bramó el jefe–. ¡Lárgate antes de que me arrepienta!

Levantó su daga y miró furioso a Tiuri. Los demás empezaron a mascullar amenazantes.

Tiuri dudó un momento, pero entendió que era mejor obedecer. Se dio la vuelta y se alejó con rodillas temblorosas. Oyó a los ladrones hablando en tono de pelea. Escuchó la voz del jefe que les ordenaba enfadado que se callaran y obedecieran. Oyó relinchar al caballo. Entonces volvió la vista.

Los ladrones se iban rodeando al caballo. Desaparecieron en pocos segundos. Pudo ver el resplandor del farol durante un momento, pero después también desapareció.

Tiuri avanzó un poco a trompicones, se dejó caer al suelo y lloró. Lloró por el miedo que había pasado y por la pérdida del caballo negro.

5. Los Caballeros Grises

Cuando Tiuri se hubo recuperado, se sacó el anillo del dedo y se lo volvió a colgar del cuello. Después se levantó y siguió andando a tientas por el oscuro bosque. Se había desviado del sendero y el terreno, accidentado, estaba lleno de peñascos y piedras.

Finalmente no pudo más. Se desplomó en el suelo y se durmió como si estuviera anestesiado.

Se despertó muy temprano y notó que estaba cerca de un sendero, posiblemente el mismo en el que se había encontrado por la noche con los ladrones. Lo siguió durante un trecho. A su izquierda las montañas eran cada vez más escarpadas, apenas pobladas por delgados pinos. El sol brillaba sobre el sendero.

Después de un rato oyó el murmullo de un riachuelo y, al mismo tiempo, descubrió a su izquierda, en medio de una de las montañas, la entrada de una pequeña cueva. Aquél sería un buen lugar para descansar; no se sentía capaz de continuar por mucho tiempo. Pero primero tenía que ir a buscar agua. Llegó al riachuelo que cruzaba el camino y, después de haber bebido, vio que cerca de allí había unas plantas como las que el Loco había arrancado del suelo. Volvió con un par de grandes raíces negras en la mano, escaló la montaña y entró en la cueva. Era baja y poco profunda, pero no parecía ser la guarida de ningún animal. Se sentó apoyando la espalda contra una pared rocosa y se comió las raíces. Después se adormiló un poco, a pesar de la incómoda postura.

Se despertó asustado por el sonido de voces. Miró con cuidado al exterior. En el sendero, al pie de la montaña, había tres hombres hablando. Reconoció de golpe a algunos de los ladrones.

—¿Dónde está ahora el jefe? —masculló uno de ellos.

—Está intentando montar su caballo nuevo —dijo otro con risa burlona—. Ya se ha caído dos veces.

—Le ha tirado —dijo el tercero regodeándose.

Los tres se rieron, pero uno de ellos siseó de pronto:

—¡Silencio!

Dos hombres se acercaban; uno de ellos era el jefe de los ladrones.

—Y ahora a cerrar la boca y a buscar un refugio —dijo este último cuando llegó a la altura de los tres—. Viene para acá y estará aquí en un momento.

Los ladrones obedecieron inmediatamente; dejaron el sendero y se escondieron detrás de los peñascos y arbustos al otro lado de la montaña. El jefe también desapareció.

Tiuri creyó entender que no estaban planeando nada bueno. ¿Quién venía y estaría aquí ya mismo? Cogió algunas piedras que había en la cueva y las amontonó en la entrada. Después se tumbó boca abajo, fijó la mirada en el sendero y esperó acontecimientos.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

En la lejanía se oyó un ruido de cascos —tocotoc, tocotoc— y poco tiempo después llegó un caballero por el este. Cabalgaba muy despacio y Tiuri pudo verlo bien. Iba vestido con una cota de malla gris oscura y de su brazo colgaba un escudo gris; gris era su caballo y gris pálido su casco con la visera bajada, gris también el manto que llevaba. Pero de su cuello colgaba algo que brillaba al sol: un gran cuerno que parecía de plata.

Tiuri vio que los arbustos se movían y contuvo la respiración. Seguro que los ladrones

andaban tras él. Tenía aspecto aguerrido, pero era dudoso que pudiera hacer nada contra cinco hombres. «Tengo que ayudarlo», pensó, «avisarle...».

En aquel momento los ladrones profirieron un fuerte grito y surgieron de pronto.

—¡Alto! —le gritaron al caballero—. ¡La bolsa o la vida!

El caballero detuvo su caballo. Tiuri se incorporó y cogió una piedra. El caballero levantó su visera, se llevó el cuerno a la boca y dio un fuerte toque. Después se bajó rápidamente la visera y sacó su espada.

Los ladrones parecían algo asustados por el toque del cuerno. Dudaron un poco antes de repetir su mandato:

—La bolsa o la vida.

—No tendréis ninguna de las dos cosas —dijo el caballero levantando la espada. Al mismo tiempo se oyó el sonido de voces y más ruido de cascos en el sendero.

Los ladrones se miraron y pareció que querían emprender la huida. El caballero espoleó su caballo y les pasó de largo, pero un poco más adelante se dio la vuelta y se detuvo:

—¡No huyáis, cobardes! —dijo—. Vamos, atacadme como teníais pensado.

—¡Atacad, cobardes! —ordenó el jefe, mientras se abalanzaba sobre el caballero espada en mano.

Pero los otros cuatro gritaron atemorizados. Siete caballeros llegaban a toda prisa por el sendero; iban en caballos grises y todos vestidos de gris. Tres caballeros con casco y espada, y cuatro jóvenes, probablemente escuderos.

Tiuri seguía en la cueva. Su ayuda ya no era necesaria y le bastaba con observar. En un abrir y cerrar de ojos, cuatro de los ladrones, entre ellos el jefe, habían sido desarmados y atados. El quinto huyó y fue perseguido por dos de los caballeros. Los demás se amontonaron al pie de la montaña de Tiuri y el caballero del cuerno de plata habló a los prisioneros.

«Ésta es la compañía que oí antes de ayer», pensó Tiuri. «Vi a uno de los escuderos. ¿Quiénes serán?»

Ninguno de los caballeros se levantó la visera y no llevaban armas en los escudos. El del cuerno, que debía ser su jefe, dijo en tono serio:

—Bien, ahora pagaréis por vuestras fechorías. Saltear caminos está prohibido en el reino de Dagonaut, al igual que en cualquier reino en el que impere el orden.

—¡Piedad! —suplicó uno de los ladrones.

—Y además sois unos cobardes. Os atrevéis a atacar a viajeros solitarios, pero huís ante compañías más grandes. Colgaréis de un árbol antes de que se ponga el sol.

—Señor caballero —dijo el jefe—, soy ladrón, no puedo negarlo. Pero nunca he matado a nadie. ¿Por qué quieres matarme?

Tiuri sintió un poco de lástima por él. Después de todo, el jefe le había permitido quedarse con el anillo.

En aquel momento regresaban los dos caballeros; uno de ellos llevaba con él al ladrón

huido y el otro llevaba, además del suyo, a otro caballo por las riendas. Tiuri lo reconocería entre mil: el caballo negro del Caballero del Escudo Blanco.

Cuando el Caballero Gris del cuerno les vio acercarse se bajó del caballo y fue a su encuentro. Estuvieron hablando un momento en voz baja observando el caballo negro. Después se unieron a los demás.

El caballero del cuerno se volvió a dirigir a los ladrones y preguntó en tono severo:

—¿De quién es este caballo?

—Es suyo —contestó uno de los ladrones señalando al jefe con la cabeza.

—Vaya —dijo el caballero—. ¿Cómo has conseguido este caballo? ¿A quién se lo has robado?

—Ese caballo es mío —contestó el jefe malhumorado.

—¡Eso es mentira! Lo has robado. Porque yo conozco este caballo, ladrón.

—Hay más caballos negros en el mundo.

—No sabes nada de caballos —comentó el Caballero Gris—. Ninguno es igual a otro. Reconocería este caballo en cualquier parte y también sé como se llama... Ardanwen es su nombre, o Viento de la Noche, y es una vergüenza que alguien como tú se atreva a montar en su lomo.

Tiuri escuchaba todo cada vez más sorprendido. Aquellos caballeros conocían el caballo y, por lo tanto, también al Caballero Negro del Escudo Blanco. Pensó en salir de su escondite y hablarles, pero algo, no habría sabido decir qué, lo retuvo. Se quedó sentado en su cueva y escuchó expectante.

El jefe había agachado la cabeza y guardaba silencio.

—¿A quién le has robado el caballo? —preguntó el Caballero Gris en tono enfadado.

—A un joven que pasó anoche por aquí —contestó uno de los ladrones.

—Así es —dijo el jefe de mal humor.

El caballero se acercó a él y le preguntó con gran tensión al parecer:

—¿Un joven que pasó anoche por aquí? ¿Qué aspecto tenía? ¿Era joven, no mayor de diecisiete años, de pelo oscuro y ojos de color azul grisáceo, vestido con una túnica blanca?

—Su ropa no parecía muy blanca —contestó el jefe—, pero creo que el resto sí encaja. Sus ojos eran de color azul grisáceo...

—Y su pelo era oscuro —intervino otro de los ladrones.

—Y en el dedo llevaba...

—Un anillo —dijo el Caballero Gris—, brillante como una estrella.

—Sí, señor caballero —dijo el jefe—. Era un anillo muy particular, un anillo brillante en su mano izquierda.

Los Caballeros Grises parecieron sufrir una gran conmoción ante aquella noticia.

—¿Dónde está? —preguntó uno de ellos.

—¿Dónde está el anillo? —preguntó otro.

—No le he hecho ningún daño, caballeros —contestó el jefe—. Y dejé que se quedara con

el anillo.

–Otra mentira –dijo con brusquedad el caballero del cuerno–. ¿Por qué ibas a robar el caballo y no una alhaja tan valiosa? ¡Dámela!

–No la tengo, lo juro. Parecía muy unido a aquella cosa y dejé que la conservara y que marchara en paz.

–Es verdad –dijeron los demás ladrones respaldando sus palabras.

Los Caballeros Grises empezaron a hablar en voz baja entre ellos; Tiuri no entendía lo que decían.

–Habría sido mejor que no lo hubieras hecho –dijo al final el caballero del cuerno.

–¿Mejor que no? –preguntó el jefe.

–Usted es un ladrón y un canalla, pero creo que ese joven le supera. Si le hubiese matado, habría tenido su merecido.

El jefe pareció sorprenderse al oír aquello. Pero Tiuri se sorprendió aún más. Estaba perplejo.

–¿Adónde ha ido? –preguntó otro caballero en tono furioso–. ¡Rápido!, di adónde fue.

–Se internó en el bosque, hacia allá –dijo el jefe señalando con la cabeza–. Pero no le seguí con la vista.

–No habrá llegado muy lejos –dijo un segundo ladrón–, porque tuvo que irse a pie.

–¿Por qué le busca? –preguntó el jefe.

–Eso no es asunto suyo –contestó el caballero del cuerno–. Pero le estoy tan agradecido por sus noticias que estoy dispuesto a perdonarle la vida y concederle la libertad. Con una condición: busque a ese joven y tráiganoslo si lo encuentra, vivo o muerto, pero preferiblemente vivo. Sepa que es peligroso.

–No me sorprende nada –dijo uno de los ladrones, el que había querido cortar el dedo a Tiuri.

–Soltadles las ataduras –ordenó el caballero a los escuderos–. Les concedo el perdón... Pero –añadió– volveré, perseguiré y colgaré al que siga siendo ladrón. El orden y la seguridad deben ser mantenidos en este reino.

–Algún día limpiaremos este bosque de chusma –dijo el caballero que estaba a su lado–. Ahora tenemos otro asunto más importante del que ocuparnos. Buscad al joven por nosotros, ladrones.

Poco después siguieron su camino en dos grupos. En el primero iban los Caballeros Grises y su comitiva llevándose el caballo negro. Les seguían los ladrones hablando en voz baja entre ellos. Todos desaparecieron por el oeste.

Tiuri seguía desconcertado en la cueva. Los Caballeros Grises le estaban buscando... querían atraparlo, vivo o muerto. ¿Por qué? No eran los Caballeros Rojos, ¿no? En cualquier caso eran enemigos, enemigos temibles. Agradeció su buena estrella al no haber aparecido.

Entonces le sobrevino un gran desaliento. Tenía que seguir hacia el oeste, pero los

Caballeros Grises le buscaban y los ladrones le acechaban. Posiblemente también era seguido o esperado por los Caballeros Rojos del Caballero del Escudo Rojo... y quizás también hubiera más seres que reptan y se arrastran, como había dicho el Loco de la Cabaña del Bosque. ¿Cómo iba a cumplir su misión, solo, a pie y desarmado?

Sacó la carta, le dio varias vueltas en los dedos. Una cosa tan pequeña y un mensaje tan importante...

¿Qué podía contener que fuese tan importante como para arriesgar su vida? ¿Y si la abría y la leía? «Eso sólo en caso de necesidad», le había dicho el Caballero del Escudo Blanco.

¿No era aquél un caso de necesidad? Leer la carta y destruirla... transmitir el mensaje de palabra si era lo bastante importante. ¿Por qué iba a arriesgarse por algo cuyo contenido y significado desconocía? Era una tontería, ¿no?

Acarició los sellos con dedos temblorosos. «Sólo si corres el riesgo de perder la carta...» No había nadie cerca; los Caballeros Grises no habían hablado de la carta. No, claro que no; se lo habrán pensado dos veces.

Seguro que el Caballero Negro del Escudo Blanco no había previsto tantos peligros. ¿O sí?

«No puedo hacerlo», pensó Tiuri. «Es irrealizable.»

Entonces en su mente se oyó a sí mismo decir: «Juro entregar la carta a salvo... Si fuese caballero, lo haría por mi honor».

Sus dudas desaparecieron. Volvió a guardar la carta; aún no era el momento de abrirla. Y se dijo a sí mismo: «Tengo que continuar el viaje e intentarlo; lo he jurado. ¡Voy a ver al rey Unauwen del país al oeste de la Gran Cordillera!».

6. Los monjes y el monasterio Marrón

Tiuri pasó todo el día escondido en la cueva. Los Caballeros Grises seguían buscándole; tenía que encargarse de que la distancia que le separaba de ellos fuera lo más grande posible. Sólo salió una vez para beber un poco de agua del riachuelo.

Fue una espera larga y aburrida. Intentó dormir un poco, pero no lo consiguió del todo acostado sobre el duro suelo rocoso. Se entretuvo un rato mirando a dos ardillas que jugaban en un árbol frente a él. Se apenó cuando se fueron a otra parte.

Cuando empezó a anochecer se puso otra vez en camino. Anduvo en paralelo al sendero todo lo que pudo, siempre vigilante y alerta. La noche duró una eternidad y avanzó despacio. Pero no encontró enemigos.

Por la mañana temprano estaba descansando detrás de unos arbustos. Calculó que llevaba seis días de viaje. ¿Cuándo saldría por fin del bosque? Se preguntaba si seguir o

no. Optó por lo primero: durante el día podía ver mejor y por lo tanto andar más rápido. Siempre habría peligros.

De pronto volvió a quedarse inmóvil y tenso. Oyó el arrastrar de pies. Espió el camino, que estaba cerca, a través de las hojas. Venía gente.

Vio enseguida quiénes eran. No eran ladrones, ni jinetes, ni Caballeros Rojos, sino dos monjes con hábitos marrones. Tenían aspecto cordial y apacible.

«De esta gente puedo fiarme», pensó Tiuri. «¿Y si fuera con ellos? Tal vez su compañía me ofrezca un poco de protección.»

Se levantó, salió al camino y dijo:

–Buenos días.

Los monjes se detuvieron.

–Que Dios le bendiga –dijo uno de ellos.

No parecieron sorprendidos al verle o, si lo estaban, no lo hicieron notar, aunque Tiuri tenía suficiente aspecto de vagabundo como para despertar cierta sorpresa.

Tiuri los miró. Ambos inspiraban confianza. Uno era mayor, alto y delgado, con la cara tostada y el pelo gris. El otro era pequeño y bastante joven, con la cara pecosa y ojos penetrantes de color gris claro.

–Están muy pronto de camino, reverendos hermanos –dijo y después calló, no sabiendo muy bien qué más decir.

–Tú también, hijo mío –dijo el mayor de los monjes.

–¿Van ustedes hacia el oeste?

–Sí –contestó el segundo monje señalando el camino–. Vamos de camino a nuestro monasterio.

–¿Puedo ir con ustedes?

–Pues claro, hijo mío –dijo el monje mayor–. Andamos sin prisa pero sin pausa y puedes venir con nosotros hasta donde quieras.

–Gracias –dijo Tiuri.

–En ese caso te contaré quiénes somos –siguió diciendo el monje mayor–. Éste es el hermano Martín y yo soy el hermano Laurentius. Vivimos en el monasterio Marrón junto al río Verde.

Tiuri hizo una inclinación y dudó si responder. ¿Se atrevería a dar su nombre? No es que temiera a aquellos monjes, pero podrían contárselo a otras personas.

–No importa cuál sea tu nombre, hijo mío –dijo el hermano Laurentius–. Vamos, tenemos que continuar.

–¡Ah!, ustedes pueden saberlo –dijo Tiuri–. Es que no sé... Es difícil de decir, pero...

–Calla, hijo mío –dijo el monje mayor–. Que lo digas o no... a nosotros nos da igual.

Avanzaron un rato sin decir nada.

–¿Está su monasterio lejos de aquí? –preguntó Tiuri.

–Esperamos llegar antes de que anochezca –contestó el hermano Martín.

–¿Dónde está?

—Al final de este sendero —contestó el monje—, en el límite del bosque.

—Junto al río Verde, ¿no? Yo tengo que ir al río Azul.

—Eso está más al norte —comentó el hermano Laurentius—, donde el Gran Camino se dirige hacia el oeste.

«Así que me he desviado», pensó Tiuri.

—¿Está lejos del monasterio? —preguntó.

—No, no tan lejos —contestó el hermano Laurentius—. Creo que a un día de viaje. ¿No es así, hermano Martín?

—No estará mucho más lejos —contestó el otro monje, mientras miraba a Tiuri atentamente de soslayo.

El sendero era ancho y agradable para andar. «Es como si estuviésemos dando un tranquilo paseo», pensó Tiuri. El bosque era tan apacible. De pronto parecía tener un carácter muy diferente. ¿Sería por los monjes? De todos modos no podía evitar mirar de vez en cuando a su alrededor.

Notó que el hermano Martín volvía a observarle.

—¿De dónde viene usted, hermano? —preguntó.

—De un pequeño pueblo de allí, del sur, al otro lado de las montañas —contestó el monje señalando con el pulgar por encima del hombro—. Había allí muchas enfermedades y era necesaria nuestra ayuda.

—¿No tienen miedo a viajar por el bosque? —preguntó Tiuri—. Hay ladrones por aquí.

—Lo sabemos —dijo el hermano Laurentius con cierta tristeza—. Nos apena saber que están ahí. Pero no les tememos... ¿qué iban a robarnos?

—Pero tú sí temes algo —dijo el hermano Martín—. Ya te he visto mirar un par de veces a tu alrededor, como si temieras que algo te asaltara. ¿Qué ocurre?

Tiuri se puso un poco colorado y tardó en contestar.

—Los ladrones me atacaron ayer por la noche —dijo al fin.

—¡Oh! —exclamó el hermano Martín—. ¿Te hicieron daño?

—Me robaron.

—Se te nota, hijo mío —dijo el hermano Laurentius compasivo.

Tiuri les hizo creer que su aspecto era consecuencia del encuentro con los ladrones.

—Hay que hacer algo al respecto —dijo el hermano Martín frunciendo el ceño. Y dirigiéndose a Tiuri añadió—: Creo que ya no tienes nada más que temer. Los ladrones nunca se acercan tanto al límite del bosque. Además, parece que ya no pueden robarte mucho más.

«¡Mucho más!», pensó Tiuri, pero no dijo nada.

—Pero no sólo temes a los ladrones —dijo el hermano Martín—. Hay algo más, ¿no es cierto?

—¿Por qué piensa eso? —preguntó Tiuri.

—No me parece que seas cobarde, y ya no tienes muchas razones para temer a los ladrones, menos ahora, a la clara luz del día. Así que hay algo más.

—¿Tienes la conciencia tranquila? —preguntó el hermano Laurentius.

—Sí —contestó Tiuri—, creo que sí... Estoy seguro.

—Entonces no tienes nada que temer —dijo el viejo monje.

—Olvidalo al menos durante un rato —comentó el joven. Señaló hacia delante y añadió—: El bosque es hermoso, hace buen tiempo y es un bonito día.

Siguieron andando y, en efecto, el miedo de Tiuri desapareció, pero seguía estando alerta.

Después de una hora más o menos, el hermano Martín le preguntó si tenía hambre.

¡Vaya que si la tenía! Pero Tiuri dijo educadamente:

—Sí, hermano Martín.

—Teníamos que haberlo previsto —dijo el hermano Laurentius—. A este joven ya no le queda nada y tampoco comida, claro.

Se sentaron al borde del camino y los monjes compartieron su pan con Tiuri. Después continuaron. Los monjes hablaban a ratos entre ellos, sobre su trabajo en los pueblos vecinos, sobre plantas que veían crecer a lo largo del sendero. También hablaban con Tiuri, pero no le hicieron ninguna pregunta. Por la tarde volvieron a descansar y comieron algo.

—Seguro que llegamos a casa a tiempo —dijo el hermano Laurentius, satisfecho cuando volvieron a continuar la marcha.

—¿Cuál es tu destino? —preguntó a Tiuri el hermano Martín.

—El río Azul —contestó el joven.

—El río Azul... Junto a su nacimiento vive un ermitaño —dijo el hermano Laurentius pensativo—. Se llama Menaures. ¿No es así, hermano Martín?

—Sí, Menaures —contestó—. Es muy sabio y muy anciano. Antes había peregrinos que iban a su cabaña en las montañas.

—¿Lo conocen? —preguntó Tiuri con mucho interés.

Los monjes negaron con la cabeza.

—El padre Hyronimus lo conoce —dijo el hermano Laurentius—. Nuestro abad.

—¡Ah! —exclamó Tiuri.

—Puedes pasar la noche con nosotros —dijo el hermano Martín.

—Me gustaría, si es posible —aceptó Tiuri agradecido.

—Los viajeros valientes siempre son bienvenidos —dijo el hermano Laurentius.

—Me llamo Tiuri —confesó el joven de forma impulsiva.

El hermano Martín sonrió y el hermano Laurentius le hizo un gesto de aprobación con amabilidad.

El joven preguntó a los monjes si habían visto gente en el bosque. No, no se habían encontrado con nadie. Sí habían oído toques de cuernos en la lejanía.

Entretanto el sol ya había completado una gran parte de su viaje diario. Parecía estar en el oeste al final de su camino. Para los tres viajeros era como si anduviesen por un

pasillo en penumbras; delante de ellos veían un trozo de cielo dorado rodeado por una oscura arboleda.

—Ya casi estamos —dijo el hermano Martín.

Poco después llegaron al límite del bosque. Delante de ellos se extendía un país al rojo vivo, con campos labrados y pequeñas casas blancas y grupos de árboles por aquí y por allá; por detrás, montañas azules vagas y lejanas. El bosque continuaba hacia el sur, pero un poco antes Tiuri vio una pequeña iglesia y otro edificio, ambos de madera y piedra marrón. Un sendero tortuoso llevaba hasta allí.

—Aquel es nuestro monasterio —dijo el hermano Laurentius señalando hacia él—, y allí puedes ver un camino que va hacia el norte; se une al Gran Camino hacia el oeste, junto al río Azul. El río Verde no se ve desde aquí; fluye por el bosque detrás del monasterio.

Fueron hacia allí. Tiuri volvió otra vez la vista hacia el bosque. Se alegraba de haber salido de él; una parte de su viaje quedaba así cerrada.

No había pasado ni un cuarto de hora cuando el hermano Laurentius llamaba a la puerta del monasterio. El celador, un hombre pequeño y sonrosado, abrió la puerta y les saludó cordialmente. Entraron en un pequeño patio rodeado por un claustro. Tenía un aspecto agradable, lleno de flores abiertas y con un pozo en el centro.

—Tu jardín vuelve a tener un aspecto estupendo, hermano Julius —dijo el hermano Laurentius.

—Muy bonito —dijo Tiuri dando un suspiro de satisfacción.

El celador le miró radiante.

—Éste es Tiuri —dijo el hermano Martín—. Nos encontramos con él en el camino y se quedará a pasar la noche. La paz de este lugar le sentará bien porque acaba de ser atacado por ladrones y le han robado todo.

—¡Ay, no! —exclamó el celador—. Gracias a Dios que conserva su vida y sus miembros. Y eso es mucho, joven mío, eso es mucho; consuélate con ello —observó a Tiuri de pies a cabeza y siguió diciendo—: ¿Vienes cruzando el bosque desde el este?

—Sí, hermano —contestó Tiuri.

—Hay más jóvenes, creo, que vienen del este a través del bosque —continuó diciendo el celador—, pero puede ser... Sí, puede ser.

—¿Qué pasa? —preguntó Tiuri un poco intranquilo de repente.

—Esta mañana alguien se acercó a la puerta y me preguntó por un joven... de tu edad más o menos. Tenía la voz grave y preguntó... sí, qué era lo que dijo...

—¿Qué dijo? —preguntó Tiuri—. ¿Qué aspecto tenía?

—Era un caballero, un caballero de gris. Con él iba un escudero. Yo estaba ocupado en el jardín cuando llamó a la puerta. Abrí y allí estaba él preguntando por un joven. Un joven de ojos azules, más o menos como tú. Estaba un poco impaciente, pero le dije: «¿Querría levantarse la visera, señor caballero, y decirme quién es?». Prefiero hablar con una cara, ¿sabes? Y entonces lo hizo, me refiero a levantarse la visera... aunque no dijo su nombre.

—¿Qué aspecto tenía? —volvió a preguntar Tiuri con ansiedad.

—Era un caballero rudo, muy moreno y barbado. Bueno, le dije que no había visto a ningún joven así... Entonces tampoco lo había hecho, ¿ves?... Después se fue cabalgando a toda prisa. Lo seguí con la mirada y lo vi desaparecer en el bosque. Y allí oí sonar un cuerno, muy alto y claro...

Tiuri había palidecido. Incluso allí, en aquel monasterio seguro, había estado el enemigo. Los tres monjes le miraron detenidamente.

—¿Conoces a ese caballero? —preguntó el hermano Martín.

—No —contestó Tiuri diciendo la verdad—. No conozco a ninguno de ellos. Son cuatro y además están sus escuderos. Y me están buscando.

—¿Por qué? —preguntó el celador.

—No lo sé —respondió Tiuri—. O en realidad sí lo sé, creo, pero no puedo decirlo. Si me encuentran me matarán.

Dio la impresión de que una sombra oscura sobrevolara el agradable patio.

El hermano Martín puso una mano en el hombro de Tiuri. El joven le miró y dijo:

—No conozco a esos caballeros, no les he hecho nada. Pero me acosan y desean mi muerte.

—Tienes algo misterioso —dijo el monje—, y deduzco de tus palabras que hay cosas que no quieres o no puedes contarnos. Pero en este monasterio estás a salvo. Ningún caballero de gris podrá hacerte nada aquí.

—Es un lugar sagrado —dijo Tiuri.

—Sí, éste es un lugar sagrado —repitió el hermano Martín.

—Les agradezco su confianza en mí. Me alegra poder quedarme aquí.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras —dijo el hermano Laurentius.

—Hasta mañana —dijo Tiuri—. Después tendré que seguir.

Suspiró sin querer. El mundo exterior parecía tan hostil y lleno de peligros.

—No te preocupes por el día de mañana —dijo el hermano Martín—. Primero tienes que descansar.

—Si ese caballero vuelve, no le diré nada —prometió el celador—. ¡Y que tú seas ese joven! ¡Ay! Ahora me acuerdo de otra cosa... También dijo algo de un anillo... Tú no tienes ningún anillo, ¿no?

—Tengo un anillo —dijo Tiuri poniéndose la mano en el pecho.

—Vamos —dijo el hermano Martín—. Hermano Julius, ¿querría indicarle a Tiuri un lugar para dormir? El hermano Laurentius y yo tenemos que ir a ver al abad.

—Sígueme —dijo el celador a Tiuri—. Cenamos dentro de media hora; así que has llegado en un buen momento.

—Luego te volveremos a ver —dijo el hermano Martín y, junto al hermano Laurentius, se alejaron haciendo un amable gesto con la cabeza.

Tiuri siguió al celador por el claustro escaleras arriba. Entraron en un largo pasillo con muchas puertas. El celador se detuvo al final y abrió una de ellas.

—Puedes dormir aquí —dijo y desapareció.

Tiuri entró. Se encontró en una pequeña celda encalada, amueblada con una cama estrecha y un banco pequeño. Los últimos rayos de sol entraban a través de una ventana alta y profunda. Se sentó en la cama y miró el crucifijo que colgaba en la pared.

Sonaron pasos apresurados y el celador volvió con un hábito marrón desteñido en el brazo.

—Ten —dijo—, ponte esto. Es mejor que tus ropas rasgadas.

Un poco más tarde, Tiuri andaba por el jardín vestido con el hábito. El portero le indicó lleno de orgullo algunas flores raras. Después dijo que todavía tenía algunas cosas que hacer y dejó solo al joven.

Tiuri deambuló por el claustro desierto. En una esquina vio una puerta abierta que daba acceso a un segundo patio. Al final de él, unos escalones le condujeron a la iglesia. Entró despacio. Había algunos monjes de rodillas. En el altar lucía una vela. La tardía luz de la tarde entraba por las ventanas ahumadas y le daba a todo un brillo misterioso. Tiuri se arrodilló y entrelazó las manos.

Después de un rato se levantó y volvió al primer patio donde fue a su encuentro el hermano Martín, seguido por un monje alto y moreno. Este último se presentó como el padre Hyronimus, el abad, que dio a Tiuri una cálida bienvenida. Sonó una campana como señal de que era la hora de la cena.

En el comedor, Tiuri se sentó a una larga mesa entre los hermanos Martín y el celador, y disfrutó de la sencilla comida.

Después de cenar el abad le hizo gestos para que lo acompañara. Tiuri le siguió a su celda.

—El hermano Laurentius y el hermano Martín me lo han contado todo —dijo el abad—, todo lo que saben, al menos. Serás nuestro invitado hasta mañana y después seguirás viaje hasta el río Azul.

—Sí, padre Hyronimus —dijo Tiuri.

—¿Es este viaje peligroso para ti?

—Sí, padre Hyronimus.

—El hermano Martín me ha dicho que hay algo muy misterioso en ti. Todavía eres muy joven para hacer un viaje tan peligroso.

—Ya tengo dieciséis años.

El abad sonrió ligeramente.

—¿De dónde vienes? —preguntó—. Y ¿adónde vas?

—Vengo de la ciudad de Dagonaut —contestó Tiuri— y voy de camino al nacimiento del río Azul... a ver al ermitaño Menaures.

—¡El ermitaño Menaures! Hace mucho que no le veo. Salúdalo de mi parte cuando lo veas. ¿Es él la meta de tu viaje?

—N-no. En realidad no puedo contarle dónde voy...

Suspiró.

—Si tu cometido te guía hasta Menaures, ha de ser bueno —dijo el abad—. Y lo mismo me dicen tus ojos y tu voz. No te preguntaré a dónde vas y cuál es tu misión. Sólo quiero saber si puedo ayudarte en algo.

—¡Ay, padre! —exclamó Tiuri—, ¿sería tan amable de no decirle a nadie que he estado aquí y que me dirijo al río Azul?

—Te lo prometo —dijo el abad. Frunció el ceño y dijo, en parte para sí mismo—: Pero deberías tener un poco más de seguridad, ¿no? —calló un momento y después añadió—: Debes dejarte puesto el hábito que llevas. Si te cubres la cabeza con la capucha irás un poco camuflado.

—Gracias, padre Hyronimus —dijo Tiuri.

—Y ahora debes dormir. Que la paz de este lugar renueve tus fuerzas.

Tiuri volvió a darle las gracias y se fue a su celda. Aquella noche durmió tranquilo, sin soñar.

A la mañana siguiente se despidió del monasterio y de los monjes, especialmente de los hermanos Laurentius, Martín y Julius. Pero se arrodilló delante del abad y le pidió:

—Padre, deme su bendición.

El abad puso su mano sobre la cabeza de Tiuri y le bendijo:

—Que Dios te asista, hijo mío —dijo— en tu largo y difícil viaje.

TERCERA PARTE

EL CASTILLO DE MISTRINAUT

1. El peregrino y los Caballeros Grises

Fortalecido y animado, Tiuri se puso en camino hacia el río Azul. También se sentía a salvo; con el hábito marrón, la capucha sobre la cabeza y un bastón en la mano podía pasar por un peregrino. A los enemigos les costaría reconocer en él al joven que buscaban. Fue a buen paso por el camino que llevaba al norte pasando por los campos ondulados. A su derecha veía el bosque oscuro que había abandonado el día anterior. No vio a los Caballeros Grises ni oyó toque de cuernos. En los campos había gente trabajando que le saludaba amablemente cuando pasaba. Tiuri devolvía el saludo con igual amabilidad.

A media mañana apareció detrás de él un carro tirado por un burro. Sentado sobre el animal venía un campesino moreno que le preguntó si quería viajar un trecho con él. Tiuri aceptó agradecido la invitación. Un segundo después estaba sentado al lado del hombre y contestaba a su pregunta diciéndole que se dirigía al río Azul.

—Yo no voy tan lejos —dijo el campesino— pero puede venir un buen trecho conmigo, estimado hermano. Eso ahorra las piernas. Seguro que viene del monasterio Marrón, ¿no?

—Así es —contestó Tiuri.

—¿Está de peregrinaje? —preguntó el campesino.

—Sí —contestó Tiuri, «se podría decir así». Pensó que su viaje tenía algo de peregrinaje.

—Cuando yo era joven iban muchos peregrinos al río Azul. Iban río arriba hacia el manantial en el que nace. Allá en las montañas vivía por aquel entonces un ermitaño... ya no recuerdo cómo se llamaba. A lo mejor sigue viviendo allí. Sí, algunas personas no entienden por qué alguien va en peregrinación, pero yo siempre digo que puede ser muy útil, aunque no se pueda medir ni calcular. Uno se queda en casa y hace su trabajo, otro vagabundea muy lejos y así hace algo que también es del agrado del cielo. Yo siempre digo: ¡No sabes para lo que sirve! ¿No le parece, hermano? —no esperó respuesta sino que siguió diciendo:

»Antes, los lugareños sentían gran estima por los peregrinos, los ermitaños y gente así. Mi padre, que en paz descansa, lo contaba. Entonces eran tiempos difíciles, y cuando la gente no puede hacer algo por sí misma siempre espera ayuda del cielo. Yo no soy capaz de recordarlo bien, y usted nada de nada, claro. Pero habrá oído hablar alguna vez del poder maligno que reinaba en el castillo de Mistrinaut.

Tiuri nunca había oído nada de eso y guardó silencio. El campesino no pareció darse cuenta y siguió hablando.

—Ahora este país es seguro y próspero, gracias a Dios —dijo—. A lo mejor por eso hay menos peregrinos. ¿Ha estado alguna vez en el río Azul?

—No a esa altura —contestó Tiuri—. ¿Podré llegar antes de que sea de noche, no es cierto?

—¡Ah! Fácilmente. Esta noche podrá dormir en el castillo de Mistrinaut. Está en la otra orilla del río Azul, justo enfrente de donde el sendero se une al Gran Camino. Se ve desde lejos.

—¿El castillo de Mistrinaut? —preguntó Tiuri pensando en lo que acababa de oír sobre el poder maligno que allí reinaba.

—Sí, no pensará que allí quede algo que pueda temer ¿no? El actual señor del castillo ahuyentó el mal hace muchos años. ¿O es que no lo sabía? Este señor vino de otro país y venció al anterior señor del castillo. Acabó con los malos espíritus y hasta el propio rey le dio las gracias. Ahora Mistrinaut es un castillo hospitalario. El puente siempre está bajado, todo el mundo es bienvenido, te dan cama y tanta comida como puedas comer. Yo también he estado un par de veces cuando he ido a visitar a mi hermano que vive al otro lado del río...

Siguió hablando de su hermano, y después de su mujer, de sus niños y de su granja.

Hablaba muchísimo, pero eso a Tiuri le gustaba. Sólo tenía que escuchar y no tenía que hablar de sí mismo.

Al final de la mañana llegaron a una aldea, lugar al que iba el campesino. El amable hombre no quería despedirse sin que Tiuri hubiera comido con él.

—Buen viaje, hermano —dijo después—. Recuérdeme en sus oraciones. Espero que no llegue demasiado tarde al río Azul y al castillo. Creo que esta noche tendremos mal tiempo.

Hacía calor y lucía el sol cuando Tiuri retomó el camino a pie, pero avanzada la tarde el campesino tuvo razón. El cielo empezó a nublarse y se levantó un aire frío. Tiuri aceleró el paso. Vio el castillo delante de sí, perfilado contra el cielo oscuro. Aquél debía de ser Mistrinaut, y aquéllos eran también el río Azul y el Gran Camino.

Cuando puso el pie en el Gran Camino empezó a llover. El río Azul no era azul en absoluto, sino plomizo. Era más estrecho que a su paso por la ciudad de Dagonaut y la corriente parecía mucho más fuerte. En la otra orilla estaba el castillo.

Tiuri nunca había oído hablar de Mistrinaut, si bien conocía la mayoría de los nombres de los castillos del reino de Dagonaut. Pero esa parte del país estaba bastante aislada detrás del gran bosque y no solía desempeñar ningún papel en los relatos y la historia. Bajo la lluvia, miró al río y al castillo. Un puente tendido conducía a la puerta situada entre dos grandes torres. Le pareció que, a pesar del puente tendido, no tenía aspecto amistoso ni hospitalario. Era muy grande, oscuro y misterioso, con rudos muros y torres inaccesibles.

Miró alrededor; no había ningún escondite en las proximidades. «¿Por qué no cruzar el puente y pedir cobijo en el castillo?», pensó. «Con mi disfraz estoy a salvo y prefiero no

dormir al campo raso esta noche si no es necesario... Mira, allí se ilumina una ventana. Dentro se estará seco y confortable.»

Cruzó el puente y dejó caer la pesada aldaba de la puerta. Ésta se abrió inmediatamente.

—¡Entre! —dijo el centinela de la puerta—. ¡Vaya tiempo! ¿Se ha mojado mucho, reverendo hermano?

—Más o menos —contestó Tiuri—. Le deseo buenas noches. ¿Podría cobijarme aquí esta noche?

—Naturalmente —dijo el centinela—. ¿Ha sido invitado por el señor del castillo?

—No, en absoluto.

—¡Oh!, en cualquier caso sea bienvenido. La pregunta sólo era por pura formalidad. Cualquiera que pase por aquí puede quedarse a pernoctar. ¿Me acompaña?

Tiuri le siguió hasta una estancia pequeña y circular situada en una de las torres al lado de la puerta. Allí había un segundo centinela sentado a una mesa, mirando con ojos penetrantes las piezas de un ajedrez que tenía delante.

—Un huésped —dijo el primer guardián—. ¿Lo inscribes?

—Espera un momentito —dijo el segundo. Movi6 una de las piezas y después dijo satisfecho—: Tu torre est6 en peligro.

Después se levantó, fue hacia un armario que había en la estancia y sacó un libro grueso, una pluma y un tintero. Volvió a sentarse, abrió el libro y preguntó a Tiuri:

—¿Cuál es su nombre, hermano?

—Tarmin —dijo Tiuri. Éste fue el primer nombre que se le ocurrió.

—Hermano Tarmin —repitió el centinela. Mojó la pluma en la tinta y escribió el nombre despacio—. ¿Del monasterio Marrón? —preguntó.

Tiuri contestó afirmativamente.

También escribió aquello con esmero. El guardián sopló sobre las letras y cerró el libro.

—Bien —dijo—. Esto ya está. El señor del castillo quiere que los nombres de todos sus huéspedes queden registrados aquí. Poco a poco van siendo muchísimos.

Se dirigió al otro centinela.

—Te toca mover a ti —dijo señalando el ajedrez.

—Ten un poco de paciencia —contestó—. Primero le indicaré al hermano Tarmin el camino. Eres de lo que no hay, ni siquiera le has dado un saludo de bienvenida.

—Saludos, hermano Tarmin —dijo el centinela mientras se levantaba y se inclinaba con el libro bajo el brazo—. Rece por mí, un pobre pecador. Y no entretenga mucho rato a mi amigo; es tan lento de por sí... y permítale cuidar la torre... no me refiero a la de Mistrinaut, donde el puente ahora siempre está bajado, sino a la torre negra del ajedrez.

—Acompáñeme —dijo el primer centinela—. Con él no se puede hablar, sólo jugar al ajedrez.

Llevó a Tiuri al patio, en cuyo lado opuesto había una segunda puerta. Lo cruzaron a

la carrera (seguía lloviendo) y el centinela abrió la puerta con una gran llave.

—Si sigue todo recto —dijo— encontrará a alguien que le indicará dónde está el comedor y un lugar para dormir.

Tiuri le dio las gracias e hizo lo que le había dicho. Llegó a un segundo patio más grande y más bonito que el primero, pero triste y desierto bajo la lluvia. Al otro lado había una galería cubierta, bajo la que vio gente yendo y viniendo. Fue hacia allí. Un hombre vestido de azul se le acercó.

—Bienaventurada sea su noche —dijo Tiuri inclinándose—. Soy un peregrino y le pido cortésmente cobijo.

—Sea bienvenido, peregrino —dijo el hombre—. Vaya a aquella puerta, allí está la gran sala y comedor. Hay fuego en la chimenea. Puede secar sus ropas mojadas mientras espera la hora de cenar.

—Gracias —dijo Tiuri.

La gran sala se parecía un poco a la sala del castillo de Tehuri, su hogar, pero era más antigua y tenía un aspecto más sombrío. Las vigas del techo estaban ennegrecidas por el humo, los muros eran grises y estaban desgastados. Había muchos bancos largos y mesas sobre borriquetas. A un lado de la sala había una elevación a la que se accedía por una escalera de madera. También ahí había una mesa cubierta con un mantel blanco. Allí, claro, se sentaban el señor del castillo y su familia. Y en las ocasiones festivas, aquél era el lugar de los trovadores y músicos. Junto a la gran chimenea había un sirviente vestido de azul dando vueltas a un gran trozo de carne en un asador. Aquello olía deliciosamente. Tiuri fue hacia allí para secarse un poco.

—Buenas noches, hermano —dijo el sirviente sonriendo—. Ha llegado temprano. ¿Tiene mucha hambre? ¿O está usted ayunando?

—Hoy no —contestó Tiuri también sonriendo.

Entraron más sirvientes con cántaros y bandejas de hojalata con pan, que pusieron en las mesas. Uno de ellos encendió las antorchas que colgaban de anillos de hierro en las paredes. El espacio oscuro adquirió un aspecto muy distinto: todo cogió un brillo cálido y rojizo.

La mirada de Tiuri se detuvo en un tapiz que colgaba encima del lugar de la mesa que ocupaba el señor del castillo. Le pareció que lo representado cobraba vida de pronto. Había cosas sorprendentes en él, pensó... guerreros de grandes cabezas y yelmos alados que luchaban contra un monstruo draconiano con muchos cuellos serpenteantes y cabezas crueles. Era bonito, misterioso y también un poco espeluznante bajo la luz oscilante de las antorchas.

Uno de los sirvientes golpeó un gong. Entró más gente, habitantes del castillo y huéspedes buscando un sitio en las largas mesas. Tiuri buscó un rincón oscuro. La gente que se sentó a su mesa lo saludó pero no le prestó mucha más atención. Se fijaron más en otro huésped que era vendedor ambulante y enseñaba todo tipo de mercancías a la vez que hablaba por los codos.

Los últimos en entrar fueron el señor del castillo y su familia. El señor era un hombre alto y robusto con la cara pálida y severa, y pelo y barba pelirrojos. Iba acompañado por dos mujeres nobles y un clérigo. Cuando se hubieron sentado y el clérigo pronunciado una oración, todo el mundo empezó a comer.

Tiuri comió con apetito. Había abundante pan blanco y negro, carne asada, fruta y cerveza suave. Sentado tranquilamente en su rincón oscuro, comió, escuchó y miró. «No hace tanto tiempo», pensó, «yo también estaba sentado en la mesa elevada de un castillo, junto a la familia del señor... Allí también había muchos huéspedes, viajeros que pasaban por allí y pedían cobijo...». Sus pensamientos fueron a parar al castillo de Fartumar, donde había vivido como escudero, y después al castillo de Tehuri, su hogar, donde había pasado su despreocupada infancia. Pensó en sus padres, que quizás en aquel momento estuvieran preguntándose intranquilos dónde estaba.

Después de la cena, un sirviente indicó a los huéspedes dónde estaban sus dormitorios. Les guió por muchos pasillos y escaleras arriba y abajo. Tiuri tuvo la impresión de que el castillo era muy grande y muy complejo en su construcción. Tuvo que compartir habitación con el vendedor y un silencioso campesino. Era una estancia pequeña, sin adornos pero limpia, en la que había tres camas. Tiuri y el campesino se acostaron enseguida, pero el vendedor dijo que volvía a la gran sala porque allí podría hacer negocio.

—Tal vez el señor del castillo quiera comprar algo —dijo—. Tengo bonitas joyas para su mujer y su hija: cadenas, diademas y hebillas de abrigo.

—¿Cómo se llama el señor en realidad? —preguntó Tiuri.

—¡Vaya pregunta! —exclamó el vendedor—. Lo sabía pero se me ha olvidado. Tiene un nombre tan difícil que al decirlo se te traba la lengua. Yo le llamo señor del castillo de Mistrinaut, porque eso es lo que es a fin de cuentas. No es de aquí.

—¿De dónde es entonces?

—Viene del norte. Allí hay mucha gente pelirroja, dicen. Pero lleva años y años viviendo aquí. Es un hombre poderoso y también un buen señor.

El vendedor reunió su mercancía, les deseó buenas noches y desapareció.

Un poco más tarde Tiuri estaba acostado sobre su cama. Oyó que afuera seguía lloviendo. El campesino se durmió enseguida, se notaba por su respiración pesada y tranquila. Pero Tiuri estaba muy despejado. Aquello le sorprendió; tenía razones para estar somnoliento y además se encontraba en una buena cama y no en el suelo de algún lugar del exterior. No sabía cuánto tiempo llevaba acostado, pero oyó a los habitantes del castillo hablar en alguna parte, después oyó que los ruidos se apagaban, oyó al vendedor volver y meterse en la cama... y en todo aquel tiempo no había cerrado un ojo. Al final hubo mucho silencio; seguro que todo el mundo se había ido a la cama. Incluso la lluvia dejó de murmurar.

«¿Qué es lo que pasa?», pensó un poco enfadado. «No te mereces una cama tan buena y seca. ¡Vamos, a dormir!»

Pero bajo aquellos pensamientos había otra sensación, una sensación que no podía pasar por alto. Una sensación de peligro inminente... Se levantó en silencio y abrió la puerta que daba a un pequeño patio. No llovía pero el cielo seguía nublado; no se veía ni una estrella. Le llegó un aire helado y volvió a la cama tiritando.

Finalmente se durmió después de todo, pero al poco tiempo se despertó por el sonido de muchos cascos que cruzaban el puente levadizo. «¿Quiénes serán a aquellas altas horas de la noche?», se preguntó, pero estaba demasiado somnoliento como para buscar una respuesta. Volvió a dormirse y no se despertó hasta la mañana siguiente.

El campesino y el vendedor seguían dormidos. Tiuri tanteó la carta que llevaba en el pecho, primer gesto que hacía al despertarse, se levantó y salió. Seguía sin llover, pero el cielo estaba gris; seguro que llovería más. Se lavó en la bomba que había en el patio y entró en el comedor. Distintos habitantes del castillo deambulaban ya por el gran patio, ocupados en todo tipo de tareas. Uno de ellos espantaba una gallina blanca que, con fuertes cacareos, entró en el comedor justo en el momento en que llegaba Tiuri. Éste se agachó y cogió al alborotado animal.

—Gracias, hermano —dijo el habitante del castillo, cogiéndole la gallina—. Es un animal caprichoso; cree que puede hacer lo que quiera. Se ha levantado usted temprano.

—No quiero salir tarde —dijo Tiuri—. ¿Podría comer algo?

—Sí, claro. Todo está preparado. Muchos de nosotros hemos desayunado ya; el señor también. Pero no puede irse todavía: el puente sigue levantado.

—¡Ah! —exclamó Tiuri—. ¿A qué hora lo bajan?

—Normalmente ya estaría bajado. Los veranos lo hacen a las seis. Sí, a veces ni lo suben. Pero el señor ha ordenado que el puente no se baje hasta que él lo diga. Y así se hará. Hay más huéspedes que quieren partir y algunos de nosotros tenemos cosas que hacer fuera de aquí.

—Entonces esperaré. Pero ¿por qué tiene que permanecer levantado esta mañana?

—No lo sé —contestó el habitante del castillo—. Al parecer esta noche han venido unos huéspedes inesperados a ver al señor y después lo han levantado. Pero primero vaya usted a comer algo. Luego podrá salir.

Tiuri empezó a desayunar con una sensación de intranquilidad. No le gustaba que el puente estuviera alzado. Pero se dijo a sí mismo: «No veas fantasmas, Tiuri. No tienes que temer peligros en todas partes. Además, tu hábito te camufla muy bien mientras no des muestras de impaciencia».

Después de comer paseó por el patio. Oía fragmentos de las conversaciones entre los habitantes del castillo.

—Caballeros extraños....

—En mitad de la noche... amigos del señor...

Su intranquilidad aumentó y fue hacia la puerta. En el acceso al pasadizo de entrada, uno de los centinelas estaba sentado en un banco tensando un arco.

—Buenos días —dijo Tiuri.

–Buenos días –contestó el centinela.

De la estancia junto a la puerta salió la voz del otro centinela:

–Te toca. Tu rey está en jaque.

–¡Maldito seas! –exclamó el primer guardián–. ¡Déjame en paz!

Bajó el arco y le dijo a Tiuri:

–Vaya, hermano Tarmin, ¿nos deja ya? Tendrá que esperar. El puente levadizo aún no se ha bajado.

–¿Cuándo podré irme? –preguntó Tiuri.

–¡Uy! No lo sé. Normalmente el puente ya está bajado –contestó el centinela volviendo a manipular su arco.

Tiuri dio un suspiro intranquilo.

–¿Deseando marchar, reverendo hermano? –preguntó de pronto una voz por detrás.

Tiuri se asustó un poco y se dio la vuelta. Allí estaba el señor del castillo; debió de acercarse de forma inaudible. El centinela hizo intención de ponerse de pie, pero el señor levantó la mano y dijo:

–Sigue sentado y continúa con tu trabajo.

Y siguió diciendo esta vez a Tiuri:

–Los demás huéspedes están desayunando. Daré inmediatamente la orden de que se abra la puerta y se baje el puente.

Tiuri notó que hablaba con un acento raro.

–¿De dónde viene, hermano? –preguntó el señor–. Y ¿adónde se dirige?

Tiuri contestó a la primera pregunta:

–Vengo del monasterio Marrón. Y ahora que le veo, señor, quisiera agradecerle de corazón la hospitalidad de la que he disfrutado en su castillo.

–De nada, de nada –dijo el señor.

Tiuri tenía la sensación de ser observado detenidamente, pero no estaba seguro porque el pasadizo de entrada estaba oscuro y el señor se hallaba de espaldas a la luz. A pesar de todo se alegraba de haberse cubierto la cabeza con la capucha del hábito.

El señor se alejó hacia el patio.

–¡Ah sí, hermano! –dijo por encima del hombro–, usted viene del monasterio Marrón... Me gustaría hacerle algunas preguntas.

Tiuri lo siguió. Se pararon cerca del pasadizo de entrada. El señor levantó la cara hacia el cielo gris y comentó:

–Va a caer otra tormenta –después miró a Tiuri.

Éste por fin pudo observarlo bien: vio que su cara no era pálida sino más bien muy blanca, que tenía las cejas muy pobladas y sus ojos eran verdes, claros y penetrantes.

–¿Por casualidad no se habrá encontrado con un joven en el camino, hermano? –preguntó–, ¿con un joven de unos dieciséis años, pelo oscuro y ojos azul grisáceo?

Fue como si una mano helada le apretara el corazón.

–Un joven... –repitió–. No recuerdo. No me he fijado.

Se preguntó si sus palabras sonaban convincentes o si el señor habría notado su sobresalto. Sus ojos claros eran tan penetrantes...

—No se ve a tanta gente en el camino —añadió.

—Pero este joven tiene que haberle llamado la atención —dijo el señor—. Lleva la ropa hecha jirones, al parecer una túnica que algún día fue blanca, y en el dedo lleva un valioso anillo con una piedra blanca y brillante.

Tiuri negó con la cabeza.

—No, señor —dijo despacio—. No he visto a ese joven. Estoy seguro.

—Existía esa posibilidad, ¿no es cierto? Usted viene de la misma dirección que él. Pero él viene de más lejos, del este.

—Siento no poder ayudarle —dijo Tiuri dándole la menor importancia posible—. ¿De qué joven se trata? —añadió después de pensar un poco—. ¿Le conoce usted?

—Nunca le he visto —contestó el señor callando después durante un momento.

Tiuri también guardó silencio sin saber qué más decir. Miró hacia el silencioso patio y se preguntó si el señor le seguía observando. De la habitación junto a la puerta volvió a salir la voz del segundo centinela:

—¡Ven y mira! Jaque al rey, te digo.

—¿Cómo se llama, hermano? —preguntó el señor.

—Tarmin —contestó Tiuri.

—Su voz parece joven, hermano Tarmin —siguió diciendo el señor—. ¿Cuántos años tiene en realidad? ¿Dieciséis, diecisiete años? ¿Ha hecho ya los votos?

Se inclinó hacia Tiuri.

—Me gustaría verle la cara mejor —dijo—. ¿Sería tan amable de retirarse la capucha?

Y antes de que Tiuri pudiera hacer o decir nada, ya se la había quitado él.

—¡Vaya! —exclamó frunciendo su ceño poblado—. Pelo oscuro y ojos de color azul grisáceo. Y también tiene esa edad, me parece a mí.

Tiuri dio un paso atrás y dijo tan sorprendido como pudo:

—¿No pensará que soy el joven que está buscando?

—Sé que hay muchas personas que encajan con la descripción —contestó el señor—, pero de mis huéspedes es usted el único. Por eso le pido que me acompañe un momento.

—Pero ¿por qué? —preguntó Tiuri que seguía con esa actitud de sorpresa—. No sé lo que quiere de mí. Soy el hermano Tarmin del monasterio Marrón y yo...

—No tiene nada que temer —le interrumpió el señor—. Al menos si es quien dice ser. Sólo tiene que acompañarme un momento a ver a unos amigos míos que han venido esta noche. Si no es usted a quien buscan, no pasará nada.

—¡Pero a mí no me busca nadie! —exclamó Tiuri—. No comprendo lo que quiere de mí.

—No quiero nada de usted —contestó secamente el señor.

Puso la mano en el hombro de Tiuri y le ordenó que le acompañase.

Tiuri obedeció. Si seguía resistiéndose levantaría más sospechas y no cabía pensar en huir con la puerta cerrada y el puente levantado. El corazón le latía con fuerza; temía

saber quiénes eran los amigos del señor del castillo. Pero se propuso mantener su papel de la mejor forma posible. Cruzaron el patio y pasaron por la segunda puerta. El señor no retiró la mano del hombro de Tiuri: era como si temiera que se fuera a escapar. En el segundo patio Tiuri vio algo que le hizo aminorar un poco el paso.

Dos escuderos se ocupaban de almorzar un caballo negro que apenas se dejaba. Había distintos habitantes del castillo alrededor que hacían comentarios como: «¡Un animal fogoso!» y «¡Un caballo precioso!».

Tiuri lo reconoció al momento. Era su «Ayudante Negro», el corcel del Caballero del Escudo Blanco. Ahora sabía cómo se llamaba: Ardanwen o Viento de la Noche. No necesitaba preguntarse cómo había llegado hasta allí.

Cuando el caballo le vio, levantó la cabeza y relinchó con fuerza.

–Parece saludarte –dijo el señor–. ¿Conoces este caballo?

–No –contestó Tiuri. Lamentó tener que renegar del fiel animal, pero no tenía otra opción.

El señor le miró de soslayo pero no dijo nada. Siguieron andando, pasando por la galería y el comedor, atravesaron una puerta y subieron algunos escalones. Allí se encontraron otra puerta que abrió el señor. Soltó a Tiuri y se quedó en el vano para que el joven no pudiera ver lo que había detrás.

–Tengo un solo huésped que responde a la descripción –dijo el señor–. ¿Queréis hablar con él?

Una voz clara contestó:

–Espera un momento... –y después– ...que entre.

El señor se dirigió a Tiuri.

–Entra –le ordenó.

Tiuri obedeció. Oyó que la puerta se cerraba detrás de él. Entró en una estancia baja con una gran mesa sobre la que había restos de comida. Alrededor de aquella mesa se encontraban las personas, unas de pie, otras sentadas, a las que esperaba ver.

Los cuatro Caballeros Grises y sus escuderos.

Todos llevaban el casco puesto con las viseras bajadas.

–Dice ser el hermano Tarmin –sonó la voz del señor–, pero responde a vuestra descripción.

Tiuri echó un vistazo hacia atrás: el señor estaba con la espalda apoyada en la puerta y miraba a los Caballeros Grises con el ceño fruncido. Todos se habían levantado. Tiuri vio que sus ojos, brillando bajo las ranuras del casco, estaban puestos en él.

–¿Es él a quién buscáis? –preguntó el señor.

–No lo sé –contestó uno de los caballeros–. ¿Tiene el anillo?

«Que no se me note el miedo», pensó Tiuri. Miró a los caballeros asombrado y dijo:

–¿Qué quieren de mí? ¿Quiénes son? No los conozco.

–¿Tienes el anillo? –preguntó otro caballero en tono brusco.

–¿Anillo? ¿Qué anillo? ¿De qué está hablando? –preguntó Tiuri sorprendido.

Los Caballeros Grises callaron. Sus escuderos callaron. Miraban a Tiuri inmóviles.

–¿Así que no es el que buscáis? –preguntó entonces el señor.

–No lo sabemos –dijo el caballero que había hablado primero. Tiuri reconoció por la voz al caballero del cuerno de plata.

–Pero lo averiguaremos –intervino el segundo.

–Sí –dijo el primero y preguntó a Tiuri–: ¿Vienes huyendo del este, del Bosque del Rey?

–Vengo del monasterio Marrón –contestó Tiuri.

–¿Tienes el anillo? –preguntó el segundo.

–No sé nada de ningún anillo.

–Averiguaremos si dices la verdad –dijo el primer Caballero Gris–. Puedes haberlo escondido debajo del hábito.

–No comprendo por qué me trata así –dijo Tiuri con un enfado muy conseguido–. Sería mejor que se levantaran la visera y me dijeran quiénes son.

–Ése no es el comportamiento de un hermano obediente –dijo un tercer caballero.

–Registrad su ropa –ordenó el primero a los escuderos–. Así sabremos la verdad.

Los escuderos se abalanzaron sobre Tiuri. Éste retrocedió hasta chocar contra el señor.

–¡No consiento que me traten así! –exclamó–. No los conozco y no sé nada de ningún anillo.

Los escuderos dudaron un momento, pero los Caballeros Grises dijeron al tiempo:

–Registrad su ropa y mirad si tiene el anillo.

No podía permitirlo. Tiuri notó la carta sobre su pecho, la carta que nadie debía conocer. Si le registraban la encontrarían. Tenía que hacer algo; a lo mejor había una oportunidad de que no descubrieran la carta.

Levantó la mano y tiró del cordel que traía atado al cuello.

–No hace falta que busquen –dijo–. Tengo el anillo. Aquí está.

2. Prisionero

Los escuderos se apartaron ante los Caballeros Grises que se acercaban a Tiuri mirando el anillo, todavía atado al cordel, que tenía en la palma de la mano.

–¡El anillo! –exclamó uno de ellos.

–Es él... –susurró otro.

El tercero cogió el anillo de la mano de Tiuri con tal brusquedad que el cordel se rompió.

–Ese anillo es mío –dijo Tiuri–. ¡Devolvédmelo!

–¡Tu anillo! –dijo otro con un tono de desprecio–. ¡Avergüénzate, avergüénzate de aparecer ante nosotros vestido así!

–Es el que buscamos –dijo el primer caballero al señor del castillo–. Le trataremos

como merece. Es nuestro prisionero.

Tiuri miró al señor.

—¡Déjeme ir! —pidió—. No conozco a estos caballeros y no he hecho nada por lo que tenga que ser apresado.

El señor seguía apoyado en la puerta. Miró duramente a Tiuri pero no contestó.

—¡Soy su huésped! —exclamó Tiuri—. ¿Por qué permite que me ofendan y me apresen estos caballeros, que ni siquiera han dicho sus nombres ni levantado sus viseras? Esto es una violación de la sagrada ley de la hospitalidad. Quiero que me devuelvan el anillo y me dejen ir.

El señor apartó la mirada y no dijo nada.

—Apresadlo —dijo uno de los Caballeros Grises.

—Dígame entonces por qué me hacen prisionero —pidió Tiuri al ser agarrado por distintas manos.

Pero los Caballeros Grises no dijeron nada. El señor se apartó y abrió la puerta. Tiuri fue conducido por dos caballeros y dos escuderos a través de un pasillo y escaleras arriba. Durante todo ese tiempo no dijeron una palabra, Tiuri tampoco, porque entendía que de todos modos no iba a servir de nada.

Finalmente llegaron a una puerta que daba acceso a una pequeña habitación. Allí Tiuri fue empujado a su interior. La puerta se cerró detrás de él. Estaba preso en el castillo de Mistrinaut.

La habitación era octogonal, con una sola ventana, que estaba abierta. Tiuri fue hacia allí y se asomó. Se dio cuenta de que estaba en una habitación de la torre; miró hacia el patio desierto, a muchos pies por debajo de él. Enfrente vio otra torre y un muro ciego. Se retiró dando un suspiro: escapar era imposible.

Recorrió la habitación con la mirada. Había algunos muebles pesados, una mesa grande, una pequeña y dos sillas con cojines. Había una alfombra en el suelo y un mantel sobre la mesa grande. Había tapices en las paredes y del techo colgaba una lámpara de cobre bellamente trabajada. Era una prisión bien decorada, pero una cárcel a pesar de todo.

Se sentó en una de las sillas y reflexionó.

Había algo que le asombraba. ¿Por qué los Caballeros Grises habían preguntado por el anillo y no por la carta? ¿No querían que el señor del castillo se enterara? ¿Llegarían de un momento a otro a quitarle la carta también? Aquella idea le hizo saltar y recorrer intranquilo la estancia. Después de unos minutos se detuvo. Escuchó cargado de tensión.

Sintió pasos fuera de la habitación y un sonido metálico como el de una lanza que es depositada en el suelo. ¿Había alguien de guardia en la puerta? ¿Iba a entrar alguien? Oyó un murmullo de voces, pero era incomprensible. Pegó la oreja al ojo de la cerradura. Así pudo captar algunas palabras.

«Está bien cerrado...»

«...si lo ha hecho que le sea hecho...»

«Parece demasiado joven para...»

«...no estoy de acuerdo... mal por todas partes... huida... Pero ahora...»

No pudo sacar mucho más en claro.

De pronto la llave chirrió en la cerradura.

Tiuri retrocedió. La puerta se abrió y uno de los Caballeros Grises, todavía con la visera bajada, miró dentro de la habitación. No dijo nada y desapareció rápidamente cerrando la puerta tras de sí. Tiuri volvió a oír pasos y murmullos.

Sacó la carta con dedos temblorosos y pensó: «Ha llegado la hora de leerla y destruirla antes de que caiga en sus manos. ¿Para qué, si no, me han apresado?».

Rompió uno de los tres sellos y se asustó cuando la llave volvió a chirriar en la cerradura. Levantó rápidamente el mantel de la mesa y metió la carta debajo. Cuando el caballero volvió a mirar dentro, Tiuri estaba sentado tranquilamente en una silla. Este caballero era distinto al anterior: era el de la voz brusca y el comportamiento furioso; a lo mejor era el que había preguntado por él en el monasterio. Entró en la habitación y sometió la estancia a una inspección rápida, sin dignarse a mirar a Tiuri. Éste esperó con el corazón latándole con fuerza. ¿Estaba sólo mirando si la prisión era sólida o buscaba algo más?

No, el caballero se marchó. «Tendré que tener cuidado», pensó Tiuri. «No deben tener ocasión de quedarse con la carta en el caso de que entren de improviso.»

Por desgracia no había cerrojos en ese lado de la puerta. «¿Vendrán los cuatro a mirar?», se preguntó. «¿Lo harán por turnos? De todos modos, creo que la carta debe desaparecer.»

Seguía habiendo rumores fuera de su celda. ¿Se había reunido toda la compañía gris delante de la puerta? Sacó la carta de debajo del mantel y pensó febrilmente: «Leer la carta y destruirla... ¿Cómo? Aquí no hay fuego... Pero es posible, claro. Puedo romperla en mil pedazos y comérmela si fuera necesario... Pero primero leerla. ¡Rápido!». Rompió el segundo sello. «Tengo que conocer el mensaje», pensó. «¿Y si viene alguien...? Entonces estaría perdido... Vuelvo a oír algo. ¿Vendrá el tercero?»

Pero el tercer caballero no llegó. Tiuri miró los muebles. ¿Y si corría una de aquellas pesadas sillas hasta la puerta? Así no podría entrar nadie de forma inesperada, lo que le daría un momento de respiro para hacer desaparecer la carta. Empezó a ejecutar su plan inmediatamente. No era fácil: la silla pesaba demasiado y no podía hacer ruido. Se paraba una y otra vez para escuchar. Seguía oyendo voces, pero no entró nadie. Finalmente colocó la silla en el lugar adecuado. Tiuri puso la mesa pequeña encima y tanteó si el conjunto era fácil de mover. Temía que no retuviera por mucho tiempo a los que entraran. Pero no se atrevía a perder más tiempo. Se sentó enfrente, en el suelo, y se dispuso a romper el tercer sello.

Antes de que pudiera hacerlo la llave volvió a girar en la cerradura. El pomo se movió y alguien gritó sorprendido:

—¡No se abre!

«Demasiado tarde», pensó Tiuri.

—¡Eh! —gritó la misma voz—, ¡abre!

Y le dijo a otro:

—¡No nos deja entrar!

La puerta fue golpeada y empujada. La silla tembló. ¡En un momento estarían dentro! Era imposible leer la carta, aprenderse el contenido de memoria y destruir el papel. Tiuri la escondió en aquella ocasión debajo de la alfombra, rezando mentalmente para que no la encontraran. Después se levantó, puso los pies en el lugar bajo el que estaba la carta y esperó lo que pudiera suceder.

La puerta cedió. La mesita se cayó de la silla con gran estruendo. Un caballero y dos escuderos entraron en la habitación.

—¡Qué signi...! —empezó a decir el primero, callándose inmediatamente como arrepentido de haber hablado. Era el caballero de la voz ronca (Tiuri llegó a reconocer a dos de los Caballeros Grises. Les llamaba para sí el Caballero de la Voz Ronca y el Caballero del Cuerno de Plata). El caballero se dio la vuelta y desapareció. Los escuderos se quedaron con la mano en la espada.

—¡Vaya! Os aseguro que no me voy a ir —dijo Tiuri—. Sé que no hay escapatoria posible. ¡Ojalá supiera por qué estoy aquí!

Los escuderos no contestaron.

Al poco rato volvió el caballero. Llevaba un rollo de cuerda que les tiró a los escuderos. Después volvió a poner la silla junto a la mesa grande, agarró a Tiuri y le sentó de un empujón. Con un movimiento de cabeza indicó a los escuderos que se acercaran. Entre los tres ataron a Tiuri a la silla y todo aquello ocurrió bajo el más profundo silencio. Tiuri no se resistió. Sabía que era inútil. No cabía plantar cara, ni siquiera hablar a aquellos silenciosos enemigos grises.

Un poco más tarde volvía a estar solo, impotente, atado. La carta estaba fuera de su alcance, bajo la alfombra. Pero los caballeros no habían preguntado por ella, no la habían buscado. Cuanto más pensaba en ello, más se sorprendía. Intentó moverse, pero era imposible. Sus enemigos habían hecho bien su trabajo. Allí estaba, sin hacer nada, y el tiempo pasaba...

«No hay tiempo que perder», había dicho el Caballero del Escudo Blanco.

Allí estaba, mirando al lugar de la alfombra bajo el cual tenía que estar la carta, apresado en un castillo desconocido, sin saber qué suerte le esperaba...

Tiuri nunca olvidaría aquel día en la habitación de la torre y siempre lo recordaría con un escalofrío. Estar sentado allí, solo, sin poder hacer nada, sólo pensar, pensar... Estaba de espaldas a la ventana. Por el cambio de luz veía pasar las horas. Fuera llovía de vez en cuando, oía el murmullo. No entró nadie más y tampoco oyó más voces al otro lado de la puerta. Un mismo pensamiento rondaba constantemente por su cabeza, giraba en torno a la carta, la carta... Además, le empezaban a doler las extremidades de estar

sentado en la misma postura forzada y los fuertes cordajes le cortaban las muñecas y los tobillos.

Pareció que pasaban siglos. Finalmente perdió toda noción del tiempo. Sólo podía ver una parte de la habitación y aquella parte se quedaría grabada en su memoria. Por ejemplo, los tapices.

Cuando avanzó el día, la luz se volvió escasa y débil, y los tapices parecieron cobrar vida misteriosamente. Se parecían al tapiz de abajo, el del comedor, con caballeros y monstruos, pero éstos eran más extraños y crueles. Cuando Tiuri cerraba los ojos de cansancio, veía en su imaginación exaltada a los caballeros y monstruos ejecutando en los muros una danza salvaje. Entonces volvía a abrir los ojos para ver que acababan de detenerse.

Y escuchaba el murmullo de la lluvia que parecía hablar de una tristeza infinita y una indecible soledad...

3. El señor del castillo y su hija

Ya estaba muy avanzado el día cuando Tiuri volvió a oír de pronto sonidos fuera de la habitación. La puerta se abrió y entró un hombre. No era un Caballero Gris ni uno de sus escuderos, sino uno de los sirvientes del señor del castillo, vestido de azul. Llevaba una bandeja con comida que puso en la mesa.

Después miró a Tiuri meneando la cabeza y dijo:

–Te voy a soltar las manos un momento. Si no, habré subido las escaleras para nada.

Le costó un poco soltar las cuerdas, pero al final lo consiguió. Tiuri se frotó las muñecas. La sangre podía circular mejor por sus brazos y manos, y aquello dolía tanto que se le saltaron las lágrimas. No quería que se le notara, así que agachó la cabeza y se mordió los labios.

El sirviente se retiró hasta la puerta. Al parecer tenía que esperar a que Tiuri comiera. Después de un rato, éste se sintió capaz de empezar a comer. La comida consistía en pan y agua, pero para él era suficiente porque le había entrado hambre. Comió en silencio. Había decidido no decir ni preguntar nada más y llevar su cautiverio con aparente orgullo e indiferencia. Cuando terminó, el sirviente dijo, casi disculpándose:

–Ahora tengo que volver a atarle.

Tiuri permitió que lo hiciera sin decir nada, pero notó que el sirviente lo hacía mucho más flojo y con menos esmero que el caballero y sus escuderos. En cuanto estuvo solo intentó ver si le era posible liberarse. Tenía esperanzas de conseguirlo. Una vez que sus manos estuvieran sueltas, el resto sería fácil. A pesar de todo pasó una eternidad antes de conseguirlo después de mucho tironear y retorcer. ¡Pero lo consiguió!

Se quedó un rato sentado moviendo las piernas y los brazos. Después se levantó y anduvo sigilosamente de un lado a otro de la habitación hasta que desapareció la rigidez

más grave. Miró hacia fuera. El día estaba acabando. Ya no llovía, pero lo poco que podía ver tenía un aspecto triste y sombrío.

Estaba suelto, pero no libre. A pesar de ello se sintió mejor, más tranquilo y animado. En cualquier caso ya podía leer la carta antes de que oscureciera.

¡Pero parecía que no iba a ser posible!

Pasos y voces al otro lado de la puerta hicieron que volviera corriendo a la silla, se enrollara en las cuerdas y se sentara tan quieto como si aún estuviera atado.

El señor entró. Miró a Tiuri con el ceño fruncido y dijo:

—Vaya, así que ha sido necesario atarte.

Tiuri, con cara altiva, se quedó callado y esperó que al otro no se le ocurriera mirar las cuerdas.

El señor se acercó, se puso en jarras, le miró con atención y entonces le preguntó con brusquedad:

—¿Cómo te llamas?

Tiuri respondió a su mirada pero no dijo nada.

—¡Claro que sí! No digas nada —exclamó el señor irritado—. Eso va mucho contigo.

Tiuri dudó si responder.

—Ellos no dijeron nada —dijo finalmente—. Ellos y usted me han apresado sin pronunciar una acusación.

—Tú sabrás por qué estás aquí, ¿no? —dijo el señor después de dudar un poco—. Tenías el anillo, ¿no es cierto?

—¡El anillo! —exclamó Tiuri con un movimiento involuntario que contuvo inmediatamente—. ¿Qué sabe usted del anillo?

—¿A quién pertenecía ese anillo? —fue la respuesta.

Tiuri volvió a dudar antes de contestar. ¿Podía decirlo? «Qué más da», pensó. «Creo que él lo sabe. Lo que no entiendo es por qué están hablando siempre del anillo y nunca de la carta.» Y dijo:

—Al Caballero Negro del Escudo Blanco.

—El Caballero Negro del Escudo Blanco —repitió el señor despacio—. Lo reconoces. Y ¿por qué lo llevabas puesto?

—¿Qué por qué lo llevaba puesto?

—El anillo, tú mismo lo reconoces, pertenece al Caballero Negro del Escudo Blanco. Entonces ¿cómo es que lo llevas tú?

—Porque el Caballero del Escudo Blanco ha muerto —dijo Tiuri.

El señor le miró como si quisiera leerle los pensamientos.

—¿Le conocía? —preguntó Tiuri.

El señor se acercó un paso y se inclinó sobre él. Puso un dedo en el pecho de Tiuri y dijo:

—Sí, el Caballero Negro del Escudo Blanco ha muerto. ¿Sabes cómo murió?

—Sí —contestó Tiuri.

–Fue asesinado.

–Sí –dijo Tiuri–. Lo sé.

Las palabras y el comportamiento del señor le sorprendían. No sabía muy bien qué pensar.

–Lo sabes. ¡Lo sabes!

El señor se enderezó, le echó otro vistazo, se giró y abandonó rápidamente la estancia.

Tiuri se quedó mirando la puerta, incluso cuando ya hubo desaparecido. ¿Qué significaban las palabras que acababa de decir? Tenía la peculiar sensación de que ambos, de una u otra forma, se habían malinterpretado.

Y ¿por qué toda esa palabrería acerca del anillo? ¿Qué pasaba con él? ¿Es que no querían que Menaures lo viera? ¿Iban a mantenerlo prisionero para que no pudiera cumplir su misión? Pero, de ser así, habría sido más fácil quitarle la carta. Tal vez pensarán que conocía el mensaje, pero entonces habría sido mejor que lo mataran. El Caballero Negro del Escudo Blanco también había sido asesinado...

De pronto pensó que el señor tenía que haber visto que las cuerdas estaban sueltas. Tenía que haberlo visto. Pero no había hecho nada...

Entretanto se había arrodillado para sacar la carta de debajo de la alfombra. Un ruido extraño llegó de pronto a sus oídos. Un paso, un crujido, un deslizamiento, un suave clic. No venía de detrás de la puerta y menos aún de la ventana.

Entonces contuvo la respiración. Durante un instante fue como si el tapiz al que había estado mirando tanto tiempo cobrara vida de verdad.

Al momento supo que era el propio tapiz lo único que se movía. Se levantó de un salto y fue hacia él.

Se oyó un sonido chirriante, el tapiz se movió con más fuerza y fue corrido hacia un lado. Detrás vio un hueco negro en el muro y en ese hueco había una noble dama con el dedo sobre los labios.

Tiuri la miró asombrado. Era joven, más o menos de su edad, y llevaba trenzas largas y negras. Reconoció en ella a una de las nobles que la noche anterior había cenado en la mesa del señor.

–¿Quién es usted? –susurró él.

–¡Silencio! –dijo la chica en voz baja–. No deben oírnos. ¡Espera un momento!

Desapareció en el hueco oscuro que probablemente daba acceso a una escalera secreta. Tiuri volvió a escuchar el sonido chirriante, se acercó y miró en la oscuridad. La noble volvió a aparecer, esta vez con un gran paquete en las manos.

–Aquí tienes –susurró–, cógelo.

Tiuri obedeció y puso el paquete sobre la mesa. La noble volvió a desaparecer pero en un segundo estaba de vuelta con algo que brillaba en cada una de sus manos bajo la luz tardía: una espada y un puñal. Puso ambas cosas sobre el paquete de la mesa y dijo aún susurrando:

–Es para ti. Escóndelo debajo del hábito. ¡Hazlo rápido antes de que venga alguien!

Abrió el paquete. Tiuri vio que contenía una cota de malla.

—¿Por qué me trae esto? —susurró él—. Y ¿quién es usted?

—Soy Lavinia, la hija del señor del castillo. No dejan que me entere de nada, pero he oído algunas de las cosas que dijeron. Quieren hacerte daño.

—¿Los Caballeros Grises?

La chica asintió.

—Sí, los Caballeros Grises. Luego vendrán a buscarte.

—Pero ¿por qué? ¿Quiénes son?

—No lo sé, no lo sé. Están enfadados y amargados. ¿Qué les has hecho para que estén así?

—¡Nada! No sé nada de ellos. No los había visto nunca. Al menos hasta donde yo sé, porque nunca se han levantado la visera delante de mí.

La chica miró alrededor.

—He cogido estas cosas de la sala de armas de mi padre —dijo—. A lo mejor puedes defenderte con ellas. Ponte la cota de malla. Ármate.

—¿Por qué me ayuda? —preguntó Tiuri.

Ella no contestó inmediatamente.

—Hayas hecho lo que hayas hecho —dijo—, no podría soportar que estuvieras indefenso frente a su venganza.

—¿Su venganza?

—Escuché esa palabra. Vengadores de los Cuatro Vientos, así se llaman según uno de los habitantes del castillo... Pero tengo que irme. Mi padre no debe enterarse de que estoy aquí.

—Le estoy muy agradecido —dijo Tiuri.

La chica pareció asustarse de pronto.

—Escucha —susurró.

Tiuri oyó el mismo sonido que había percibido hacía poco.

—Alguien viene por la escalera secreta —susurró Lavinia—. Sólo puede ser alguien de la familia. Posiblemente mi padre. ¡Esconde esas cosas, rápido!

Ayudó a Tiuri a esconder a toda prisa la cota de malla y las armas debajo de la gran mesa. Entretanto se oían claramente pasos en la escalera secreta. Unos instantes después apareció el señor en el hueco de la puerta oculta.

Al ver a su hija frunció el ceño y dijo enfadado:

—¡Lavinia! ¿Qué estás haciendo aquí?

La chica le miró entre asustada y desafiante.

—Padre... —empezó a decir—, yo...

—A tu cuarto —la interrumpió el señor con tono severo—. Después hablaré contigo. ¡Vete!

La chica obedeció al momento. El señor miró a Tiuri, que se había puesto delante de

la mesa esperando ocultar en lo posible lo que había debajo. Se quedaron un segundo mirándose en silencio.

—Bien —dijo el señor al final—. He venido para traerte unas cosas...

Dudó, tosió y después dijo malhumorado:

—¡Espera un momento!

Desapareció en el hueco oscuro y volvió en un momento con un paquete grande que puso a los pies de Tiuri.

—Aquí dentro —dijo secamente— hay una cota de malla, un puñal y una espada. Ponte la cota de malla y ármate.

Tiuri miró sorprendido al señor y al paquete. ¡No se esperaba aquello! Entonces se dio cuenta de lo cómico de la situación. Primero, el señor echa enfadado a su hija y luego le entrega lo mismo que ella. No pudo evitar sonreír. Si el señor viera lo que había debajo de la mesa...

—Gracias —dijo—. ¿Por qué me da esto?

El señor tardó un poco en responder. En su cara había una mezcla de distintas expresiones: de rudeza, timidez y asombro.

—No eres *mi* prisionero —dijo entonces—. *Yo* no te juzgo. Pero eras mi huésped y sea lo que sea lo que hayas hecho, quiero que puedas defenderte si fuera necesario.

—¿De qué?

—¡Silencio! Ya te darás cuenta —contestó el señor. Apartó la mirada de Tiuri y echó un vistazo a la habitación. Sus ojos se detuvieron en lo que había debajo de la mesa e hizo un pequeño gesto de sorpresa, pero no dijo nada.

—Cómo voy a defenderme si no sé de qué —dijo Tiuri en tono suave—. ¿Cómo puedo argumentar una defensa si no sé por qué he sido apresado? ¿Quiénes son esos caballeros que usted llama amigos? ¿Cree usted que he sido apresado injustamente?

—No puedo responder a ninguna de esas preguntas —dijo brevemente el señor—. Díselo a los Caballeros Grises cuando comparezcas ante ellos más tarde. Te estoy dando la oportunidad de que te defiendas no sólo con palabras sino también con hechos.

Quiso marcharse pero Tiuri le cogió del brazo y dijo:

—Usted no cree que haya hecho nada malo. Por eso le pido que me dé la posibilidad de huir. Déjeme escapar de este castillo del que usted es señor.

El señor retiró el brazo.

—¡Ah, eres un cobarde! —dijo enfadado—. ¡Quieres huir! Sólo una mala conciencia hace huir. No vuelvas a pedírmelo si no quieres que me arrepienta de haberte traído armas.

—No soy ningún cobarde —empezó a decir Tiuri callándose después. No podía explicarle que tenía un buen motivo para huir.

—¡Silencio! —dijo el señor mirando la puerta—. Me voy. Ya casi es la hora.

Desapareció rápidamente sin decir nada más. La puerta secreta se cerró tras él sin hacer ruido. Tiuri fue hacia allí e intentó abrirla, pero no lo consiguió. Finalmente se apartó y recorrió con la mirada la habitación, ya prácticamente a oscuras.

«Ya casi es la hora», había dicho el señor de Mistrinaut.

Por lo visto tenía que comparecer ante los misteriosos Caballeros Grises. En ese caso la carta debía seguir sin ser leída.

«¿Qué adelanto sabiendo cuál es el mensaje, si lo más probable es que me maten?», pensó. «Ellos son cuatro. Yo estoy solo.»

Pero pensar en las armas le infundía valor. No estaba totalmente solo: dos personas habían querido hacer algo por él. Se defendería hasta el final. Convencería al señor de que era merecedor de su ayuda.

Se quitó rápidamente el hábito y eligió lo que iba a llevar. Cogió el puñal y la cota de malla de Lavinia, pero prefirió la espada del señor. Esta última era mejor; afilada y ligera. Enseguida estuvo preparado. Volvió a ponerse el hábito para ocultarlo todo en la medida de lo posible. La cota de malla y las armas sobrantes las metió bajo la mesa. Sacó la carta de debajo de la alfombra y volvió a ocultarla en su pecho. Después se sentó y esperó a que llegara la «hora».

No tuvo que esperar mucho tiempo. Fuera de su prisión sonaron pasos, la llave chirrió y la puerta se abrió. Entraron dos escuderos grises, uno con una antorcha en la mano, el otro con una lanza. Ambos tenían la visera bajada. En silencio, indicaron a Tiuri que debía acompañarles.

4. La lucha con los Caballeros Grises

Tiuri bajó las escaleras, una cantidad infinita de escalones, atravesando distintas habitaciones y pasillos entre los dos escuderos. Había mucho silencio; el castillo parecía desierto.

Finalmente llegaron a un patio que Tiuri aún no conocía. Estaba rodeado por una columnata en la que habían colgado antorchas encendidas por aquí y por allá. En el centro de aquel patio estaban los cuatro Caballeros Grises, uno al lado del otro, esperándole. Un poco más apartados estaban los otros dos escuderos con tambores y palos. Cuando Tiuri entró en el patio empezaron a redoblar los tambores suavemente tras recibir la señal de uno de los caballeros.

A Tiuri todo le parecía irreal: el castillo silencioso, el patio prácticamente oscuro sobre el que lloviznaba, los caballeros mudos, el lúgubre redoble de tambor.

Los escuderos que habían ido a buscar a Tiuri le acompañaron hasta estar cerca de los Caballeros Grises. Después se retiraron hasta las puertas de acceso al patio.

Tiuri se detuvo y miró a los cuatro caballeros. Estaban totalmente armados, con la visera bajada, el escudo en el brazo, la mano en la empuñadura de la espada.

—Me han hecho venir —dijo Tiuri—. ¿Qué quieren de mí?

Tenía que hablar bastante alto para hacer oír su voz sobre los redobles de tambor.

Los Caballeros Grises guardaron silencio.

—¿Qué quieren de mí? —repitió Tiuri.

Los Caballeros Grises permanecieron callados, pero los golpes de tambor sonaron más fuertes...

—¡Qué quieren de mí! —gritó Tiuri por tercera vez, pero no pudo oír ni su propia voz, tan fuerte sonaban los redobles.

Los Caballeros Grises seguían mirándole inmóviles.

Tiuri sintió que le abandonaba el valor, que su voluntad se paralizaba. Quiso decir algo más, pero las palabras murieron en sus labios. Era como si estuviera pegado al suelo. Y el redoble de los tambores sonaba cada vez más fuerte, más oscuro y atronador, y rebotaba contra los altos y oscuros muros circundantes.

Entonces, de repente, uno de los caballeros sacó su espada y la sostuvo encima de su cabeza. Los otros tres hicieron lo mismo, y el primero se acercó un paso, como el fantasma de un mal sueño.

Pero en aquel momento Tiuri recuperó su capacidad de actuar. Retrocedió, se giró y se alejó corriendo tan rápido como le permitían el hábito largo y lo que llevaba escondido debajo. Corrió por el patio y los caballeros le siguieron; sus pasos retumbaban sobre el suelo mojado. Tiuri vio que un escudero le salía al paso para detenerle. Pero su intención no era ni mucho menos salir huyendo; sabía que no podía hacerlo. En plena carrera se soltó apresuradamente el cordón de la cintura y dejó caer el hábito. Entonces se detuvo, se dio la vuelta y cogió su espada.

Los Caballeros Grises estaban cerca; tres de ellos también se detuvieron, el cuarto siguió corriendo, su arma preparada para asestar un golpe. Pero cuando el golpe estaba a punto de caer, Tiuri lo esquivó.

Esto sorprendió por completo al caballero; fue tanta la brutalidad con la que le atacó que le hizo tropezar.

El caballero se incorporó enseguida, aunque con alguna dificultad. Tiuri se preparó: la espada en una mano, el puñal en la otra. Dejó de pensar en su miedo y sólo sintió un ardiente espíritu de lucha. Los caballeros se detuvieron un momento; parecían dudar. Entonces se acercó otro y atacó a Tiuri. Las espadas chocaron furiosas. Tiuri peleaba como un poseso. Luchaba por su vida, por la carta y, además, estaba furioso por la manera en la que los caballeros lo trataban. Rechazó a su adversario, pero vio que otro ya estaba preparado y pensó: «¡No pararán hasta abatirme... hasta matarme!».

Pero los caballeros parecían volver a dudar. Estaban cerca unos de otros y se miraban. Tiuri notó de pronto que el redoble de tambores había cesado.

Y volvió a gritar:

—¿Qué quieren de mí? Rétenganme si es necesario, pero díganme por qué.

Durante unos instantes el silencio fue tan grande que pudo oír el murmullo de la lluvia. Entonces uno de los caballeros susurró algo a sus compañeros.

—¿Son ustedes realmente caballeros? —preguntó Tiuri—. ¿O sólo son cobardes que se ocultan tras una visera? ¡Díganme quiénes son!

Uno de los caballeros se dirigió a él y le dijo en voz alta:

–¿Quién eres tú?

Tiuri reconoció por la voz al caballero del cuerno de plata.

–No eres el hermano Tarmin del monasterio Marrón –añadió el caballero.

–No tengo por qué decir quién soy. No les conozco; no les he hecho nada y no tengo nada que ver con ustedes.

–No, no nos conoces –dijo el caballero.

–Nos hacemos llamar los Caballeros Grises –intervino el de la voz ronca–. El gris es el color del duelo, ¿lo sabías? Los cuatro Caballeros Grises, los Vengadores de los Cuatro Vientos. Estamos buscando al joven que huyó por el bosque con un anillo resplandeciente en sus manos.

–¿Por qué? –preguntó Tiuri, y acto seguido añadió–: ¿Cómo se llaman? No son Caballeros Rojos, ¿no?

Los caballeros se movieron como si aquellas palabras les hubieran sorprendido. El último que había hablado se acercó un paso, como si quisiera volver a atacar. Pero el caballero del cuerno de plata le detuvo y le dijo:

–Razón tienes: has de saber quiénes somos aunque no nos hayas visto antes.

Se levantó la visera y los demás siguieron su ejemplo.

Tiuri no podía ver bien sus caras en la oscuridad, pero realmente creía no conocerles. Los caballeros que habían hablado eran morenos y llevaban barba, los otros dos parecían más jóvenes.

–Somos caballeros errantes–dijo el caballero del cuerno–. Éste es el caballero Bendú y aquellos son los caballeros Arwaut y Ewain del oeste. Yo soy Ristridín del Sur.

¡El caballero Ristridín del Sur!

Tiuri había oído muchas veces aquel nombre; era un nombre famoso, llevado por un caballero famoso... Fuera cual fuera el nombre que habría esperado oír, no era ése en ningún caso.

–Pero ¿quién eres tú? –preguntó el caballero Bendú impaciente. Él era el más moreno, el más barbudo y el más rudo del cuarteto.

Tiuri contestó en voz alta y orgullosa:

–Soy Tiuri, hijo de Tiuri.

–Así que... –masculló el caballero Bendú. Se inclinó hacia delante y preguntó–: Tiuri, hijo de Tiuri, ¿por qué te fuiste de la capilla la noche previa a tu espaldarazo?

Aquellas palabras también sorprendieron mucho a Tiuri.

–¿Por qué? –balbució, pero entonces dominó su sorpresa y contestó con otra pregunta–: ¿A usted qué le importa, caballero Bendú?

–A mí sí... –empezó a decir el caballero Bendú enfadado.

El caballero Ristridín le interrumpió.

–Tiuri –dijo tranquilamente–, así que es cierto que te fuiste de la capilla la noche previa a ser nombrado caballero, ¿no?

–Sí –contestó Tiuri–, es cierto.

–Nunca había pasado algo así, al menos hasta donde la gente puede recordar. Un futuro caballero que se va en la noche de su vigilia. Eso es muy grave. ¿Por qué lo hiciste Tiuri, hijo de Tiuri? Debes de tener un motivo para haberlo hecho.

–Tenía un motivo. ¡Por supuesto que tenía un motivo! Pero no puedo decirles cuál.

–¿Nos puedes contar entonces por qué robaste un caballo y te lo llevaste? –preguntó el caballero Bendú–. ¿Puedes contarnos por qué huiste internándote en el bosque y te escondiste?

–Y sobre todo, ¿puedes contarnos por qué llevabas *su* anillo en el dedo? –continuó preguntando el caballero Ewain–, y ¿por qué montabas el caballo Ardanwen, que no te pertenecía y que hasta ahora sólo había obedecido a un único dueño?

Los Caballeros Grises miraron a Tiuri y esperaron su respuesta.

–¿Sabes de quién era ese anillo? –preguntó el caballero Ristridín al ver que no había una respuesta inmediata–. ¿Sabes quién era el dueño del caballo negro Ardanwen?

–Por supuesto que lo sé –dijo Tiuri–. El Caballero Negro del Escudo Blanco.

–Exacto –dijo el caballero Bendú–: El Caballero Negro del Escudo Blanco.

Los caballeros volvieron a guardar silencio, se miraron entre ellos y observaron a Tiuri.

–¿Por qué me preguntan todo esto? –preguntó el joven–. ¿Por qué me persiguen para capturarme vivo o muerto? ¿Qué pasa con el anillo? Es mío...

–¡Que el anillo es tuyo! –exclamó el caballero Ewain–. ¡Santo cielo! ¿Cómo se te ocurre?

–A mí... a mí me lo dieron –contestó Tiuri.

–¿Te lo dieron? –sonó en todos los tonos posibles, desde incredulidad hasta asombro y sorpresa.

Tiuri dudó un momento antes de continuar. No podía contar mucho. Hasta aquel momento la conversación había sido muy diferente a lo que había esperado.

–El Caballero Negro me lo dio –dijo.

En aquel momento era el caballero Ristridín el que se acercó inclinándose hacia él.

–¿Que te lo dio? –repitió–. Pero ¿qué es lo que le ha pasado?

–Ha sido asesinado –dijo Tiuri.

–¡Sí, asesinado! –exclamó el caballero Bendú–. ¡No ha sido abatido, ni matado en combate, sino asesinado!

Se calló tan de golpe como si se hubiera mordido la lengua.

–Tiuri, hijo de Tiuri –dijo el caballero Ristridín–, has estado a punto de ser caballero como tu famoso padre, pero te fuiste y has incumplido tu obligación. Dices que no puedes contarnos el motivo. ¿Puedes contarnos cómo encontró su fin el Caballero Negro del Escudo Blanco?

–Le tendieron una emboscada –contestó Tiuri.

Entonces se interrumpió. Un pensamiento claro iluminó instantáneamente su cerebro...

–¡Usted le conocía! –exclamó–. ¡Usted era su amigo!

–Habla –dijo el caballero Ristridín.

A Tiuri le costó un poco acostumbrarse a aquella idea inesperada. Sintió que él precisamente había pensado que...

–El Caballero Negro del Escudo Rojo le retó –siguió diciendo–, pero era una trampa. Sus Caballeros Rojos le atacaron en gran número y así fue como murió. Él nunca había sido derrotado en un duelo.

Los caballeros no dijeron nada, pero Tiuri sintió que su actitud hacia él había cambiado. Siguió diciendo en voz más baja:

–Tuve que quitarle la máscara porque me dijo que siempre había que ir hacia la Muerte con la cara descubierta...

El silencio era denso.

–Así que tú estuviste presente –dijo finalmente el caballero Ewain.

–Sí. Pero llegué demasiado tarde.

–¿Dices que... le asesinaron los Caballeros Rojos? –preguntó el caballero Bendú-. ¿Y el anillo, qué pasa entonces con el anillo?

–Me lo dio –dijo Tiuri.

–¿Por qué?

Tiuri no respondió a eso.

–Me lo dio –repitió-. Y ahora me gustaría recuperarlo.

Y como los Caballeros Grises se quedaron inmóviles, siguió diciendo:

–Yo también quiero saber por qué me han preguntado todo esto y por qué me han tratado así.

–Sí, debéis responderle a eso –dijo de pronto una voz y el señor del castillo salió de la oscuridad.

–¡Tú, señor Rafox! –exclamó el caballero Ristridín. Y añadió–: ¡Tú eres el que le ha dado las armas!

–Por supuesto –contestó el señor de Mistrinaut con calma-. ¡Y ha estado bien que lo hiciera! ¿Qué cara se te habría puesto, señor Ristridín, si tú y tus compañeros hubierais abatido a este joven sin haberle escuchado en vuestra ciega sed de venganza? ¿Cómo te habrías sentido, caballero Ristridín del Sur, defensor de la paz y la justicia, si hubieses cometido un acto injusto, deshonorado tu orden de caballería y arruinado tu fama? ¿Cómo os habrías sentido todos, tú, caballero Bendú, y caballero Arwaut y caballero Ewain? Por supuesto que yo le di armas y no he estado muy lejos, preparado para intervenir. Porque desde el principio he puesto en duda lo que vosotros pensabais.

–Así que usted le cree –dijo el caballero Bendú señalando a Tiuri con la cabeza.

–¿Es que tú aún no, caballero Bendú? –fue la pregunta del señor del castillo.

–Sería entendible que le creyéramos –dijo el caballero Bendú-. Es joven y valiente, y su cara es honesta. Además tiene un nombre famoso, es el hijo de Tiuri el Valiente. Pero la mayoría de nosotros sabe que uno no siempre puede fiarse de ello.

–Se trata de él... o del Caballero del Escudo Rojo –masculló el caballero Ewain-. Yo

me inclino por el segundo.

Tiuri miraba a uno y a otro con una sorpresa cada vez mayor.

–Yo le creo –dijo alto y claro el caballero Ristridín.

Pero Tiuri se estaba impacientando.

–Caballeros –dijo–, aún no han contestado mi pregunta.

Los Caballeros Grises guardaron silencio. Ristridín tosió.

–Habla, Ristridín –dijo el señor del castillo–. ¡Se lo debes! No te resulta agradable, ya no crees que haya sido él, pero lo has creído y actuado en consecuencia. Bien, ¡cuéntale cuál es el motivo de tu acusación!

Fue hacia uno de los escuderos y le cogió la antorcha de las manos. Después iluminó la cara de Tiuri.

El caballero Ristridín dudó un solo instante.

–Tiuri –dijo entonces–, por esta razón te buscábamos: creíamos que habías asesinado al Caballero Negro del Escudo Blanco, que le habías robado el anillo y que habías huido con su caballo. Pero Dios es testigo de que ahora considero falsa esa acusación.

5. La reconciliación

¡Así que era eso! Tiuri retrocedió como si le hubieran dado un tortazo. Las últimas palabras del caballero Ristridín no podían suavizar lo terrible de aquella acusación. Él, Tiuri, el asesino del Caballero Negro del Escudo Blanco. En realidad era más ridículo que terrible. Y aquello fue lo primero que dijo cuando recuperó la voz.

–¡Es ridículo...! –susurró.

En aquel momento pudo entender mejor el comportamiento de los Caballeros Grises, aunque seguía sin entender cómo habían llegado a aquella acusación.

–Bien –dijo el señor del castillo–, me parece que es el momento de entrar. No hace falta que la lluvia nos moje más.

Se acercó a Tiuri, le puso la mano en el hombro y se lo llevó.

Tiuri se dejó conducir sumiso. Los Caballeros Grises y sus escuderos les siguieron al interior del castillo. Éste aún no estaba vacío: Tiuri vio asomar de vez en cuando una cara curiosa mirando por una esquina. Un poco después estaba con toda la compañía en la sala baja en la que había visto por primera vez a los Caballeros Grises. La mesa estaba puesta y había muchas velas encendidas.

El señor del castillo, de un empujón, sentó a Tiuri en una silla y llenó una copa que le puso delante.

–Ten –dijo con brevedad, pero no con antipatía–, bebe.

Pero Tiuri miró a los cuatro Caballeros Grises que se iban sentando uno a uno a la mesa y apartó la copa. Los caballeros se habían quitado los cascos y soltado las golas. Al fin podía verlos bien. El señor del castillo también llenó sus copas y dijo:

—Había contado, invitados míos, con que desearían comer algo después de lo sucedido. Ésta es una comida de reconciliación.

Los Caballeros Grises no chocaron sus copas. Miraron a Tiuri como si esperaran que dijese algo.

El joven les miró uno a uno. Vio a Ristridín sentado justo frente a él; alto y delgado, con una cara curtida y huesuda. Su pelo y barba negros y rizados empezaban a encanecer seriamente, pero sus ojos azules eran jóvenes y claros. A su lado estaba Bendú, grande y robusto, de pelo y ojos oscuros, con cejas pobladas y amenazantes. El caballero Arwaut, junto a él, se le parecía un poco, también robusto y moreno, pero era joven, no debía tener ni veinticinco años y sus ojos eran más claros y más amistosos. El caballero Ewain, que estaba sentado al otro lado de Ristridín, también era joven, de piel y ojos claros, y con el pelo muy rubio.

Cuando Tiuri empezó a hablar miró sobre todo a Ristridín, que parecía su líder.

—Una comida de reconciliación —dijo repitiendo las palabras del señor del castillo—. Me han tratado como a un criminal. ¿De dónde sacaron esa acusación? ¿Y creen todos ahora que era falsa?

El caballero Ristridín asintió con gravedad y Arwaut y Ewain dijeron «sí» a la vez.

Pero Bendú dijo:

—No tiene importancia lo que yo crea... Yo quiero saber. Es muy posible que seas inocente, Tiuri, hijo de Tiuri, pero no es la primera vez que la falsedad y la traición se ocultan tras una apariencia inocente. Y antes de que diga «sí» como han hecho mis amigos, quiero saber quién ha asesinado al Caballero del Escudo Blanco. Dices que han sido los Caballeros Rojos por orden del Caballero Negro del Escudo Rojo. ¿Cómo lo sabes?

—Él mismo me lo contó —contestó Tiuri.

—¿Quién?

—El Caballero Negro del Escudo Blanco.

—¿Así que tú lo encontraste?

—Lo encontré y estuve junto a él cuando murió.

—Y ¿cómo fue?

Tiuri se levantó. Estaba de pie ante la mesa y miró arrogante y un poco enfadado a Bendú.

—Caballero Bendú —dijo—, me fui de la capilla en la que tenía que velar la noche antes de ser nombrado caballero. Cogí un caballo que no era mío y me marché montado en él. Encontré al Caballero del Escudo Blanco y estuve junto a él cuando murió. Me contó quiénes le habían asesinado y me dio su anillo. Poco tiempo después me encontré con los Caballeros Rojos que también intentaron asesinarme. Logré escapar de ellos. Después cabalgué por el bosque hacia el oeste sobre el caballo del Caballero del Escudo Blanco. Eso es todo lo que puedo contarle. Pero le juro que tengo la conciencia limpia... y que si fuera caballero lo juraría por mi honor. Su acusación es falsa y ridícula.

Bendú le miró con el ceño fruncido.

–Bien –masculló entonces–, ahora ya lo sabemos. Vuelve a sentarte.

Pero Tiuri siguió de pie aunque sentía que le temblaban las piernas.

–No me sentaré –dijo– hasta que todos me crean. Siento no poder dar más explicaciones, pero me es imposible hacerlo.

–Te creemos –dijo el caballero Ristridín.

–Sí –dijo Bendú en tono malhumorado–, te creemos.

Tiuri iba a volver a sentarse, pero de pronto se acordó de algo:

–Devolvedme el anillo. El anillo del Caballero del Escudo Blanco.

El caballero Ristridín, lentamente, sacó el anillo de una bolsita que le colgaba del cinturón.

–Aquí tienes –dijo–. Aquí está.

Tiuri cogió la joya y la apretó en su mano. Después se dejó caer en la silla. Un cansancio mortal le asaltó de pronto. El miedo y la tensión del día anterior habían sido excesivos. Cogió su copa con mano temblorosa y le dio un buen trago. Era vino, que le quemó la garganta y después le dio un reconfortante calor. Volvió a mirar a los caballeros que le observaban y tenían el aspecto de no sentirse cómodos del todo.

–Sabemos que los Caballeros Rojos eran enemigos del Caballero del Escudo Blanco –dijo entonces el caballero Ristridín–, al igual que su señor, el Caballero del Escudo Rojo. También sabemos lo del duelo. Pero oímos que había acabado de una forma muy diferente.

–Nunca hubo un duelo –dijo Tiuri.

–Tienes que saber lo que oímos nosotros –dijo Ristridín.

–Fui en busca del Caballero del Escudo Rojo –dijo Bendú–. El Caballero del Escudo Blanco había sido asesinado y nosotros sabíamos quién era su enemigo. Lo encontré en el Bosque del Rey, al sur de la casa de caza, en compañía de seis Caballeros Rojos. Le pedí que se levantara la visera y que me contara lo que había hecho con su rival, el Caballero del Escudo Blanco. Se quitó el casco, pero debajo llevaba una máscara negra...

–¿También él? –masculló Tiuri.

–Una máscara negra. Y dijo: «Lo siento, señor caballero, pero no puedo quitarme la máscara. En cuanto al Caballero del Escudo Blanco, le he retado a un duelo. Eso no está prohibido, ¿no? Pero, por desgracia, tengo que reconocer que me derrotó. Mordí el polvo. Es la segunda vez. A la tercera venceré». Entonces dije yo: «¡Pero el Caballero del Escudo Blanco ha muerto!». Me miró, pero no pude ver a través de la máscara si estaba o no sorprendido. «¿Muerto?», dijo al cabo de un rato. «No puedo decir que me entristezca. Usted sabe que era mi enemigo...»

«¡Ha sido asesinado!», le dije, «y me gustaría saber dónde estaban sus Caballeros Rojos aquella noche y qué me pueden contar al respecto». Pero entonces se enfadó. «¡Aquí están!», exclamó, «y han estado todo el tiempo conmigo». «Creo saber que tiene más caballeros», dije. Me interrumpió. «¿Se atreve a decirme que yo o mis caballeros

tenemos algo que ver?», exclamó. «¿Se atreve a decirme que he deshonrado mi orden de caballería? El Caballero del Escudo Blanco era mi enemigo y le hubiera matado de haber podido, ¡pero en una lucha honesta!» Y sus Caballeros Rojos me rodearon con caras amenazadoras. Pero yo les dije: «Un caballero valiente ha sido asesinado y, amigo o enemigo, debe lamentar la forma en la que ha sucedido. En cuanto a usted, señor caballero de la máscara, no puedo juzgarle porque no le conozco. Pero no me gusta la forma en la que trae sus odios a la tierra de Dagonaut. Vuelva a la tierra de Eviellan, de donde procede, y luche en su propio territorio o en el reino de Unauwen».

Entonces se rió y dijo: «¿No habrían valido esas mismas palabras para el Caballero del Escudo Blanco? Él también era un extranjero en su tierra y no tenía nada que hacer allí. Pero me iré. Una cosa más: no sospeche sólo de mis Caballeros Rojos. Un hombre como el Caballero del Escudo Blanco tiene muchos enemigos. Sabía demasiado de todo tipo de asuntos. El peligro lo acechaba por todas partes, incluso en las formas más inocentes. Yo no era ni mucho menos el único que deseaba su muerte. Y algo más para acabar: era mi enemigo, pero sentía respeto y admiración por él, puede escribirlo sobre su lápida».

Bendú calló un momento y concluyó:

—Y el Caballero del Escudo Rojo se fue con sus caballeros y no pude retenerlo porque sólo me acompañaban el caballero Arwaut y mi escudero. ¡Pero no me gustó! No sabía quién era, pero desconfiaba de él, si bien entonces no creía que hubiera asesinado a su enemigo a traición.

—Yo me encontré con otro pequeño grupo de Caballeros Rojos —contó Ristridín—, pero ellos también negaron rotundamente saber algo de su muerte. Uno de ellos me siguió después y me confesó que podía contarme más cosas. Ésta es, resumida, su historia: su señor, el Caballero del Escudo Rojo, perdió el duelo y se marchó, pero encargó a una parte de sus Caballeros Rojos que vigilaran al Caballero del Escudo Blanco. Fueron esos caballeros los que le encontraron muerto, asesinado. Temían ser inculpadados y huyeron. El caballero que me lo contó tenía algo más que añadir al relato. Por alguna parte vagaba un joven que llevaba mucho tiempo espiando al Caballero del Escudo Blanco y que por alguna razón quería hacerse con el anillo que él llevaba. Ese joven había estado por los alrededores la noche fatídica; todos le habían visto e incluso habían intentado detenerlo, pero había huido... En la posada Yikarvara oímos después hablar de un joven que había robado un caballo, que se había comportado de una forma extraña y que, en efecto, llevaba un anillo en el dedo. Había conseguido huir y llevarse el caballo Ardanwen.

—Más tarde, en la ciudad, se hablaba de un joven que había abandonado la capilla —dijo el caballero Bendú—. Aquello resultaba muy extraño, pero sus amigos, su padre e incluso el rey no creían que fuese capaz de hacer nada malo. A mí me sigue pareciendo algo inaudito y contra cualquier regla, y también pensé inmediatamente que el hijo de Tiuri podía ser la misma persona que el ladrón de caballos que había huido con el anillo.

—Yo no lo creí —dijo Ristridín—. El hijo de Tiuri merecía convertirse en caballero

después de su tiempo de prueba y aquello no encajaba con historias sobre un ladrón y un asesino.

—En cualquier caso, estábamos de acuerdo en que el joven huido, fuera quien fuera, debía ser el asesino.

—Nuestra historia se alargaría demasiado si te contásemos qué motivos se añadieron —dijo Ristridín—. Los auténticos asesinos y sus cómplices han conseguido, de forma astuta, rodearte de sospechas...

Tiuri lo había escuchado todo con enorme atención. Sí, los Caballeros Rojos y su señor habían sido astutos. Se habían encargado de que otras personas también lo persiguieran y a la vez se habían librado a sí mismos de sospechas. Posiblemente siguieran al acecho por alguna parte. Había visto cabalgar a dos hacia el oeste, quizá le estuvieran esperando en algún lugar...

—Ahora ya sabes por qué sospechábamos de ti —dijo Ristridín—. Espero que no sigas enfadado. Todavía eres joven y no sabes lo que nosotros... Que la traición, como dice Bendú, también puede esconderse tras una apariencia inocente.

—No —dijo Tiuri en voz baja—, no estoy enfadado...

Ni siquiera sabía si esto era así; sus sentimientos eran confusos. Miró atentamente el anillo del Caballero del Escudo Blanco y se lo puso en el dedo.

—Ahora comamos y bebamos —dijo el señor del castillo.

Tiuri vació su copa pero no consiguió tragar ni un bocado. Meditó sobre lo que Ristridín y Bendú le habían contado, y reparó en que aún había muchas cosas que desconocía. Por ejemplo, ¿quién era el Caballero Negro del Escudo Blanco? Los Caballeros Grises le conocían; querían vengar su muerte. Le habría gustado preguntarlo, pero no se atrevió. Quizá su ignorancia asombraría a los caballeros y volvería a convertirle en sospechoso. Parecían no saber nada de la carta y él no podía decir nada que los pusiera sobre la pista de su misión. Así que guardó silencio y se recostó en la silla. Estaba realmente cansado.

El señor del castillo se levantó y se acercó hasta él.

—Joven —dijo—, creo que sería una buena idea que te retirases. Mañana, después de un buen descanso, podréis seguir hablando y preguntando. Acompáñame.

Tiuri se levantó como en sueños y le siguió. Los caballeros también se levantaron y le desearon buenas noches. Después el señor le condujo a otra parte del castillo en la que subieron una gran cantidad de escaleras.

—Te he hecho subir mucho —dijo el señor del castillo mientras abría una puerta ante Tiuri—, pero ésta es la habitación de mi hijo; he pensado que te gustaría. Él no está aquí ahora porque sirve como escudero a uno de los caballeros de Dagonaut. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis —contestó Tiuri.

—Mi hijo acaba de cumplir catorce, pero espero que llegue a ser tan valiente como tú. Que descanses.

Después de estas palabras Tiuri se quedó solo.

La habitación tenía un aspecto agradable. La cama, con sábanas blanquísimas, estaba abierta. Había dos velas encendidas; una en la mesilla al lado de la cama y otra en el aguamanil, junto al cual había dos jarras preparadas: una con agua fría y otra con agua caliente. Mientras Tiuri miraba a su alrededor, la puerta volvió a abrirse y la señora del castillo entró.

—He venido un momento para ver si todo está bien —dijo—. Ésta es la habitación de nuestro hijo Sigirdiwarth.

Tiuri hizo una reverencia y le dio las gracias. Ella le sonrió y él pensó que Lavinia se parecía mucho a ella. Después le deseó dulces sueños y se fue.

Tiuri se desnudó y se lavó. No llevaba ni un minuto acostado cuando cayó en un profundo sueño.

6. El nombre del Caballero del Escudo Blanco

Cuando Tiuri se despertó tardó un poco en saber dónde estaba. Poco a poco fue recordando todo lo que había pasado el día y la noche anteriores. Se quedó tumbado un poco más, disfrutando de la buena cama y la agradable habitación. Pero después de un rato se levantó y volvió a vestirse con su hábito desgastado. Dejó la cota de malla sobre una silla, aunque le habría gustado conservarla al igual que las armas. Cuando estuvo vestido miró hacia la única ventana de la habitación; estaba en lo alto de la pared, pero debajo había un pequeño banco. Se subió a él y miró hacia fuera. Lo que vio le hizo suspirar de admiración porque se encontraba en una de las torres exteriores y desde allí tenía una vista preciosa de la región del oeste.

Hacía buen tiempo y la luz del sol resplandecía sobre los campos y prados húmedos. El río Azul era en aquel momento realmente azul, brillante azul celeste, y junto a él, el Primer Gran Camino iba como una destelleante cinta rojiza hacia las montañas. Veía aquellas montañas con gran claridad, gris, azul y lila, con las cimas nevadas que contrastaban mucho sobre el cielo despejado. Hacia allí tenía que ir.

Se quedó un rato contemplando las vistas hasta que llamaron a la puerta. Se dio la vuelta y dijo:

—Adelante.

Era el caballero Ristridín. Se quedó un instante en el vano de la puerta como si dudara. Volvía a vestir su cota de malla y manto grises, pero llevaba la cabeza descubierta.

—Buenos días —dijo—. Por lo que veo ya estás listo.

—Buenos días caballero Ristridín —dijo Tiuri, y se calló sin saber muy bien qué más decirle a ese hombre que tan cruelmente le había tratado y que ahora le miraba con tanta amabilidad.

Ristridín fue hacia él y le miró con seriedad, la cabeza echada hacia atrás. Era muy

alto, pero Tiuri, que seguía subido al banco, le sobrepasaba en altura.

—Tiuri, he venido para decirte algo, o mejor dicho, para pedirte algo. Ahora que vuelvo a verte, mi error me parece aún más absurdo. Te pido perdón por lo que te hice. Estaba furioso y ciego por la sed de venganza, pero eso no es excusa... ¡Perdóname!

—¡Claro que sí! —dijo Tiuri apresuradamente mientras saltaba del banco. Se había puesto colorado. Casi se avergonzaba de que aquel famoso caballero, que era muchos años mayor que él, le hablara de aquel modo.

El caballero Ristridín le tendió la mano y él la apretó con fuerza. Tal vez fuera extraño, pero sentía que el líder de los Caballeros Grises le caía bien. Sí, incluso le costaba reconocerlo como uno de los caballeros que le habían acosado.

Los dos guardaron un momento de silencio. Después, Ristridín preguntó a Tiuri si quería desayunar.

—Con mucho gusto —dijo Tiuri, que de repente se sintió muy hambriento—. ¿Qué horas es?

—Las siete y media más o menos —contestó Ristridín—. Mis amigos han desayunado ya. Bendú y Arwaut incluso se han marchado con la esperanza de encontrar algún rastro de los Caballeros Rojos.

—¿Los Caballeros Rojos? —preguntó Tiuri.

—Sí, hemos oído decir a distintos habitantes del castillo que hace tres días pasaron por aquí algunos guerreros vestidos de rojo en dirección oeste. Quién sabe si todavía están por los alrededores. En cualquier caso, es posible que los haya visto más gente.

—Yo también vi a dos. Hace aproximadamente una semana. Ellos también iban por el Gran Camino hacia el oeste.

Pensó que era muy posible que hubiera un par de ellos, o alguno más, por los alrededores. Además, seguían teniendo sus motivos para capturarlo...

El Caballero Ristridín expresó en alto sus pensamientos al decir:

—Después de todos los esfuerzos que han hecho para sumirte en la desgracia, querrán saber si lo han conseguido.

—Eso creo yo también.

Ristridín había puesto la mano en el pomo de la puerta, pero se detuvo y preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora, Tiuri?

—Desayunar —contestó el joven.

Pero el caballero se quedó mirándole con seriedad.

—¿Y después?

—Continuaré mi camino... Yo... tengo que seguir el viaje.

—¿Adónde?

—Bordeando el río Azul.

El caballero Ristridín se inclinó hacia Tiuri.

—Guardas un secreto —dijo en voz baja.

—Sí, caballero —dijo Tiuri.

—No te preguntaré cuál es —siguió diciendo Ristridín—, pero imagino que el Caballero del Escudo Blanco te encargó algo. No hace falta que digas nada; sólo te estoy diciendo lo que pienso. Vas camino al oeste y tu meta está al otro lado de las montañas, quizá en el propio reino de Unauwen. Y los Caballeros Rojos pretenden que no alcances tu meta, al igual que no quisieron que el caballero Edwinem alcanzara la suya.

¡*El caballero Edwinem!* Así que éste era el nombre del Caballero Negro del Escudo Blanco...

Ristridín no esperó ninguna respuesta sino que abrió la puerta.

—Vamos —dijo—, vayamos al comedor.

Fueron hacia allí en silencio. Tiuri miraba de reojo a Ristridín de vez en cuando. Había descubierto gran parte de su secreto. Pero tal vez supiera más cosas que Tiuri. Había conocido al Caballero del Escudo Blanco, o caballero Edwinem como parecía haberse llamado... Tiuri ardía en deseos de preguntar, pero no tuvo oportunidad de hacerlo porque el señor del castillo y el caballero Ewain fueron a su encuentro.

Desearon a ambos buenos días y el señor del castillo le preguntó si había dormido bien.

—Sigues llevando tu hábito —dijo entonces—. Tengo ropa que te sentará mejor.

—Gracias —dijo Tiuri—. Pero tal vez esta ropa sea la menos llamativa para continuar el viaje.

—¿Acaso necesitas un disfraz? —preguntó el señor del castillo—. Piensa que todo el mundo en este castillo sabe que no eres monje. En cualquier caso, llevarás una cota de malla debajo, o ¿crees que no será necesario?

—¡Ah!, estaría muy bien —contestó Tiuri.

—Así que tienes pensado seguir viajando —siguió diciendo el señor del castillo—. ¿Cuándo?

—Tan pronto como sea posible —contestó Tiuri—. De inmediato.

—No tengas tanta prisa —dijo el señor del castillo—. Espera en todo caso a que el caballero Bendú y su primo hayan regresado. Quizá tengan noticias que puedan serte de utilidad.

—¿Temas a los Caballeros Rojos? —preguntó el caballero Ewain.

—Sí, caballero —contestó Tiuri—. Y tengo motivos para hacerlo.

—No lo dudo —dijo el joven caballero—. Puede que hayan ido más hacia el oeste, al paso entre montañas, pero no lo creo. No serán bienvenidos en el país de mi rey.

—¿Es usted... es del reino de Unauwen? —preguntó Tiuri un tanto sorprendido.

—Sí, soy caballero del rey Unauwen.

—¿Conocía bien al Caballero del... al caballero Edwinem?

—Estuve a su servicio —contestó Ewain— antes de ser nombrado caballero. Formé parte de su comitiva cuando fue enviado al Bosque de Vórgota para convertirlo en un lugar seguro... El caballero Ristridín también estuvo allí.

—¿El Bosque de Vórgota? —repitió Tiuri, nunca había oído aquel nombre—. No conozco

mucho el país del rey Unauwen –añadió.

–Eso le pasa a mucha gente de aquí –dijo Ewain–. Es una lástima. Tal vez eso cambie ahora que vienen más personas de nuestro país al reino de Dagonaut. Yo fui enviado por el rey Unauwen para llevar un mensaje de amistad a tu rey.

Se dirigió a Ristridín y al señor del castillo, y habló:

–Ustedes son de los pocos que mejor nos conocen –dijo–. Ustedes son amigos nuestros y temen al mismo enemigo.

–¿Qué enemigo? –preguntó Tiuri–. ¿No será el país de Eviellan, no?

El país de Eviellan estaba al sur y lindaba tanto con el reino de Dagonaut como con el de Unauwen. Antigüamente, desde allí se habían hecho frecuentes incursiones en el reino de Dagonaut, pero desde que reinaba uno de los hijos de Unauwen, éstas habían disminuido. Tiuri había oído alguna vez que existían conflictos entre Eviellan y el reino de Unauwen, y siempre le había extrañado porque el primero había prosperado gracias al hijo de Unauwen. Además, las desavenencias entre Eviellan y el reino del oeste eran consideradas, por lo general, como asuntos que no concernían a los habitantes de Dagonaut.

–Sí, el país de Eviellan –dijo el caballero Ewain.

–El Caballero Negro del Escudo Rojo viene de allí –dijo Ristridín–. Todos los caballeros del monarca de Eviellan llevan escudos rojos o negros. En cuanto al propio monarca, es el hijo menor del rey Unauwen y su mayor enemigo. Al menos... lo era.

–Circulaban rumores de que iba a hacer las paces con su padre –dijo el caballero Ewain–, para alegría de muchos, entre ellos la mía. Pero ya no sé si creerlo...

Tiuri escuchó con mucho interés aquellas cosas de las que hasta entonces sabía poco o nada. ¿Tendría la carta algo que ver con la aparente enemistad entre el reino de Unauwen y Eviellan? El Caballero del Escudo Blanco había sido uno de los caballeros de Unauwen, pero seguía sin conocer nada más que su nombre. Los Caballeros Grises podrían contar, con toda seguridad, muchas cosas sobre él. ¡Ojalá lo hicieran!

–¿Qué vais a hacer ahora? –preguntó a Ristridín y a Ewain–. ¿Vais a ir en busca de los Caballeros Rojos?

–Sí –contestó Ristridín–. Y del Caballero del Escudo Rojo. No descansaremos hasta encontrarlos.

Entretanto habían llegado a la gran sala.

–Ve a desayunar, Tiuri –le dijo el señor del castillo–. Puedes continuar camino cuando quieras, pero espera hasta que te haya encontrado mejores ropas. Y puedes quedarte las armas que te di... o tal vez prefieras las de mi hija.

Tiuri se lo agradeció de todo corazón. Después dijo:

–El caballo negro está aquí, mi fiel portador Ardanwen del Caballero del Escudo Blanco. Me gustaría volver a montarlo.

–Los ladrones te lo robaron, ¿no es cierto? –dijo Ristridín–. Se lo quitamos.

–Lo sé. Estaba escondido en una cueva y vi y escuché todo.

–¡Ah! –exclamó Ristridín sorprendido.

–¿Deseas alguna cosa más? –preguntó el señor del castillo.

–No, gracias –dijo Tiuri–. O tal vez sí... Un cordel para volver a colgarme el anillo del cuello. Creo que será mejor que llevarlo en el dedo.

–Tienes razón –dijo Ristridín–. No comprendo cómo no te lo quitaron los ladrones.

–Quisieron hacerlo –empezó a decir Tiuri–, pero...

Se calló de pronto. No le apetecía demasiado hablar de su encuentro con los ladrones.

Los caballeros y el señor del castillo le miraron interrogantes:

–¿Y...? –preguntó Ristridín.

–Dejaron que me lo quedara –contestó únicamente.

Los demás no siguieron preguntando.

–Es un anillo valioso –dijo Ewain–. Sólo unos pocos de nuestros caballeros llevan uno así. El rey Unauwen regaló esos anillos a sus paladines más fieles. Se dice que sólo existen doce en todo el mundo... Otros aseguran que sólo siete.

Tiuri miró el anillo aún con más respeto que antes. Aquél era un motivo más para no llevarlo en la mano. A fin de cuentas sólo lo había aceptado para hacer saber al ermitaño Menaures quién le enviaba. Después tenía que devolvérselo al rey Unauwen.

Entró solo en la gran sala. Los demás ya habían desayunado y todos tenían algo que hacer. La sala no estaba muy llena: al parecer cada uno desayunaba cuando le venía bien.

En la mesa elevada estaba Lavinia totalmente sola. Tiuri la saludó con una reverencia y una sonrisa. Cuando se hubo sentado a una de las mesas, un sirviente se acercó hasta él llevando el mensaje de la joven noble de si deseaba ir junto a ella. Tiuri se levantó inmediatamente. Notó que el sirviente le seguía con la mirada. Él mismo se habría maravillado, y como él todos los demás habitantes del castillo, por el hecho de que alguien fuera apresado un día y al siguiente fuese un invitado distinguido.

–Desayuna conmigo –dijo Lavinia–. Es muy descortés por tu parte dejarme sola. Hoy es un día tan extraño... Todo el mundo está intranquilo, como si pudiera pasar cualquier cosa. ¿Cómo estás tú?

–Muy bien, gracias –contestó Tiuri mientras se sentaba–. Y ¿cómo está usted, noble Lavinia? Quiero agradecerle una vez más lo que ayer hizo por mí.

–¡Ah!, no fue nada –dijo la joven–. Me alegra que estés a mi lado sano y salvo. Lo único que ocurre es que no entiendo bien lo que ha pasado. Y mi padre o me responde sólo con monosílabos o no me responde en absoluto. ¿Quién eres? ¿Qué haces? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? Y ¿por qué te apresaron?

–Esas son demasiadas preguntas así de pronto –dijo Tiuri riendo, y añadió con seriedad–: No puedo darle muchas respuestas.

–¡Vaya! Mi padre ya me dijo que no te preguntara nada. Pero sé una cosa. Sé cómo te llamas. Tiuri, ¿no es cierto? ¿Es Tiuri el Valiente realmente tu padre?

–Sí, noble dama –contestó Tiuri con cierto orgullo–. ¿Le conoce?

—No, pero he oído hablar de él. Es uno de los caballeros sobre los que cantan los trovadores... De Tiuri el Valiente y del caballero Edwinem, y de Ristridín del Sur...

—Del caballero Edwinem —le interrumpió Tiuri—. ¿Llegó a conocerle?

—No, tampoco. Al único que conozco es al caballero Ristridín, de pequeña me llevaba a caballito y ahora no quiere ni contarme qué es lo que está pasando. ¡Me sorprendí tanto cuando oí que era uno de los Caballeros Grises! Parecía tan enfadado y tan triste...

No le había visto nunca así. Pero me preguntas por el caballero Edwinem. ¿Le has visto?

—Sólo una vez —contestó Tiuri.

—Mi padre lo conoció hace mucho, cuando estaba en el país de Unauwen. Una vez vino aquí un trovador que cantó una canción sobre él que me pareció muy bonita. Empezaba así —y Lavinia cantó en voz baja—:

Con viento norte Edwinem cabalgaba
desde su tierra Foresterra,
el escudo blanco del brazo colgaba,
así cabalgaba, no venía de cerca.
Su corazón seguía en Foresterra,
en el bosque, junto al mar,
pero con viento norte cabalgaba
y dejó su propio lugar.

Con viento norte Edwinem cabalgaba
a las montañas del sur debía ir,
y cuando pasaba junto a una torre,
la campana hacía tañir:
«Aquí llega el señor de Foresterra,
en el bosque, junto al mar,
cabalga con lluvia del oeste,
viento del norte lo ha de acompañar».

«¡Saludos, Edwinem, caballero eminente!
En vos descansan nuestros anhelos.
Como el arco iris su fama es reluciente.
De Unauwen vos sois mensajero.
Os alejáis de Foresterra,
en el bosque, junto al mar,
montado en Viento de la Noche, con viento norte,
para velar aquí por la paz.»

Lavinia se detuvo.

—Ya no recuerdo cómo seguía —dijo—. Era muy larga, llena de valerosas hazañas: una historia del país de Unauwen. Es extraño, pero también he oído al caballero Ristridín hablar de Edwinem... ¿Por qué estaba el caballero Ristridín tan enfadado contigo en realidad?

Se calló un momento y dijo riendo:

—Otra vez estoy preguntando demasiado. Lo veo en tu cara. Mi padre dice que soy curiosa y que hablo demasiado, pero —y entonces bajó la voz— también sé guardar silencio. Los secretos están a salvo conmigo.

—¿Cree usted que tengo un secreto? —preguntó Tiuri.

—Por supuesto. Cuéntame, ¿cuál es? Puedes confiar realmente en mí.

—La creo, noble dama. Pero mi secreto no es sólo mío, y no puedo contárselo. Sí, sería incluso mejor que nadie supiera que tengo un secreto.

Lavinia le miró algo decepcionada. Después sonrió sinceramente y dijo:

—He comprendido el mensaje. Quédate tranquilo, no hablaré del misterioso peregrino que fue nuestro invitado. ¿Te parece bien?

—Gracias, Lavinia —dijo Tiuri con seriedad.

A continuación hablaron de otras cosas, pero no por mucho tiempo, porque el señor del castillo se acercó a ellos preguntando si Tiuri quería acompañarle. Éste se despidió de la noble y siguió a su anfitrión a la sala inferior donde los Caballeros Grises lo estaban esperando.

—El caballero Bendú y el caballero Arwaut han vuelto —dijo el señor del castillo—. No han encontrado a los Caballeros Rojos, pero sí sus huellas.

—Sí —dijo Bendú—, han estado por aquí. Los han visto varias personas. Pero, o ya no están o están muy bien escondidos.

—Creemos que han ido hacia el oeste —añadió Arwaut.

—Así que nosotros también queremos ir hacia el oeste —dijo Bendú—. Bordeando el río Azul.

—Así es —dijo Ristridín a Tiuri—. Y puesto que tú también tienes que ir en esa dirección, te preguntamos si quieres viajar en nuestra compañía, al menos una parte del camino.

—Viajan deprisa —añadió el señor del castillo—. Por supuesto montarás el caballo Ardanwen y yo me encargaré del resto de tu equipo.

Tiuri reflexionó un momento. La propuesta le atraía mucho. Viajaría rápido y a salvo, y además quizá llegara a enterarse de más cosas acerca del Caballero Negro del Escudo Blanco, Edwinem, señor de Foresterra...

—Me encantaría viajar un trecho con ustedes, caballeros —dijo.

—Supongo que no podemos preguntar hasta dónde nos acompañarás, ni cuál es tu destino —dijo Bendú algo rudo.

Pero Ristridín dijo:

—Puedes viajar con nosotros el tiempo que te parezca. Nosotros tampoco sabemos hasta dónde tendremos que ir. Seguiremos el Primer Gran Camino y el rastro de los Caballeros Rojos. Tal vez vayas más lejos que nosotros.

—¿Cómo es eso? —preguntó Bendú, mirando alternativamente a Ristridín y a Tiuri.

—Seguiré el río Azul —dijo Tiuri y después de vacilar un rato, añadió—: Hasta la fuente.

–¿Hasta donde vive Menaures? –preguntó el señor del castillo.

–Sí –contestó Tiuri–. Hasta Menaures.

–El ermitaño Menaures –dijo el señor del castillo–. ¡Tu camino te lleva hasta allí!... Entonces es un buen camino –siguió diciendo mientras miraba a Bendú, el único de los Caballeros Grises que parecía seguir desconfiando de Tiuri–. Salúdale de mi parte –dijo entonces a Tiuri–. Hace mucho que no le veo y eso no está bien por mi parte, porque tengo mucho que agradecerle. Ya va siendo hora de volver por las montañas. ¡Salúdalo de mi parte!

–Lo haré –prometió Tiuri.

–Preparémonos pues –dijo Ristridín–. Nos gustaría partir lo antes posible.

–A mí también –dijo Tiuri.

CUARTA PARTE

BORDEANDO EL RÍO AZUL

1. Otra vez en camino

Media hora después una gran comitiva cruzaba el puente levadizo. Estaba formada por Tiuri, los cuatro Caballeros Grises, sus escuderos y tres pajes del señor de Mistrinaut. Tiuri montaba el caballo negro Ardanwen y llevaba una cota de malla y una túnica azul como la de los escuderos del señor del castillo. Seguía llevando el hábito, metido en la alforja. Se había despedido cordialmente del señor del castillo de su esposa y de Lavinia. En aquel momento, cabalgando junto al caballero Ristridín, comenzaba la siguiente etapa del camino que tenía que recorrer.

Los centinelas le siguieron con la mirada, con los ojos como platos. Quizá olvidaran por un momento su partida de ajedrez para preguntarse cómo era posible que alguien empezara siendo monje, después preso y que acabara siendo alguien importante que se iba sobre un precioso caballo rodeado por los misteriosos Caballeros Grises.

El Primer Gran Camino seguía el curso del río Azul, a veces serpenteando, pero siempre rumbo al oeste. Tiuri volvió la vista una vez más hacia el castillo. Seguía teniendo aspecto rudo, pero ahora sabía que allí vivían amigos. Vio que alguien saludaba desde una de las torres. ¿Sería Lavinia? Devolvió el saludo y se dirigió a Ristridín:

—Caballero Ristridín —dijo—, es curioso, pero sigo sin saber el nombre de mi anfitrión. ¿Cómo se llama el señor de Mistrinaut?

—Su nombre suena diferente a los demás nombres —contestó Ristridín—. Se llama Sigirdiwarth Rafox de Azular Northa. Hace mucho tiempo fue caballero de un rey del norte. La guerra y las rencillas ciudadanas le obligaron huir de su país. Después de mucho vagabundear, llegó hasta aquí. En aquel tiempo, de eso hace casi veinte años, en el castillo Mistrinaut vivía un señor malvado que era el terror de la comarca. Sigirdiwarth Rafox luchó contra él y le derrotó. De esa forma liberó la región de un gran mal. El rey Dagonaut le estuvo muy agradecido, le ofreció el castillo y la tierra colindante y le permitió llamarse señor de Mistrinaut. El señor Rafox lleva mucho tiempo viviendo aquí y se ha convertido en uno de los nuestros.

—¿También conocía al Caballero del Escudo Blanco..., al caballero Edwinem? —preguntó Tiuri.

—Sí, le conoció hace mucho tiempo en el reino de Unauwen.

Tiuri dudó un momento antes de hacer la siguiente pregunta:

—Caballero Ristridín, ¿podría contarme más cosas sobre el Caballero Negro del Escudo Blanco?

—¿Qué quieres saber?

Tiuri se acercó más a él.

–Todo –dijo en voz baja.

–Eso es más de lo que puedo contar –dijo Ristridín sonriendo.

–No sé nada de él –comentó Tiuri–. Sólo su nombre y la primera vez que lo escuché fue de usted.

El caballero le miró detenidamente pero no mostró sorpresa.

–Tenía muchos nombres –dijo entonces–. Caballero Edwinem, señor de Foresterra junto al Mar, el Invencible, Paladín del rey Unauwen. Ha llevado a cabo grandes hazañas, siempre luchando contra el mal. Era una persona buena y noble. No encontrarás fácilmente a alguien como él.

–¿Le conoció bien?

–Era amigo mío –contestó Ristridín y guardó un momento de silencio; después dijo–: Mira, el caballero Bendú nos hace la señal de que tenemos que espolear a los caballos. Ahora iremos un trecho al galope. Después, cuando descansemos o vayamos a pie, te contaré cómo conocí al caballero Edwinem, cómo luchamos codo con codo aunque él fuese un caballero de Unauwen y yo del rey Dagonaut.

Los caballeros pusieron a sus caballos a galopar por el camino. La gente que había a los lados los seguía con mirada asombrada: posiblemente se preguntaba adónde iban tan rápido los cuatro Caballeros Grises y sus grises escuderos y los cuatro Caballeros Azules de Mistrinaut. El caballo de Tiuri era el más rápido. El joven a veces tenía que refrenarlo para no adelantar a los demás. Cabalgaron así durante un tiempo y no descansaron hasta que el sol indicó el mediodía. Después se detuvieron, desenjaezaron los caballos y los dejaron pastar. Ellos se sentaron al borde del camino para comer algo. Bendú y Ristridín no se concedieron descanso inmediato: se alejaron un poco y estuvieron un rato hablando en voz baja a la orilla del río. Después volvieron junto a la comitiva y Ristridín se sentó junto a Tiuri.

–Es curioso lo poco que sabe la mayoría de la gente de este reino del reino de Unauwen –dijo–, y eso que linda con el nuestro. Quizá sea por lo alta que es la Gran Cordillera. Soy un Caballero Errante y por eso he viajado mucho. A pesar de ello sólo he estado una vez en el reino de Unauwen, aunque el castillo de mis ancestros no está tan lejos.

–Usted viene del sur –dijo Tiuri.

–Sí, se aprecia en el nombre. Vengo del castillo Ristridín, junto al río Gris, cerca de la frontera.

–Del castillo Ristridín –repitió Tiuri–. Y ¿cómo es que un caballero errante posee un castillo y tierras?

–Prefería vagabundear. Por eso renuncié a mis posesiones. Ahora son gobernadas por Arturin, mi hermano pequeño, y yo llevo años viajando por ahí y seguiré haciéndolo aunque sea cada vez más viejo. Es esto para lo que estoy más capacitado. Pero te contaré cómo conocí al caballero Edwinem:

»Por supuesto habrás oído hablar del país de Eviellan. Está en el sur, en la otra orilla del río Gris. Es un país duro, con selvas insondables y llanuras inhóspitas. Hay castillos de piedra por todas partes en los que viven señores que antiguamente no cesaban de guerrear o de hacer saqueos cruzando las fronteras. A menudo tuvimos que luchar contra ellos.

»Hace siete años el hijo más joven del rey Unauwen se fue a Eviellan, lo conquistó y se proclamó rey. Desde entonces gobierna con mano dura. Terminó con las rencillas y los saqueos.

»A pesar de ello seguía habiendo muchos enfrentamientos a causa de la discordia entre Eviellan y el reino de Unauwen. Los guerreros viajaban por nuestro Tercer Gran Camino, tanto desde Eviellan como desde el país de Unauwen. A menudo combatían y de paso destruían nuestros campos e incendiaban nuestras granjas. Por supuesto nosotros, los habitantes del reino de Dagonaut, no podíamos consentirlo. Varios caballeros partieron para intentar convencer a aquellos perturbadores de la paz de que tenían que resolver sus conflictos en su propio suelo.

»Así fue como, con unos pocos hombres leales, perseguimos a una tropa de guerreros de Eviellan por el Tercer Gran Camino hasta el reino de Unauwen. Allí huyeron internándose en una gran selva que llaman el Bosque de Vórgota. Yo también les seguí por allí, pero perdí su rastro. Durante mucho tiempo recorrí aquel bosque con mis escuderos, hasta que nos encontramos con unas tropas hostiles que nos atacaron. Nos defendimos lo mejor que pudimos, pero sabíamos que estábamos perdidos porque nosotros éramos muy pocos y no conocía - mos el terreno.

»Pero, fíjate, entonces llegó un caballero seguido de muchos otros montados en caballos blancos. Él iba sobre un córcel negro y su cota de malla era blanca plateada. Blanco era también el escudo que llevaba en el brazo. Y levantando su espada hizo resonar en el bosque su grito de guerra. Así llegó en nuestra ayuda Edwinem, el señor de Foresterra.

—¿Y ganó? —preguntó Tiuri.

—No en vano llevaba el sobrenombre de «Invencible» —contestó Ristridín.

—Dice que su cota de malla era blanca. ¿No llevaba entonces la armadura negra?

—Los caballeros del rey Unauwen llevan todos los colores, pero nunca fueron de negro... salvo el poco tiempo que lo llevó el caballero Edwinem. En cuanto al escudo blanco, ése es el símbolo de todos los caballeros del rey Unauwen. Los colores de armas del reino son el blanco y el multicolor arco iris. El caballero Edwinem fue enviado por Unauwen para expulsar las hordas enemigas del Bosque de Vórgota. Aquellas hordas venían de Eviellan.

—Y ¿por qué es el reino de Eviellan enemigo de Unauwen? —preguntó Tiuri—. El monarca de Eviellan es hijo del rey, ¿no?

—Esa es una larga historia —dijo Ristridín—. Quizá Ewain pueda contártela mejor. Como

sabes, el reino de Unauwen es su patria. Ewain sirvió en la comitiva de Edwinem antes de ser caballero.

—¿Fue su escudero?

—No. Había muchos jóvenes a los que les habría gustado ser escuderos de Edwinem, pero el que le seguía como escudero era, por extraño que parezca, un anciano curtido y delgado.

Tiuri pensó en el desconocido que le había obligado a salir de la capilla. Aquél había sido, por supuesto, su escudero. Y preguntó:

—¿Cómo se llamaba?

—¿El escudero? Le llamaban Vokia —contestó Ristridín. Se levantó y añadió que era hora de seguir viaje.

—Es extraño verte sobre ese caballo —dijo cuando Tiuri se subió a Ardanwen—. Edwinem nunca montaba otro. Es merecedor de su nombre: Ardanwen significa Viento de la Noche en la antigua lengua del reino de Unauwen. Muy rara vez he visto un caballo tan veloz.

Poco después volvieron a estar en camino. En ese momento Ristridín y su escudero cabalgaban delante, mientras que Tiuri lo hacía al lado de uno de los escuderos de Mistrinaut. A veces se detenían un momento para preguntar en algún pueblo o en alguna casa aislada si alguien había visto a los Caballeros Rojos. Sus preguntas fueron en vano.

—Nada —dijo Bendú descontento—. Y la fastidiosa lluvia de ayer ha borrado todas las huellas.

Ristridín miró hacia la otra orilla del río.

—También pueden haber ido por el otro lado —comentó.

—Tienes razón —dijo Bendú—. En cuanto podamos, cruzaremos el río para ver si allí averiguamos algo.

Avanzada la tarde llegaron a una zona vadeable del río. Ristridín y Bendú fueron a la otra orilla mientras el resto de la compañía les esperaba. Volvieron al cabo de un buen rato. No habían encontrado huellas, pero un pastor les dijo que hacía dos noches había visto pasar a unos caballeros en dirección oeste. No había logrado ver si iban vestidos de rojo.

—Eran unos diez según él —dijo Bendú—. Un poco más allá hay un bosque. Pueden estar allí escondidos.

Continuaron la marcha. Cuando después de un rato aminoraron el paso para ahorrar fuerzas a los caballos, Ristridín volvió a ponerse al lado de Tiuri y le contó cómo el caballero Edwinem y él mismo habían librado del mal al Bosque de Vórgota. Durante mucho tiempo compartieron peligros, amor y dolor, y se hicieron grandes amigos.

—Lamentamos tener que despedirnos —dijo Ristridín—, pero yo tenía que volver a mi país porque el rey Dagonaut me esperaba. Edwinem me regaló entonces un cuerno de plata. Es este cuerno que siempre llevo conmigo. Ya hace cuatro años de eso.

—¿Le volvió a ver después? —preguntó Tiuri.

–Muchas veces.

–Y el caballero Bendú –siguió preguntando Tiuri–, ¿también tenía amistad con él?

–¿Estoy oyendo mencionar mi nombre? –dijo de pronto Bendú por detrás. Un poco después cabalgaba entre Ristridín y Tiuri.

–Por supuesto que tenía amistad con él –dijo–. ¿Qué le estás contando, Ristridín?

Se dirigió a Tiuri y añadió:

–Yo también podría contarte algunas cosas si a cambio oyese algo por tu parte.

–¿Qué quiere saber? –preguntó Tiuri.

–¡Un montón de cosas! Aún no sé nada de ti.

–Le he contado todo lo que he podido –dijo Tiuri.

–¡Vaya, pues sí que ha sido poco! –exclamó Bendú–. ¿Sabes, por casualidad, cuál es el nombre del Caballero del Escudo Rojo?

–Lo siento, caballero Bendú, no lo sé.

Bendú refunfuñó.

–Dentro de nada llegaremos a un pueblo –dijo entonces a Ristridín–, pero propongo que no pernoctemos allí. Será mejor que sigamos mientras haya luz y durmamos al cielo raso.

–No es necesario –dijo Ristridín–, conozco una posada un poco más allá que tiene un bonito nombre: posada La Puesta de Sol. Podemos llegar antes de que se haga de noche.

–¡Estupendo! Esa será nuestra meta por hoy –dijo Bendú–. En el pueblo volveremos a preguntar por los Caballeros Rojos y luego seguiremos al galope.

Aceleró el paso y les adelantó. Parecía querer seguir preguntando.

Tiuri le siguió con la mirada y pensó: «Creo que el caballero Bendú sigue sin confiar en mí».

2. La posada La Puesta de Sol.

La historia de Ewain

Cuando llegaron a la posada el sol estaba justo por encima de las montañas del oeste. Los cuatro Caballeros Grises se bajaron la visera antes de entrar.

–Queremos permanecer en el anonimato –dijo Bendú a Tiuri–. No importa quiénes seamos. Sólo somos vengadores, servidores de la justicia.

El posadero estaba muy impresionado con sus huéspedes. A la pregunta de Ristridín de si podían cenar sin la compañía de otras personas, contestó que en aquel momento no había ningún otro huésped. Podían estar tranquilamente en el comedor. Éste era pequeño y estaba pobremente amueblado, pero tenía algo especial. Sólo había ventanas hacia el oeste hechas con pequeños cristales emplomados a los que iluminaba el sol poniente; brillaban con una luz abundante y bellísima. A ello debía su nombre la posada.

Bendú preguntó por los Caballeros Rojos. El posadero no los había visto.

—Pero —dijo— tal vez mi mozo pueda contarles algo; siempre está al tanto de todas las noticias.

Levantó la voz y gritó:

—¡Leor!

Una puerta se abrió al fondo del comedor y un hombre delgado entró. Al ver a los Caballeros Grises se estremeció. A una señal del posadero, se acercó y permaneció delante de ellos con la cabeza agachada. Sus ojos iban de un lado a otro observando a cada miembro de la compañía. Tiuri vio su aguda mirada y se dijo a sí mismo: «Nunca he visto a nadie que tuviera un aspecto tan antipático y sospechoso». Se preguntó si los demás pensarían lo mismo.

—Leor —dijo el posadero—, estos caballeros quieren saber si por casualidad han pasado por aquí unos caballeros vestidos de rojo. Espera... ahora recuerdo algo. ¿No me has contado algo de eso? ¿De caballeros, quiero decir?

—¿Caballeros? —dijo el mozo lentamente—. ¿Caballeros? No, ¡nunca! Nunca he visto a un caballero, ni rojo ni negro. Acabo de ver a algunos grises y azules, pero eran estos mismos señores.

Sonrió un poco a la compañía y volvió a agachar rápidamente la cabeza, como si temiera haber hablado demasiado. Pero Tiuri vio que sus ojos seguían espiando.

—¿Estás seguro de no haber visto a otros caballeros? —preguntó Ristridín.

—No —masculló el mozo—. Quiero decir que no he visto ninguno.

—¡Mírame! —le ordenó Ristridín en tono severo—, y di la verdad. ¿Has visto Caballeros Rojos por los alrededores, tal vez esta noche?

El mozo le miró entre temeroso y desafiante.

—No —dijo—, no los he visto. Y si hubieran estado aquí me habría enterado.

—Está bien —dijo Ristridín—. Puedes irte. ¿Quieres encargarte de echar de comer a nuestros caballos?

—Así será —dijo el posadero—. ¡Vamos, Leor! Ve.

Se dirigió a los huéspedes y les preguntó qué deseaban comer.

—Nos es indiferente —dijo Bendú—, con tal de que esté bien cocinado y sea suficiente para todos. Y mientras estemos comiendo no queremos ser molestados.

El posadero hizo una reverencia y desapareció. Tiuri fue con uno de los escuderos al establo para ver si los caballos estaban bien atendidos. El mozo Leor ya estaba ocupándose de ello. En aquel momento parecía más tranquilo que en el comedor.

—Bonitos caballos —dijo—. Pueden andar un buen trecho sin cansarse. Ustedes vienen, por supuesto, del castillo de Mistrinaut, ¿no es cierto?

—En efecto —dijo el escudero.

—¿Cuándo salieron de allá?

—Esta mañana.

—Pues han cabalgado rápido. ¿Quiénes son los Caballeros Grises y los Azules?

—No lo sabemos —contestaron Tiuri y el escudero al unísono.

—No somos más que sirvientes —añadió Tiuri, recordando que se hacía pasar por escudero de Mistrinaut.

—Ah, sí, por supuesto —dijo Leor mientras vaciaba un saco de avena en uno de los pesebres—. Los grandes señores no nos cuentan todo... Piensan que sus asuntos están por encima de nuestro entendimiento —y dirigió su atención hacia los caballos—: Este animal negro es el más bonito de todos —dijo— y a pesar de ello no lo monta uno de los caballeros... ¿no es así? —miró a Tiuri pero no le preguntó nada.

El caballo Ardanwen golpeó el suelo con el casco y sacudió la crin.

—Es un animal fuerte —comentó Leor, volviendo a mirar a Tiuri con una risita muy elocuente.

Tiuri le soportaba cada vez menos y se alegró cuando pudo abandonar el establo.

En el comedor habían encendido las velas y el posadero había puesto la mesa. Él y Leor sirvieron la comida poco después. Ristridín les dio las gracias y dijo que llamaría si hacía falta algo más. A continuación todos se pusieron cómodos quitándose los yelmos y las golas y desenganchando sus armas. Bendú corrió el pestillo de la puerta trasera de la casa.

—¡Ya está! —dijo—, ahora estamos entre nosotros.

Durante la comida Tiuri dijo:

—No sé si soy desconfiado, pero no me fío de ese tal Leor.

—¿No? Bueno, yo tampoco —dijo Bendú—. Pero le vigilaremos. Quiera o no quiera decírnoslo, encontraremos a los Caballeros Rojos de cualquier forma.

El caballero Ristridín miró a Tiuri pensativo.

—No olvidemos —dijo— que Tiuri debe pasar por uno de los escuderos del castillo de Mistrinaut.

No dijo por qué lo advertía a todos, pero Tiuri lo entendió.

Estaba seguro de que los Caballeros Rojos querían saber dónde estaba y él mismo era el único que sabía exactamente por qué. Pensó, con un escalofrío, que tal vez los Caballeros Grises no necesitaran buscar a los otros caballeros: «Si sigo con ellos, vendrán a nosotros», pensó. «Volverán a intentar quitarme la carta.» Mientras los caballeros estuvieran con él, permanecería relativamente a salvo, aunque los enemigos descubrieran quién era. Probablemente se enterarían bastante pronto. Es cierto que iba vestido de escudero, pero volvía a montar el caballo de Edwinem, el Caballero Negro del Escudo Blanco.

Evitó expresar aquellos pensamientos en voz alta. No beneficiaría en nada. En lugar de ello se dirigió a Ewain.

—Caballero Ewain —dijo—, ¿querría explicarme por qué el monarca de Eviellan es enemigo del rey Unauwen?

—Es largo de contar —contestó Ewain—. Pero te lo diré.

—Siempre que no olvidéis que no debemos acostarnos demasiado tarde —dijo Bendú—. Mañana nos levantaremos con el sol.

–¿Qué mejor forma de descansar que estar en buena compañía bebiendo vino y escuchando relatos? –preguntó Ristridín. Y ordenó a su escudero que buscara al posadero y le pidiera un par de botellas de vino.

Así, después de la cena volvieron a llenarse los vasos, retiraron las sillas y se sentaron cómodamente para escuchar con Tiuri lo que Ewain iba a contarles.

–Dicen –empezó Ewain– que el país del que procedo es el más bonito del mundo. Nuestro rey, Unauwen, lleva gobernando mucho, mucho tiempo, y su gobierno es sabio y justo. La paz ha reinado durante siglos y siglos en nuestro país. Es en los últimos años cuando hemos conocido la guerra y la discordia. Dicha discordia surgió en el mismo corazón del reino.

»El rey Unauwen tiene dos hijos. El mayor, como suele suceder, es el príncipe heredero y desde que cumplió los dieciocho es también virrey y lugarteniente. Pero los dos príncipes nacieron el mismo día y el pequeño nunca ha estado satisfecho con el lugar que ocupa. No le parecía justo que su hermano, que apenas era unos minutos mayor que él, fuera el sucesor al trono. Debes saber que los dos príncipes son iguales en apariencia e inteligencia. Esto hizo que el pequeño considerase menos aceptable la diferencia de posición. A pesar de todo, sus caracteres eran diferentes y según crecían se fue haciendo más evidente. El príncipe heredero se parece a su padre: siempre está pensando en el bienestar del reino y en el de sus futuros súbditos. Su hermano, sin embargo, es ambicioso y ansía el poder.

»La diferencia entre los dos hermanos fue aumentando cada vez más. El pequeño empezó a odiar al mayor y así surgió la enemistad entre los dos. El rey Unauwen ha intentado de todas las formas posibles volver a unirlos y reconciliar a su hijo menor con su destino. Pero en una cosa fue implacable: nunca dividiría el reino; debía seguir unido bajo el gobierno del que estaba destinado a ello.

»Lo que sí hizo el rey fue nombrar a su hijo pequeño lugarteniente del sur del reino, la provincia de las Corrientes Fluviales. Al principio todo fue bien, pero después el príncipe empezó poco a poco a gobernar de forma más autónoma. Sí, a veces, actuaba de forma completamente opuesta a la voluntad de su padre. Finalmente hizo algo que el rey Unauwen nunca hubiera hecho: se dirigió hacia el sur e invadió el país de Eviellan. Lo conquistó y lo convirtió en una provincia del reino de Unauwen. El rey revocó esta decisión y ordenó a su hijo retirarse inmediatamente de Eviellan. Como respuesta, el príncipe se proclamó rey de aquel país y añadió que también era rey e igual a su padre y que ya no le debía obediencia.

»Este hecho causó un gran dolor al rey, por lo que le quitó a su hijo la condición de lugarteniente.

»Pero el príncipe, osado, rechazó aceptar su cese. Por desgracia, en la provincia de las Corrientes Fluviales tenía muchos partidarios que lo apoyaban en su resistencia. El príncipe heredero llegó con un ejército para asumir la lugartenencia y hubo una batalla.

¡Hermanos luchando entre sí! Unauwen, representado por su hijo mayor, fue el vencedor. Pero desde entonces algo ha desaparecido del reino: la paz y la amistad ya no reinan en todas partes.

»El príncipe más joven, monarca de Eviellan, envió fieras hordas de guerreros al país de su padre para sembrar la intranquilidad. Y aunque no había guerra como tal, las luchas eran frecuentes en la frontera y en el sur de nuestro país...

—Una de esas hordas —dijo Ristridín— se había escondido en el Bosque de Vórgota. El rey Unauwen envió al caballero Edwinem para expulsarla de allí.

—Yo también estuve —contó el caballero Ewain— como uno de los guerreros de su comitiva. Entonces aún no era caballero. Ristridín te habrá contado que conseguimos ahuyentar aquella horda hostil. Pero con ello aún no había desaparecido todo el mal de nuestro país. El príncipe heredero intentó firmar la paz en un par de ocasiones pero no lo consiguió. Se dice que sigue queriendo a su hermano. El monarca de Eviellan rechazó cualquier acercamiento, por lo que los caballeros de Unauwen cogieron sus escudos blancos y, con el corazón apenado, se ciñeron las espadas preparándose para seguir luchando...

»Pero hace poco empezaron, de pronto, a correr alegres rumores por mi país. Se decía que el monarca de Eviellan abandonaría su actitud y viajaría a la ciudad de Unauwen para reconciliarse con su padre y con su hermano. Es cierto que envió mensajeros a su padre, el rey, y que el rey, a su vez, envió emisarios a Eviellan. Es cierto que esos emisarios negociarían la paz y que partieron guiados por buenos deseos. Uno de ellos era el caballero Edwinem, el señor de Foresterra...

Ewain guardó silencio.

—¿Y entonces? —preguntó Tiuri.

—Te he contado todo lo que sé —contestó Ewain—. Cuando dejé mi país para llevar un mensaje de mi rey al rey Dagonaut, me sentía alegre y esperanzado. No podía sospechar que poco tiempo después cambiaría mi escudo blanco por uno gris y que viajaría por este país como vengador.

Se hizo un momento de silencio.

«Es extraño», pensó Tiuri. «Aquí estamos todos nosotros y nos encontramos envueltos en los asuntos de un país que no es el nuestro, excepto Ewain, que sí viene de allí...»

Quiso decir algo, pero Bendú, para sorpresa suya, le hizo un gesto para que callara. El caballero se levantó con cuidado y fue sin hacer ruido hasta la puerta trasera del comedor. Entonces recorrió el pestillo lentamente y abrió la puerta de un tirón.

Un hombre entró rodando. Era Leor.

Bendú le agarró y le obligó a incorporarse.

—¡Ya te tengo! —exclamó—. ¿Por qué nos escuchabas a escondidas?

—¡Socorro! ¡Au! —se quejaba el mozo—. No estaba escuchando a escondidas... ¡Au! ¡Socorro! ¡Suéltame!

Bendú le agarró con más fuerza.

—¡Desembucha!, escuchón —dijo con rudeza—. ¿Por qué nos es pías? Y ¿quién te ha ordenado que lo hagas?

—Nadie —contestó Leor—. Estaba a punto de llamar para preguntarles si necesitaban algo más.

—¡Eso es mentira! —exclamó Bendú sacudiendo al mozo—. ¡Adelante, contesta!

—¡Au! —se quejó Leor—. Me hace daño. Le estoy diciendo que no sé nada. ¡Au, au, au! Se quejaba tan alto que el posadero llegó atraído por el escándalo.

—Señores caballeros —dijo desconcertado—, ¿qué está pasando aquí?

—¿Ha ordenado usted a su mozo que escuche tras la puerta? —preguntó Bendú.

—No, ¡claro que no! —exclamó enfadado el posadero—. ¿Qué quiere de Leor?

—¡Suéltale! —dijo Ristridín a Bendú. Y se dirigió al posadero—: Su mozo se ha comportado de una forma muy sospechosa, Foram. Seguro que no tiene inconveniente en que le hagamos algunas preguntas.

—Ah, no, caballero Ristridín —contestó el posadero mirando sorprendido al caballero que ahora estaba sin yelmo frente a él.

Bendú soltó a Leor y éste se frotó los brazos.

—No he hecho nada. No sé nada —masculló.

—Será mejor que contestes a estos señores, Leor —dijo el posadero con dureza—. ¡Me avergüenzo de ti!

—Y bien —dijo Ristridín—, cuéntanos lo que sabes de los Caballeros Rojos, porque tú los has visto.

Bendú no dijo nada, pero miró al mozo con tanta furia que a éste se le fueron todos los reparos.

—Sí... sí, he visto caballeros —dijo sin ganas—. Anteanoche. Pero no eran rojos...

—¿No eran rojos? —preguntó Bendú.

—Al menos no todos —dijo Leor. Parecía haber olvidado el dolor y una especie de sonrisa apareció en su cara—. El que me habló era negro, me refiero a su ropa, y también había otros que no eran rojos. No sé exactamente qué aspecto tenían. Estaba oscuro.

—¿Hablaron contigo? —preguntó Bendú—. ¿Qué dijeron y cuántos eran?

—Pasaron de largo. No sé cuántos eran. Tal vez diez o doce... Estaba despierto y los vi por mi ventana. Mi habitación da a la parte delantera. Se detuvieron un poco más allá de la posada y me levanté para mirar. «Tal vez quieran entrar», pensé. Bien, salí y entonces fue cuando me vieron. No querían pernoctar, sino que preguntaron si podía sacarles unas cervezas. Y eso es lo que hice.

—¿Y qué dijeron? —preguntó Ristridín.

—Nada especial —contestó Leor.

—Entonces ¿por qué tenías tantas ganas de saber lo que nosotros hablábamos? —preguntó Ristridín.

—¿Por qué, señor caballero, tiene usted tantas ganas de saber de ellos? —preguntó

Leor—. No es que me importe, pero...

—¡Contesta! —gritó Bendú interrumpiéndole.

—Los Caballeros Rojos han cometido un asesinato —dijo Ristridín—. Somos caballeros del rey Dagonaut y tenemos que castigarlos.

—¡Ah! —exclamó Leor. Parecía en cierto modo sorprendido por aquellas palabras—. No me lo tome a mal, señor caballero —siguió diciendo—. Me preguntaron por ustedes. Me preguntaron si había visto a cuatro Caballeros Grises y a sus escuderos, que procedían del castillo de Mistrinaut. Bueno, no los había visto y eso es lo que les dije. Preguntaron por... —entonces dudó un momento y miró a Tiuri— un joven con un bonito anillo en el dedo. Hasta ahora no he visto a ningún joven así.

—¿Y? —preguntó Ristridín. Estaba de pie, alto y severo, frente a Leor y éste no pudo soportar su mirada inquisitiva.

—Dijeron que tenía que estar pendiente —siguió diciendo—, por si veía a los Caballeros Grises y al joven... y que debía avisarles si lo hacía.

—Y ¿cómo debías avisarles? —preguntó Ristridín—. ¿Cómo podías localizarlos? ¿Dónde están ahora?

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Me dijeron que volverían aquí para preguntármelo.

—¿Es ésa la verdad?

—Sí, señor caballero, ésa es la verdad.

En ese momento el posadero salió en su defensa.

—Debe creerle, caballero Ristridín. Claro que está mal que haya intentado escucharles a escondidas. Tiene el defecto de la curiosidad. Pero no podía saber que esos Caballeros Rojos eran asesinos.

—Por supuesto que no —dijo Leor en tono ofendido.

—Es una lástima que no pueda contarnos dónde están —dijo Ristridín—. Pero les encontraremos de todos modos. ¡Vete, Leor! Sólo una cosa: si volvieran, nos avisarás.

—Sí, señor caballero —dijo Leor sumiso y se marchó.

—¿Puedo hacer algo más por ustedes? —preguntó el posadero.

—Sí, Foram —contestó Ristridín—. Será mejor que no vuelvas a pronunciar mi nombre mientras lleve esta armadura gris.

—De acuerdo, señor caballero —dijo el posadero—. Vigilaré a Leor, aunque no creo que sepa más de lo que ha contado.

—Bien, Foram —dijo Ristridín—. Nos vamos a acostar. Mañana, temprano, nos marcharemos.

Cuando el posadero se marchó los miembros de la compañía se sentaron un rato más a deliberar.

—Creo que ese Leor sabe más de lo que ha contado —comentó Bendú.

—Es posible —dijo Ristridín pensativo.

—Y el posadero, ¿es de fiar? —preguntó Arwaut.

—Si supiera algo seguro que me lo habría dicho —contestó Ristridín—. Le conozco. Es

un buen hombre aunque no muy listo.

–¿Y ahora qué? –preguntó Ewain.

–Nada –contestó Bendú a secas–. Vayámonos a la cama. Pero creo que deberíamos hacer turnos de guardia para que nadie pueda entrar ni salir de la posada sin que nos enteremos.

–Eso me parece, en efecto, lo mejor –dijo Ristridín.

Repartieron la guardia: a Ristridín le tocó el primer turno junto con Tiuri, a petición suya. Se quedarían en el comedor y de vez en cuando harían una ronda alrededor de la posada. Pasadas dos horas despertarían a otros dos.

Al poco rato Tiuri se quedó a solas con Ristridín. El comedor estaba casi a oscuras: sólo habían dejado una vela encendida.

–He pedido hacer guardia contigo –dijo el caballero–, porque así tendremos una buena oportunidad para seguir hablando.

–¿No tiene miedo de que alguien escuche a escondidas? –preguntó Tiuri.

–¿Leor? Bueno, lo que tengo que contar no es ningún secreto. Leor puede escucharlo aunque fuese un espía de los Caballeros Rojos.

–¿Piensa usted que los Caballeros Rojos están cerca y que volverán? –siguió preguntando Tiuri.

Ristridín se encogió de hombros.

–Estoy convencido de que están cerca –contestó.

Tiuri guardó unos instantes de silencio.

–Creo que me están buscando a *mí* –dijo entonces en voz baja–. Y si saben que estoy en su compañía, probablemente vengan a su encuentro.

–Que vengan, y cuanto antes mejor. En lo que a ti respecta, mientras estés con nosotros, estarás bajo nuestra protección.

Se levantó, fue hacia la puerta y miró hacia fuera. Después de un momento volvió a sentarse junto a Tiuri pero dejó la puerta abierta.

La guardia se hizo corta porque Ristridín aún tenía mucho que contarle a Tiuri sobre el caballero Edwinem.

Tiuri escuchó. Pasado el tiempo reviviría en la memoria aquel momento. Entonces volvería a ver el silencioso comedor delante de él, con la oscilante luz de aquella única vela, la oscuridad detrás de la puerta abierta. Entonces volvería a oír el murmullo del río y la suave voz del caballero Ristridín mientras contaba la historia. Y, al mismo tiempo, vería ante sí al caballero Edwinem no muerto ni abatido como en el bosque, sino belicoso y fiero cabalgando por el mundo en su caballo negro con la luz destelleando en su Escudo Blanco...

3. Lo que Ristridín contó del Caballero del Escudo Blanco

El caballero Ristridín habló de su amigo, Edwinem de Foresterra. Contó una historia de aventuras y grandes hazañas, de la que Tiuri ya conocía el final. Pero Tiuri oyó más cosas sobre la última aventura de Edwinem, aunque la historia de Ristridín estaba incompleta. En ella no se mencionó la carta para el rey Unauwen, a pesar de que era la causa segura de la huida y muerte del caballero Edwinem.

Esto es lo que contó Ristridín:

—En la primavera de este año —dijo—, yo estaba con mi hermano en el castillo de Ristridín junto al río Gris. Bendú y Edwinem habían prometido venir. Después iríamos los tres al Bosque Salvaje en el que nunca habíamos estado. Un día llegaron unos mensajeros contando que se aproximaban caballeros de Unauwen. Fui a su encuentro. No eran muchos pero la pequeña comitiva tenía un aspecto muy bonito. Todos los caballeros iban totalmente engalanados con sus escudos blancos y sus mantos irisados. Y a la cabeza, en su caballo negro, iba Edwinem de Foresterra, que poseía una preciosa tierra en el reino de Unauwen, pero que era un Caballero Errante como yo. Los demás también tenían nombres famosos, como Andomar de Ingewel y Argarath de Verredave, Marcian y Darowin. Iban de camino a Eviellan como emisarios del rey Unauwen. Viajaban a través de nuestro país a petición del caballero Edwinem, para poder verme y decirme que, en principio, no podría sumarse a nosotros en esta aventura. Su rey le había encomendado una importante misión. Como ya sabes, el monarca de Eviellan había enviado mensajes a su padre y a su hermano en los que manifestaba su deseo de firmar la paz. Por eso el rey Unauwen había enviado a Eviellan sus mejores caballeros.

»Los caballeros se quedaron una noche y un día como invitados en el castillo de mi hermano. Estaban llenos de alegría y esperanza... todos, menos uno. Porque el caballero Edwinem estaba silencioso y ensimismado.

»Por la tarde había estado con él en la torre más alta del castillo contemplando los llanos de Eviellan, al otro lado del río Gris. Entonces le pregunté por qué no estaba contento. Al principio no quería hablar, pero finalmente me dijo dando un suspiro:

»—No lo sé. Todo el mundo es feliz y desea la paz con Eviellan. Pero tengo el corazón preso de un oscuro presentimiento. A veces me enfado conmigo mismo y me pregunto si no me he vuelto desconfiado y receloso. Nunca me había sentido así, ni en los momentos de peligro.

»Le dije que en realidad no había nada que temer, pero contestó:

»—Lo sé tan bien como tú, Ristridín. Y a pesar de ello no puedo quitarme esa sensación.

»Después volvió la cara hacia el oeste y dijo:

»—Lejos de aquí, en un bosque y junto al mar, está mi castillo, Foresterra. Le tengo cariño y cuando estoy lejos mi corazón se alegra cuando pienso que volveré a vivir en él. Pero ahora sólo me entristezco al pensar en ello, y creo que nunca volveré a verlo.

»Le pregunté si temía una traición.

»—No digas esa palabra en voz alta —dijo—. El monarca de Eviellan ha sido mi enemigo durante mucho tiempo. He luchado contra muchos de sus caballeros y ninguno de ellos ha podido vencerme nunca. Pero tampoco se ha comportado ninguno de forma deshonesta conmigo. Por eso no debo pensar en traición. Y, a pesar de ello, y esto sólo te lo digo a ti, Ristridín, no creo que el monarca de Eviellan quiera realmente la paz. Le conozco. Es malvado.

»—Pero puede haber cambiado —objeté.

»—Dios lo quiera —dijo Edwinem—. Deseo que así sea, Ristridín. Tal vez, cuando le vea, olvide mis presentimientos. El monarca de Eviellan posee un gran encanto: se parece tanto a su hermano, el príncipe heredero, que quien le ve no puede creer en su maldad. Precisamente por eso es tan peligroso —entonces sacudió la cabeza y dijo con una sonrisa—: Ahora no hablaré más de esto, Ristridín. No te preocupes por mí. Déjame ir donde debo. Y tú haz lo que te habías propuesto: ve al Bosque Salvaje. Eso está bien porque nadie ha estado nunca allí y uno debe conocer su propio país.

»A la mañana siguiente Edwinem y el resto de los caballeros se despidieron y fueron hacia Eviellan. Su escudero, Vokia, se quedó en el castillo de Ristridín, si bien a su señor le había costado mucho convencerle de que lo hiciera. El viaje iba a ser demasiado duro para el anciano, que no se sentía bien. Los caballeros volverían a pasar a su regreso y le recogerían.

»Cuando se marcharon, el temor de Edwinem se me había contagiado. Por eso decidí no ir al Bosque Salvaje antes de que hubieran vuelto. Bendú llegó y también esperó porque no quería ir sin mí. Cruzamos el río Gris y entramos en Eviellan pero no oímos nada excepcional. Allí también había rumores de paz y reconciliación, pero nos enteramos de que el número de guerreros de Eviellan había aumentado mucho y que vigilaban intensamente la frontera del reino de Unauwen.

»Entretanto el verano se aproximaba. Pronto llegaría el momento de partir a la ciudad de Dagonaut para el gran encuentro cuatrienal. Ya no podíamos ir al Bosque Salvaje.

»Entonces llegó el día en que vería al caballero Edwinem por última vez. Fue un día peculiar: llovía y el sol brillaba a la vez, y el viejo Vokia iba y venía intranquilo mascullando algo sobre un sueño que había tenido y refunfuñando porque no estaba su señor. A la hora de la puesta del sol, un caballero extraño llamó a la puerta del castillo de Ristridín. Quería hablar conmigo pero no quería decir su nombre. El guardián pensó que era un caballero de Eviellan. Fui a la puerta seguido por Vokia, que estaba convencido de que aquel visitante desconocido tenía algo que ver con su señor. Allí estaba el caballero: negra era su armadura, negro su escudo y negro su caballo. Pero incluso sin aquel caballo habría sabido quién era, aunque no se levantara la visera y se comportara como si no me conociese. Le dejé entrar, pero no le llamé por su nombre. Fue después, cuando estuvimos solos, cuando nuestro saludo fue más caluroso.

»—¿Qué ha pasado, Edwinem, para que vengas solo, vestido de negro como un caballero de Eviellan? —pregunté.

»—Era la única manera de salir de aquel país —contestó—. Odio ir de negro, pero debajo está oculto el blanco y dentro de poco será visible de nuevo.

»No podía o no quería decir lo que pasaba: su llegada debía permanecer en secreto. Comprendí que había huido por algún motivo y que tenía prisa. De no haber sido necesario que él y su caballo descansaran, no habría venido. Al cabo de unas horas quería volver a partir y cabalgar por el Tercer Gran Camino hacia su país. Cuando le informé de que había más tropas en la frontera, abandonó aquel plan.

»—Estarán vigilando la frontera —dijo—. El sur del reino de Unauwen está, en gran medida, en su poder. El Bosque de Vórgota permanece a salvo, pero los guerreros de Eviellan están al acecho en los montes del Viento del Sur y en este momento serán muchos más que hace un par de meses. No, iré al país de Unauwen dando un rodeo: primero iré al norte y después tomaré el Primer Gran Camino.

»Le pregunté si podía ayudarle, pero negó con la cabeza y dijo:

»—Éste es un asunto que sólo concierne a mi país y a mi rey. Aunque no será siempre así —después sonrió y añadió—: ¡Ésta es la más asombrosa de mis aventuras! Voy huyendo, en el más profundo de los secretos, como si la muerte me pisara los talones, vestido de negro como un sirviente de la noche. Pero tal vez ésta sea también mi misión más importante. Dios quiera que alcance mi meta.

»No dijo nada más. Se marchó unas horas después, pero ya no estaba solo: su anciano escudero le seguía.

»Me quedé con preocupación, miedo y dudas. Al día siguiente una comitiva de caballeros vestidos de rojo cruzó el río y se dirigió hacia el norte. Mi hermano y yo les retuvimos y les preguntamos qué hacían en el reino de Dagonaut. Contestaron que habían sido enviados por su monarca para rendir homenaje al rey Dagonaut con motivo de la fiesta del solsticio de verano. No pudimos hacer otra cosa que dejarles marchar: las relaciones entre nuestro país y Eviellan habían sido buenas en los últimos tiempos. De vuelta en el castillo estuve deliberando con Bendú y con mi hermano. Yo sabía lo que quería: seguir a aquellos Caballeros Rojos y no perderlos de vista. Bendú quería acompañarme y Arturin, mi hermano, se quedaría en Ristridín para vigilar la frontera. Enseguida tuvimos todo preparado y Bendú y yo partimos aquel mismo día.

»Por el camino oímos que un caballero desconocido se había incorporado a los Caballeros Rojos: llevaba armadura negra y escudo rojo.

»¡Ay, aquel viaje al norte, a la caza salvaje! Seguimos a los Caballeros Rojos, mientras ellos perseguían, al menos eso es lo que nos tenía mos, al señor de Foresterra. En una aldea junto al río Verde tuvimos noticias. Dos caballeros negros habían luchado allí, uno con escudo rojo y otro con escudo blanco. Así que Edwinem se había quitado el negro del escudo. El Caballero del Escudo Blanco había vencido a su adversario pero no lo había matado. A continuación había llegado una horda de Caballeros Rojos, ahuyentando al ganador hacia el bosque. Después desaparecieron todos. Más tarde, el

anciano que acompañaba al caballero vencedor había vuelto y se había alejado a toda velocidad hacia la capital.

»Después de oír aquello dividimos nuestro grupo. Bendú fue hacia la ciudad adentrándose en el bosque. Pero yo no encontré el rastro de ningún caballero ni del Caballero Negro del Escudo Blanco. Finalmente yo también fui a la ciudad, a la que llegué justo después del festivo nombramiento de los nuevos caballeros. Por supuesto se hablaba mucho de un joven que se había marchado, pero en aquel momento no me pareció tan importante. Pensaba en Edwinem y en los Caballeros Rojos. Me reencontré con Bendú, que no había conseguido hallar al anciano escudero. Me enteré de que sólo algunos de los Caballeros Rojos habían presentado sus respetos al rey Dagonaut y que en la ciudad nunca había estado ningún Caballero Negro. El rey nos concedió un permiso inmediato para investigar. El caballero Ewain, que casualmente estaba en la ciudad, se nos unió, al igual que Arwaut, el primo de Bendú.

»Pero no tuvimos que seguir buscando al caballero Edwinem. Ese mismo día nos enteramos de que el Caballero Negro del Escudo Blanco había sido asesinado y encontrado en el bosque, no lejos de la posada Yikarvara, donde se había alojado por poco tiempo.

»Él, el más valiente de los caballeros de Unauwen, uno de sus paladines más nobles y fieles, el Invencible, había sido derrotado, no en un duelo honesto, sino por una cobarde traición. Su presentimiento se había hecho realidad: nunca volvería a ver su país ni a su amada Foresterra junto al mar...

Esto, y más, fue lo que contó el caballero Ristridín a Tiuri mientras hacían la guardia. Dentro y fuera de la posada había silencio. No fueron interrumpidos.

4. Los Caballeros Rojos

Tiuri volvió a cabalgar con los Caballeros Grises a lo largo del río Azul, sólo que en esta ocasión ya no iban tras los Caballeros Rojos sino tras el caballero Edwinem del Escudo Blanco. Tiuri lo veía cabalgar en la lejanía, sobre el caballo negro Ardanwen, pero no conseguía alcanzarlo y aquello le entristecía mucho.

—Nos saca demasiada ventaja —dijo el caballero que cabalgaba junto a él. Al principio pensó que era el caballero Ristridín, pero después se dio cuenta de que el señor de Mistrinaut había ocupado su lugar—. Ristridín se ha ido al Bosque Salvaje —dijo—. No podía continuar con nosotros.

Tiuri vio de pronto que Leor estaba al borde del camino con una daga en la mano y una sonrisa falsa en la cara. Se asustó y al mismo tiempo oyó gritar a Bendú:

—¡Allí están los Caballeros Rojos! ¡Nos atacan! Es culpa tuya, Tiuri: tú los has atraído hasta aquí.

Entonces Bendú se puso a su lado y lo zarandeó enfadado.

Tiuri se despertó. El escudero de Ristridín estaba inclinado sobre él y lo zarandeaba.

—¡No te asustes! —dijo riéndose—. Sólo tienes que levantarte.

—Eh —dijo Tiuri mientras se sentaba y se frotaba los ojos.

Tuvo que pensar un rato antes de lograr distinguir sueño de realidad.

La noche anterior había pasado mucho tiempo con el caballero Ristridín en el comedor. Ninguno de los dos se había dado cuenta de que el reloj de arena ya había marcado el final de su guardia. Cuando Tiuri por fin se acostó, en contra de lo que esperaba, se durmió inmediatamente. Pero en aquel momento tenía la sensación de que se había pasado la noche cabalgando.

Se levantó. Los escuderos de Ristridín y de Bendú, con los que compartía habitación, ya estaban casi preparados. Aún no había amanecido y hacía bastante frío.

Un poco después estaba en el comedor. Los Caballeros Grises ya se encontraban allí: Ristridín y Bendú hablaban con un Leor pálido y gruñón.

—...así que no dijeron cuándo volverían —le oyó decir a Bendú.

—No, señor caballero —contestó Leor—. Estoy seguro de que no lo dijeron. Y tal vez no vengan nunca. Si se enteran de que ustedes han estado aquí...

—¿Cómo pueden saberlo? —preguntó Ristridín.

El mozo le miró como si aquella pregunta le sorprendiese.

—¿Cómo? —dijo—. Una comitiva como la suya llama la atención. Por supuesto que todo el mundo a lo largo del río Azul habla de ustedes. Y si los Caballeros Rojos se enteran, se marcharán. Eso es, al menos, lo que creo.

—En efecto —dijo Bendú furioso—. Ya es suficiente. Puedes irte.

Los caballeros discutieron después sus planes. ¿Seguirían hacia el oeste o esperarían en la posada?

—Yo creo que debemos continuar —dijo Bendú—. No me fío en absoluto de ese Leor. Si es necesario, dejemos aquí a uno o dos de los nuestros.

Tiuri esperaba que los demás estuvieran de acuerdo con Bendú. Fuera como fuera, él tenía que continuar y sería más agradable no tener que viajar solo. Los Caballeros Rojos seguro que seguirían buscando. Para ellos era aconsejable continuar.

—Caballero Bendú —dijo—, yo también creo que es mejor que sigan adelante...

—Vaya, eso crees —dijo Bendú—. Seguro que es lo mejor para ti, ¿no es cierto? Así puedes viajar rápido y en buena compañía.

Tiuri no dijo nada después de aquella respuesta, pronunciada en un tono no demasiado amable. El caballero Bendú parecía no soportarle o no confiar en él. En cualquier caso, Ristridín sabía por qué consideraba que los caballeros debían acompañarle.

Durante el desayuno no dejó de observar al líder de los Caballeros Grises. En realidad era extraño que él, Tiuri, llevase la carta del caballero Edwinem... Él, que no le había conocido y no tenía nada que ver con las valientes hazañas llevadas a cabo por los caballeros errantes. Era mucho más lógico que Ristridín se hubiera hecho cargo de la

misión de Edwinem. Y eso es, sin duda, lo que habría ocurrido si ese caballero le hubiese encontrado. Y ahora, por una asombrosa casualidad, resulta que quien llevaba el importante mensaje sobre el pecho era él. ¿Y si se lo contaba a Ristridín? Pero había jurado al caballero Edwinem no hablar de ello con nadie... aunque por supuesto no pensara en su amigo Ristridín.

Tiuri suspiró. Sabía que no diría nada. Ristridín tampoco había preguntado nada, aunque posiblemente sospechara muchas cosas. El caballero Edwinem le había encargado la misión a él. Debía cumplirla, aunque pareciese que otro podía estar más capacitado para llevarla a cabo.

De pronto recibió un codazo en el costado.

—¡Eh!, ¿con qué estás soñando? —dijo el caballero Arwaut—. ¿Estás listo? Vamos a seguir viaje.

El paisaje se volvió accidentado. Las montañas debían estar bastante más cerca aunque no se vieran bien en la mañana neblinosa.

Tiuri cabalgaba al lado de Ilmar, el escudero de Ristridín, un chico afable de su misma edad que habló mucho de su maestro durante el camino. Llevaba poco tiempo a su servicio, pero ya sentía una total admiración por él.

Avanzaron con rapidez a pesar de las paradas ocasionales para preguntar por los Caballeros Rojos o para buscar su rastro. Más tarde las nubes se retiraron un poco y apareció un sol pálido. El camino se hizo pedregoso y a los lados había grandes piedras desperdigadas. En el río, ahora muy estrecho, también había piedras alrededor de las cuales el agua salpicaba blanca.

Por la tarde cabalgaron con peñascos a un lado del camino y un oscuro pinar al otro lado del río. «Bonito escondite para los Caballeros Rojos», pensó Tiuri. Seguía estando muy atento, alerta y en tensión. El camino era tranquilo. No se encontraron con ninguna persona. A veces oían ecos de cascos. Nadie hablaba. Todos parecían estar en alerta.

Más avanzada la tarde, sucedió.

Un griterío salió de pronto del bosque que estaba a la derecha.

—Ahí están —dijo Bendú, deteniendo su caballo y llevándose la mano a la espada. Los demás también se detuvieron y cogieron sus armas.

—¡Mira! —exclamó Arwaut—. ¡Allí hay alguien sentado en un árbol! Creo que es un hombre de rojo.

—Y por allí se mueve gente entre los árboles —dijo Ewain.

Bendú espoleó a su caballo y se metió en el río. Éste no era profundo y podía ser cruzado aunque la corriente era bastante fuerte. Arwaut y sus escuderos le siguieron. Varias flechas salieron del bosque en su dirección pero nadie fue alcanzado.

En aquel mismo momento alguien saltó de una piedra del lado izquierdo del camino cayendo justamente encima de Tiuri.

Aquel ataque le llegó de forma muy inesperada. Algo pesado le cayó en la espalda y

dos manos le cogieron del cuello. Ardanwen relinchaba y se encabritaba, mientras Tiuri intentaba quitarse de encima al agresor. Volvió a oír gritos: parecía que más hombres saltaban de las piedras. Entonces cayó al suelo, con su agresor encima. Nunca conseguiría contar exactamente lo que ocurrió en aquellos segundos de confusión que parecieron horas. En aquel instante sólo tuvo una cosa clara: debía matar a su agresor y proteger la carta. Estuvo un rato forcejeando con él. Ninguno de los dos tuvo ocasión de coger un arma. A su alrededor había ruido de cascos, gritos y chasquido de armas. Finalmente, Tiuri consiguió dominar a su adversario. Estaba medio incorporado y le sujetaba contra el suelo. Vio su cara por primera vez... era una cara cruel y malévola, cuya boca se abrió lanzando un grito. Tiuri sintió el peligro y se levantó rápidamente mientras cogía su espada. De inmediato fue agarrado por detrás. Pero esta vez lo había previsto y cuando volvió a sentir las manos alrededor de su cuello se dejó caer de espaldas sorprendiendo por completo a su segundo agresor. Éste se quedó tendido en el suelo, tal y como había caído, y no volvió a moverse. Pero entonces el primero se incorporó y se abalanzó sobre él. Al instante vino otro más que hizo exactamente lo mismo. Uno intentaba cogerle las manos y el otro le tiraba de la ropa. Tiuri se defendía desesperadamente. ¡La carta! ¡Aquellos tipos buscaban la carta! Oyó el cuerno de Ristridín y gritó: «¡Socorro!». En ese momento notó un dolor punzante en el brazo izquierdo. Uno de los agresores le había apuñalado. Todo se volvió negro ante sus ojos, pero siguió defendiéndose. Le pareció que llegaban más hombres. Oyó voces y relinchos. Entretanto siguió con su forcejeo aunque notaba que no podría resistir mucho más tiempo. Pero todavía no tenían la carta... todavía no. De pronto notó que sus agresores le soltaban y después perdió el conocimiento.

Volvió en sí cuando alguien le agarró de nuevo con fuerza. Se incorporó dando un grito con la mano en el lugar en el que guardaba la carta.

—Tranquilo, tranquilo —dijo el caballero Ristridín—. Soy yo. Quédate tumbado.

Tiuri se dejó caer de espaldas. Para gran alegría suya e indecible alivio notó que la carta seguía en su sitio. Cerró los ojos soltando un suspiro. Notó que el barullo de la lucha había cesado; sólo oía voces en la lejanía. Volvió a abrir los ojos y miró la cara preocupada de Ristridín que se había inclinado sobre él.

—¿Qué tal? —preguntó el caballero—. Estás herido, pero creo que no de gravedad.

—¡Ah! No es nada —masculló Tiuri, mientras se incorporaba con cierta dificultad y miraba a su alrededor algo mareado.

La lucha había acabado aparentemente. Dos Caballeros Rojos yacían cerca de él: estaban muertos. Un poco más lejos había otra persona inmóvil. No iba vestido de rojo, pero no pertenecía a la compañía gris. Ilmar estaba ocupándose de algunos caballos que estaban intranquilos. Un poco más allá no se veía a nadie.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—Persiguiendo a los Caballeros Rojos —contestó Ristridín—. Han huido por el bosque.

Con dedos rápidos y habilidosos, exploró la herida de Tiuri.

—No está tan mal —dijo—. Espera un momento.

Cogió su bolsa y sacó vendajes. Ilmar llegó con un cubo lleno de agua. Ristridín lavó y vendó el brazo de Tiuri y dijo:

—¡Ya está! Ahora te buscaremos un lugar mejor. Aquí estás muy incómodo.

Sin esperar respuesta, levantó a Tiuri como si fuera un crío y lo depositó al lado del camino donde podía apoyarse contra una roca. Después le dio a beber un par de tragos de una botella de vino aromatizado que llevaba consigo.

—Y ahora quédate un rato sentado tranquilamente —dijo—. Así te sentirás mejor después.

El caballo Ardanwen se acercó, agachó la cabeza hacia Tiuri y lo olfateó.

—Este animal te ha salvado la vida —le contó Ristridín—. Uno de los caballeros quiso atacarte con un hacha, pero Ardanwen le pateó con su casco y ahí lo tienes, muerto.

Tiuri acarició el hocico del fiel animal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Para mí todo es tan confuso.

—Hubo un momento en el que te atacaron en gran número —contestó Ristridín—. Ya estabas luchando contra dos pero llegaron más. Pudimos liberarte justo a tiempo y, de no haber estado Ardanwen, posiblemente habríamos llegado demasiado tarde...

Miró hacia la otra orilla protegiéndose los ojos con la mano. Empezaba a caer la noche pero en el bosque ya había una total oscuridad.

—Te dejo un momento solo —dijo—. Aquí tienes mi cuerno. Hazlo sonar si te amenaza algún peligro.

Desapareció inmediatamente. Su escudero le siguió. Tiuri se apoyó en la roca y miró el cuerno que tenía sobre las rodillas. Estaba cansado y su herida le escocía un poco, pero se sentía muy agradecido de que todo hubiera acabado tan bien. Aunque... aún no sabía qué había sucedido con el resto de la compañía. ¿Estarían luchando en aquel momento con los Caballeros Rojos? Miró a su alrededor. El aspecto de los muertos no era agradable y desvió la vista hacia el bosque. Pero no consiguió distinguir nada. Sacó la carta y la observó. Entonces oyó pasos y volvió a esconderla rápidamente.

Eran Ristridín e Ilmar.

—Queríamos comprobar si había alguien más escondido entre las rocas —dijo el primero—, pero no hemos descubierto a nadie.

Se dirigió a su escudero y dijo:

—Antes que nada ocupémonos de los muertos —dijo—. Podemos enterrarlos un poco más allá o amontonar piedras sobre ellos.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Tiuri.

—No, quédate sentado —dijo el caballero—. Ya has hecho bastante. Espera, te taparé con una manta. Así podrás intentar dormir.

Un segundo más tarde Tiuri estaba acomodado con dos mantas y una silla de montar como almohada. No pensaba en dormir. Se sentía demasiado intranquilo para hacerlo. Al

rato Ristridín se sentó a su lado mientras Ilmar recogía leña y encendía una hoguera. Era casi totalmente de noche.

—¿No debería ir con los demás? —preguntó Tiuri—. Temo que haya muchos más caballeros.

—No eran más de veinte —dijo Ristridín—. Cinco de ellos están muertos. No, me quedo aquí contigo. De todos nosotros eres el que más peligro corres. Tenías razón cuando dijiste que los caballeros vendrían por ti. Esta vez han huido ante nosotros, pero prefiero no dejarte solo.

—Gracias —dijo Tiuri en voz baja—. Pero los demás... ¿son suficientes para enfrentarse a los caballeros?

—¡Seguro que sí! —dijo Ristridín sonriendo—. Se han visto en situaciones mucho peores. La única pregunta es si conseguirán darles alcance. Cuando los caballeros vieron que no podían cogerte, huyeron corriendo como liebres.

—Ha sido todo tan rápido. Aquel tipo saltó encima de mí. No sé lo que ha pasado.

—Los que estaban en el bosque gritaron sólo para distraernos —contó Ristridín—. Y al principio lo consiguieron. Alguno de los nuestros ya habían cruzado el río cuando el resto del grupo saltó desde las rocas. Y enseguida te atraparon. Sólo intentaban impedir que acudiéramos en tu ayuda. Al no conseguirlo huyeron cruzando el río e internándose en el bosque. Me pregunto cómo sabían que eras tú el hombre que buscaban.

—Ardanwen —masculló Tiuri.

—¿Porque ibas montado en el caballo del caballero Edwinem? Sí, puede ser.

—Leor no dejaba de mirar a Ardanwen —dijo Tiuri—, y habló de él. Creo que de algún modo logró avisar a los caballeros.

—Es muy posible —afirmó Ristridín—. Tendrán sus espías.

Se levantó.

—Tenemos que tener paciencia hasta que regresen los demás —dijo—. Y, entretanto, comeremos algo, ¿no te parece?

Pasó más de una hora antes de que el sonido de voces y cascos anunciara la llegada de los demás. Tiuri, que se había adormilado a pesar de todo, se despertó inmediatamente. Por allí llegaban. Los contó con rapidez: estaban los nueve y llevaban a alguien más consigo, un hombre con las manos atadas a la espalda.

Ristridín fue a su encuentro.

—¿Y? —preguntó lleno de expectación.

—Hemos matado a seis, y apresado a uno —dijo Bendú, saltando del caballo y pasándole las riendas a Ilmar.

—Los demás han escapado.

Fue hacia Tiuri.

—¿Cómo está? —preguntó en tono rudo.

—Tiene una herida superficial en el brazo —contestó Ristridín—. Nada grave.

–Te deseo suerte con ello –dijo Bendú a Tiuri–. Temía que fuera más serio. Esos caballeros la han tomado realmente contigo. Ha sido un acierto que no viajaras solo.

Su voz sonaba igual de ronca que siempre, pero Tiuri notó que tenía otro tono. «El caballero Bendú por fin cree que soy de fiar», pensó Tiuri.

–¿Qué tal estáis todos? –preguntó Ristridín.

–Ah, todo está controlado –contestó Bendú–. Arwaut tiene una brecha en la cabeza y el escudero de Ewain tiene el brazo un poco magullado, pero no es nada.

Ristridín miró al prisionero. Era un hombre rechoncho pero musculoso, de cara furiosa. No iba vestido de rojo, sino que llevaba una cota de malla gris sobre su ropa raída.

–¿También iba con ellos? –preguntó.

–Sí –respondió Bendú–. No eran sólo Caballeros Rojos. Vi dos soldados de Eviellan con armadura negra, uno de ellos está muerto, y algunos granujas como él. Habría preferido capturar a un Caballero Rojo para interrogarlo, porque este tipo asegura que no sabe nada.

–Volveremos a interrogarlo después –dijo Ristridín.

Había mucho que hacer en poco tiempo. Los caballos fueron desenjaezados y secados, las heridas de Arwaut y del escudero fueron vendadas y se preparó la cena. Entretanto Bendú contó lo que había pasado.

Los Caballeros Rojos habían querido evitar un enfrentamiento. Al ser alcanzados se inició la lucha. Una parte de ellos aprovechó la ocasión para huir. La caída de la noche imposibilitaba la búsqueda y por eso habían regresado él y sus compañeros.

–Pero también los cogeremos –concluyó.

Después de la cena interrogaron al prisionero. Al principio era rebelde, pero las inquisitivas miradas de los Caballeros Grises enseguida aflojaron su lengua.

–¿De dónde vienes? –preguntó Ristridín–. ¿Eres de Eviellan?

–No –contestó el hombre de forma hosca–. Vengo de allí, del bosque.

–¿Cómo te uniste a los Caballeros Rojos? ¿Por qué nos atacasteis?

–No lo sé.

–¡Contesta!

–No lo sé, de verdad –sostuvo el hombre–. Éstos no son asuntos míos. Hice simplemente lo que me dijeron.

–Vaya, así que eres de los que luchan para ganar dinero y hacen el mal por encargo.

–Tengo que vivir, ¿no? No entiendo de bien y mal. Estaba al servicio de los Caballeros Rojos, sí, y me pagaban por ello. Pero no mucho, los muy canallas.

–¿Quién era tu jefe?

–¿A qué se refiere?

–¿Quién daba las órdenes?

–No lo sé.

–¡Lo sabes perfectamente!

–No, no lo sé. El jefe, el jefe de los Caballeros Rojos.
–¿Cómo se llama?
–No lo sé. Nosotros sólo le llamábamos jefe.
–¿Quiénes son esos «nosotros»?
–Todos nosotros.
–¿Había más gente del bosque entre ellos?
–Sí, mi compadre Oedan, y Asgar, pero éste ha muerto.
–¿Cómo entrasteis al servicio de los Caballeros Rojos?
–Al pasar por aquí nos preguntaron si queríamos trabajar para ellos. Nos dieron armas y una cota de malla. Bueno, y nos fuimos con ellos.
–Exacto. ¿Y qué hacías antes?
–¿Qué le importa?
–¡Contéstame!
–Vale. De todo. Cortábamos leña.
–Y seguro que robabais –dijo Bendú enfadado–. Seguro que vuestro trabajo no era honesto.

El hombre masculló algo inaudible.

–¿Quién era tu jefe? –preguntó Ristridín por segunda vez.

–Pero si ya se lo he dicho. El jefe.

–¿No era el Caballero Negro del Escudo Rojo?

–¿Caballero? –dijo el hombre con sincera sorpresa–. Nunca lo he visto.

Y ahí se quedó.

No era mucho lo que podía contar. Los Caballeros Rojos no le habían confiado lo que estaban haciendo en el reino de Dagonaut. La mayoría de ellos, contó, venían en efecto de Eviellan, pero les conocía desde hacía poco tiempo, no más de una semana. Así que él había entrado a su servicio después del asesinato del caballero Edwinem. Había visto a cinco en el bosque; después se habían añadido otros. Aquello había sucedido en las tierras del castillo de Mistrinaut. Nunca había visto al Caballero del Escudo Rojo, pero creyó entender que el jefe había recibido las órdenes de otro. También contó que los Caballeros Rojos tenían varios espías. Leor, el mozo de la posada La Puesta de Sol era uno de ellos. Por él (aunque a través de otra persona) habían sabido que la comitiva de los Caballeros Grises se acercaba con el joven que llevaban mucho tiempo buscando: un joven que debía montar un caballo negro. Él no sabía por qué tenían que capturarlo, pero sí contó que el jefe se había enfadado mucho al enterarse de que le acompañaban los Caballeros Grises. No podía contar qué más planeaban sus jefes.

–Entiende que serás castigado por esto –dijo Ristridín con dureza–. Atacar a viajeros en el camino sin motivo es bandolerismo. Te entregaremos al señor que gobierna estas tierras y él te dará el trato que mereces.

–¿Quién es el señor de estas tierras? –preguntó Arwaut.

–El caballero del castillo de Westenaut –contestó Ristridín–. Propongo que algunos de

nosotros vayamos allí para entregar al prisionero y pedir refuerzos, con más guerreros y caballos.

–Pero eso no es necesario –le pareció a Bendú–. Nosotros solos podemos con ese puñado de caballeros.

–Seguro que sí –dijo Ristridín–. Pero quién sabe si se dividen y se esconden por cualquier parte. Por eso es necesario que toda la gente de los alrededores esté al tanto y tenga cuidado. Además puede haber más cómplices y espías, tal vez no vestidos de rojo... No deben tener ninguna oportunidad de escapar.

–Sí, visto así, tienes razón –dijo Bendú.

–Ya son las diez o diez y media –siguió diciendo Ristridín–. Los caballos deben descansar una hora. Después, tres de nosotros podrían ir al castillo de Westenaut con el prisionero. Está más o menos a cinco horas de aquí y llegarían a las cuatro.

–Conozco el camino –dijo Ewain–. Pernocté allí cuando me dirigía a la ciudad de Dagonaut.

Decidieron que iría él acompañado por el escudero de Arwaut y un paje de Mistrinaut. Se encontrarían con el resto de la compañía al día siguiente donde el Primer Gran Camino se separa del río Azul.

–Nosotros partiremos mañana temprano –dijo Ristridín–, así llegaremos allí alrededor de mediodía. Os esperaremos.

Tiuri observó en silencio a sus compañeros de viaje. Se preguntaba qué harían después. Buscar a los Caballeros Rojos, por supuesto. En ese caso no podría quedarse más tiempo con ellos: él debía seguir bordeando el río Azul. De repente su misión volvía a parecerle muy dura, pero eso era porque no se sentía bien.

No se habló más. La guardia se repartió entre los que no estaban heridos y los que debían ir al castillo de Westenaut; después, hubo mucho silencio en el campamento.

5. La despedida de los Caballeros Grises

Cuando Tiuri se despertó a la mañana siguiente, se sintió bastante mejor. Aún era temprano, la mayoría seguía durmiendo. Arwaut estaba a su lado. La venda blanca se le había caído de la frente. Ilmar es - taba poniendo una sartén al fuego, pero a Ristridín y a Bendú no se les veía por ninguna parte. Tiuri volvió a cerrar los ojos: lo mejor que podía hacer era dormir un poco más. Pero no lo consiguió, tenía la cabeza demasiado despejada y muchas cosas en las que pensar.

Al rato se sentó. Entonces vio lo cerca que estaban las montañas, sí, se encontraban en una de sus estribaciones. Era una mañana bonita, fría y cubierta de rocío con un aire cortante y un sol que hacía brillar las cumbres nevadas. Se levantó, fue hasta el río y se lavó con el agua helada. Mientras lo hacía, Ristridín y Bendú volvieron de su búsqueda por el bosque.

–Buenos días, ¿estás ya recuperado? –preguntó Bendú sonriendo a Tiuri por primera vez.

–Luego volveré a hacer de curandero y revisaré tus heridas –dijo Ristridín–. Llevo un buen ungüento conmigo. Arwaut y Marvain, el escudero de Ewain, también tendrán que confiar en él.

Un poco más tarde, durante el desayuno, Tiuri dijo:

–¿Cuáles son ahora sus planes, caballeros?

–Seguiremos cabalgando hasta el lugar en el que el Gran Camino se aparta del río Azul –contestó Ristridín–. Allí volveremos a ver a Ewain, que vendrá con los refuerzos de Westenaut.

–¿Y entonces? –preguntó Tiuri–. Habrá llegado el momento de despedirme de ustedes. Ustedes van a buscar y a apresar a los Caballeros Rojos. Yo debo seguir bordeando el río Azul.

–¡De modo que quieres seguir solo! –exclamó Bendú.

–No puedo quedarme con ustedes para siempre. Estoy muy agradecido de haber viajado todo este tiempo juntos. De no haber estado ayer con ustedes, yo ahora no estaría aquí. Pero tengo que continuar cuanto antes...

Esperó un momento y siguió diciendo:

–Ya habrán adivinado que mi destino está más allá del nacimiento del río Azul. He de cruzar las montañas hacia el reino de Unauwen. Esa es mi misión.

Hubo unos momentos de silencio.

–Hacia el oeste –dijo finalmente Arwaut–. Pero ¿por qué no vas por el Gran Camino?

–Hay más sendas por las montañas –dijo Ristridín–, aunque pocos las conocen. El ermitaño Menaures conoce muy bien la cordillera. Seguro que conoce alguna senda que será más escarpada y difícil, pero mucho más corta. Y, además, una que el enemigo desco - nozca.

–Y el enemigo no le seguirá –dijo Bendú–. Para eso estamos nosotros, ¿no? Ajustaremos cuentas con los Caballeros Rojos aquí mismo para que pueda seguir el viaje sano y salvo.

–Eso es cierto –dijo Ristridín–. Pero he de decirte, Tiuri, que siento tener que despedirme de ti.

–Yo también lo siento –dijo Tiuri–, pero creo que no puede ser de otra forma. Además usted mismo dice que ya no debo temer a los Caballeros Rojos.

–De eso me encargo yo –dijo Bendú enérgico.

Pero Ristridín añadió:

–No subestimes a tus enemigos, Tiuri. No quiero asustarte y estoy de acuerdo con tu decisión, pero debes pensar que es posible que los Caballeros Rojos tengan muchos espías. Ellos llaman la atención, pero sus compinches pueden observarte sin que te des cuenta bajo la apariencia de personas inocentes... un campesino, un viajero o lo que sea. Por eso debes irte en secreto, para que cuando se enteren ya estés muy lejos.

Tiuri sintió que el valor le abandonaba. Tenía que reconocer que se resistía a despedirse y seguir solo. Pero también sabía que era inevitable. A fin de cuentas, él tenía su misión y los Caballeros Grises la suya.

Hablaron un rato más y decidieron que viajarían juntos hasta el lugar en el que debían encontrarse con Ewain y sus acompañantes. Después surgió otro asunto.

—¿Qué pasará con Ardanwen? —preguntó Tiuri—. ¿Podré cruzar las montañas a caballo?

Ristridín negó con la cabeza.

—Imposible —dijo—. Y menos por los senderos por los que irás. Por el camino podrías hacerlo, aunque también se vuelve difícil de transitar.

—Así que tengo que dejar atrás a Ardanwen —dijo Tiuri dando un suspiro.

—Nosotros cuidaremos de él —prometió Ristridín—. Puede quedarse en el castillo de Mistrinaut hasta que vuelvas a buscarlo.

—¡No me pertenece! —exclamó Tiuri—. Era del caballero Edwinem.

—Pero él te ha aceptado como su dueño —dijo Ristridín—. ¿No te he contado nunca que jamás había llevado a nadie sobre su lomo excepto al caballero Edwinem? Sólo admitía a otro caballero si Edwinem se lo ordenaba. Creo que a partir de ahora tú debes ser su dueño. Pero dejemos eso para más adelante. En cualquier caso puedes estar seguro de que te estará esperando cuando vuelvas.

—¡Se me ocurre una cosa! —dijo Ilmar, que llevaba un rato pensativo con el ceño fruncido—. Uno de nosotros debería cambiarse la ropa con Tiuri... yo mismo lo haré. Y montar a Ardanwen, al menos, si a él le parece bien. Así los caballeros, si están espiando, me seguirán a mí y Tiuri podrá continuar su camino sin llamar la atención.

—Es un ofrecimiento muy amable —dijo Tiuri—, pero no quiero que lo hagas. No quiero que nadie se arriesgue por mí.

—A mí me parece una buena proposición —dijo Ristridín— e Ilmar debe hacerlo. Si hay peligro, ¿qué puede ocurrir? Todos hacemos este viaje asumiendo los riesgos. Creo que el ofrecimiento de Ilmar es algo propio de un futuro caballero, y tú, Tiuri, debes darle la oportunidad de que te ayude.

Ilmar irradiaba satisfacción ante aquellas palabras y Tiuri dijo dudando:

—Vale, de acuerdo.

Ilmar se levantó de un salto.

—Ahora debes decirle a Ardanwen que me acepte sobre su lomo —dijo—. Vamos a cambiarnos de ropa ahora mismo, detrás de aquel peñasco para que ningún espía pueda verlo.

—Bien hecho —dijo Ristridín.

El Primer Gran Camino transcurría junto al río Azul hasta la desembocadura de un pequeño afluente llamado la «Pequeña Corriente Azul». Allí se desviaba hacia el sur y ascendía bordeando el afluente, internándose en las montañas.

La comitiva llegó allí alrededor del mediodía y se encontró a Ewain y a los dos escuderos esperándola. Ewain contó que los guerreros del caballero de Westenaut estaban descansando y que llegarían antes de que se hiciera de noche. Después, uno de los escuderos fue enviado de vuelta a Mistrinaut para avisar a su señor por si los Caballeros Rojos huían en esa dirección.

Por un momento Ewain confundió a Ilmar con Tiuri: el cambio parecía muy conseguido. Ya no había ningún motivo por el que retrasar la despedida.

—Pero comeremos juntos —dijo Ristridín—. ¿Qué tal tu brazo, Tiuri?

—¡Ah! No me molesta nada —contestó Tiuri, sin decir toda la verdad.

Los Caballeros Grises habían hecho sus planes por el camino. Dividirían la compañía. Ristridín, Ewain y sus escuderos seguirían un trecho por el Gran Camino para despistar a los eventuales espías. Los demás cruzarían el río Azul y volverían a internarse en el bosque. Al final de la tarde, los dos grupos se reencontrarían en el punto de partida.

Tiuri acompañaría un trecho al segundo grupo y después seguiría su camino.

La comida terminó pronto. Tiuri se despidió de Ardanwen, que pareció entender que volvería a echar en falta a su nuevo dueño; relinchó suavemente y le siguió con mirada triste. Después Tiuri dio la mano a cada uno de los miembros de la comitiva y les agradeció su ayuda.

—Que el cielo bendiga tus pasos —dijo Ewain—. Quién sabe si volveremos a vernos en el reino de Unauwen.

—Te deseo un feliz viaje —dijo Ilmar, que ya se había subido a Ardanwen con la ayuda de Tiuri—, y lo tendrás; tenlo por seguro.

—¡Adiós! —dijo Ristridín—. Luego me oirás. En la primera curva del camino tocaré dos veces mi cuerno a modo de saludo. ¡Adiós y hasta la vista!

Se alejaron sin mirar atrás; Tiuri sobre el caballo de Ilmar. Poco tiempo después desmontó en una parte protegida del bosque y volvió a despedirse de Bendú y de sus acompañantes.

—Que encuentre a los Caballeros Rojos, caballero Bendú —dijo.

—La muerte de Edwinem será vengada —dijo Bendú—. Y yo te deseo que cumplas su misión como es debido. Y no tengo ninguna duda de que lo lograrás. Tal vez vuelva a verte como caballero porque, en realidad, ya deberías serlo. Ve, el terreno es seguro.

Un poco después Tiuri se quedó solo. El ruido de cascos se extinguió y se sintió desolado y desprotegido. Pero siguió avanzando a buen ritmo, quedándose en el bosque todo el tiempo que le fue posible. Luego siguió un sendero pedregoso que iba por la margen derecha del río Azul. Ésta ascendía y descendía, a veces cerca del río, a veces un trecho por encima de él. Los peñascos, tanto a derecha como a izquierda, se elevaban cada vez más, pero a la izquierda tenía una bonita vista de la Pequeña Corriente Azul y del Primer Gran Camino.

Al cabo de una hora se detuvo un momento. Allí oyó resonar un cuerno, el cuerno de plata del caballero Ristridín, que le saludaba.

Un tramo más adelante volvió a ver una parte del Gran Camino. ¿No eran aquéllas unas pequeñas figuras? ¡Cuánto se habían alejado!

El cuerno sonó una vez más y los ecos repitieron sus notas plateadas.

«¡Adiós, Caballeros Grises!», pensó Tiuri para sí. «¡Adiós Ristridín del Sur! ¡Hasta la vista!»

QUINTA PARTE

EN LAS MONTAÑAS

1. Un compañero de viaje

Cuando el sonido del cuerno de Ristridín se extinguió, Tiuri siguió andando. Pensó que había comenzado la última parte del camino indicado por el Caballero del Escudo Blanco... Una vez hubiese cruzado las montañas tendría que encontrarlo por sí mismo. Era el duodécimo día de su viaje. ¿Cuánto tiempo más debía viajar para cumplir la misión y entregar la carta al rey Unauwen del país al oeste de la Gran Cordillera?

Tenía que volver a acostumbrarse a estar solo después de los días en los que había viajado en compañía de los Caballeros Grises. Pero ahora estaba mucho mejor equipado que en su solitario viaje por el bosque: tenía armas, provisiones e incluso monedas de oro y plata. Además, los peligros parecían haber desaparecido. Los Caballeros Rojos habían sido ahuyentados y serían capturados por los Caballeros Grises. Parecía improbable que le encontraran. De modo que el sendero que bordeaba el río Azul, por pequeño y sinuoso que a veces fuera, no se le hacía tan pesado como los caminos trillados y no trillados por los que había ido al principio.

Al cabo de unas horas, el sendero se apartó del curso del río y giró a la derecha. Tiuri vio que podía seguir por la orilla opuesta del río. Allí había un pequeño crucifijo colgado de la pared rocosa y debajo de él las siguientes palabras talladas en la piedra con letras irregulares:

Tú, peregrino, que asciendes a las alturas,
que el amor de Dios te acompañe,
y reza por nosotros, los que estamos en los valles.

Tiuri se arrodilló unos segundos.

«Cuántos peregrinos habrán pasado por aquí antes que yo», pensó mientras seguía andando. Volvió a sentirse como un peregrino, un peregrino con una misión importante pero misteriosa.

Sus cavilaciones desaparecieron de pronto. Oyó pasos tras de sí. Aún podían venir de lejos, pero eran bien audibles en el suelo pedregoso. Volvió la vista. No se veía a nadie.

«Bueno», se dijo a sí mismo, «seguro que hay más personas deambulando por estas montañas». A pesar de ello aceleró el paso. Siguió oyendo los pasos: sí, parecían incluso acercarse.

Después de un rato se detuvo a descansar. Oyó que el que iba detrás de él también se paraba y después seguía andando muy rápido. Pensó un momento y sacó de su bolsa el viejo hábito que le habían dado los monjes del monasterio Marrón. Se lo puso sobre su

cota de malla gris y se anudó el cordón a la cintura. De esa forma le verían como un peregrino en busca del ermitaño Menaures. En aquella región alguien así llamaría menos la atención que un escudero vestido con cota de malla.

No descansó mucho tiempo. Poco después miró otra vez hacia atrás y por fin vio aparecer a un hombre en una curva del sendero. Éste parecía tremendamente cansado y levantó la mano. Tiuri le saludó pero no redujo el paso. Entonces oyó que el hombre gritaba:

—¡Eh, viajero! ¡Peregrino!

Tiuri al principio fingió no haber oído nada, pero el hombre gritaba tanto y con tanta insistencia que se detuvo a pesar de todo. El hombre se acercó jadeando.

—Saludos... peregrino —dijo a trompicones—. ¡Uf, vaya subida! Espera un momento.

Se sentó al lado del camino, metió las manos en el agua del río y se mojó la cara.

—Bien —dijo después, incorporándose y mirando a Tiuri—. Me alegra verle, peregrino.

Tiuri no pensó lo mismo. El hombre no le agradó a primera vista. Pero aquella sensación era, naturalmente, injustificada: probablemente se trataba de un inocente viajero. Era un hombre fuerte y moreno; lo primero que le llamó la atención fueron sus duros ojos de color gris claro bajo unas pobladas cejas que se unían encima de su nariz. Su boca formaba una sonrisa amable.

—Me alegro de verle —repitió—. No me siento muy cómodo en la montaña, como ve, y me gusta tener compañía. Seguro que va a ver al ermitaño Menaures, ¿no?

—Sí, en efecto —contestó Tiuri.

El hombre se levantó y dijo:

—Yo voy más allá, al otro lado de las montañas, y he oído que el ermitaño conoce los caminos. ¿Le parece bien que viaje con usted?

—Bueno —dijo Tiuri despacio—, no puedo decirle que no, porque este camino no es mío. Pero sinceramente prefiero viajar solo y deseo ir rápido.

—Ah, no me lo tome a mal. No quiero importunarle. Ni pensarlo, estimado peregrino. Es verdad que uno viaja más rápido cuando va solo y no estamos en este mundo para ayudarnos mutuamente.

Se dio la vuelta y empezó a bajar lentamente el sendero.

Entonces Tiuri se avergonzó por su falta de amabilidad.

—¡Eh, buen hombre! —gritó mientras iba tras él—. ¡Vuelva! No era ésa mi intención. Vuelva, por favor.

El hombre dio unos pasos más y después se detuvo.

—De verdad que no quiero importunarle —volvió a decir.

—Olvide mis palabras —dijo Tiuri, ruborizado—. Por supuesto que puede viajar conmigo.

El otro no se hizo de rogar.

—Bien, si usted me lo pide...

—Sí, se lo pido. Siento haber sido tan desagradable.

—Bueno, lo entiendo —dijo el hombre andando a su lado—. A los peregrinos les gusta

reflexionar... ¿no se dice así? Y meditar sobre cosas elevadas. Le prometo no causarle ninguna molestia.

Miró a Tiuri con una sonrisa, pero sus ojos no sonreían, le miraban incisivos y escrutadores.

«Tonterías», se dijo enfadado. Seguía avergonzado por su comportamiento y le irritaba su desconfianza. De pronto odió la carta que hacía que empezara a ver a cualquier persona como enemiga. El caballero Ristridín le había advertido de los espías bajo la apariencia de personas inocentes. ¿Debía por ello denegar una petición de ayuda y rehuir cualquier compañía?

Entonces se dio cuenta de que su inesperado compañero de viaje le estaba hablando.

—Lo siento, ¿qué decía? —preguntó.

—Le decía cómo me llamo —contestó el hombre—. Jaro es mi nombre, Jaro, hijo de Janos. Vengo de aquel valle de allá.

Tiuri entendió que también debía presentarse pero no podía decir su nombre, y menos el nombre de Tarmin, que posiblemente fuera conocido por el enemigo. Así que dio el nombre de uno de los monjes del monasterio Marrón.

—Me llamo Martín.

—Ah, hermano Martín —repitió Jaro—. ¿O no es usted monje?

—Aún no he hecho los votos —contestó Tiuri.

—Ah, claro.

Guardaron silencio durante un rato. Tiuri caminó un poco más lento que al principio pero enseguida notó que Jaro le seguía con facilidad. Así que aceleró un poco el paso, aunque dijo a Jaro que le avisara si iba demasiado rápido.

—No, va bien —dijo Jaro—. No soy tan mayor... es sólo que nunca vengo a la montaña; no me gusta. Pero voy a visitar a mi hijo que vive al otro lado de las montañas. Se fue hace cinco años. Dijo «hasta luego» y ascendió. No lo he visto desde entonces. Cinco años es mucho tiempo. Ahora por fin me he puesto en camino para verlo de nuevo. No quería esperar a ser demasiado viejo y rígido para ascender y descender una distancia como esta. Tal vez me quede con él. Aquí no tengo un alma que me retenga. Mi mujer falleció y tampoco tengo familiares... Hay senderos por la montaña, ¿no? Espero que el ermitaño pueda indicármelos. Han muerto tantas personas al caer de la montaña o precipitarse por un barranco.

Jaro siguió hablando y Tiuri asentía de vez en cuando o daba una respuesta breve.

—¡Vaya! —dijo Jaro finalmente—, estoy hablando más de la cuenta. Haberme avisado, peregrino. No quiero molestarlo.

—No me molesta en absoluto —dijo Tiuri con una sonrisa que no era verdadera.

Aunque no paraba de decirse a sí mismo que no tenía ningún motivo, la verdad es que su compañero de viaje no le caía bien.

Ya avanzada la tarde llegaron a un lugar en el que había un entrante en la pared

rocosa. Jaro propuso que se quedaran allí a pasar la noche. Tiuri aceptó.

Jaro encendió una hoguera hablando animadamente y no le quedó otro remedio que compartir sus provisiones con Tiuri.

—Bien —dijo después de haber cenado—, y ahora a dormir ¿no le parece? Mañana queda mucho por subir. ¿Sabe cuánto falta para llegar a la cabaña del ermitaño?

—Creo que llegaremos mañana antes de que anochezca —contestó Tiuri. Había oído decir a Ristridín y al señor Rafox que la cabaña de Menaures estaba más o menos a día y medio de viaje desde la Pequeña Corriente Azul.

—No es para tanto —suspiró Jaro, mientras se acostaba y se enrollaba en su manto—. Que descanse, peregrino. Téngame en cuenta en sus oraciones.

Tiuri no durmió nada bien. Al principio esperó hasta que la respiración de Jaro fue lenta y regular, pero aún así no consiguió relajarse. Además, su brazo, en el que apenas había pensado durante todo el día, volvía a dolerle. Dio vueltas intranquilo hasta que notó que Jaro se movió. Entonces volvió a quedarse quieto e intentó en vano atravesar la oscuridad con los ojos. ¿Estaba Jaro despierto? ¿Lo estaba mirando con sus ojos duros y escrutadores? Jaro volvió a moverse y suspiró, pero no dijo nada. Tiuri miró hacia arriba, hacia las muchas estrellas y la bonita media luna.

«¿Dónde estaré cuando haya luna llena?», se preguntó.

Por fin cayó en un sueño ligero, despertándose una y otra vez para escuchar y palpar la carta que llevaba sobre el pecho. No ocurrió nada, pero a la mañana siguiente se levantó cansado y soñoliento.

Jaro, por el contrario, estaba despejado y hablador. Alabó la bonita mañana, el buen tiempo, el bello paisaje. A Tiuri le costaba soportarlo.

«Me gustaría que tuviera la boca cerrada», pensó irritado. «Desearía que no se riera tan a menudo... sus ojos nunca ríen.»

Una vez en marcha aquella irritabilidad desapareció. El tiempo era en efecto bueno al igual que las vistas. Incluso Jaro parecía no ser tan malo.

En un momento dado el río desapareció en un estrecho desfiladero en el que no había ningún sendero.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jaro—. No podemos vadear el agua, ¿no? Y me parece oír que el río va a parar a una cascada... ¿tendremos que ascender a contracorriente?

Tiuri le había contado que el camino hacia la cabaña del ermitaño no abandonaba en ningún momento el curso del río Azul.

—No —dijo el joven—. Mira, allí hay un sendero que sube por el lado izquierdo de la pared rocosa; creo que deberíamos tomarlo. Supongo que va por el borde del desfiladero, muy por encima del río. ¿Ve ese saliente?

—Sí —contestó Jaro—. No me parece que sea un sendero agradable siendo tan estrecho y con el precipicio al lado.

—En alta montaña habrá senderos aún más difíciles —dijo Tiuri—. O ni siquiera los habrá.

Escalaron. Tiuri tenía razón; el sendero ascendía muy vertical al principio y después los llevó, lentamente pero en continua ascensión, bordeando el precipicio. Miraron hacia abajo.

—¡Qué profundo está el río! —comentó Jaro.

—Creo que saldremos por encima de la cascada —dijo Tiuri—. Y después podremos seguir otra vez bordeando el río.

Anduvieron un tiempo en silencio. Tiuri iba delante ya que el sendero se había vuelto tan estrecho que no podían andar uno al lado del otro. Jaro le seguía jadeando y resoplando. A pesar de eso era un buen caminante porque cuando pararon un momento Tiuri no apreciaba en él ningún cansancio. Después reanudaron la ascensión. El sendero se hizo más estrecho aún y el murmullo del agua sonaba con más fuerza. Tiuri, que seguía yendo delante, anduvo más despacio para no tropezar con la gran cantidad de piedras sueltas que había en el suelo. Lanzó una mirada al precipicio que era peligrosamente profundo aunque tan estrecho que podía saltarse.

Jaro pareció tropezar de pronto: chocó contra él y le agarró. Tiuri trastabilló, pero consiguió mantenerse en pie. Entonces Jaro le soltó de repente y gritó. Hubo un sonido desgarrador y algunas piedras cayeron rodando. Todo eso sucedió en un segundo. Tiuri se dio la vuelta y vio cómo Jaro desaparecía por el precipicio. Su corazón dio un vuelco por el horror y se quedó un momento como clavado en el sitio. Después se tiró al suelo y miró por el borde.

Para gran alivio suyo miró directamente a la cara de Jaro. Éste había conseguido agarrar una rama que sobresalía de la pared rocosa no demasiado lejos del borde del precipicio, y colgaba de ella sujeto por ambas manos. Pero estaba en una situación delicada. Tiuri nunca había visto tanta angustia en los ojos de alguien. Jaro movió los labios pero no emitió ningún sonido.

—¡Agárrate! —dijo el joven—. Agárrate. Te ayudaré.

Se echó un poco hacia delante, extendió las manos y agarró las de Jaro.

—Te subiré —dijo jadeando.

—No aguantarás —tartamudeó Jaro—. Peso demasiado.

—No —contestó Tiuri—, todo irá bien. Tendrá que ir bien.

—No —gimió Jaro—, no me atrevo a soltarme.

Tiuri empezó a temer que de aquella forma no saldría bien. Jaro era realmente pesado y él apenas podía mantenerse firme en el sendero estrecho e irregular.

—Si colaboras... —dijo—. Intenta encontrar un apoyo con el pie.

Jaro lo intentó; sus pies patinaban en la pared.

—No —dijo con dificultad—. No consigo ningún asidero. Estoy acabado.

Tiuri volvió a estirar las manos y agarró a Jaro por las muñecas. Jaro seguía sin atreverse a soltar la rama aunque era evidente que no aguantaría mucho en aquella posición.

«Una cuerda», pensó Tiuri ansioso. «¡Ojalá tuviera una cuerda! Ah, espera...» Soltó

el cordón que llevaba en la cintura, pero mientras lo hacía se dio cuenta de que aún así seguía siendo complicado. La cuerda era corta y parecía vieja... «¡Y si se rompe!»

—Me caigo —dijo Jaro.

—No —dijo Tiuri—, agárrate, aguanta... un poco. Encontraré algo...

Se calló un momento.

—¡Lo tengo! —añadió.

Había visto algo de pronto. En la pared del otro lado del precipicio había un tablón, un tablón ancho a unos cinco pies del borde. Si lograba subirse a él...

—Aguanta —volvió a decir—. Voy a ayudarte.

Tenía que saltar el abismo y aquello exigía superarse a sí mismo. Se quitó el hábito porque podía entorpecerlo y saltó. Después se dejó caer sobre el tablón. Se puso de espaldas a la pared y miró a Jaro que estaba frente a él.

—Aguanta un poco más. Ya voy.

Evitó mirar hacia abajo al dejarse caer hacia adelante con los brazos estirados hasta que sus manos tocaron la pared opuesta. Se había convertido en un puente sobre el precipicio. Se deslizó hasta Jaro con cuidado.

—Aquí estoy, Jaro. Levanta los pies y ponlos encima de mis hombros, así podrás utilizarme para darte impulso.

Jaro giró la cabeza y le miró con ojos salvajes. Tiuri se acercó un poco más y repitió lo que había dicho.

—¿Podrás aguantarlo? —masculló Jaro.

—Sí —dijo Tiuri sin más—. Siempre que no seas demasiado brusco. ¡Ahora!

—Ahora —repitió Jaro. Agitó las piernas; la rama de la que colgaba crujió aterradoramente. Entonces Tiuri sintió un pie sobre su hombro y un poco después el otro sobre su brazo. Éste se escurrió un momento pero volvió al sitio. Tuvo que apretar los dientes porque fue justo en su brazo herido. Era como un sueño angustioso, pero funcionó. Jaro tenía un apoyo y con mucho esfuerzo y pataleo, y con mucho dolor por parte de Tiuri, consiguió subir.

—Ahora tienes que tirar de mí —dijo Tiuri.

Pero Jaro se había derrumbado jadeando en el sendero y parecía no oírle.

Con cuidado, con mucho cuidado, Tiuri volvió a su posición sobre el tablón ayudándose con una de las piernas. Ni él mismo entendía cómo lo había conseguido, pero logró levantarse y saltar el precipicio. Aterrizó cerca de Jaro que no parecía haberse repuesto de la tensión. Se dejó caer a su lado temblando.

Así estuvieron un rato en silencio uno junto al otro.

Tiuri fue el primero en recuperarse. Con algo de inseguridad se incorporó y volvió a ponerse el hábito. Se preguntó si Jaro se habría fijado en la cota de malla. No, no parecía haberse dado cuenta.

—Vamos —dijo mientras volvía a atarse el cordón a la cintura—. ¿Continuamos?

Jaro agachó la cabeza.

—Espera un poco —dijo de forma casi inaudible.

A Tiuri también le habría gustado quedarse un rato más sentado, pero una voz interior le decía que era mejor seguir camino.

—Vamos —volvió a decir—. Después podremos descansar, cuando estemos lejos de este precipicio.

Jaro levantó la cabeza y lo miró con aquellos particulares y penetrantes ojos. Tenía una expresión en la cara que Tiuri no entendía.

—Me has salvado la vida —dijo en voz baja.

Tiuri no contestó.

—Adelante —dijo—. Andaremos muy despacio y con mucho cuidado.

Jaro hizo muestras de levantarse.

—Me has salvado la vida —volvió a decir un poco más alto.

—Bueno ¿tendría que haberte dejado caer? —contestó Tiuri con fingida ligereza—. También podría haber sido al contrario...

Se calló de pronto porque la mirada de Jaro le asustó.

Éste se había levantado y se limitó a decir:

—Entonces sigamos.

Después se dio la vuelta y empezó a andar lentamente.

Tiuri lo siguió asombrado. No podía olvidar la última mirada de Jaro. ¿Qué había visto en ella? ¿Miedo, asombro, agradecimiento...? No, sobre todo una cosa: ira. ¿O se equivocaba? ¿Por qué iba a estar Jaro enfadado con él?

2. El ermitaño

El sendero los llevó a lo alto de la cascada y continuó bordeando el río Azul, que ya era un torrente impetuoso lleno de rápidos. Descansaron poco tiempo y siguieron su camino por un entorno mucho más amable. El sendero serpenteaba por colinas y valles, por pinares y prados.

Hablaron poco. Empezaron a tener calor y se cansaron. A Tiuri le dolía el brazo y también le molestaban la cota de malla y el hábito. No era la mejor ropa para subir montañas. A lo largo del día notó que, desde su caída al precipicio, el comportamiento de Jaro había cambiado de forma evidente. «No es necesario que esté agradecido, pero ser tan poco amable... Tal vez le dure el susto. Y, a pesar de ello, ahora me cae mejor que al principio. Creo que ahora es más él.»

Por la tarde Tiuri vio frente a él una cabaña en una pendiente. Tras ella se elevaba una pared alta y oscura, y más allá se alzaban unas cimas nevadas.

—Mira —dijo a Jaro—, ¿será aquella la cabaña de Menaures?

Jaro bramó algo ininteligible. Pero Tiuri se sintió animado ante aquella visión, como un caballo que se sabe cerca del establo. Siguieron andando. A veces, una curva les privaba

de la visión de la cabaña. Entonces escucharon música... una melodía clara y ligera que armonizaba con los caprichosos pinos, con el sol y con la hierba olorosa de las pendientes montañosas.

En un pequeño prado situado por encima del sendero delante de ellos, un chico tocaba la flauta. Una oveja blanca y negra pastaba a su lado. El joven no dejó de tocar cuando se acercaron, pero sus ojos los miraron con curiosidad.

—¡Buenas tardes! —saludó Tiuri.

El chico dejó de tocar, sonrió y dijo:

—Buenas tardes.

—¿Está cerca de aquí la fuente? —preguntó Tiuri.

—Pasada la curva podrás verla —contestó el chico señalando hacia ella—. Seguro que venís a ver a Menaures.

—Sí —contestó Tiuri.

—¿Desde dónde?

—Del este.

—Está claro. Os vi venir...

Volvió a mirarlos con curiosidad.

A Tiuri le cayó bien. «Un chico moreno», se dijo. Llevaba muy poca ropa; su cara, brazos y piernas desnudos estaban tostados por el sol, castaño era su pelo liso y corto, y tenía los ojos marrones y brillantes.

El chico volvió a llevarse la flauta a los labios y dijo:

—Le diré a Menaures que vais hacia allá.

Tocó unas alegres notas, pero cuando Jaro y Tiuri continuaron andando, dio un salto, empezó a trepar y desapareció de su vista.

La fuente brotaba entre algunas piedras en una pequeña meseta. Más arriba, sobre una colina poblada de hierba, estaba la cabaña. Había sido construida con vigas de madera y el techo era de piedras planas y grises. Reposaba sobre puntales de poca altura y una pequeña escalera de madera llevaba hasta la puerta que estaba abierta. Tiuri y Jaro se quedaron un momento junto a la fuente y Tiuri permaneció extasiado ante aquel pequeño manantial, el origen del río más grande del reino de Dagonaut. Cuando se dirigían hacia la cabaña, el chico moreno llegó saltando en dirección contraria; aparentemente había tomado un camino más corto. Llegó delante de ellos, pero antes de que subiera la escalera, una voz profunda salió del interior y dijo:

—Está bien, Piak. Hay un joven que quiere hablar conmigo. Déjale que venga.

El chico moreno dio un paso atrás y con un gesto indicó a los viajeros que entraran. En el vano de la puerta apareció un hombre delgado y mayor envuelto en una túnica de un tejido gris y áspero. Su pelo y barba largos y rizados eran blancos como la nieve, su cara era amable, tranquila y sabia.

—¡Vaya! Sois dos —dijo—. Acercaos y sed bienvenidos.

Tiuri y Jaro le saludaron con respeto y subieron la inestable escalera.

—Entrad —invitó el ermitaño—. Sentaos, viajeros.

La cabaña sólo tenía una habitación, míseramente decorada.

El ermitaño se sentó a la mesa en un taburete y señaló un banco que había al otro lado.

—Sentaos —repitió.

Jaro y Tiuri obedecieron. Se sentaron uno al lado del otro frente al ermitaño, que los miraba con atención.

«Debe de ser muy anciano», pensó Tiuri mirando sus profundos ojos oscuros. «Y sabio. Debe de ser tan sabio como anciano, o tal vez más.» Le pareció que el ermitaño, después de aquella breve mirada escrutadora, lo comprendía todo, por lo que no hacía falta decir nada.

A su lado, Jaro se movía intranquilo.

—¿Y qué os trae por aquí? —preguntó el ermitaño—. ¿Qué estáis buscando? ¿Es algo que tenga que daros? Sólo puedo ayudaros a buscar; tendréis que encontrarlo vosotros mismos.

—Está hablando en clave —dijo Jaro claramente incómodo—. En lo que a mí respecta... busco un camino.

—¿Para ir adónde?

—Para cruzar las montañas.

—¡Ah, sí! —exclamó Menaures—. Quieres ir al oeste.

—Sí, hombre sabio, y he oído que conoce los caminos.

—Conozco los caminos, sí. Pero ya no puedo recorrerlos; he envejecido demasiado.

—Lo entiendo —dijo Jaro después de un momento de silencio—. Pero ¿no podría indicarme alguno?

El ermitaño negó con la cabeza.

—No —dijo lentamente—. Los caminos secretos de las montañas no pueden ser revelados a los extraños.

Volvió a hacerse el silencio.

—Es una lástima —dijo Jaro entre dientes.

A pesar de ello, a Tiuri no le pareció muy decepcionado. Él mismo se asustó un poco por lo que acababa de decir Menaures. «Pero», pensó, «tal vez cambie de opinión cuando le enseñe el anillo del caballero Edwinem».

—Quizá pueda encontrar un guía —dijo el ermitaño mirando a Jaro.

—¡Ah, sí! Bien. Muy amable por su parte, santo varón —contestó Jaro.

—No soy ningún santo varón, viajero —dijo el ermitaño—. Llámame Menaures. ¿Cómo te llamas?

—Jaro.

—¿Y tú quién eres, hijo mío? —preguntó a Tiuri.

—Yo... yo soy Martín.

—¿Y qué te ha traído por aquí?

–Yo también quiero pedirle algo. Pero...

Tiuri miró a Jaro.

–¡Ah!, ya me voy –dijo levantándose precipitadamente.

–Gracias, Jaro –dijo el ermitaño con amabilidad–. Después seguiré hablando contigo y veré qué puedo hacer por ti.

–Gracias, Menaures –dijo Jaro. Hizo una torpe reverencia y abandonó la estancia.

El ermitaño se levantó y cerró la puerta tras de sí. Después se dirigió a Tiuri.

–Habla, Martín. Ahora nadie puede oírnos.

Tiuri también se puso de pie y dijo:

–No me llamo Martín sino Tiuri, aunque mi nombre no tiene importancia. Tengo que ir al oeste cruzando las montañas. Me envía el caballero Edwinem del Escudo Blanco. Mire, éste es su anillo; debía enseñárselo.

El ermitaño se acercó a él y cogió el anillo con cuidado.

–El caballero Edwinem –dijo en voz baja–, Paladín de Unauwen, Portador del Escudo Blanco... ¿Dónde está?

–Ha muerto.

El ermitaño le miró. No había desconcierto en su mirada, sólo una gran seriedad. Después agachó la cabeza y observó el anillo.

–Así que ha caído –dijo–, muerto en su inagotable lucha contra el mal. Ésta es una noticia triste pero, a pesar de ello, habría sido más triste que hubiese caído de otra manera.

–¡Oh!, no ha caído en la lucha –dijo Tiuri–. Fue asesinado. ¡Asesinado a traición!

–Eso es menos grave para él que para los que le mataron. Pero cuéntame, hijo mío...

Cogió a Tiuri del brazo y éste no pudo evitar hacer un gesto de dolor.

–¡Ay! Estás herido –dijo Menaures.

–No es nada –masculló Tiuri.

–Siéntate y habla, hijo mío.

–Pero ¿es que usted no lo sabe todo? No se sorprendió al verme, no se sobresaltó al oír que el caballero Edwinem estaba muerto.

–No sé nada –contestó el ermitaño–. Sospecho mucho. ¡Ay! Qué poco tiempo parece haber pasado desde que el caballero Edwinem viniera aquí por primera vez. Entonces tenía tu edad. Acababa de ser nombrado caballero y ardía en deseos de realizar grandes hazañas. Su deseo se ha cumplido, si bien tal vez no para alegría suya aunque eso no pudiera sospecharlo. Entonces los hijos de Unauwen aún eran jóvenes, pero ya temí que uno de ellos se convertiría en una amenaza para su padre y su hermano. Sí, parece que fue ayer cuando el joven Edwinem estuvo aquí, aunque entonces tú ni habías nacido. Y ahora estás ante mí para retomar su misión... ¿O no es así?

Entonces Tiuri habló por primera vez de lo que el Caballero del Escudo Blanco le había pedido. Contó cómo le había conocido y cómo éste le había entregado una carta para el rey Unauwen del país al oeste de la Gran Cordillera.

El ermitaño escuchó con toda atención y dijo:

—Traes noticias que me preocupan. Perversos son el monarca de Eviellan y sus seguidores. Pero no pierdas la esperanza; a la larga, el mal será derrotado. Tu misión es llevar la carta; me encargaré de que cruces las montañas de forma rápida y segura.

—Pero... usted ya no puede indicarme el camino, ¿no?

—No, ahora soy demasiado viejo. Pero te ofrezco un guía en el que puedes confiar como en ti mismo. Se llama Piak; ya le has visto fuera.

—¿Ese chico moreno?

—Sí, él —contestó el ermitaño sonriendo.

—¿Cuántos años tiene?

—Creo que es más joven que tú. Debe tener catorce años. Pero nació y se crió en las montañas y desciende de hombres que llevan la escalada en la sangre. Es el mejor guía que podrías tener. Tendréis que partir mañana por la mañana a la salida del sol.

—Bien, Menaures, gracias —dijo Tiuri.

Después siguió diciendo:

—Pero ¿qué pasa ahora con Jaro? También desea cruzar las montañas y no puedo decirle que no quiero que venga conmigo.

Le contó cómo había conocido a Jaro y cómo habían llegado a la fuente.

—Sí, en efecto —dijo el ermitaño pensativo—, es posible que haya mentido y que no tenga ningún hijo al otro lado de las montañas. Puede que sea un espía. ¿Sabes qué?, presentía que alguien iba a venir hoy a verme... Pensé que sería un joven, y así ha sido. Sin embargo, él no estaba en mi presentimiento; por eso creo que no me necesita. Pero puedo estar equivocado; también es posible que diga la verdad. En ese caso no puedes prohibirle que os acompañe porque nunca conseguiría cruzar solo las montañas.

Miró a Tiuri.

—Te toca a ti —dijo— decidir qué hacer.

—Entonces no puedo hacer otra cosa que dejarle que venga con nosotros.

—Estoy de acuerdo contigo. Y piensa que seréis tres. Estate atento, túrnate con Piak para hacer guardia por la noche y encárgate de que Jaro no vaya nunca detrás de ti... De todos modos no creo que debas tenerle tanto miedo.

Se levantó y añadió:

—Quítate el hábito y enséñame la herida... ¡Vaya!, veo que también llevas una cota de malla. Será mejor que la dejes aquí; sería pesada y molesta cuando estés más arriba. Aquí, en esta arca, tengo algo de ropa.

Mientras hablaba desenrolló la venda del brazo de Tiuri; la herida se había vuelto a abrir y la había empapado de sangre. Menaures humedeció la herida con el contenido de una botella que olía a resina y a pino. Escocía un poco, pero después aliviaba. Luego volvió a vendar la herida. Mientras lo hacía le preguntó por el resto de sus aventuras.

Tiuri se las contó y le dio recuerdos del abad Hyronimus y del señor del castillo de Mistrinaut.

—Sigirdiwarth Rafox —dijo Menaures—. Sí, hace mucho tiempo estuvo aquí. Me consta que gobierna bien su territorio.

—¿Le conoce desde hace mucho?

—Vino hace veinte años sin poseer otra cosa que su espada, que quería usar para una buena causa. Entonces le dije que debía bajar bordeando el río Azul hasta Mistrinaut porque allí había una batalla en la que debía luchar.

El ermitaño abrió el arca y dijo:

—Busca algo de ropa y pónela. Y aquí tienes el anillo que te dio el caballero Edwinem.

—¡Ah!, pero no es mío. Sólo me lo dio para enseñárselo a usted.

—Guárdalo y dáselo al rey Unauwen, que fue quien se lo entregó a Edwinem.

—Lo haré —dijo Tiuri colgándose el cordel con el anillo al cuello. Le gustó poder seguir llevando la joya; había llegado a considerarla un talismán y el recuerdo de la promesa que le había hecho al caballero Edwinem.

—Iré a hablar un momento con Piak —dijo el ermitaño.

Salió y cerró la puerta.

Tiuri metió la cota de malla en el arca y en su lugar se puso un desteñido jubón azul. Se quedó con el hábito y se lo puso encima. Después fue hacia la puerta y miró hacia fuera. La vista lo emocionó. Alcanzaba a ver una gran extensión al oeste, en el reino de Dagonaut. Vio cómo serpenteaba el río Azul y creía llegar a distinguir las torres de Mistrinaut. Más cerca vio colinas, campos, aldeas, casas desperdigadas y el bosque oscuro. La sombra de la montaña los cubría.

Jaro estaba sentado en una de las piedras que había junto a la fuente; se tapaba la cara con las manos como si estuviera triste o pensara mucho en algo. Cerca de la cabaña Menaures hablaba en voz baja con Piak. Éste vio a Tiuri en la escalera y le sonrió. Tiuri fue hacia él.

—Éste es Piak —dijo Menaures—. Él os llevará a ti y a Jaro al otro lado de las montañas.

—Ya sé que eres Martín —dijo el chico—. Estoy a tu disposición. Nos pondremos en marcha mañana por la mañana.

—Piak, ve a prepararlo todo —dijo el ermitaño, que levantó la voz y gritó—: ¡Jaro!

Jaro se levantó y se acercó despacio.

—Puedes cruzar las montañas —le dijo el ermitaño—. Mi joven amigo y ayudante, Piak, será vuestro guía.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido.

—Sí, Martín también quiere ir hacia el oeste. Así que iréis los tres. Piak conoce los caminos.

—Eso es... eso es estupendo —dijo Jaro—. Gracias.

—Ahora tendréis que cenar. Mañana saldréis temprano, así que será mejor que os acostéis pronto.

Jaro siguió callado durante la cena; Piak tenía mucho que contar y que preguntar. Al parecer procedía de una aldea de montaña cercana. Era huérfano y Menaures se había

encargado de criarlo los últimos años. Él, a su vez, ayudaba al ermitaño haciendo todo tipo de trabajos: cortar leña, cocinar y cosas por el estilo. Tiuri le preguntó si podía prescindir de su ayudante.

—Por supuesto —contestó el ermitaño—. Piak tampoco está siempre aquí. ¿Cómo iba a ser si no un buen escalador?

Piak nunca había salido fuera de las montañas y preguntó a los viajeros qué aspecto tenía aquello donde todo era plano. No le gustaría vivir allí, dijo.

—A pesar de todo, sí que me gustaría bajar alguna vez —añadió—, para ver de cerca el país del rey Dagonaut. De lejos es muy bonito. Y Menaures me ha contado muchas cosas sobre él.

—Bueno, podrías ir alguna vez, ¿no? —dijo Tiuri.

—Sí, tal vez. El año pasado aún no podía; era demasiado joven.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Jaro. Era lo primero que decía.

—Nací a mediados de verano —contestó Piak—, hace quince... —dirigió una mirada a Menaures— ...no, hace catorce años.

—Vaya —dijo Jaro—. Eres muy joven para ser nuestro guía.

—Es joven —dijo Menaures—, pero no tanto. Si él quisiera, podría bajar para ver de cerca lo que ya conoce de lejos. Entonces, Piak, te darías cuenta de que todo tiene un aspecto muy diferente.

—¿Nunca has estado en el país del rey Unauwen? —preguntó Tiuri.

Piak negó con la cabeza:

—Nunca he ido más allá de Filamen. Es una aldea al otro lado de las montañas. Claro que he visto el reino de Unauwen, de lejos; en realidad parece más bonito que el de Dagonaut. En la lejanía se puede ver una ciudad...

—¿La ciudad de Unauwen?

—No creo.

—No, la ciudad de Unauwen está más lejos —dijo el ermitaño—. Lo que ves es Dangria, la ciudad del Este.

—Tiene torres —dijo Piak—, muchas torres y murallas. Cuando hace buen tiempo se ven muy bien. Sí que me gustaría ver de cerca una ciudad así... Y también creo haber visto el río Arco Iris.

—¿Y la ciudad de Unauwen, no? —preguntó Tiuri.

—No puede verse desde las montañas —dijo Menaures—. Está al oeste del país, junto al río Blanco, cerca del mar.

—¿Has estado alguna vez en una ciudad? —preguntó Piak a Tiuri.

—Sí —contestó—, en la ciudad de Dagonaut. También está lejos de aquí, junto al río Azul, y cerca de ella hay un gran bosque.

Piak preguntó cómo era esa ciudad y Tiuri le respondió: describió las puertas y las murallas, las casas y las callejuelas, y la gran plaza en la que estaba el palacio del rey. En esa plaza, contó, se monta a menudo un mercado y a veces también se celebran torneos.

Esto último es lo que despertó más interés en Piak. Menaures le había contado alguna vez historias de caballería y nunca se cansaba de escucharlas. Interrogó a Tiuri. ¿Había visto algún torneo y qué sabía de los caballeros de Dagonaut? ¿Cómo eran, cuáles eran sus nombres y sus armas, y qué hazañas valientes realizaban?

Tiuri habría podido contarle muchas cosas, pero no se atrevió a hacerlo porque quizá descubriera quién era él en realidad. Así que contestó a Piak como si alguna vez hubiese visto de lejos a algún caballero, no como alguien que había tratado con ellos y que había estado a punto de serlo.

—Piak, ¿es que no vas a parar de preguntar? —dijo finalmente Menaures con una sonrisa—. No das tiempo a que nuestro huésped mastique el pan.

Después de la cena, Jaro y Tiuri ayudaron a Piak a empaquetar las cosas necesarias para el viaje. El tramo no sería largo, pero se necesitaban un montón de cosas: cuerda, mantas y provisiones. El ermitaño estaba sentado tranquilamente en un rincón y les observaba.

—Bien —dijo Piak al cabo de un rato—, ya es suficiente; si no tendremos que cargar demasiado.

—Ya es mucho —le pareció a Jaro—. ¿Tenemos que llevarnos estas mantas? Ya llevamos nuestros mantos y abrigos, y es verano.

—Arriba hará frío —dijo Piak—, y por las noches más. Quizá pasemos por campos de hielo. Espera...

Trasteó en el arca y sacó un par de pieles de oveja.

—Aquí tenéis —dijo lanzando una a Tiuri y otra a Jaro. Después examinó visualmente a sus futuros compañeros de viaje.

—Puedes quitarte o guardar ese hábito —dijo a Tiuri—. Y dejadme ver vuestros zapatos. Será mejor que os pongáis estas botas. ¿Podemos coger prestadas las tuyas, Menaures?

—Pero tú irás descalzo —dijo Tiuri.

—Estoy acostumbrado. Y tengo botas para la cima. Bien, creo que estamos listos.

—Claro que sí —dijo Menaures—. Pon todo en un rincón y esparce paja y mantas en el suelo. Así podréis acostaros.

Pasado un rato se tumbaron uno al lado del otro, Piak entre Tiuri y Jaro, y se desearon buenas noches. El ermitaño salió dejando la puerta entornada.

Piak se durmió pronto y Jaro también estaba muy quieto, pero Tiuri no podía conciliar el sueño. Se levantó sin hacer ruido y salió.

El ermitaño estaba sentado en uno de los escalones y miraba pensativo hacia el paisaje del oeste. El sol había desaparecido tras la pared montañosa pero la oscuridad aún no era total. En el oeste un par de estrellas brillaba en el cielo azul verdoso. Tiuri se sentó a su lado y miró en silencio. Al cabo de un rato volvió la vista hacia la cara del ermitaño.

—¿Sí, hijo mío? —dijo en voz baja sin moverse.

A Tiuri le había surgido una curiosidad, pero cuando habló le preguntó otra cosa:

—Menaures, ¿conoce el país de Unauwen?

–Sí –contestó el ermitaño–, muy bien incluso, porque nací allí. También conozco tu país. He vagado mucho por el mundo antes de retirarme aquí.

–¿Conoce al rey Unauwen y a sus hijos?

–Sí. Los conozco.

–¿Cuánta distancia hay hasta la ciudad de Unauwen, Menaures?

–Se tardan unos cinco días en cruzar las montañas. Después se puede llegar a Dangria en un día. Desde allí hay un buen camino que lleva directamente a la ciudad de Unauwen, pasando el río Arco Iris, cruzando el bosque de Ingewel y las Colinas Lunares. No tendrás problema en llegar. Desde Dangria, tardarás unos ocho o nueve días.

Entonces Tiuri le preguntó lo que más deseaba saber, aunque fuera un secreto:

–*¿Sabe usted... sabe lo que pone en la carta?* –susurró.

–No –contestó el ermitaño–. Sé tan poco como tú.

–Tal vez haya sido una pregunta absurda, pero como usted sabía y sospechaba tantas cosas...

–Aunque vivo lejos de él, conozco el mundo que hay al pie de las montañas. A veces oigo las noticias de los peregrinos que vienen por aquí, y me entero de más cosas a través de mis meditaciones silenciosas... En lo que se refiere a la carta, no tienes por qué adivinar su contenido. Tu misión sólo es entregarla.

–Sí... –dijo Tiuri en voz baja.

Ambos volvieron a guardar silencio. Poco a poco iba oscureciendo; en la profundidad del valle se encendieron algunas luces. Tiuri se quedó un rato sentado, pensando en muchas cosas y escuchando el canto de los grillos en la hierba y el suave murmullo de la fuente. Después se levantó y deseó buenas noches al ermitaño.

–Que descansas –dijo Menaures.

Tiuri se durmió nada más acostarse y su sueño fue profundo y tranquilo.

3. La despedida de Jaro

A la mañana siguiente los viajeros y su guía pronto estuvieron listos para partir. El sol acababa de salir y el cielo sobre el reino de Dagonaut se teñía de rosa y oro.

–¡Qué bonito es esto! –dijo Tiuri a Piak señalando al oeste–. Y puedes verlo todos los días.

–Sí. Y a menudo ni me fijo –contestó Piak algo sorprendido.

El ermitaño les dio la mano uno a uno y sus bendiciones.

–Buen viaje –dijo.

Entonces cogieron sus fardos y bolsas y se pusieron en camino; Piak iba delante, le seguía Jaro y Tiuri el último. Detrás de la cabaña había un sendero empinado; empezaron a subir por él. Para sorpresa de Tiuri, Piak caminaba muy despacio, mucho más despacio

de lo que Jaro y él habían andado el día anterior. Después de un cuarto de hora de subida se detuvieron un momento para ver la cabaña por debajo de ellos. El ermitaño estaba en la pendiente y saludaba. Le devolvieron el saludo.

—¿Por qué andas tan despacio? —preguntó Tiuri a Piak cuando volvieron a ponerse en movimiento.

—¿Despacio? —preguntó Piak asombrado—. Así es como hay que andar; si no, no resistes horas y horas de subida.

Resultó que tenía razón. Iban despacio, pero a ritmo constante y podían avanzar mucho más sin necesidad de descansar. A pesar de todo, Tiuri empezó a cansarse al cabo de unas horas y el sudor le chorreaba por la cara. Jaro también iba resoplando. Piak parecía inagotable: subía al mismo ritmo, tranquilo, como si anduviera por una superficie plana, y de vez en cuando cantaba en voz baja. Pero en un momento dado se detuvo y propuso que descansaran un rato.

—Mirad —dijo—, podéis ver la cabaña una vez más.

Se habían detenido encima de una pared rocosa y tendrían que descender un tramo antes de subir la siguiente cima.

—Uf —se quejó Tiuri tirando su bolsa al suelo—, tengo calor.

—Luego tendrás más —dijo Piak totalmente fresco—. Aquí todavía hay árboles pero arriba está todo desierto. Y si subes más hay nieve y hielo.

—Ey, nieve, ¡lo estoy deseando! —dijo Tiuri.

—Ah, también tendrás frío —prometió Piak alegre—. ¿Seguimos?

—No hemos descansado ni un minuto —dijo Jaro gruñendo.

—Luego nos lo tomaremos con calma —dijo Piak—. Cuando comamos. ¿O estás realmente cansado?

—Bueno, cansado —bramó Jaro—, no exactamente. Por mí podemos seguir. Éste es un buen camino. ¿Continúa así?

—No —contestó Piak—. Este sendero conduce a un par de refugios de montaña. Después ya no hay sendero, al menos no para alguien que lo desconozca. Pero el viaje no será difícil, en serio, y hace buen tiempo.

Jaro abrió la boca para decir algo más, pero volvió a cerrarla y se calló.

Continuaron por un valle muy frondoso por el que serpenteaba un pequeño riachuelo. Tiuri y Jaro saciaron allí su sed, aunque Piak les advirtió que no bebieran demasiado. Después siguió el ascenso. Cuando el sol estuvo en el sur, ya habían alcanzado la segunda cima. El entorno allí era mucho más despejado y árido aunque seguía habiendo un sendero. Se sentaron en un llano a la sombra de una gran roca y sacaron las provisiones.

—Esperad —dijo Piak—, sé que por aquí crecen bayas muy ricas. Voy a coger alguna.

Dando un salto se alejó.

—Este chico parece no cansarse nunca —comentó Jaro—. Claro que él está acostumbrado a escalar.

–Sí –dijo Tiuri con pereza.

Jaro cogió un trozo de pan. No se lo comió, sino que, ausente, lo desmigó entre los dedos. Con el ceño fruncido, miraba el sendero por el que habían subido. A Tiuri le pareció entender que algo lo contrariaba pero no sabía qué decir, así que guardó silencio.

En alguna parte tras una colina, Piak cantaba una canción; después debió alejarse porque el sonido se fue extinguiendo hasta desaparecer.

–Bueno –dijo Jaro tan alto y tan de repente que Tiuri se asustó.

Cogió su bolsa de viaje, se levantó y miró a Tiuri.

–Me voy –dijo.

Tiuri le miró sorprendido.

–¿Que te vas? –repitió.

–Sí, me vuelvo –dijo Jaro señalando al este–. Todavía puedo encontrar solo el camino.

–Pero ¿por qué? –preguntó Tiuri incorporándose de golpe.

–¿Es que no lo entiendes?

–Tú querías cruzar las montañas.

–¿Y lo sigues creyendo? ¿Te lo creíste cuando te lo dije? –preguntó Jaro mirándolo fijamente.

–Bueno, no tenía motivos para no creerlo –empezó a decir Tiuri y después se calló un momento–. No será por eso, ¿verdad? –siguió diciendo–. Me refiero a que no creerás que no quiero que vengas conmigo, ¿no?

Volvió a callarse y buscó las palabras. Lo que había dicho no era verdad; había dudado de Jaro. Prefería no tenerlo a su lado.

–No te fías de mí –dijo Jaro con una sonrisa rabiosa.

–Me fio... –empezó a decir Tiuri e interrumpiéndose a sí mismo continuó–: Jaro, no tengo nada en contra de ti. Quisiera explicártelo pero no puedo; y que seas de fiar o no, no es lo que me importa. Puedes venir tranquilamente con nosotros.

–¡Ay, cállate! –dijo Jaro. Apartó la vista y volvió a mirar el camino–. Tenías razón al desconfiar de mí –dijo sin mirar a Tiuri.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Tiuri tras un momento de silencio.

Jaro le lanzó una mirada.

–¿Es que no lo entiendes? –preguntó por segunda vez–. ¿Acaso tengo que explicártelo? Comprendí perfectamente que no estabas dispuesto a tener mi compañía, aunque a mí no me importaba; habría ido tras de ti. No supe por qué al final me pediste que fuera tu compañero de viaje... Me pregunté si eras un loco servicial o si, por el contrario, eras muy listo: es mejor tener a un enemigo como compañero, vigilado, que arrastrándose detrás de ti, ¿no es cierto? –volvió a mirar a Tiuri–. Locura o inteligencia –dijo–, me has derrotado. Me vuelvo. Ya no tienes por qué temerme.

–Pero ¿por qué? –susurró Tiuri.

–¿Es que no lo entiendes? –preguntó Jaro por tercera vez.

Tiuri creía entenderlo, pero quería saber más cosas y tener la seguridad.

—Habla sin rodeos, Jaro —le instó.

—Vale, maldito —dijo Jaro con ojos centelleantes—, si eso es lo que quieres, vale. No se me ha perdido nada al otro lado de las montañas. Fui enviado para matarte y para encargarme de que esa carta, la carta que llevas contigo, nunca fuera entregada al rey Unauwen. Pero ya no puedo hacerlo. Me has salvado la vida. Si realmente no te fiabas de mí, aquello fue una locura que yo nunca habría cometido. A pesar de ello, gracias a esa locura me has vuelto tan inofensivo como si me hubieras dejado caer por el precipicio. No puedo matarte. No quiero hacerlo.

Se hizo de nuevo el silencio. Jaro agachó la cabeza como si se avergonzara.

—Gracias —dijo finalmente Tiuri.

Jaro empezó a reír.

—¡Otra locura más! —exclamó—. Agradecerme que no te haya asesinado.

—No —dijo Tiuri—, no es eso. Te doy las gracias por..., por... sí, porque...

Se calló. Dar las gracias era, en efecto, una locura. Y a pesar de ello sentía cierta gratitud hacia Jaro, ¿tal vez porque había conseguido vencer su maldad?

Jaro interrumpió sus pensamientos.

—Ahora ya lo sé —dijo—. Y no me creas mejor de lo que soy. Allí, en el precipicio, había planeado empujarte, pero tropecé y fui yo el que caí... Parece sacado de una historia con moraleja, ¿verdad? Pensé que era el final, pero tú... —se interrumpió—. Bueno, ya está —dijo con calma—. He matado a otras personas pero a ti no puedo matarte. Ve en paz. Tal vez logres tu objetivo, pero eso no es asunto mío.

—Así que te habían enviado para asesinarme. ¿Quién? ¿Eres uno de los Caballeros Rojos? ¿Fuiste enviado por el Caballero Negro del Escudo Rojo?

—Soy uno de los Caballeros Rojos y el Caballero Negro del Escudo Rojo es mi señor.

—¿Quién es él?

—Eso no te importa —contestó Jaro—. Gracias a ti he desobedecido una orden suya por primera vez. Eso te tiene que bastar.

—Pero... ¿vas a volver con él?

—Aún no sé lo que haré —contestó Jaro con rudeza—. Pero eso es sólo asunto mío. Nunca nos volveremos a ver.

—No me gusta la idea de que vuelvas con él.

—¡Vaya! No pretenderás darme una lección, ¿verdad? Tal vez no pueda volver; no le gustan los servidores que fallan en lo que les ha sido encomendado. Pero, te repito, eso es asunto mío.

—No —dijo Tiuri en voz baja—, en absoluto, Jaro. Tal vez no vol - vamos a vernos nunca, pero, por decirlo de algún modo, ambos nos debemos la vida mutuamente y, por lo tanto, también todo lo que hagamos en el futuro.

Jaro reflexionó un momento.

—Es posible —dijo—. Dicho así, tal vez nuestros asuntos nos incumban a los dos. Pero cada uno seguirá su camino aunque el mío será diferente a lo que siempre imaginé.

Después pareció arrepentirse de lo que había dicho.

–Me voy –dijo–. Buen viaje.

Sin esperar respuesta se dio la vuelta y se marchó.

–Adiós –dijo Tiuri.

Jaro anduvo un trecho, pero luego se detuvo, dudó y volvió.

–No es honesto que me vaya así –dijo–. Creo que debo decírtelo.

–¿El qué? –preguntó Tiuri.

–Te debo la vida y no puedo hacerte creer que conmigo desaparecen todos los peligros. No soy el único que han enviado para seguirte.

–¿Que no eres el único? –repitió Tiuri.

–No. Vimos cómo vuestra comitiva se separaba. Yo debía seguirte y otro fue tras el grupo que tomó el camino del oeste... dos Caballeros Grises, un escudero y un joven montado en un caballo negro. Al principio pensamos que ese último era nuestro hombre, pero cuando te vimos bordear solo el río Azul empezamos a dudar y por ello te seguí. Bueno, enseguida supe que eras tú nuestro hombre...

–¿Cómo? –le interrumpió Tiuri.

–Te reconocí. Yo era uno de los Caballeros Rojos que te siguió por el Bosque del Rey.

–¿Y también estabas...? –Tiuri se calló de repente.

«¿Estabas tú también con los que asesinaron al caballero Edwinem?», le habría gustado preguntar, pero le pareció mejor no decir nada.

Jaro pareció leer la pregunta en sus ojos. Apartó la mirada y dijo:

–Sabes que soy malo, ¿no?

Después siguió con su historia.

–El otro enviado pronto se dará cuenta de que persigue a las personas equivocadas. Pero no volverá, no, seguirá intentando encontrarte porque ésa es su misión y su deseo. Tal vez viaje detrás de ti. Tal vez también intente cruzar las montañas antes que tú y esperarte al otro lado. Sí, no descansará hasta encontrarte. Él no es como yo. Si le hubieras rescatado del precipicio, él te habría empujado sin dudar. Es el mejor espía y la peor persona que conozco... Es astuto y taimado, y no se detiene ante nada ni ante nadie.

–¿Quién es? –susurró Tiuri.

–Ninguno de nosotros sabe su verdadero nombre, pero le llamamos Slupor. ¡Ten cuidado con él!

–¿Qué aspecto tiene?

Jaro se encogió de hombros.

–A veces es un Caballero Rojo –contestó–, a veces un soldado normal. La mayoría de las veces es espía; y en ese caso te lo puedes encontrar bajo cualquier apariencia. ¿Que qué aspecto tiene? No es alto ni bajo, ni viejo ni joven, ni rubio ni moreno... Sólo los ojos pueden delatarlo; son falsos como los de una serpiente. Todos le tememos... Sí, a veces incluso dudamos si nos volveríamos tan malos como él –se calló un momento y

dijo con una sonrisa—: Bueno, ahora no sólo he desatendido las órdenes de mi señor, sino que también he entorpecido su cumplimiento. Eso es todo. Adiós.

Tiuri le extendió la mano:

—Gracias —dijo con seriedad—. Y si no sabes qué hacer, habla con Menaures. Seguro que él te aconsejará y te ayudará. Tal vez sepa más de lo que crees. Adiós.

4. Piak

Tiuri siguió a Jaro con la mirada hasta que éste desapareció de su vista. Después se sentó a reflexionar sobre lo que había escuchado.

—Ya podemos comer —dijo Piak que había aparecido de pronto—. Aquí tienes.

Sostuvo ante Tiuri un puñado de bayas.

Tiuri le miró algo confuso. Se había olvidado por un momento del chico moreno.

—Ah, gracias —dijo.

Piak puso las bayas sobre una piedra plana y se acucilló al lado.

—Se ha ido, ¿eh? —dijo con calma.

—Sí —dijo Tiuri—. Pero ¿cómo lo sabes?

—He visto que se iba —contestó Piak metiéndose una baya en la boca.

—¡Ah! —exclamó Tiuri. Se preguntaba si Piak habría oído algo de la conversación.

Éste escupió una pepita, cogió una segunda baya y la miró con atención. Después dirigió su mirada clara hacia Tiuri.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja.

—¿Que quién soy? —preguntó Tiuri sorprendido.

—¿Eres un caballero con una misión?

—¿Cómo se te ocurre?

—¡Ah!, enseguida sospeché que no eras un viajero normal. Vi tu cota de malla en el arca de Menaures y... —Piak esperó un momento y se comió la segunda baya—. Bueno —siguió diciendo— he oído todo lo que habéis dicho... No lo hice a propósito. Pero aquí a veces se oyen voces que están a kilómetros de distancia... Eso es por el eco. Al principio quise irme, pero después pensé de pronto en lo que me había dicho Menaures y me pareció que era mejor que me enterara de todo.

—¡Vaya! —exclamó Tiuri, sin saber si debía sentirse sorprendido, enfadado o intranquilo.

—Sí —siguió diciendo Piak—, ahora por lo menos sé con qué tengo que tener cuidado... por ejemplo con ese tal Slupor... ahora ya no nos cogerá. No en las montañas si de mí depende. Antes caerá por un precipicio abismal.

—¿Ah sí? Pero ahora debes contarme qué...

Piak no le dejó hablar. Se incorporó de un salto, cogió los fardos y dijo:

—¡Ven conmigo!

—¿Qué pasa? —preguntó Tiuri algo asustado.

—Vamos a sentarnos en otra parte. Los ecos.

Un minuto después estaban en otro lado.

Piak retomó la historia.

—No he entendido todo lo que te ha dicho ese tal Jaro, pero algo sí —dijo en voz baja—. Llevas una carta al rey Unauwen y Jaro o su señor no quieren que el rey la reciba. Y han enviado a un tal Slupor a por ti. Podría decirse que es una astuta serpiente. No dices nada —siguió diciendo después de un momento de silencio—. No te atreves, claro. Seguro que estás pensando lo mismo que un tío mío que siempre dice: «Fíate sólo de ti mismo». Tienes razón. Pero ahora ya lo sé, y me parece mejor que estés al corriente. Así sabes lo que hay y yo no tengo que hacer como que no sé nada.

Tiuri le miró y se echó a reír.

—Eso es cierto —dijo—. Y ahora yo también sé algo más: que hay que tener cuidado al hablar en las montañas porque el eco puede delatarte.

Piak también rió. Después su cara se puso seria y dijo:

—No debes tener miedo a que yo te delate. Puedes confiar en mí. ¿Sabes qué? Yo también tengo una misión. Menaures me la encargó: «Tienes que ser su guía», me dijo, «tienes que indicarle un camino corto y que sea lo más seguro posible. Tienes que prestar atención a que nadie os siga. Tienes que permanecer despierto cuando él duerma y quedarte junto a él cuando esté despierto...». Bueno, ésa es mi misión. Por eso me quedé por los alrededores y escuché lo que de - cíais. Y como tengo la misión de ser el guía de alguien que tiene una misión, esa misión tuya en realidad también es un poco mía.

Tiuri lo miró y empezó a alegrarse. «Piak», pensó, «no sólo será un guía y un compañero de viaje, sino también un amigo».

Le tendió la mano y le dijo:

—Confío totalmente en ti. Aquí tienes mi mano. Tengo una misión, es verdad, pero no puedo hablar de ella con nadie. Hay enemigos que quieren evitar que la lleve a cabo; eso ya me ha quedado claro. Más adelante tal vez te cuente más. Sólo te pido una cosa: no dejes que nadie note lo que sabes.

—Ni que decir tiene —dijo Piak estrechando fuertemente su mano—. ¡Qué burro soy! —exclamó poco después—. Me he dejado las bayas. Iré a buscarlas. Esas bayas tienen la culpa de que conozca tu secreto; como castigo nos las comeremos para que no puedan contar nada.

—¡Qué bonito es todo esto! —exclamó Tiuri cuando reanudaron la marcha. Era como si en aquel momento lo viera todo mucho mejor, cuando ya no lo atormentaban el cansancio y el dolor, la preocupación o el desánimo...: las poderosas paredes rocosas, los escasos y caprichosos pinos, las vistas cambiantes, las corrientes de agua espu - mean te y saltarina, las nubes como velos en las cimas.

—¿Te gusta? —preguntó Piak—. Yo sólo conozco esto, así que no puedo comparar, pero creo que no querría vivir en otro lugar más que en las montañas. Me encanta escalar y escalar y ver adónde llego. Mi padre era igual y en mi pueblo decían que estaba loco. Un día cayó por un precipicio y dicen que yo acabaré igual. ¡Tonterías! Un vecino de mi padre nunca quiso dar un paso fuera del pueblo y también murió al caerse de una escalera. Para eso es mejor caer por un precipicio, ¿no te parece? Por lo menos has visto cosas.

Tiuri estaba de acuerdo con él.

Piak siguió hablando de su padre.

—Dicen que me parezco a él. También se llamaba Piak. ¿Tu padre está vivo?

—Sí. Yo también me llamo como él.

—Así que se llama Martín.

—No —dijo Tiuri en tono suave—, se llama Tiuri, y ése es mi nombre también.

—¡Ay! —exclamó Piak mirándole con los ojos muy abiertos.

—Pero delante de los demás no debes llamarme así —añadió Tiuri.

—No, no, claro que no —dijo Piak. Dio la impresión de que quería preguntarle algo, pero no dijo nada.

A la puesta de sol llegaron al lugar que Piak se había marcado como meta para aquel día: los dos refugios que había mencionado. Ambos estaban vacíos e inutilizados, pero serían una buena guarida para la noche. Cuando el sol desapareció, Tiuri sintió que empezaba a hacer frío y se alegró de poder ponerse las pieles de oveja. Se instalaron en una de las cabañas y comieron algo. No encendieron ningún fuego que pudiera delatarlos desde una gran distancia.

Después Piak sacó una botella y dijo:

—Menaures me ha dado esto. Tengo que ponértelo en la herida.

Tiuri se dejó hacer con una sonrisa.

—No entiendo mucho de esto —dijo Piak—, pero creo que tiene buen aspecto. Menaures dijo que tenía que extendértelo por encima si te volvía a doler y que además debía encargarme de que no le entrara frío.

—Está bien, de verdad —dijo Tiuri—. Ya no me molesta nada.

Se enrollaron en las mantas para dormir.

—Mañana —dijo Piak— iremos por un sendero por el que nadie podrá seguirnos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tiuri bostezando.

—Nadie lo conoce; ni mi padre llegó a descubrirlo nunca. Menaures me lo enseñó y él lo encontró por casualidad... Bueno, en realidad lo descubrió otra persona, alguien que venía del otro lado a visitar al ermitaño.

—¿Sí? —dijo Tiuri adormilado—. ¿Y cómo fue?

—Ah, eso fue hace mucho tiempo, incluso antes de que yo naciera. Un joven caballero del rey Unauwen se internó en las montañas. Se perdió y se metió en una tormenta de nieve. Entonces sopló su cuerno y Menaures lo oyó y fue en su busca. Lo encontró en

ese sendero desconocido. El caballero ya había cruzado el paso y no estaba lejos de su objetivo. Menaures dijo que fue un milagro porque desconocía por completo el camino en la montaña. Era un joven valiente. Después se convirtió en un famoso caballero. Se llamaba Edwinem.

Tiuri se despejó de golpe.

—¿Edwinem? —repitió.

—¿Has oído hablar de él?

—Sí.

—¿Lo conoces?

Tiuri tardó en contestar.

—Sí —dijo entonces—, le he visto una vez.

—¿De verdad? ¿Hablaste con él?

—Humm... sí.

Oyó que Piak se incorporaba un poco.

—Cuenta, Tiuri —dijo susurrando—, porque así es como te llamas, ¿no?

—Sí —contestó algo asombrado.

—Sé una canción sobre los caballeros del rey Dagonaut que habla de una gran batalla en el este. Escucha —Piak cantó en voz baja—:

Quieren escuchar mi canción,
entonces les cantaré yo
sobre lo hermoso y valiente
que en el este pasó.
Cómo nuestro rey Dagonaut
partió con sus afines
y cómo el enemigo los viera acercarse
a él mismo, y a sus paladines.
El rey con el traje púrpura,
en la cabeza la corona de oro,
sobre un corcel blanco tan altivo
como sobre su dorado trono.
¿Quién iba a su derecha
con escudo oro y azul?
el caballero Tiuri. Él era
en quien mucho confiaba...

»El caballero Tiuri —dijo Piak interrumpiéndose a sí mismo—, Tiuri el Valiente. ¿Es tu padre?

—¿Cómo se te ocurre? —empezó a decir Tiuri, pero luego contestó—. Sí, es mi padre.

—Así que eres caballero —susurró Piak excitado.

—No, yo no. Soy... sólo fui escudero.

—Bueno, pero luego te convertirás en caballero, ¿verdad? Primero paje, luego escudero... Así es como sucede, ¿no? ¡Cuenta, cuenta!

—Fui el paje de mi madre y el escudero de mi padre.

Sonrió en la oscuridad ante el recuerdo de aquellos años felices en Tehuri. Por primera vez desde hacía días se preguntaba cómo estarían sus padres. ¿Le estarían esperando en la ciudad de Dagonaut o habrían vuelto a su castillo?

—Cuando cumplí los trece me convertí en el escudero del caballero Fartumar —siguió diciendo.

—El caballero Fartumar —repitió Piak con respeto—. La canción también habla de él:

¿Quién iba a su izquierda
con escudo blanco y refulgente?
El caballero Fartumar, era él,
su cuerno convocaba a muchas gentes...

—Después entré al servicio del rey Dagonaut —contó Tiuri—. Eso es algo que debe hacer todo el que quiera ser caballero.

—¿Y cuándo te nombrarán caballero?

—Ya habría podido serlo. Pero ahora no sé si lo seré alguna vez. He incumplido las reglas y el rey es severo.

Le contó a Piak la noche de vela en la capilla, lo de la voz que le pidió que abriera, lo del desconocido que le dio la carta para el Caballero Negro del Escudo Blanco... Contó que había encontrado moribundo al caballero y que había aceptado la misión: llevar la carta al rey Unauwen.

—¡Ah! —exclamó Piak con un suspiro—. Para mí que eres un caballero con una misión. No podías hacer otra cosa que lo que hiciste, ¿no?

—No, no podía hacer otra cosa.

—Y el Caballero Negro del Escudo Blanco, ¿quién era?

—El caballero Edwinem, señor de Foresterra. Pero de eso me he enterado después.

—Me alegro de que me lo hayas contado —dijo Piak—. Tal vez quieras contarme más cosas: todo lo que has vivido antes de llegar aquí. Me gustaría ser tu escudero.

—No soy caballero.

—¡Sí que lo eres!

—Preferiría que fueras mi compañero, mi amigo.

—¿Sí? Entonces somos amigos.

Estuvieron un rato en silencio.

—Bueno —dijo entonces Piak—, me gustaría oír mucho más, pero tengo sueño. Soñaré un poco con lo que me has contado, ¿vale? Que descanses.

—Que descanses —dijo Tiuri.

Después hubo silencio en el refugio.

5. Niebla y nieve

A la mañana siguiente se despertaron a la vez. Piak se levantó primero, fue hacia la puerta y miró fuera.

–¡Niebla! –dijo–. Lo que imaginaba.

Tiuri también se incorporó. El mundo exterior había desaparecido; todo estaba envuelto en una niebla espesa y grisácea.

–La olí al despertarme –dijo Piak.

–¿Y ahora qué? –preguntó Tiuri tiritando de frío.

–Tal vez se despeje después. Es temprano. El sol todavía está bajo. En cualquier caso podemos seguir un trecho más hasta el Saliente Verde. Podría hacer ese camino con los ojos cerrados.

Tiuri no respondió. Se preguntaba cómo podría encontrar nadie el camino en aquel mundo opaco.

–Vamos a desayunar tranquilamente –dijo Piak–. Y podemos hacer una hoguera; nadie la verá.

A Tiuri le pareció bien. Un poco más tarde estaban junto a una hoguera viva y chispeante, y se recreaban con un fuerte desayuno. Después de comer volvieron a salir. Parecía haber algo más de claridad, pero la niebla era igual de espesa.

–¿Qué opinas? –preguntó Tiuri–. ¿Esperamos un poco o nos vamos?

–¿Qué quieres hacer?

–No lo sé. No tendría ninguna posibilidad de encontrar el camino, pero tú estás aquí como en tu casa, así que puedes decidir mejor.

–Si esperamos, podemos hacerlo toda la mañana –dijo Piak–. Vayámonos, de momento hasta el Saliente Verde. Después ya veremos.

Apagaron el fuego, cogieron sus fardos y se pusieron en camino. Piak iba delante y Tiuri lo seguía de cerca. Piak se había puesto sus botas y en la mano llevaba un palo que había cortado de un árbol.

Mientras subían lentamente Tiuri pensó que estaba totalmente en manos de Piak. No podía ver más allá de dos pasos y no le quedaba más remedio que seguir a ciegas. Hablaron poco, y cuando decían algo, el sonido de sus voces le resultaba a Tiuri extrañamente apagado. La niebla parecía envolver todos los sonidos, incluso el de sus pasos y el murmullo del agua que se oía de vez en cuando. A veces Piak le avisaba de una fuerte subida o un descenso repentino, de una grieta o arroyuelo que tenían que saltar. Tiuri perdió toda noción de tiempo y espacio: no sabía a qué velocidad ni qué distancia habían avanzado, cuando Piak se detuvo y dijo:

–Espera aquí. Voy a mirar más adelante. Quédate donde estás, por favor.

Antes de que Tiuri pudiera decir nada ya se había marchado.

Tiuri se sentó e intentó por enésima vez perforar la niebla con los ojos. Tenía la sensación de estar solo en el mundo. La espera se le hacía larga y empezó a pensar dónde se habría metido Piak. Tal vez se hubiera perdido. ¿Cómo le iba a encontrar? Pero entonces, una débil llamada, «Eh, eh», le tranquilizó.

Un poco después el joven salió de la niebla.

—¡Vamos! —dijo excitado—, vamos a seguir. Creo que el tiempo está mejorando.

Tiuri no notaba nada de eso.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—He ido a ver dónde estábamos exactamente —contestó Piak—. Un poco más allá hay una gran roca que he reconocido. Estamos cerca del Saliente Verde.

—¿Te habías perdido?

—No —respondió Piak—, es que no estaba seguro de en qué punto estábamos y no quería que nos pasáramos de largo el Saliente Verde. Con esta niebla es difícil saber cuánto se avanza —añadió disculpándose.

—Lo entiendo. ¿No habría sido mejor haber esperado en el refugio?

—Creo que no. Tienes que cruzar las montañas cuanto antes, ¿no? Y al Saliente Verde, en cualquier caso, es posible llegar. Después el panorama tiene que mejorar, pero, en cualquier caso, creo que la niebla se despejará pronto.

—Yo no veo nada.

—¿No notas que se ha levantado un poco de viento? Y en el este está clareando. Mira.

Siguieron andando pasito a pasito. Piak se detuvo junto a una gran roca.

—Aquí estaba Menaures cuando oyó el cuerno de Edwinem —le contó.

—¿Se solía adentrar Menaures en las montañas con frecuencia? —preguntó Tiuri.

—Antes sí. Mi padre hizo muchas excursiones con él. Pero a menudo también iba solo; entonces se sentaba en una colina durante horas a mirar y a pensar. ¡Mira allí!

Tiuri miró en la dirección que Piak le señalaba. El velo de niebla se había rasgado de pronto y desvelaba una cima. La visión volvió a desaparecer inmediatamente, pero Piak dijo satisfecho:

—A lo mejor después nos hace sol.

Decidieron esperar junto a la roca hasta que la visibilidad mejorase; según Piak, allí estarían protegidos, mientras que el Saliente Verde estaba más expuesto al frío y al viento. Se quedaron un rato y comieron algo de pan. La niebla empezó a moverse; mostraba cada vez más a menudo fragmentos del entorno. Era un espectáculo prodigioso y cambiante. Piak tenía razón; media hora más tarde vieron el sol pequeño y pálido. Entonces se levantaron.

Enseguida llegaron al Saliente Verde. Tiuri pudo distinguir dos senderos que partían de allí, pero Piak dijo que no tomarían ninguno de los dos.

—Uno de ellos se corta —contó—. El otro va en la dirección correcta, pero nuestro camino no lo encontrará ningún perseguidor.

Fue hacia el borde del saliente y miró hacia abajo. Tiuri le siguió y miró al fondo del precipicio. No pudo adivinar la profundidad del mismo porque allí aún había niebla.

—¿Tenemos que bajar por aquí? —preguntó incrédulo.

—Sí. Es más fácil de lo que parece.

—Eso espero —dijo Tiuri retrocediendo un paso y mirando a su alrededor. Vio que

habían subido un buen trecho; ya no crecía ningún árbol y todo era árido.

Le llamó la atención una bonita cima cónica que se había formado al oeste junto a un campo de nieve o hielo que parecía extender sus garras hacia el valle que había más abajo.

—Allí está el paso —señaló Piak—. Pasaremos aquel glaciar y al otro lado de la cresta podrás ver el reino de Unauwen.

—No parece que esté tan lejos —comentó Tiuri.

—Podemos llegar al paso mañana por la mañana.

Desenrolló la cuerda y se ató a sí mismo con un extremo y a Tiuri con el otro.

—Bien —dijo—, allá vamos.

Entonces se agachó y arrancó algo del suelo.

—Aquí tienes —dijo ofreciendo a Tiuri dos flores: una como una estrella, blanca y verde grisácea; la otra como una campanilla azul.

—¡Vaya! Aquí todavía crecen flores —dijo Tiuri sorprendido.

—Sí, pónelas en el cinto, si quieres; necesitas tener las manos libres.

Empezaron el descenso despacio y con cuidado. Era, en efecto, más fácil de lo que parecía, aunque debían tener cuidado porque las rocas estaban húmedas, resbaladizas y cubiertas de piedras sueltas. Ahora era Tiuri el que iba delante aunque Piak le decía a menudo dónde debía poner los pies. Pasado un rato se acostumbró al descenso y fue más rápido y con mayor seguridad. Poco tiempo después pisó una piedra suelta y cayó un buen tramo. Un tirón de la cuerda lo detuvo.

—¿Estás bien? —gritó Piak—. ¿Te has hecho daño?

—No, creo que no.

Piak no tardó en llegar a donde estaba y lo ayudó a incorporarse.

—No —dijo Tiuri—, no ha sido nada.

—Si vuelves a resbalarte, tírate al suelo —le aconsejó Piak—. Pégate todo lo que puedas al terreno. Caerse no es grave siempre y cuando la caída no sea desde mucha altura.

—Sí —dijo Tiuri algo avergonzado. Se daba buena cuenta de que Piak, que era más joven que él y que le consideraba un valiente caballero, era su maestro en las montañas, y un guía en el que podía confiar—. ¿No quieres ir delante? —preguntó.

—No, esto es así —dijo Piak—. Un guía debe ir delante al subir pero detrás al descender.

Más tarde Tiuri comprendió por qué era así. Piak, como guía, era el responsable de la vida de ambos: si él, Tiuri, caía, Piak debía afianzarse y pararlo.

Oyó el murmullo del agua y poco tiempo después ya habían llegado al fondo del precipicio. Vadearon un riachuelo, caminaron un rato a lo largo de la otra orilla y empezaron a subir otra vez. Entretanto el sol había empezado a brillar y el viento soplaba más fuerte.

—El tiempo está mejorando —dijo Tiuri cuando se detuvieron a descansar por segunda vez.

Piak frunció el ceño y miró un rato al cielo.

—¿Qué hora será? —preguntó—. ¿Las tres o casi las cuatro? De aquí al glaciar hay más o menos una hora de camino y hace falta otra hora más para cruzarlo. Tenemos que dejar las Siete Rocas atrás antes de que anochezca. Así mañana por la mañana podremos llegar al paso y ver el país de Unauwen por la tarde. Vámonos ya.

Tiuri se levantó y le siguió aunque le habría gustado descansar más tiempo. Entendía que Piak debía tener buenas razones para seguir avanzando. Subieron un buen trecho por el lado opuesto del precipicio y después hubo que subir y bajar, más subir que bajar, por un terreno cada vez más difícil. No podía adivinarse ningún sendero, pero Piak marchaba sin dudar y, cuando el terreno lo permitía, iba incluso más rápido que al principio. Según avanzaban el viento empezó a soplar con más fuerza. El aire se hizo más frío y el sol se escondió. Después de una hora, más o menos, llegaron al glaciar: un extenso campo de hielo surcado de pequeñas corrientes de agua y grietas traicioneras.

—Menos mal que no ha nevado todavía —dijo Piak cuando entraron en el glaciar—. Pero de todos modos tengo la impresión de que algo ha cambiado desde la última vez que estuve aquí. Por lo visto hay más grietas.

Soltó la cuerda, volvió a enrollarla con cuidado y después le guió por la superficie de hielo. No iba en línea recta sino que parecía seguir un camino determinado aunque Tiuri no pudiera verlo.

El viento soplaba a sus anchas y hacía un frío glacial.

—No tienes suerte, Tiuri —dijo Piak—. Cuando brilla el sol se puede pasear por aquí medio desnudo.

Aquel paseo tenía algo especial para Tiuri. La superficie de hielo bajo aquella luz fría y gris no era comparable con nada que hubiera visto antes. Pasaron junto a algunas cosas prodigiosas: grandes piedras que oscilaban sobre finas columnas de hielo. Parecían setas gigan - tescas.

—Mesas glaciares —dijo Piak—. En ellas se sientan los espíritus de las montañas cuando bajan de las cimas. A veces se tiran estos bloques de piedra los unos a los otros. Se puede oír desde muy lejos como si fueran truenos.

—¿Es eso verdad? —preguntó Tiuri mirando a su alrededor, como esperando que un gigantesco espíritu de la montaña fuese a aparecer para tirarle una piedra.

—No los he visto nunca. Pero a veces los he oído en la lejanía.

A veces tenían que saltar grietas y riachuelos, pero cuando llegaron aproximadamente a la mitad de camino se encontraron con un arroyo que era demasiado ancho. Se había hecho un cauce muy profundo y sus orillas eran muy resbaladizas. Así que no había otra opción que bordearlo con la esperanza de poder cruzarlo más adelante.

—Qué mala suerte —dijo Piak con un poco de fastidio.

Tuvieron que andar un buen trecho antes de poder saltar y después tuvieron que retroceder porque el camino sobre el glaciar era más seguro. Y entretanto el viento se hizo más frío y el cielo más gris.

Ambos estaban helados cuando cruzaron el glaciar y habían tardado mucho más de

una hora.

Piak volvió a mirar al cielo.

—¡Que me parta un rayo si no tenemos nieve! —dijo—. Bueno, hay que darse prisa.

—¿Hasta dónde quieres llegar hoy? —preguntó Tiuri cuando se pararon para volver a atarse la cuerda.

—Quiero pasar las Siete Rocas —contestó Piak—. Es el tramo más difícil del camino. Sólo espero que no oscurezca demasiado pronto.

Su deseo no se cumplió. Se hizo de noche angustiosamente rápido y enseguida empezaron a caer los primeros copos de nieve. El viento arreciaba y su única suerte fue que ya habían recorrido la mayor parte del camino. La ventisca dificultaba la visión y el terreno, al volverse escurridizo, se hizo más complicado de lo que ya era.

—Primero niebla, luego nieve —masculló Piak—. Las montañas podrían haberte recibido un poco mejor.

En aquel momento se encontraban en un pequeño saliente con una alta pared rocosa a su derecha y un precipicio a la izquierda.

—¿Dónde están las Siete Rocas? —preguntó Tiuri.

—Ahora estamos bajo la cuarta roca —contestó Piak—. ¡Adelante!

Siguieron trepando con la luz crepuscular. A Tiuri le castañeteaban los dientes por el frío y había dejado de sentir las manos y los pies. Lo peor era que volvía a dolerle el brazo; había empezado a hacerlo en el glaciar e iba empeorando a cada paso. Pero no dijo nada y siguió esforzándose en silencio.

Piak se detuvo de pronto.

—Esto no va bien —dijo—. Seguir es peligroso. Más allá esto se vuelve más estrecho y empinado, y dentro de nada se hará de noche.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Tenemos que volver. No podemos quedarnos aquí; hace frío y está desprotegido. Hay una gruta no muy profunda al principio de la tercera roca; podemos guarecernos allí. No es muy agradable, pero por una noche se puede soportar.

Comenzaron el recorrido de vuelta. El descenso resultó más difícil que la ascensión y, además, tenían el viento en contra por lo que la ventisca casi les cegaba. Avanzaban muy despacio y no se atrevían a correr más porque ya había oscurecido del todo. Además la cuestión era si habrían sido capaces de andar más rápido. Se iban alternando a la cabeza y a menudo se detenían para ayudarse. No dijeron una palabra hasta que Piak dijo jadeando:

—Tenemos que haber llegado ya. ¿Te acuerdas de este sitio?

—Casi no veo nada —contestó Tiuri—. Y todo es tan parecido.

Siguieron el descenso. «Yo no aguento más», pensó Tiuri. «Me voy a desplomar ya mismo.» Un poco después preguntó:

—¿No es ésta la tercera piedra?

—¡Sí! —exclamó Piak—. Hemos llegado, o casi.

Encontraron la cueva justo a tiempo. Era muy poco profunda y apenas podían sentarse uno al lado del otro, protegidos del viento pero no del frío. Abrieron sus fardos de viaje y se enrollaron en sus mantas temblando.

—Bueno —dijo Piak—, pues aquí estamos. Pero no podemos dormirnos; nos congelaríamos. Tenemos que pasear de vez en cuando, sacudir los pies... ¡en fin!, seguir moviéndonos. ¿Cómo estás, Tiuri?

—¡Ah!, muy bien. Al menos, dadas las circunstancias.

—¿Te duele el brazo?

—Un poco.

—O sea un poco bastante —dijo Piak—. Abrígate todo lo que puedas. Ponte el hábito sobre la piel de oveja y enróllate la manta en el brazo. Ahora no podemos hacer nada. Tenemos que pasar la noche como sea. En cualquier caso vamos a cenar bien. Eso siempre ayuda. Es una pena que no tengamos nada con lo que hacer una hoguera —dijo pasado un rato—. Aunque creo que nunca conseguiríamos encenderla y menos aún mantenerla con este tiempo. Debes estar pensando que dónde te has metido.

—No habríamos podido prever este tiempo, ¿no? —dijo Tiuri a gritos para que se le oyera con el rumor de la tormenta.

—No, esto sólo me ha pasado una vez en esta época del año, y entonces estaba a más altura. Puedes creerme o no, pero esta mañana no vi que se avecinara esto. Después sí temí que nevara; por eso tenía tanta prisa. Debía haber buscado un refugio para la noche nada más pasar el glaciar.

—No podías saber que esto se pondría tan mal, ¿verdad?

—No, no me lo esperaba. Lo siento.

—No hace falta que lo digas —contestó Tiuri—. Has hecho lo que has creído oportuno. Le castañeteaban los dientes.

—Vamos —dijo Piak—, tenemos que hacer algo. Venga, vamos a jugar a las palmas —y acompañó las palabras con el gesto, y empezó a cantar tan alto como pudo:

Era de noche, era de noche
Era medianoche...
Cuando oí un fuerte trueno
Eran siete enanitos
Que bailaban en los picos.

El viento bramaba alrededor de las paredes rocosas y en la lejanía se oía el estruendo de las piedras rodando. Los jóvenes comieron un poco y después se acurrucaron muy juntos luchando contra el sueño.

La noche era larga. A veces se levantaban y se paseaban con cuidado por el pequeño saliente en el exterior de la cueva, pero el frío enseguida les hacía volver a buscar refugio. Se sentaban e intentaban patalear o se frotaban mutuamente las manos.

Se entretuvieron contándose historias.

Tiuri contó sus aventuras en el bosque y en el castillo de Mistrinaut y, cuando acabó de hacerlo, le contó cosas del castillo de Tehuri, de la ciudad de Dagonaut y de los caballeros del rey. Citó todos sus nombres y describió sus escudos y blasones.

Piak habló de su aldea natal, de las montañas y del ermitaño, y cantó todas las canciones que se sabía. A medida que pasaba la noche, hablar en alto empezó a cansarles enormemente y entonces callaban durante mucho tiempo. De vez en cuando el sueño les podía y se adormilaban hasta que uno de ellos se despertaba sobresaltado y zarandeaba al otro.

Pero en el transcurso de la noche el viento fue calmándose y dejó de nevar. Y por fin, por fin llegó el pálido amanecer.

6. Vista del reino de Unauwen

—Me comería un buen plato de sopa de alubias —dijo Piak mientras mordisqueaba el pan duro—. Pero como no puede ser, pediré que hoy haga mucho sol.

Tiuri sentía admiración por el inagotable buen humor y la resistencia de su compañero de viaje. Cuando le miraba veía que la noche también había hecho mella en él. La cara morena de Piak estaba pálida y sus labios azules. Tiuri se preguntaba cómo lograría completar la parte más difícil, según Piak, del viaje. Ya no nevaba, pero el camino por el que debían ir no resultaba muy alentador, cubierto de nieve como estaba. El sol seguía bajo y su calor apenas se sentía. Tenía la sensación de que necesitaría como mínimo una hora de fuego al rojo vivo para hacerle entrar en calor. A pesar de ello, poco después estaba listo para partir.

—¿Cómo está tu brazo? —preguntó Piak.

—Ah, está mucho mejor —contestó Tiuri. Exageraba un poco, pero el dolor en verdad había disminuido.

—Bien, entonces vámonos. Hay que andar despacio. Estará resbaladizo.

Subieron por segunda vez el camino junto a las rocas. Piak tenía razón: resbalaba. También seguía haciendo frío y sus ateridos miembros no eran de gran ayuda en los momentos difíciles de escalada. Lo que el día anterior no habían podido ver bien se mostraba en aquel momento como una constante advertencia: barrancos profundos y desfiladeros de los que no se veía el fondo. Todo a su alrededor era blanco, negro y gris: blancas la nieve y la escarcha, negras las rocas, gris el cielo y las laderas en la lejanía. Escalaron en silencio durante mucho tiempo porque no les quedaba fuerza para hablar. Y cuando, pasadas unas horas, salió el sol, Piak dijo:

—Ésta es la séptima roca. Tenemos que pasarla. Al otro lado es donde me hubiera gustado llegar anoche. Allí hay un buen refugio.

La escalada de la séptima roca era la más difícil de todas. Cuando por fin estuvieron arriba todo bailaba ante los ojos de Tiuri, que jadeaba en busca de aire. Piak no se

encontraba mucho mejor. A pesar de ello continuaron un poco más y descendieron un trecho por el lado opuesto porque estaba más resguardado. Se sentaron y descansaron un rato. Tiuri notó que ya no tenía tanto frío. Pasó un tiempo antes de que pudiera contemplar el entorno. Justo enfrente de ellos había una cresta cubierta de nieve. Sobre ella el cielo era azul y claro. Tuvieron que descender un tramo más antes de llegar a la pendiente, pero Piak le dijo que cuando la hubieran subido alcanzarían el paso y podrían ver el reino de Unauwen. Tiuri miró la cima que estaba a la derecha del paso, la cima cónica que ya le había llamado antes la atención.

—He estado allí arriba —dijo Piak—. No me gustaría ir allí —añadió con una mueca.

Entonces se levantó.

—¿Vamos a descansar a mi escondite? —propuso—. Estaremos mejor que aquí.

Bajo la séptima roca había una cueva que era mucho más amplia y profunda que la que les había guarecido durante la noche. Tuvieron que pasar por encima de muchas piedras pequeñas y grandes antes de entrar.

—Tal vez haya sido mejor así —masculló Piak.

—¿El qué?

—Que no hayamos llegado a este lugar. Estas piedras no estaban aquí la última vez. Es muy posible que hayan caído esta noche. No me habría gustado que una de estas piedras me diese en la cabeza. ¿Y a ti? Pero ahora verás.

Piak entró en la cueva por delante de Tiuri y desapareció al fondo. Pasado un instante volvió a aparecer con un brazado de ramas.

—¿Qué me dices de esto? —dijo en tono triunfalista—. Son mis provisiones. Las traje aquí desde Filamen el mes pasado. No están demasiado húmedas.

—¡Estupendo! —exclamó Tiuri.

—Y ahora encenderemos una hoguera. Ya no tengo tanto frío como esta mañana, pero antes de continuar me gustaría morir de calor. Y quiero comer pan tostado y hacer una torta en las brasas.

Disfrutaron de todo ello y cuando decidieron continuar ambos tenían un estado físico y un ánimo mucho mejores. El sol colaboró brillando más y de esa forma la última gran escalada fue muy llevadera. Cuando estuvieron arriba incluso tenían calor. Pero en aquel momento no pensaban en el frío o en el calor. Estaban avistando el reino de Unauwen.

Tiuri suspiró. Allí, delante de él, estaba la meta de su viaje. En realidad no veía más que una cadena de crestas envueltas en brumas; apenas podía adivinar el país llano que había detrás. Todavía estaba lejos; sólo habían cubierto la mitad de la distancia de las montañas.

—No está muy despejado —dijo Piak—. Más adelante se ve mejor aunque esté más bajo. Pero mira a tu alrededor.

Tiuri disfrutó del lugar tan bonito en el que se encontraban. A su alrededor había laderas y cumbres cubiertas de nieve reluciendo bajo un sol brillante.

—Vamos —dijo Piak—, no quiero volver a quedarme frío y eso es lo que pasará si nos

quedamos aquí más tiempo. Además tenemos que recuperar todo el tiempo perdido.

El descenso decepcionó a Tiuri. En el paso le había dado la impresión de que las dificultades habían quedado atrás, pero el terreno seguía siendo muy duro y árido. Sin embargo, hacía mucho menos frío, ya que no se sentía el viento del este. Al cabo de un tiempo las laderas ocultaron lo poco que aún podía verse del reino de Unauwen.

Transcurrió el día y cuando el sol convirtió en llamas anaranjadas las cumbres del oeste, buscaron un lugar en el que dormir y lo encontraron en un valle poco profundo cerca de un riachuelo. Ambos estaban demasiado cansados para comer, pero Piak tuvo tiempo de curar el brazo de Tiuri con el líquido de la botella de Menaures. Después se acostaron y durmieron como dos troncos.

Llegó la mañana fría y clara. Más tarde empezó a hacer calor. Piak señaló a Tiuri una pequeña cima achatada y dijo:

—¿Te apetece escalar un poco para mirar? No hay que dar mucho rodeo. Pasaremos cerca.

Tiuri no quiso rechazar la propuesta y cuando estuvo en la cima no se arrepintió de la breve escalada, porque aquella cima estaba orientada de tal forma que ofrecía una vista diáfana del país del oeste y con aquel tiempo despejado podían llegar a ver muy lejos. Vieron campos, prados y selvas, y Dangria, como una ciudad de cuento, y un poco más allá puntitos que debían ser aldeas y algo que brillaba, que tal vez fuera el río Arco Iris. A Tiuri le pareció un país precioso y de pronto pensó que le gustaría convertirse en un caballero errante para poder ver siempre cosas nuevas y alcanzar regiones lejanas y desconocidas.

—¿Cuánto faltará para llegar al pie de las montañas? —se preguntó en voz alta.

—Desde aquí podemos descender rápidamente —dijo Piak—. Dos días y medio, tal vez. Nunca he ido más allá de Filamen y mañana por la noche estaremos allí.

«Así que dentro de dos días y medio tendré que despedirme de Piak», pensó Tiuri. No le gustaba la idea. Le echaría de menos. Sí, le echaría más de menos que al caballero Ristridín y a su comitiva. Con Piak podía ser más él mismo; Piak había llegado a ser su amigo. Piak, con su buen humor, alejaba todas sus preocupaciones inútiles y todos sus temores anticipados.

—¿Pasa algo? —preguntó Piak a su lado.

—No, ¿qué tiene que pasar?

—Tienes una mirada tan seria. Seguro que no quieres pasar la noche en Filamen.

—¿Y eso? Ah sí... no, mejor que no.

—Tienes razón. Hay que viajar sin dejar pistas. Pero se me ocurre otra cosa. En lo alto de Filamen vive un tío mío con su mujer. Se llaman Taki e Ilia. Mantendrán nuestra visita en secreto si se lo pido. Y nos darán de comer. Nadie cocina tan bien como mi tía.

—Eso suena muy tentador —dijo Tiuri riendo.

—Sí, y podemos hacerlo con toda tranquilidad. No dirán nada; además viven

totalmente aislados. Menaures también los conoce; antes iba alguna vez por allí. Bueno, ¿qué te parece?

—Te sigo.

—Entonces démonos prisa. Tal vez podamos llegar antes de que oscurezca.

El siguiente descenso fue muy rápido. Piak iba delante la mayor parte del tiempo para marcar el ritmo. No bajaba sino que simplemente se dejaba caer saltando de una piedra a otra. Tiuri le seguía aunque sentía una punzada de dolor en el brazo a cada paso que daba. Por la tarde el paisaje se volvió más apacible y amable, y entonces oyeron por primera vez el tintineo de los cencerros.

—Son las ovejas del tío Taki —dijo Piak.

Un poco después vieron a los animales pastando en un pequeño prado. Cuando vieron a los jóvenes se acercaron a ellos y les lamieron donde pudieron.

—Eh, eh —dijo Piak—, no nos comáis, por favor.

Un hombre se aproximó desde el otro lado del prado.

—¡Hombre, hombre! —exclamó—. ¡Aquí tenemos a Piak!

Resultó ser el tío de Piak.

Éste le saludó con efusividad y le presentó a Tiuri.

—Éste es mi amigo Martín. Íbamos a tu casa.

Taki era un hombre fuerte y aún joven; su cara amistosa era igual de morena que la de Piak, pero el pelo se le había aclarado tanto por el sol que parecía paja. Miró atentamente a los jóvenes y dijo:

—Seguro que estáis cansados. ¿Ha hecho mal tiempo ahí arriba?

—Vaya que sí —contestó Piak—. ¿No has notado nada?

—No. Pero vimos un cielo amenazador sobre las montañas del este y oímos el estruendo de piedras que se movían.

Taki espantó las ovejas y siguió diciendo:

—Pero ya me lo contaréis después. Antes vamos a bajar, chicos. ¿Sabéis qué? Me adelantaré para decirle a Ilia que vaya poniendo la comida al fuego.

Piak aplaudió el plan, pero le retuvo un momento y dijo en voz baja:

—Una cosa más, tío Taki. Nuestra visita debe permanecer en secreto. No puedo decirte el porqué, pero nadie debe saber que estamos aquí.

Taki no mostró ninguna sorpresa.

—Está bien. No tenemos otras visitas y vivimos apartados. Así que tu deseo es fácil de cumplir. Hasta luego.

Bajó corriendo por un estrecho sendero que arrancaba del prado.

Piak y Tiuri le siguieron más despacio.

—Hay que andar otra hora —dijo Piak.

Taki les sacaba cada vez más ventaja y al rato desapareció de su vista en un pinar.

Era casi de noche cuando llegaron a la casa de Taki, una pequeña cabaña con un

cobertizo al lado. De las ventanas salía luz y en el vano de la puerta apareció la figura de una mujer. Un perro les salió al encuentro ladrando y saltó sobre Piak moviendo la cola.

—Hola, campeón. ¿Cómo estás?

—¡Entrad chicos! —llamó la mujer—. Entrad y sed bienvenidos.

7. Taki e Ilia. El descenso continúa

La tía de Piak era pequeña y morena, con una cara amable y sonrojada. Besó a Piak en las mejillas y saludó a Tiuri cariñosamente.

La cabaña tenía una única habitación pequeña y sencilla, pero a Tiuri le pareció que nunca había visto un cuarto tan agradable. Sobre una mesa reluciente había dos velas encendidas, además de bandejas de madera con pan, queso, fruta y tazones verdes llenos de leche. El fuego ardía en el hogar y el agua cantaba en una gran cazuela que había encima.

En ese momento Taki entró por el otro lado, por la puerta que unía el cobertizo con la cabaña.

—Dejad los fardos en el suelo. Quitaos las botas y acompañadme al cobertizo. Tendréis que aguantaros un poco el hambre.

Levantó la cazuela del fuego y fue delante de ellos.

En el cobertizo había una cuba medio llena de agua. Taki vertió el contenido de la cazuela.

—Bien, ahora está templada. Quitaos la ropa y meteos dentro. No hay nada que siente mejor que un baño.

Los chicos lo creyeron al momento. Taki les dejó solos y cerró la puerta tras de sí, pero Ilia apareció un poco después por un rincón, mirando hacia otro lado, y les dio una toalla.

—Acercadme vuestra ropa. La cepillaré y la pondré a orear. Aquí tenéis algo que poner os mientras tanto.

Después del baño Piak volvió a vendar la herida de Tiuri.

—Se está curando —dijo— y, menos mal, porque ya no queda nada en la botella de Menaures.

Pasado un rato, Tiuri y Piak volvieron a entrar en la habitación con el pelo mojado y las mejillas coloradas. Uno vestido con una camisa larga azul y el otro con un pantalón rojo remendado, ambos de Taki. Ilia removía la cazuela que había en el fuego. Taki estaba sentado a la mesa y les invitó a que se sentaran.

—Id empezando —dijo Ilia—. Pero dejad un hueco para la sopa.

—Tía Ilia —dijo Piak encantado— ¡es auténtica sopa de alubias! Pero no vamos a empezar hasta que te sientes con nosotros.

—Es una cena sencilla. No sabía que ibais a venir.

—Bueno, yo creo que es más que suficiente —comentó Taki—. No lograrán terminársela.

Piak y Tiuri corroboraron sus palabras y después le hicieron todos los honores a la comida. El perro, debajo de la mesa, se comía todo lo que generosamente se le daba. Entretanto estuvieron hablando; Taki preguntó por el viaje y quiso que Piak le contara cómo les iba a los amigos comunes que vivían al otro lado de las montañas. Piak preguntó a su vez cómo estaban él y su mujer, y si había noticias de Filamen.

Tiuri fue el único que más que hablar, escuchó.

—No te he preguntado nada, Martín —dijo Taki en un momento dado—, pero no creas que soy descortés. He oído que tu estancia aquí es secreta y por eso he creído que no te gustan las preguntas.

—Gracias —dijo Tiuri con una sonrisa.

—Sí, es un secreto —añadió Piak—. Menaures está al tanto y me encargó que fuera su guía. Tal vez te lo podamos contar más adelante.

—Menos mal que no soy curioso —dijo Taki—. Ilia sí lo es. Seguro que ahora se está muriendo de curiosidad.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Ilia—. No siento curiosidad por las cosas que no me incumben.

—Pues hay que ver qué cantidad de cosas hay en este mundo que te incumben —dijo Taki burlón—. Vaya, vaya, no sabía que te creías tan importante.

Se rieron. Ilia también.

Tiuri pensó que, ahora que el paso había quedado atrás, se encontraba en el reino de Unauwen. Preguntó si realmente era así.

—Sí, así es —contestó Taki—, aunque hay gente que dice que la Gran Cordillera no pertenece a ningún soberano. Pero yo considero a Unauwen mi rey.

—Tú has estado alguna vez en Dangria, ¿no? —preguntó Piak.

—Muchas veces antes de casarme. Es una bonita ciudad pero no me gustaría vivir allí.

—¿Por qué no? —preguntó Tiuri.

—Demasiado agobiante para mí. Prefiero una pequeña cabaña en las montañas que esté bien alta, con aire fresco. Pero Dangria es bonita, aunque seguramente no es nada comparada con la ciudad de Unauwen. ¿Pensáis ir?

—¿A Dangria? Sí —contestó Tiuri—. ¿Está lejos de aquí?

—Bueno, mañana por la noche podéis llegar a la altura de Filamen, y se tarda algo más de un día en ir desde allí hasta el pie de las montañas. Oye, se me ocurre una cosa. Allí vive un hombre para el que estuve trabajando, se llama Ardoc. Es rico y tiene muchos caballos y carros. Tal vez podáis ir con él a Dangria si se lo pedís de mi parte. Él va a menudo para vender la cosecha en el mercado. Ah sí, seguro que le parece bien. Es un tipo amable aunque a veces resulta un poco brusco. Pero para hacerlo tenéis que ir temprano; normalmente se pone en marcha antes de la salida del sol para estar en Dangria por la tarde.

—Gracias —dijo Piak—. Podemos intentarlo, ¿no te parece, Martín? ¿Dónde vive

exactamente ese tal Ardoc, tío Taki?

—Mañana os lo explico. Tal vez os lleve un trecho. El camino ha cambiado un poco desde el corrimiento de tierras que hubo el mes pasado por aquí.

—¿Ah sí? —preguntó Piak—. ¿Dónde? ¿Cómo?

Y Taki tuvo que contárselo todo.

Después de la cena se fueron a dormir inmediatamente. Los jóvenes no aceptaron acostarse en la cama de Taki e Ilia, y Taki acabó preparándoles un camastro en el suelo. Después se desearon las buenas noches los unos a los otros y durmieron deliciosamente en aquella acogedora casa.

Empezaron la mañana siguiente con un abundante desayuno. Ilia preparó además un buen trozo de pan para el camino.

—Está recién hecho. Lo hice ayer. Dejad aquí el pan viejo, así haré natillas para Taki.

Se despidieron de ella con grandes muestras de agradecimiento y se fueron. Taki y su perro les acompañaron un buen trecho, bajando abruptamente entre cantos y piedras por el cauce de un arroyo seco y finalmente por un precioso sendero que pasaba por unos prados llenos de flores. Se despidió de ellos al comenzar la tarde, después de haberles contado cómo podían encontrar las tierras de Ardoc. Los jóvenes le dieron las gracias y le prometieron pasar por allí a la vuelta.

—Espero que podamos ir con Ardoc —dijo Piak cuando siguieron andando—. Nunca he montado en carro.

Tiuri se detuvo de pronto y le miró.

—¿Qué pasa? —preguntó Piak.

—Tú sólo ibas a cruzar las montañas conmigo, ¿no? ¿No tienes que volver con Menaures?

—¿No puedo acompañarte más? Menaures me lo dijo: «Si quieres acompañarle más, hazlo». Bueno, y lo haré si no tienes inconveniente.

—Sí tengo inconveniente.

—¿Por qué? ¿Prefieres viajar solo?

A Tiuri le hubiera encantado que Piak se quedara con él, pero contestó:

—Puede ser peligroso. No, no quiero que vengas conmigo.

—¡Ah! Es por eso. No me importa. Anda, déjame ir contigo a la ciudad de Unauwen.

—No, es mejor que vaya solo, de verdad.

Piak le miró decepcionado.

—¿Lo dices en serio? —preguntó—. Seguro que piensas que voy a darte más problemas que satisfacciones.

—No, no es eso. Te agradezco el ofrecimiento pero, en realidad, es...

—Es mejor que no lo haga —le interrumpió Piak—. Eso ya lo has dicho. Tienes miedo de que sea peligroso, pero eso ya lo sé. Menaures lo sabía y le pareció bien que viniera si quería. Y me encantaría. ¿O tienes alguna otra razón por la que no quieras que vaya contigo?

—No. Pero la razón que he mencionado me parece lo suficientemente rotunda como para detenerte.

—Esa razón me la salto como si nada —dijo Piak dando un salto—. Lo sé todo sobre el peligro de los Caballeros Rojos y de Slupor el espía. Bueno, dos pueden estar más atentos que uno solo. Tú quieres ir rápido... yo también iré rápido. Anda, déjame ir contigo; así seré tu escudero y te obedeceré en todo.

Tiuri dudó. ¿Debía aceptar el ofrecimiento de Piak?

—Como dudes mucho tiempo me iré —amenazó Piak—. Pero entonces te seguiré a escondidas, como un espía.

Tiuri se echó a reír.

—Está bien. Prefiero un compañero de viaje a un perseguidor.

—¡Hurra! —exclamó Piak. Echó a correr, pero al rato se paró y esperó a que Tiuri le alcanzara. Después hizo una profunda reverencia—: Soy su sirviente —dijo con solemnidad.

—No hagas tonterías. Somos compañeros de viaje e iguales.

—Amigos.

Caminaron un rato muy alegres.

—Dime —dijo Piak—, cuando seas caballero, ¿podré ser tu escudero?

—Todavía no lo soy.

—¿Pero si llegas a serlo? ¿O un chico como yo no puede ser escudero?

—Seguro que sí.

—¿Entonces podría serlo?

—Si insistes —dijo Tiuri riendo—, seguro que es posible. Yo me encargaré de recibir el nombramiento de caballero a toda costa. Aunque sólo sea para darte el gusto.

—Eso es muy amable de tu parte.

El descenso transcurrió rápidamente y sin dificultades. Pasaron Filamen y al final del día lo habían dejado bastante atrás.

A la mañana siguiente Piak dijo:

—Bien, ya no puedo ser tu guía porque nunca he pasado de aquí. Ahora tienes que ser tú el que decida qué camino seguir.

—Juntos lo encontraremos.

Aquello no les costó mucho trabajo porque Taki les había contado exactamente qué caminos debían tomar. En la tarde de aquel día dejaron la cordillera atrás y llegaron a las estribaciones. De vez en cuando veían aldeas y se encontraban con gente que los saludaba pero que no mostraba sorpresa ni curiosidad. Volvían a estar en el mundo habitado.

Piak miraba de vez en cuando hacia atrás.

—Adiós, montañas —dijo una vez.

—¿Te arrepientes de haber venido? Todavía puedes volver.

—¿Cómo se te ocurre? —contestó Piak casi enfadado.

Siguieron andando un buen rato tras la puesta de sol. Era una noche clara y querían reunirse con Ardoc a la mañana siguiente. Ya era tarde cuando encontraron un lugar en un pajar para dormir.

—Eh, eh —dijo Piak—, hasta aquí hemos llegado. Mañana comienza algo nuevo para mí, la siguiente parte del viaje por un país llano. Veré ciudades y anchos ríos, ¡imagínate! Tú conoces todo eso.

—No creas. Yo tampoco conozco este país; al igual que sucede a la mayoría de las personas que vive al este de las montañas.

Ambos guardaron silencio y se preguntaron qué aventuras les esperarían en aquel país extraño. Y pensando en ello se durmieron.

SEXTA PARTE

AL ESTE DEL RÍO ARCO IRIS

1. Hacia Dangria con Ardoc

En el amanecer gris, Tiuri y Piak bordearon un riachuelo. En la otra orilla, en las laderas, había viñedos.

—Aquellas podrían ser las tierras de Ardoc —dijo Tiuri.

Un poco más allá había una gran casa de piedra rodeada por cobertizos y establos de madera. Los jóvenes cruzaron el puente que llevaba hasta allí y se detuvieron a mirar. Ya había personas levantadas; se veía luz por alguna ventana y se oían palabras, relinchos y otros sonidos. Mientras estaban sobre el puente, un hombre grande salió con un gran martillo en la mano derecha y una caja bajo el brazo izquierdo. Les vio pero no dijo nada ni tampoco se acercó a ellos. Dejó la caja en el suelo, trasteó en su interior y empezó a reparar una de las ventanas de la casa.

Piak y Tiuri fueron hacia él.

—Buenos días —dijeron.

El hombre, que estaba martilleando con mucho estruendo, paró un momento y preguntó:

—¿Qué decíais?

—Buenos días —repitieron los jóvenes.

—Gracias, igualmente —dijo el hombre y siguió martilleando con furia, por lo que era imposible decir algo inteligible. Después de un rato dejó el martillo en la caja, les miró y dijo:

—Vaya, estáis en marcha temprano. ¿Quiénes sois? No os he visto nunca.

—Venimos de las montañas —dijo Piak.

—Ah, seguro que de la parte alta de las montañas. Eso es muy frecuente.

El hombre se subió el pantalón y les miró con atención debajo de sus prominentes cejas. Era un tipo llamativo, con el pelo y la barba gris amarillento, despeinados y largos.

—¿Es ésta la casa de Ardoc? —preguntó Tiuri.

—Habéis acertado. Ésta es la casa de Ardoc a la sombra de la Gran Cordillera. ¿Habéis venido hasta aquí para preguntarlo?

—Nos gustaría hablar con Ardoc —dijo Tiuri.

—Así que queréis hablar con Ardoc. ¿Acaso pensáis que ese señor estará despierto tan temprano?

—Si no lo estaba, ya lo habrá hecho con esos golpes —dijo Piak.

El hombre se echó a reír.

—Tienes razón —dijo—. Pero ¿tú crees que se puede hablar con él a estas horas?

—Eso es lo que le estamos preguntando —contestó Tiuri.

–¿Por qué queréis hablar con él?

–Venimos de parte de Taki –respondió Tiuri–. Él nos dio su nombre y nos dijo dónde le encontraríamos.

–Vaya, Taki. ¿Cómo le va a ese loco? Quería casarse y volver a vivir en la montaña, en lugar de quedarse aquí y ganar un buen sueldo.

–Está casado –dijo Piak– y le va muy bien en la montaña.

–Estupendo. Uno en la montaña y el otro en la llanura; cada uno tiene su lugar... salvo los viajeros, que no encuentran la paz en ninguna parte, y los jóvenes a los que les atrae la aventura. A mí también me gusta viajar aunque ya nunca me alejo mucho de casa. Pero bueno, aquí tengo mis obligaciones. Tengo que gobernar bien mis tierras y ocuparme de los que dependen de mí.

–¿Es usted Ardoc? –preguntó Piak.

–Sí, soy yo. ¿Qué pensabais, que era un dormilón y dejaba que los demás hicieran el trabajo? Siempre soy el primero en levantarse. Bueno, contadme qué es lo que os ha traído hasta aquí.

Los jóvenes lo hicieron.

–Estáis de suerte –dijo Ardoc–. Hoy mismo tengo que ir a Dangria. Ya están cargando el carro. Lo único que pasa es que va tan lleno con todo lo que hay que vender en el mercado que no entra ni un alfiler. Pero tranquilos. También tengo caballos que necesitan ser montados de vez en cuando. Yo mismo voy a caballo; mi mozo Dieric conduce el carro. Podéis venir como acompañantes, cada uno en un caballo. Hoy por hoy suelo llevar más gente conmigo. Es más seguro. Y después, en el mercado, podéis ayudar a descargar el carro. ¿Qué os parece? ¿Estáis de acuerdo? ¿Sabéis montar a caballo?

–No –dijo Piak a disgusto.

–Yo he montado alguna vez –dijo Tiuri.

–Seguro que en un pony de montaña con las piernas a rastras. Pero irá bien; os daré un par de bestias mansas. Bueno, ¿os apetece?

Los jóvenes contestaron afirmativamente, aunque Piak parecía preocupado ante la idea de tener que montar a caballo. Ardoc les preguntó si habían desayunado. Aunque sí era el caso, no rechazaron la invitación a comer algo más.

Poco tiempo después se prepararon para el viaje. El mozo conducía con cuidado una gran carreta roja tirada por dos caballos. Después, con cara sofocada, dio un par de vueltas por la granja.

Ardoc le hacía indicaciones en voz alta y no se fijó en Tiuri que mientras tanto se subía a uno de los caballos. Tiuri ya estaba montado cuando Ardoc le miró.

–¡No! –gritó el terrateniente a uno de sus mozos–. Zefilwen no; es demasiado nervioso para un jinete inexperto. Te he dicho que le dieras el caballo marrón, ¿no?

–Pero ya está montado –dijo el mozo.

–Bájate –empezó a decir Ardoc. Después se calló y observó a Tiuri galopar dirigiéndose a Piak–. Humm, déjalo.

Se pusieron en marcha. Piak se agarraba a la silla y miraba con cara desconfiada las orejas de su caballo. Al rato dijo:

–No está mal pero no puedo decir que esté cómodo. Prefiero andar.

Ardoc, que iba delante, contuvo a su caballo y esperó a que estuvieran a su lado.

–¿De dónde vienes, Martín? –preguntó a Tiuri.

–De una pequeña aldea al otro lado de las montañas –contestó el joven.

–Vaya. Montas como un auténtico jinete. Lo has hecho más veces.

–Sí. Alguna que otra vez.

–¡Alguna que otra vez! ¿Y en qué tipo de caballos? Zefilwen es un animal precioso, pero no es dócil.

«He montado a Ardanwen», pensó, «Ardanwen o Viento de la Noche, con el que Zefilwen no puede compararse». Pero añadió:

–Ah, distintos caballos, grandes y pequeños.

–¡Oh! –exclamó Ardoc, sin decir nada más.

–¿Cuánto falta para Dangria? –preguntó Piak.

–Quiero llegar esta tarde –contestó Ardoc–. Luego, cuando te hayas acostumbrado a cabalgar, iremos más rápido.

–Aún no se ve la ciudad –dijo Piak mirando al oeste–. Desde arriba sí. Pero aquí es todo tan plano.

–Tú lo llamas plano –dijo Ardoc riendo–. Yo veo colinas. Y en las montañas siempre hay alguna roca, un pico o una colina que entorpece la vista. ¿No te gusta el camino?

–Sí –dijo Piak. Volvió la vista y echó una mirada a la poderosa cordillera.

–¿Prefieres volver? –preguntó Tiuri.

–No, no. En absoluto.

–¿Cuál es el motivo de vuestro viaje? –preguntó Ardoc.

–Queremos ver el reino de Unauwen –contestó Tiuri.

–Bueno, entonces podéis viajar mucho y muy lejos... al menos si queréis verlo todo. Donde tenéis que ir es al oeste del río Arco Iris; allí está el corazón del reino de Unauwen.

–Pero el rey gobierna aquí también, ¿no? –preguntó Tiuri.

–Por supuesto. Pero al este del río Arco Iris las cosas ya no son lo que eran. Desde la disputa entre Unauwen y Eviellan por aquí pasan cada vez menos caballeros del rey; claro que es porque hacen falta en el sur para defender las fronteras. Bueno, ¡en fin!, vosotros no tenéis ni idea de esto.

–Cuéntenoslo –dijo Tiuri.

–Ay, no. Debéis descubrirlo por vosotros mismos y formaros vuestra propia opinión. De cualquier manera, este camino es menos seguro de lo que era. Sí, a veces hay ladrones rondando por él.

Los jóvenes miraron el carcaj que Ardoc llevaba a la espalda y comprendieron la razón.

—Bueno, no es tan mala idea que veáis cómo está esto —dijo el terrateniente después de un rato—. Debería venir más gente del otro lado de las montañas. Hablamos el mismo idioma, aunque es ahora cuando lo estás oyendo como debe ser...

—¿Y eso? —preguntó Tiuri.

—Bien, ¿no percibes la diferencia entre tu pronunciación y la mía aunque podamos entendernos fácilmente? Nuestro idioma suena más bonito y como es debido.

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó Piak indignado.

—Lo digo yo y es la verdad. ¿Es que no sabéis que vosotros, los del reino de Dagonaut, habéis heredado nuestra lengua? Hace siglos y siglos los caballeros de nuestro rey fueron a vuestro país cruzando las montañas y fundaron aldeas y construyeron castillos. Enseñaron a la gente de allí lo que no sabían y también les dieron su lengua, la lengua del reino de Unauwen. Sí, incluso se dice que fundaron la ciudad de Dagonaut y que vuestros reyes y caballeros descienden de ellos.

—Nunca había oído esa historia —dijo Tiuri.

—Pues ya iba siendo hora. Y es cierta, la creas o no.

—Cuéntenos más cosas del reino de Unauwen —le pidió Piak.

Ardoc pensó un momento y negó con la cabeza.

—No —dijo despacio—, no lo haré. Debéis verlo y descubrirlo por vosotros mismos. Mirad, el sol está subiendo y entramos en la sombra de las montañas. Vamos a acelerar el paso.

Espolearon los caballos, menos Piak, que aún no se sentía muy seguro. De todos modos su caballo siguió a los demás y echó a correr mientras su jinete se agarraba a las riendas. Piak logró mantenerse sobre la silla y después de un rato empezó incluso a sentirse orgulloso.

—Sí, al final voy a acabar siendo un buen jinete —dijo.

Desde «el mirador» de Piak en las montañas, Dangria parecía una delicada ciudad de cuento. De cerca era muy diferente. Sus murallas inclinadas eran poderosas e impresionantes con los sobresalientes bastiones hechos de grandes bloques de piedras amontonadas. Por aquí y por allá descollaban algunas torres de los muros, algunas grandes y pesadas, otras esbeltas y puntiagudas con veletas de cobre en los tejados.

—Ésta es la ciudad del Este —dijo Ardoc.

Piak estaba muy decepcionado con lo que veía.

—¿Esto es Dangria? Creí que era diferente.

—¿Te decepciona? —preguntó Tiuri.

—Sí. Todos estos altos muros. Si tuviera que vivir aquí me sentiría encerrado. ¿A ti te parece bonita?

—Bueno, bonita... No diría tanto. Pero parece una auténtica ciudad.

—¿La ciudad de Dagonaut también está amurallada?

—Ya te lo he contado, ¿no? Es diferente, más grande, pero se parece mucho a ésta.

—¿Conoces la ciudad de Dagonaut? —preguntó Ardoc a Tiuri.

—He estado allí alguna vez.

—¿Se parece Unauwen a ésta? —preguntó Piak a Ardoc.

—La ciudad del rey Unauwen no se parece a ninguna otra —contestó Ardoc.

—¿Cuántas ciudades hay aquí?

—Aparte de la ciudad de Unauwen, hay tres en este país: la ciudad del Este, que se llama Dangria, la ciudad del Oeste o el Puerto de Mar, y la ciudad del Sur que está entre los grandes ríos. Esta última es la residencia del príncipe heredero.

Se iban acercando a una gran puerta en el lado oriental de la muralla. Dos palomas sobrevolaron sus cabezas por encima de los muros y aterrizaron en una de las torres de la ciudad.

—Ésas no tienen por qué sentirse encerradas —dijo Piak.

—Hay muchas palomas en Dangria —dijo Ardoc—. A veces también llegan palomas mensajeras de regiones lejanas. El alcalde recibe muchos mensajes de esa forma.

Frunció el ceño y pareció estar a punto de añadir algo más, pero no dijo nada.

—¿Ha estado muchas veces en Dangria? —preguntó Tiuri.

—Vengo todos los meses —contestó el terrateniente—, y con más frecuencia según las fechas.

Entretanto habían llegado a la puerta. Estaba abierta, pero en el pasadizo había una barrera junto a la cual se encontraban unos cuantos centinelas armados. Al ver a Ardoc y su compañía, apartaron la barrera de inmediato y su jefe los saludó cordialmente.

—Buenas tardes, Ardoc. ¿Quiénes son tus acompañantes?

—Ya conoces a mi mozo Dieric y estos son dos jóvenes de las montañas.

—Jóvenes —repitió el centinela de la puerta—, ¿cómo os llamáis?

—Piak, hijo de Piak, y Martín, hijo de Martín.

—Del otro lado de las montañas —dijo el guardián—. ¿Qué venís a hacer por aquí?

—Quieren visitar nuestro país —dijo Ardoc.

—¡Estupendo! —dijo el jefe de los centinelas—. Ya no vienen muchos extranjeros por aquí, al menos no del Este. Debéis ir a ver al alcalde; seguro que os da una calurosa bienvenida y os lo enseña todo.

—Creo que el alcalde tendrá otras ocupaciones que hacer de guía de viajeros —dijo Ardoc.

—Ah, él tiene tiempo para todo el mundo —dijo el jefe—. ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros, chicos?

—Todavía no lo sabemos —contestó Tiuri.

—No tengáis prisa —les aconsejó el jefe—. Aquí se está bien.

Y dirigiéndose a Ardoc le preguntó:

—¿Dónde vas a pasar la noche?

—En El Cisne Blanco, como siempre.

—¿Y los chicos también?

–Eso debes preguntárselo a ellos, buen hombre.

–Todavía no lo sabemos –dijo Tiuri–. Aquí no conocemos nada.

–En ese caso id con Ardoc, él sabe dónde se come y se bebe bien. Pero no os entretengo más. Saludos.

Cruzaron el pasadizo y entraron en la ciudad. A Piak se le salían los ojos de las órbitas al mirar las filas de casas, las calles amplias y las estrechas, los muros y las torres. Incluso se olvidó de agarrarse bien.

–Bueno –dijo–, una ciudad es algo especial de todos modos.

Llegaron a la plaza del mercado y se detuvieron a la entrada.

–¡Dios mío! –exclamó Piak–. ¡Qué divertido!

La plaza estaba llena de puestos y tenderetes de colores llenos de comerciantes y compradores. El sol brillaba sobre aquel espectáculo colorista y bullicioso. Palomas blancas surcaban el cielo, se posaban en el suelo y volvían a volar.

–Esto es muy bonito –dijo Piak.

No pudo quedarse mucho rato mirando porque había tareas que hacer: descargar el carro de Ardoc y desenganchar los caballos. El propio carro fue convertido en una especie de puesto en el que la mercancía se exponía de forma tentadora. Los caballos fueron puestos a cubierto en un establo cercano a la plaza. Los jóvenes ayudaron en todo y después Ardoc les dijo:

–Ya está. Esto ya está bien. Ya estáis donde queráis y sois libres de ir y estar donde os plazca.

Los jóvenes le dieron las gracias por haberles permitido viajar con él.

–De nada. No ha sido ninguna molestia. Tengo un montón de cosas que hacer, así que despedámonos. Esta noche podéis encontrarme en El Cisne Blanco. No me importa reservaros sitio para dormir.

–Gracias –dijo Tiuri–. Todavía no sabemos qué vamos a hacer.

–Ah, es barato –dijo Ardoc riéndose.

–Será mejor que no reserve nada –dijo Tiuri–. Puede que vayamos o puede que no.

Volvieron a darle las gracias y se despidieron de él. Después caminaron juntos por la plaza del mercado. En el centro había una fuente y allí se sentaron a comer.

–¿Qué hacemos? –preguntó Piak.

–Podemos descansar aquí un rato –dijo Tiuri–, y luego continuar.

–¿Así que no nos vamos a quedar aquí esta noche?

–No, aún tenemos parte del día por delante, y cuanto más rápido viajemos, mejor será.

–Eso es verdad –dijo Piak. Y un poco después añadió–. ¿No podemos darnos una vuelta por aquí? Así veremos alguna cosa.

–Está bien –dijo Tiuri levantándose.

–Además no me apetece estar sentado –le susurró Piak–. Tengo la sensación de que

llevo sentado toda la mañana... ¡y de qué forma! ¡En un caballo! Ese Ardoc parece un hombre agradable, ¿no crees?

—Sí. Y sensato también.

—Vale —dijo Piak con aprobación—. Enseguida se dio cuenta de que montabas bien a caballo. ¿Aprenderé yo alguna vez?

—Claro que sí. Si lo haces más a menudo.

Pasearon lentamente por la plaza y miraron lo que se vendía.

—¡Cuidado! —exclamó de pronto una voz por detrás.

Volvieron la vista y vieron a un anciano de aspecto descuidado.

—Veo que sois extranjeros —dijo éste—. ¡Tened cuidado! Hay rateros por aquí. Llevad la bolsa a mano. Dangria ya no es lo que era.

Escupió triste en el suelo y desapareció entre la multitud.

—¿Qué me dices de eso? —comentó Piak algo sorprendido.

En uno de los lados de la plaza había un edificio muy grande construido en piedra amarillenta. La parte que daba a la plaza tenía un muro inclinado tras el cual se elevaba una alta torre. El muro era liso, sin adornos, con apenas unas pequeñas ventanas y un gran arco con una puerta de madera recubierta de metal, al que se accedía por una ancha escalinata de mármol blanco.

—¿Es eso un castillo? —preguntó Piak, después de haber mirado con la boca abierta el solemne edificio.

—Eso es el Ayuntamiento y la casa del alcalde —dijo alguien por detrás.

Era el mismo anciano que hacía poco les había prevenido contra los rateros.

—El alcalde —siguió diciendo— hizo construir esa escalera el año pasado. Es muy cara y muy bonita. No me gustaría subir por ella, no.

Miró el edificio con cara de desaprobación, resopló y escupió en el suelo con desprecio.

—¡Ah, no! —repitió. Después se dio la vuelta y se marchó.

—¿Qué me dices de eso? —preguntó Piak por segunda vez.

Tiuri no contestó sino que siguió con la mirada al anciano hasta que éste desapareció detrás de un puesto.

—Parece que no le gusta la escalera —dijo entonces riéndose. Pero de pronto supo, en su interior, que no deseaba quedarse más tiempo en Dangria.

—Venga —dijo—, ¿nos vamos ya? Al oeste debe haber otra salida.

Siguieron andando por la plaza y pasaron junto al puesto de Ardoc. El terrateniente no estaba, pero sí Dieric, el mozo, que estaba vendiendo y parecía hacer buen negocio. Cuando les vio, les saludó muy alegre y se quedaron un rato a charlar. Justo cuando le iban a desear un buen día, se les acercó un hombre con casco. Reconocieron en él a uno de los centinelas de la puerta.

—¡Ajá! —exclamó—. Os estaba buscando, chicos. Supuse que os encontraría aquí. Al alcalde le gustaría hablar con vosotros.

–¿El alcalde? –preguntó Tiuri asombrado.

–Sí. Ha oído que hay extranjeros en la ciudad y además jóvenes como vosotros. Así que desea que seáis sus invitados durante un tiempo.

–Bien, bien –dijo Dieric–. ¡Qué honor!

–Nuestro alcalde es hospitalario al igual que la ciudad –dijo el centinela–. Y además todo el mundo sabe que le gusta la gente joven. ¿Me acompañáis? –preguntó a los jóvenes.

–Vamos –dijo Tiuri–. Pero debo decirle que nuestro tiempo es limitado.

–También lo es el del alcalde –dijo el centinela, aparentemente algo ofendido–. Creo que más que el vuestro.

–No nos lo tome a mal –dijo Tiuri–. Apreciamos mucho este gesto amistoso.

Se dijo a sí mismo que prefería no ir. Supondría un retraso. Pero el deseo de un gobernante de la ciudad no podía ser desatendido por las buenas.

Así que ambos siguieron al centinela hacia el bonito y gran edificio que habían visto hacía un rato. Subieron la escalera de mármol y cruzaron el arco.

2. El alcalde de Dangria. La artimaña de Piak

Entraron en una gran sala con suelo de baldosas rojas y blancas, rodeada por columnas policromadas. Al fondo había una preciosa escalera de madera tallada.

–¡Uf! –exclamó Piak mirándolo todo con los ojos como platos.

De todas las columnas colgaban escudos y espadas cruzadas, y el techo estaba recubierto de piedras de colores.

–¡Uf! –repitió Piak–. El alcalde debe de ser rico.

–Esperad aquí un momento –dijo el centinela, y atravesando la sala subió por la escalera.

En aquel instante unos doce soldados bajaron haciendo mucho ruido. Pasaron junto a los jóvenes, levantando las lanzas a modo de saludo, y salieron. Otros dos soldados entraron por una puerta lateral y uno de ellos dijo:

–Buenas tardes. El alcalde viene ya hacia aquí.

Subieron la escalera pero se quedaron en el primer rellano.

–Bueno, bueno –susurró Piak–. ¿Tiene también el rey Dagonaut un castillo como éste? ¿Y también está repleto de soldados como éstos?

Empezó a dar vueltas por la sala, examinó las columnas y observó los escudos que colgaban de ellas.

Tiuri iba a seguirle pero se quedó donde estaba porque volvía a bajar gente por la escalera. Eran dos: uno de ellos era un noble de mediana edad, vestido con una larga

túnica roja ribeteada en piel y con una cadena de oro al cuello. El otro era un hombre pálido vestido de negro.

«El primero podría ser el alcalde», pensó Tiuri.

Llamó en voz baja:

—Piak.

Pero Piak había desaparecido detrás de las columnas del otro lado de la sala y pareció no oírle.

El noble se acercó a Tiuri y dijo amistosamente:

—Sé bienvenido a mi ciudad.

Tiuri hizo una reverencia y dijo:

—Gracias, señor alcalde.

El alcalde le dio la mano.

—Bienvenido —repitió—. Debe ser mi invitado, joven.

Miró a su alrededor.

—Creía que erais dos —añadió.

—Sí, mi amigo Piak está también conmigo. Está admirando la sala. Está totalmente impresionado. Le llamaré.

—Bueno, déjalo que mire tranquilo —dijo el alcalde con una son - risa—. También os he hecho traer para eso. Os enseñaré muchas más cosas.

Y dirigiéndose al joven que estaba a su lado dijo:

—Mi escribano se ocupará de buscaros una buena habitación aquí, en el Ayuntamiento.

—Es muy amable de su parte. Estoy realmente impresionado por este recibimiento. Sólo somos simples viajeros. Nos gustaría ver su ciudad pero, por desgracia, no nos quedaremos mucho tiempo.

—Al menos un par de días, ¿no? —dijo el alcalde.

—No —contestó Tiuri—, por desgracia no es posible.

En aquel momento Piak se acercaba a ellos. Se le veía muy excitado, pero Tiuri caería en la cuenta mucho más tarde.

—Aquí tenemos a tu amigo —dijo el alcalde—. Bienvenido, bienvenido. He oído que esto te gusta.

Piak hizo una torpe reverencia y dijo:

—Es muy bonito, señor alcalde.

—Acompañadme arriba. Un poco de tiempo sí tendréis, ¿verdad? Venid, venid.

—Pero es que todavía tenemos que ir al puesto de Ardoc —dijo Piak retrocediendo un paso—. Yo... he dejado allí algunas de mis cosas.

—Haré que las traigan —dijo el alcalde. Levantó la mano y a un gesto suyo bajaron los dos soldados del rellano.

—Bien, aceptamos amablemente su ofrecimiento —dijo Tiuri—. Pero ya le he dicho que no podemos quedarnos mucho tiempo.

—¿Tenéis prisa? —preguntó el alcalde acercándose mucho a ellos—. Me gustaría

escuchar noticias del este.

Tiuri empezó a ponerse nervioso.

—Ah, pero nosotros somos chicos de las montañas —dijo sin darle importancia—. No tenemos noticias que contar.

El alcalde, con uno de sus largos dedos, le dio unos golpecitos en el pecho.

—Venga, ¿no traes noticias del este? —preguntó casi susurrando—. Tienes que quedarte un par de días.

—Eso no es posible —dijo Tiuri.

—Seguro que sí —dijo el alcalde—. Debes hacerlo. Tengo un amigo... aún no ha llegado, pero quiere hablar contigo.

El vago sentimiento de intranquilidad se transformó en desconfianza.

—¿Un amigo suyo? —preguntó inquisitivo—. No le entiendo. ¿Quién es ese amigo suyo?

—Ya lo verás —contestó el alcalde sonriendo—. Venid conmigo queridos.

Los soldados flanquearon a Tiuri. Ellos también sonreían pero sus manos descansaban en la empuñadura de sus espadas. Y Tiuri vio, para horror suyo, que entre las columnas aparecían más hombres armados. No tuvo tiempo de saber qué pensar y qué hacer porque un grito de Piak le hizo volver la vista asustado. Su amigo había retrocedido sin que nadie se diera cuenta y se encontraba cerca de la puerta de entrada con las manos sobre el pecho.

—¡Adiós! —gritó—. No te preocupes. Aquí la tengo. Y yo la entre - garé. La entregaré.

Se dio la vuelta inmediatamente y salió a toda velocidad.

Después todo sucedió muy rápidamente. La cara amable del alcalde se transformó en cruel y se llenó de furia.

—¡Detenedle! —ordenó—. ¡Cogedle, atrapadle!

Los soldados corrieron hacia la puerta y también desaparecieron en el exterior. El alcalde les siguió, pero se detuvo junto a la puerta un momento y miró a Tiuri. Después él también desapareció y la puerta se cerró.

Tiuri, a su vez, corrió hacia la puerta y la abrió. Pero un par de puntas de lanza asomaron inmediatamente y unas voces imperiosas le ordenaron que se quedara donde estaba. Después se cerró delante de sus narices. Oyó el alboroto al otro lado, pero no logró enterarse de nada.

—¡Ay, Piak! —exclamó con voz temblorosa.

Piak había intuido la traición y les había hecho creer que él tenía la carta. Su artimaña había funcionado por el momento, pero ¿qué iba a ser de él? ¿Debía decir que no era Piak sino él quien tenía la carta que al parecer buscaba el alcalde? No, no podía hacer eso. No podía poner en evidencia la carta de la que, posiblemente, dependía el destino de un reino. Tenía que aprovechar la oportunidad que Piak le había brindado.

Fue hacia una de las puertas laterales de la sala, pero oyó voces que venían de allí. Lo más probable era que no pudiera salir; el edificio estaría rodeado. Entonces atravesó la sala corriendo y subió de dos en dos los peldaños. Al hacerlo, casi derriba al escribano

del alcalde. La escalera le condujo a una sala con muchas puertas. Abrió una al azar y siguió corriendo a través de habitaciones y salas. Tras de sí oía pasos y alguien que gritaba:

—¡Agarradle! ¡Debe quedarse aquí!

Entró en la sala de armas, donde se detuvo un momento para coger un arco y un carcaj con flechas. Después subió la segunda escalera. En el piso siguiente se detuvo para mirar afuera.

Ahí estaba la plaza del mercado. ¿Había movimiento entre la gente? Sí, y por allí veía soldados andando. Cuatro, seis... hasta veinte. ¿Buscaban a Piak? ¡Ojalá no se dejara coger!

Oyó el barullo debajo de él. Siguió andando deprisa, esta vez intentando hacer el menor ruido posible. Sabía lo que le esperaba.

Subió otra escalera, atravesó una nueva sala decorada con tanto lujo como las demás, cruzó pasillos y habitaciones... Entonces llegó a una estancia con dos pesadas puertas y con ventanas altas y estrechas, y decidió quedarse en ella.

«Manos a la obra», pensó. «Tarde o temprano me encontrarán.»

Echó un vistazo a la habitación. Cerró con llave la puerta por la que había entrado y corrió el pestillo. La otra llevaba a una estancia pequeña sin salida. La dejó abierta. Movié una mesa hasta la primera puerta y se dijo a sí mismo: «Bien, espero que tarden un poco en encontrarme. Y cuando llegue el momento, no podrán entrar tan fácilmente».

Se arrodilló en el suelo de tal forma que podía ver la puerta y las ventanas, y dejó a mano el arco y las flechas. Después sacó la carta.

El momento había llegado; tenía que leerla y destruirla para que el enemigo nunca llegara a enterarse de lo que decía.

3. La carta

Tiuri examinó la carta. Sólo quedaba intacto uno de los sellos. Pensó un momento en la vez anterior, en la que había estado detrás de una puerta cerrada dispuesto a leer la carta. Pero en aquel instante las circunstancias eran diferentes.

Rompió el último sello y la desdobló. Estaba tan alterado que las letras bailaban ante sus ojos y no conseguía enterarse de nada. Los cerró un momento. Después volvió a mirar y a leer. Leyó letras y palabras: leyó la carta de principio a fin pero seguía sin entender lo que decía porque el mensaje estaba escrito en clave o en una lengua que él no conocía. Sólo reconocía una palabra hacia la mitad del texto: «Unauwen». Miró un rato las letras decepcionado porque el contenido de la carta seguía siendo un secreto para él.

Unos pasos y unas voces cercanas lo asustaron. Debía aprenderse el mensaje de memoria, tan rápido como fuera posible para hacer desaparecer la carta. Y no iba a ser

fácil al no conocer ni su sentido ni su importancia. Se puso manos a la obra inmediatamente, intentando al mismo tiempo escuchar lo que pasaba al otro lado de la habitación. Oyó que alguien se acercaba a la puerta y que después se alejaba. Entonces centró toda su atención en la carta; repitió las palabras sin emitir sonido alguno. De vez en cuando cerraba los ojos y repetía las frases de memoria.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando creyó habérselo aprendido. Después se preguntó si también se sabía la ortografía. Era posible que pronunciara mal las palabras; de modo que también tenía que saber escribir el mensaje.

Después volvió a asustarse por el alboroto que había fuera de la habitación. Esta vez intentaron abrir la puerta:

—¿Hay alguien ahí? —preguntó una voz.

Tiuri se mantuvo callado.

—Eh, esta puerta está cerrada —oyó que decía la misma voz.

—Ve a por la llave.

Tiuri disponía de otro momento de tranquilidad y volvió a estudiar el mensaje.

Pasado un rato, una llave chirrió en la cerradura, pero la puerta, por supuesto, no se abrió.

—¿Quién está ahí? —llamaron—. ¡Contesta!

Tiuri no dijo nada.

Hubo murmullos tras la puerta y a continuación pasos que se alejaban rápidamente.

Tiuri repitió el mensaje una vez más para asegurarse de que se lo sabía. Después fue hacia la chimenea. En su interior había algunos leños. Sacó los pedernales que había encontrado en la alforja de Ardanwen y que había llevado todo el tiempo consigo. Los golpeó e hizo una hoguera. A continuación sostuvo el pergamino sobre las llamas con mano firme. Lo sostuvo hasta que el fuego estuvo a punto de alcanzar sus dedos. Una vez quemada la carta, reunió las cenizas, las aplastó entre los dedos y las dispersó de un soplo. Ya no quedaba otra cosa de la carta que una serie de palabras enigmáticas dentro de su cabeza. Apagó el fuego y suspiró. Ya estaba hecho pero seguía estando prisionero.

—¡Abre la puerta! —ordenó una voz al otro lado—. ¡Déjanos entrar, rápido!

Tiuri no dijo una sola palabra, ni se movió.

—Coge un hacha y descerrájala —mandó otra voz.

Tiuri reconoció la voz del alcalde.

Respiró profundamente y dijo en alto:

—Tengo un arco y flechas. Mataré al primero que traspase el umbral.

En ese momento se hizo el silencio tras la puerta.

—Descerraja esa puerta —repitió el alcalde—. ¡Adelante, cobardes, vamos!

Hubo cuchicheos y susurros...

—Están advertidos —dijo Tiuri—. Dispararé al primero que entre.

Tensó el arco y colocó una flecha, preguntándose si llegado el momento dispararía.

«Sí, lo haré», se prometió seriamente a sí mismo. «Se lo merecen.»

—¿Qué significa esto? —preguntó la voz del alcalde—. ¿Cuál es el motivo de este comportamiento estúpido, por no decir equivocado?

Tiuri no contestó. «No voy a entrar en ese juego», pensó.

—No entiendo nada —gritó el alcalde—. Te he invitado como huésped y así es como me tratas. Arregla las cosas y sal.

Tiuri seguía callado.

—¿Acaso no puedes contestar? —preguntó el alcalde irritado—. ¿Qué pesa en tu conciencia para encerrarte? Llevas las de perder.

Y entonces volvió a cambiar de tono:

—No tienes nada que temer. Al menos si abres la puerta.

—¿Y dejará que me vaya? —preguntó Tiuri interrumpiendo su silencio.

—Eso no es lo que mereces —contestó el alcalde al cabo de un momento—. Has tenido un comportamiento muy extraño. Pero no soy rencoroso. Vamos. Así no podemos hablar.

—No soy el único que se ha comportado de una forma extraña. Y tampoco me atrevo a confiar en usted.

—¡Cómo te atreves a hablarme así! —exclamó el alcalde otra vez enfadado—. Te lo digo por última vez, ¡sal!

—No. No antes de saber quién es su amigo. Ese amigo que quiere hablar conmigo.

El alcalde no contestó.

—¿Tal vez se llama Slupor? —preguntó Tiuri.

El alcalde seguía sin contestar pero Tiuri oyó que mascullaba algo. Después volvió a haber ruido de pisadas que se alejaban y desapare - cían.

—¡Rompe la puerta! —ordenó temerario—. Yo ya he hecho lo que he podido.

Se quedó un rato inmóvil, con el arco y la flecha preparados, esperando a ver qué sucedía. Pero no ocurrió nada y el silencio volvió a reinar al otro lado de la puerta.

«No se atreven», pensó.

Finalmente se sentó aunque permaneció tenso y en alerta. Su temeridad empezó a ceder poco a poco. Había destruido la carta (y estaba seguro de haber hecho lo correcto), pero estaba encerrado. No necesitaban tirar la puerta abajo; podían dejarlo tranquilamente allí, matarlo de hambre... ¡No! Se levantó y fue hacia una de las ventanas. Apenas había llegado cuando algo pasó silbando al lado de su cabeza. Asustado, dio un salto hacia atrás y entonces vio una flecha clavada en la pared opuesta a la ventana.

Esperó un instante y volvió con cuidado hasta la ventana. Miró hacia fuera.

Las ventanas de la habitación daban a una callejuela. En el tejado de una de las casas de enfrente había algunos arqueros. Uno de ellos acababa de disparar. Tiuri se agachó rápidamente pero no había apuntado bien la flecha y ésta ni siquiera entró en la habitación.

«Así no me cogerán nunca», se dijo a sí mismo.

Echó un vistazo a la habitación; sobraban sitios en los que estar a salvo. Fue hacia la habitación de al lado. Era pequeña y sólo tenía una ventana que daba a la misma callejuela. Allí se apostó, tensó el arco, apuntó y disparó.

La flecha rozó a uno de los tiradores. Vio cómo se asustaba.

«Y ahora voy a darle a uno», pensó mientras colocaba una segunda flecha. «No voy a matar a nadie todavía; sólo voy a asustarlos.» Se pegó al muro lateral de la ventana y miró.

Los arqueros hablaban alterados entre sí señalando las ventanas.

«Creo que todavía no saben que estoy en esta habitación», pensó Tiuri casi divertido. Esperó el momento adecuado y volvió a dis - parar.

Un grito le hizo saber que había hecho blanco. Uno de los arqueros dejó caer sus armas con el brazo herido. Los otros dispararon un par de flechas más, pero ninguno de ellos llegó a dar ni al marco de la ventana. Entonces ayudaron a su compañero herido a bajar del tejado. Tiuri les disparó otra flecha que sólo provocó más miedo.

Después dejó la ventana y volvió a la otra habitación. Contó sus flechas; sólo le quedaban cuatro.

«Si vienen, me cogerán de todos modos», pensó, «aunque consiguiera matar al primero o a los dos primeros». Se preguntó qué iba a ocurrir. ¿Intentarían sonsacarle el secreto de la carta usando la violencia? ¿Le entregaría el alcalde a Slupor, según Jaro el mejor espía y la peor persona que existía? ¿Le matarían inmediatamente para asegurarse de que el mensaje no llegaría jamás a su destino?

Tuvo que reconocer que tenía miedo. Empezó incluso a desear que ocurriera algo, que volvieran a ponerse en la puerta o que dispararan desde el otro lado... Cualquier cosa sería mejor que esperar sin hacer nada. Para mantenerse ocupado repitió una vez más en silencio el contenido de la carta, sorprendido de saberse todas las palabras. Después volvió a mirar hacia fuera con cuidado. Ya no se veía a nadie. Tampoco había gente en la callejuela.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que Piak y él entraron en el Ayuntamiento? Parecía que habían sido horas, pero aún había luz. ¡Pobre Piak! ¿Dónde estaría? ¿Cómo podía haber presentido el peligro antes que él? Si aún lograba cumplir su misión sería gracias a Piak. Piak...

Suspiró de intranquilidad y preocupación.

Miró hacia fuera una vez más. No podía escapar por la ventana; estaba demasiado alta. Y la cuerda estaba en la bolsa de Piak, abajo, en la sala. Además, aunque la hubiese tenido, sabía que no lo conseguiría porque dos soldados paseaban por la callejuela. Les observó hasta verlos desaparecer por la esquina.

Entonces, de pronto, se le ocurrió un plan. ¿Por qué quedarse allí si sabía que, con el tiempo, iba a salir perdiendo? Su única oportunidad era hacer algo. Sólo podía salir por la

puerta (por la puerta y atravesando el Ayuntamiento). Parecía una locura, pero ¿por qué no intentarlo?

Pegó la oreja a la puerta; fuera seguía reinando el silencio. Tal vez no hubiera nadie; lo más probable es que no esperasen que se atreviera a salir. Bien, precisamente por eso debía hacerlo.

4. La huida

Tiuri sólo temía una cosa cuando descorrió el pestillo sin hacer ruido: que la puerta también estuviera cerrada por el otro lado. Lo intentó con mucho cuidado y sí, afortunadamente la puerta estaba abierta. Miró por un resquicio y vio a un hombre, un soldado un poco apartado.

Siguió abriendo la puerta y dijo en voz baja:

–Date la vuelta y no digas una palabra.

El soldado se volvió asustado hacia él y cogió su espada.

Tiuri le apuntó con una flecha y repitió:

–No digas una palabra. Deja la espada en el suelo. Bien. Ven aquí. Las manos sobre la cabeza.

El soldado obedeció. Tiuri oyó voces en otra parte del edificio. Vio que los ojos del soldado se iluminaban y comprendió que tenía que seguir adelante.

–Entra en la habitación –ordenó–. ¡Rápido!

Cuando el soldado estuvo en la habitación, Tiuri cerró la puerta y se guardó la llave. Después se alejó corriendo. No estaba lejos cuando oyó gritar al soldado encerrado. De nuevo atravesó pasillos y habitaciones corriendo y mirando de vez en cuando en busca de un buen escondite. No podía esperar llegar abajo sin ser interceptado.

¡Ajá! Ahí había un armario y no estaba cerrado con llave. Se metió en él, cerró la puerta y esperó. Algunas personas pasaron por la habitación pero no miraron dentro del armario.

Al rato salió y siguió su recorrido por el gran edificio. Entonces oyó ruidos por debajo y por encima de él, y le dio la impresión de que había caído en una trampa. Se metió en una habitación con la intención de esconderse un rato y con la esperanza de poder huir por una ventana. Era una habitación pequeña en la que no había estado antes. Había una mesa con objetos de escritorio y mapas en las paredes. Una puerta abierta permitía el acceso a otra estancia.

Apenas había entrado cuando alguien salió de la otra habitación. Era el joven pálido y moreno que hacía de escribano del alcalde.

Tiuri levantó el arco y susurró:

–Ni una palabra o disparo.

El escribano le miró sorprendido a sus grandes ojos grises. Abrió la boca pero no dijo

nada.

Alguien gritó fuera de la habitación:

—¡Debe de andar por aquí! ¡Busca en esta planta!

Tiuri se acercó al escribano y susurró:

—Si vienen aquí debe retenerlos y decir que no estoy. Vaya hacia la puerta. Le estoy apuntando.

El escribano abrió la puerta.

—¡Eh! —dijo a alguien que Tiuri no podía ver—. ¡Ven aquí, rápido! Creo que ha bajado por la escalera. ¡Detenlo en la sala!

Tiuri oyó que sus perseguidores se alejaban. El escribano volvió a cerrar la puerta y se acercó a Tiuri.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó con calma. Sí, incluso sonrió un poco—. Y ahora ¿qué? Te estarán esperando abajo. No conseguirás bajar la escalera.

—Entonces lo intentaré de otra forma —dijo Tiuri—. No, no se acerque.

El escribano se detuvo, se cruzó de brazos y observó a Tiuri detenidamente.

—Y ahora ¿qué? —insistió—. Tal vez sea mejor que me mates ya. Si esperas estarás reduciendo tus oportunidades. También puedes tirar esas armas y salir por esa ventana. Tienes una posibilidad de escapar. Seré tan amable de cerrar la boca hasta que hayas desaparecido de mi vista.

Tiuri dudó.

—Bien, aprovecha la ocasión —dijo el escribano—. No te fíes de mí, por supuesto, pero no puedes quedarte aquí, al menos no por mucho tiempo. A mí me gustaría vivir un poco más y no me importa que escapes. No sé qué quiere el alcalde de ti, y menos aún por qué recurres a estos instintos sanguinarios... pero seguro que se trata de un asunto oscuro del que es mejor que me mantenga al margen.

Alguien trasteó en el picaporte.

—¡Eh, ahí dentro! —gritó una voz de enfado—. ¡Abre la puerta!

—Métete en la habitación de al lado —le dijo a Tiuri el escribano mientras se acercaba a la puerta.

Tiuri retrocedió hasta ponerse cerca del vano de la puerta y mantuvo el arco listo.

El escribano giró la llave y habló por segunda vez con alguien de fuera de la habitación.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó—. ¿No podéis dejar de molestarme?

—¿Por qué cierras la puerta con llave? —preguntó otro.

—Bueno, ese joven salvaje está rondando por aquí, ¿no? No me apetece que una flecha me atravesase el cuerpo.

—¡Qué cobarde! —exclamó otro entre risas y enfado—. Eso es muy propio de ti, chupatintas. Yo no me escondería mucho tiempo. El alcalde ha preguntado por ti.

—Ahora voy. ¿Habéis cogido ya a ese muchacho?

—No, pero le cogeremos. Todavía debe de estar en el edificio. El alcalde está furioso.

Después se va a celebrar una reunión del concejo municipal y no quiere tener aquí todo este alboroto. Acompáñame y ayúdanos.

—Ni pensarlo. No tengo nada que ver con ese tipo de trabajos. Ni necesito ni quiero llevar armas. Basta con que haga bien mi trabajo de escribano.

Cerró la puerta y se dirigió a Tiuri.

—¿Crees ahora que voy a retenerte? Hay algún asunto extraño contigo y no me gusta en absoluto.

Suspiró y siguió diciendo:

—Me temo que tal vez tenga que dejar mi puesto. ¿O acaso el alcalde no es un buen señor al que servir?

—Eso lo sabrá usted mejor que yo —dijo Tiuri algo sorprendido.

—Aquí algunas personas lo odian, pero para mí siempre ha sido un buen señor. Tal vez no baste con eso.

Tiuri fue hacia la ventana.

—¿Quién eres? —preguntó el escribano siguiéndole.

—No tiene importancia.

Se detuvieron cerca de la ventana uno frente al otro; el primero intrigado, el segundo aún alerta.

—El alcalde esperaba que vinieras —dijo el escribano—. Ordenó a los centinelas de la puerta que le trajeran a todos los jóvenes entre catorce y dieciocho años que entrasen en la ciudad.

—¿Sí? —preguntó Tiuri.

—Sí. Hace poco ha recibido un mensaje del este o del sureste. Lo trajo una paloma mensajera. No me dejó leer la carta y tampoco podía ser guardada en el archivo.

—¿De quién era el mensaje?

—No lo sé. Posiblemente lo sepas tú mejor que yo.

«¿Sería de Slupor?», pensó. ¿Habría recorrido Slupor el Primer Gran Camino y cruzado las montañas? ¿Sería Slupor quien había mandado el mensaje al alcalde diciéndole que debía retenerle hasta que él mismo llegase a Dangria? Podía ser.

—No conozco al alcalde —dijo—, pero creo que sería mejor que sirviera a otro señor, al menos si es usted un súbdito fiel al rey Unauwen.

—¿Qué? —preguntó el escribano sorprendido.

—Me voy.

—Un momento. Veré si hay alguien en la calle.

Sacó parte del cuerpo por la ventana y un poco después dijo:

—Vete. De vez en cuando pasan soldados, pero si te das prisa puedes conseguirlo. Ya empieza a oscurecer. Te deseo más suerte que la que ha tenido tu amigo.

—¡Piak! —exclamó Tiuri—. ¿Le han apresado?

—Sí, le han cogido. Está aquí abajo, en el calabozo.

—¡No! Tengo que ayudarle.

—No esperes más —dijo el escribano y volvió a mirar por la ventana—. Acaba de pasar un centinela —siguió diciendo—. Tienes que irte ya. Sólo podrás ayudar a tu amigo si eres libre. Y seguro que no te agradecerá que tú también te dejes capturar.

Eso era cierto. Tiuri se subió al alféizar de la ventana y miró hacia abajo. Había un saliente y desde allí podía saltar a la calle.

—Estás en la parte trasera del Ayuntamiento —dijo el escribano—. Date prisa.

—Gracias —susurró Tiuri.

Un poco después estaba en la calle. Se alejó tan rápido como pudo. Vio que un par de soldados venían por la esquina del edificio y se apresuró a meterse en una bocacalle. Les oyó gritar y se preguntó si le habrían visto. Corrió por algunas calles y después anduvo más lento cuando notó que distintas personas le miraban sorprendidas.

Después de un rato apareció en la plaza del mercado. Se metió en un oscuro soportal y se preguntó dónde iría en aquella ciudad desconocida en la que los enemigos le buscaban.

—Ven conmigo —susurró alguien que apareció de pronto delante de él.

Se asustó un poco y entonces reconoció al anciano que ya había hablado con Piak y con él.

—Dame el brazo y pasea conmigo. ¿No te dije que no había que subir por esa escalera? Y habéis subido de todos modos y ¿cuál es la consecuencia? Tu amigo está en el calabozo y tú vas dando vueltas como si quisieras ser apresado.

Entretanto había entrelazado su brazo con el de Tiuri.

—Tira ese arco y las flechas —dijo—. Lllaman demasiado la atención.

Tiuri obedeció sin rechistar. No sabía si hacía bien, pero no se le ocurría nada mejor. Su ayudante inesperado paseó con él por la plaza buscando los lugares más concurridos. En algunos puestos se habían encendido las luces, pero la mayoría de los comerciantes empezaban a recoger su mercancía. Nadie prestó especial atención a Tiuri y a su acompañante, pero el joven no dejaba de mirar nervioso alrededor, preparado para huir.

El anciano se detuvo en un puesto de ropa.

—Oye —dijo al comerciante—, ¿tienes una chaqueta... una chaqueta barata para mi amigo?

—Si la paga él... —contestó el comerciante—. De ti no puedo esperar dinero.

—¡Ah! Seguro que él puede pagarla —dijo el anciano mirando a Tiuri—. Ya te previne contra los rateros, ¿no?

Tiuri hurgó en la bolsita que llevaba en el cinto y sacó algunas monedas.

—No saques demasiadas —dijo su compañero—. Aquí tienes una moneda de plata. Eso ya basta para una chaqueta.

—Tiene que cambiar de aspecto —dijo el comerciante mirando a Tiuri. Entonces rebuscó en la mercancía—. Aquí hay algo —dijo—. Pruébate.

—Tampoco es muy bonito para valer una moneda de plata —se quejó el anciano—. Te estás aprovechando de que no tengamos tiempo de regatear.

—Un huido tampoco puede ser demasiado exigente —dijo el comerciante guiñándole un

ojo a Tiuri—. Bueno, te está bien —comentó entonces—. Así pareces un auténtico habitante de Dangria: llevas por lo menos cinco colores en la misma prenda. Y además te regalo un sombrero. Es un sombrero raro, pero servirá.

Poco después Tiuri y su colaborador abandonaron la plaza del mercado y pasaron por un par de calles.

—Ya está —dijo el último—. Lo primero que haremos será comer algo. Vamos al Cisne Blanco. Es un lugar seguro.

Tiuri se detuvo y dijo:

—No lo creo, señor. El caso es que saben que he venido con Ardoc, el terrateniente, y también saben que Ardoc iba a ir al Cisne Blanco.

—¡Ah! —exclamó el anciano—, no lo sabía. Pero creo que ya te habrán buscado allí. ¿Sabes qué? Yo voy delante. Si han estado ya no hay problema. Seguro que no van a ir una segunda vez. Y si lo hacen, el posadero te esconderá en alguna parte. Pero primero iré a ver. Sígueme despacio. Si no hay peligro habrá una vela encendida delante de la ventana y podrás entrar sin temor.

Explicó a Tiuri cómo encontrar la posada y se marchó sin esperar respuesta.

Tiuri se quedó donde estaba. Después fue hacia la posada por calles oscuras, aún sorprendido por la repentina ayuda que había recibido. No le costó encontrarla. Delante de la ventana, bajo el letrero en forma de cisne, había una vela encendida.

5. En El Cisne Blanco

Tiuri abrió la puerta y entró. En el salón no había más de diez personas. La mayoría estaban comiendo. El anciano hablaba con el posadero en la barra. Al ver a Tiuri se acercó hasta él seguido por el posadero y le dijo:

—Ya he encargado nuestra cena. Pero tendrás que pagar lo de los dos.

—Por supuesto.

—Iruwen nunca lleva dinero encima —comentó el posadero riéndose.

—No —dijo el anciano, que al parecer se llamaba Iruwen—, ni falta que me hace.

Poco después Tiuri estaba sentado frente a él en un rincón oscuro de la sala. El posadero les llevó la cena.

—Que aproveche —dijo Iruwen.

Tiuri le miró. Iruwen era un anciano barbudo con un aspecto bastante pobre. Sus ojos eran realmente amables y sensatos.

—Quiero darle las gracias —empezó a decir Tiuri.

—¡Ay, calla! Todavía no he hecho nada que me haya costado trabajo y por lo tanto que sea digno de agradecer.

—¿Por qué me ayuda?

Pero Iruwen sacudió la cabeza y dijo:

–Primero vamos a comer y luego ya hablaremos.

Tiuri no quiso empezar a comer sin saber lo que le había pasado exactamente a Piak.

–Salió corriendo del Ayuntamiento –contó Iruwen–. Casi se cae por las escaleras y los centinelas se sorprendieron tanto que no pudieron retenerlo. Cuando tu amigo llegó a la plaza salieron más soldados y el alcalde los siguió y gritó: «¡Cogedle! ¡Apresadle!». Bien, en la plaza se montó un buen jaleo. Tu amigo corría entre los puestos con los soldados detrás de él y tiraron un montón de mercancías. No vi cómo los soldados le cogieron, pero después los vi volver con él al Ayuntamiento. Lo llevaron al calabozo que hay debajo, y allí debe de estar ahora.

–¿Qué aspecto tenía Piak?

–Desaliñado: sus ropas estaban rasgadas. Pero no parecía asustado.

–¡Tengo que liberarlo! –exclamó Tiuri–. ¡Tengo que hacerlo! Pero ¿cómo?

–Ya lo pensaremos después de cenar –dijo Iruwen–. No estás solo en esta ciudad. Quiero ayudarte y hay más personas que también quieren hacerlo. Pero ¿por qué os ha apresado el alcalde exactamente?

Tiuri se ahorró responder a la pregunta porque dos hombres entraron por una puerta que había al lado de la barra. Eran Ardoc y su mozo. El terrateniente echó un vistazo al salón y dijo: «Buenas noches». Saludó especialmente a Iruwen y después su mirada recayó en Tiuri.

–¡Vaya! –exclamó algo sorprendido–. ¡Ahí está Martín!

Se acercó a su mesa. Su mozo le siguió.

Tiuri se levantó y dijo:

–Buenas noches señor Ardoc.

–No te levantes. Buen provecho.

Acercó una silla y se sentó con ellos.

El posadero se acercó y preguntó qué querían tomar los señores.

–¿Quieren que les sirva aquí la cena?

–Si a ellos les parece bien –contestó Ardoc guiñando un ojo a Tiuri y a su acompañante.

–Por supuesto que sí –dijo Iruwen.

–Gracias –contestó Ardoc–. Siéntate tú también, Dieric –dijo a su mozo.

El posadero tomó nota y se marchó. Entonces Ardoc miró a Tiuri.

–¿Dónde está tu amigo? –preguntó.

Tiuri dudó si contestar.

–En el calabozo bajo el Ayuntamiento, ¿no es cierto? –siguió diciendo Ardoc–. ¿Le habéis pisado un callo al alcalde o le habéis ofendido de alguna otra forma?

–No le hemos hecho nada –dijo Tiuri.

–¿Que no le habéis hecho nada? Eso es muy poca cosa para ser apresado. Y además aseguras que no habíais estado antes en Dangria.

–Y no hemos estado. Es la primera vez que vemos al alcalde.

—¿Es eso cierto? —preguntó Ardoc—. Esperemos que también sea la última. Y ¿qué va a pasar ahora con tu amigo? ¡Vaya asunto!

Tiuri se dio cuenta de que el resto de la sala lo miraba con curiosidad. No se sentía muy cómodo.

Ardoc se dio cuenta porque dijo:

—Ah, no temas que alguno de los que están aquí te delate. Estás en El Cisne Blanco, aunque posiblemente eso no te diga nada. Los sirvientes del alcalde ya han pasado por aquí. Y si volvieran, el posadero te buscaría un escondite. ¿No es así? —le preguntó al posadero que traía la cena en ese momento.

—Sí, claro —respondió y dirigiéndose a Tiuri dijo—: No le estás haciendo mucho caso a mi comida. Seguro que estás preocupado.

—Sí —dijo Tiuri—. Por Piak.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó el posadero—. Bueno, tal vez se le ocurra algo a Iruwen. O a Ardoc.

—Tal vez —dijo Ardoc—. Tráenos un poco de vino. Brindaremos por ello.

Cuando el posadero se marchó, se inclinó hacia Tiuri y le preguntó en voz baja:

—¿Quién eres?

—¿Que quién soy? —repitió Tiuri—. Me llamo Martín. Pero ya lo sabe, ¿no?

—¿Qué importancia tiene un nombre? —comentó Iruwen.

—Es posible que te llares Martín —dijo Ardoc—, pero no eres quien finges ser. No eres un chico de las montañas como tu amigo Piak. Vienes de otra región y te has movido en otros círculos. Tu forma de comportarte podría ser la de un noble... Montas a caballo como un jinete experto... Y el alcalde tendrá sus motivos para querer apresarte. ¿Quién eres?

El posadero les llevó una botella de vino y cuando se alejó Tiuri contestó:

—No puedo decirle nada más de lo que ya le he dicho. Tal vez el alcalde tenga un motivo para querer detenerme, pero creo que no se lo dirá a nadie. Y yo tampoco lo haré. No puedo ni debo decir nada.

—Vale —dijo Ardoc brevemente. Abrió la botella y llenó los vasos.

—Son extranjeros —le dijo Iruwen—, pero no vinieron a Dangria porque sí. Tienen una misión.

—Exacto —contestó Ardoc—. No vienen viajeros del este a menudo. Pero ¿qué tienen ellos que ver con nuestros asuntos? Martín dice que nunca había visto al alcalde.

—Y así es —dijo Tiuri—. Nos obligó a verle.

—Sí —confirmó el mozo de Ardoc—. Sé que los invitó.

—Al principio fue muy amable —siguió diciendo Tiuri—, dijo que éramos sus invitados. Pero después quiso retenernos en el Ayuntamiento contra nuestra voluntad.

—Y tu amigo se escapó —dijo Ardoc—. Corrió por la plaza gritando algo... ¿Qué es lo que gritaba, Dieric?

—¡La tengo, la tengo! —contestó el mozo—. Eso es lo que gritaba.

–¿Qué es lo que tenía? –preguntó Ardoc.

–Nada –respondió Tiuri–. Piak debe ser liberado. Sólo quería ayudarme... –miró a Ardoc y a Iruwen alternativamente–. Ustedes ya me han ayudado una vez. ¿Podrían ayudarme también ahora? ¿Tal vez aconsejarme? Soy un extraño en Dangria. Creo entender que le tienen poca estima al alcalde. ¿Por qué?

–Ahora va a ser él quien hace las preguntas –dijo Ardoc a Iruwen–. Y él no dice ni mú.

Pero Iruwen dijo:

–Es verdad que hay mucha gente en la ciudad que ve en el alcalde a un enemigo. Yo siempre lo he sentido así. Con él llegó el mal a Dangria. Ha olvidado que sólo es el alcalde y que gobierna la ciudad en nombre del rey. Se comporta como un monarca independiente, a su libre albedrío. Desde la disputa entre los dos príncipes ya no suelen venir caballeros de escudo blanco: tienen que hacer guardia en el sur. Pero hay gente que sin su vigilancia no puede...

–Bueno –le interrumpió Ardoc–, Martín no tiene ni idea de eso.

–Claro que sí –dijo Tiuri–. Sí sé algo. Sé algo de los hijos de Unauwen y de la lucha con Eviellan.

–Ahora hay una tregua con Eviellan –dijo Dieric.

–Eso dicen –apuntó Iruwen–. Esperemos que los caballeros de Unauwen vuelvan pronto y que el alcalde sea destituido.

–Estás exagerando, Iruwen –dijo el hombre que estaba en la mesa contigua y que, al parecer, había seguido la conversación.

–Bueno, algunos siguen sin creermelo –dijo Iruwen levantándose y echando un vistazo a la sala–. Sólo están enfadados con el alcalde porque no es justo, o porque les cobra impuestos muy altos. Incluso aquí, en El Cisne Blanco, hay gente que no quiere ver el peligro.

–¿Peligro? –gritó el hombre de la mesa contigua–. ¿Peligro? El alcalde y sus amigos no me caen bien, pero no les tengo miedo.

–Iruwen habla a veces como si mañana fuésemos a tener al enemigo ante nuestras puertas –dijo otro.

–El enemigo está entre nosotros –explicó Iruwen casi con solemnidad–. ¡Tened cuidado todos los que estáis aquí! Lo que ha pasado hoy nos debe hacer pensar. ¿Desde cuándo los extranjeros, invitados sí, son tratados de esta forma?

Todos dirigieron sus miradas a Tiuri.

–Pero ¿qué hacen estos extranjeros aquí? –preguntó alguien–. Sinceramente no lo entiendo muy bien.

Tiuri sintió que todo el mundo esperaba una explicación por su parte. Se levantó y dijo:

–Sinceramente yo tampoco lo entiendo todo. Si no están satisfechos con su alcalde, ¿por qué no hacen algo para cambiarlo?

–¿Qué puede hacer un puñado de personas contra la mayoría? –preguntó el hombre de la mesa de al lado.

–Eso es una tontería –contestó Iruwen–. Aquí hay mucha gente insatisfecha, y lo sabes perfectamente, Doalwen. Sois demasiado perezosos, demasiado cobardes y demasiado indiferentes.

–¡No consiento que digas eso de mí! –exclamó Doalwen–. Estás promoviendo una sublevación, Iruwen, y eso es peligroso. Yo elegiría a otro alcalde, pero no quiero sublevarme para echarlo por la fuerza. El rey Unauwen lo desaprobaría.

–El rey Unauwen desea justicia en su reino –dijo Iruwen–. Y nos escuchará si se la pedimos.

–El rey tiene otras cosas en las que pensar –dijo Doalwen.

–Tal vez dentro de poco se firme la paz con Eviellan –comentó el posadero acercando una silla y sentándose.

–Estamos divagando –dijo Ardoc y miró a Tiuri.

Éste, a su vez, miró a su alrededor y preguntó después de dudar un momento:

–¿Son todos ustedes súbditos fieles al rey Unauwen y enemigos de Eviellan?

Todo el mundo lo miró sorprendido y guardó silencio.

–Sí –contestó Ardoc finalmente–. Pero ¿por qué lo preguntas? Deseamos la paz. Aquí también se han sentido las consecuencias de la disputa aunque estamos lejos de Eviellan. Pero te repito, ¿por qué lo preguntas?

–Creo que su alcalde es amigo de Eviellan. No, estoy seguro de ello.

Aquellas palabras provocaron una leve conmoción. Sólo Iruwen dijo:

–No me sorprendería nada. Siempre he creído y temido que fuera así.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Ardoc.

–Hablad en voz baja, hablad en voz baja –advirtió el posadero–. Es una acusación muy grave y no debe ser gritada a los cuatro vientos antes de que sepamos que es cierta.

–Por desgracia no puedo contar mucho –dijo Tiuri–. La mayor parte de lo que sé, y es poco, es secreta. Pero lo que es seguro es que el alcalde tiene algo que ver con Eviellan y que a mi amigo y a mí nos apresó por orden de los espías de Eviellan...

–¡Pero si se iba a firmar la paz! –le interrumpió Doalwen.

–¡Cállate! –ordenó Ardoc–. Deja que termine de hablar.

–Puedo decirles que en el reino de Dagonaut me persiguieron y atacaron Caballeros Rojos –siguió diciendo Tiuri.

–Caballeros Rojos de Eviellan –susurró Iruwen.

–Sí, Caballeros Rojos de Eviellan; servidores de un Caballero Negro de Escudo Rojo.

–Un caballero del monarca de Eviellan –masculló Ardoc.

–Pero ¿qué hacían en el reino del rey Dagonaut? –preguntó otro de los clientes–. ¿Ustedes no están en guerra con ese país del sur?

–No, no tenían nada que hacer en nuestro país. Seguían a un caballero del rey Unauwen.

—¿A un caballero del rey Unauwen? —preguntó Ardoc—. ¿A quién? ¿No sería a Andomar de Ingewel, verdad?

—A un caballero de escudo blanco —contestó Tiuri.

—Todos los caballeros del rey llevan escudos blancos —dijo el posadero.

—A un caballero con escudo blanco —repitió Tiuri. Había decidido no decir quién era el caballero y ocultar que había sido asesinado por los Caballeros Rojos. Además su misión debía permanecer en secreto y lo haría hasta poder contárselo todo al rey Unauwen—. El alcalde ha recibido mensajes del este —siguió diciendo—. Por eso ha ordenado que todos los jóvenes entre catorce y dieciocho años sean llevados ante él... Eso es lo que me contó su escribano.

—¿Su escribano? —preguntó el posadero.

—Sí, él me ha ayudado a escapar.

—Vaya —dijo Doalwen—, así que está de nuestra parte.

—Pero ¿por qué iba a querer hablar con todos esos jóvenes? —preguntó Ardoc.

Tiuri no dijo nada.

—¿Es que aún no has comprendido que es un secreto? —le dijo Iruwen—. Buscaba a un joven o dos... Claro que Martín sabe por qué, pero no puede decirlo.

—Lo que les he contado es verdad —dijo Tiuri—. Deben creermelo y ayudarme. En serio, hay mucho en juego.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Ardoc.

—Tengo que irme de esta ciudad tan rápido como sea posible. Pero antes...

—¿Y qué pasa con el alcalde? —preguntaron Doalwen y otro cliente.

—Antes hay que liberar a mi amigo Piak —siguió diciendo Tiuri—. No puedo dejarle en la estacada.

—¿Cómo? —preguntó el posadero.

—¿No podemos sobornar a los celadores? —preguntó otro de los clientes.

—¡Sobornar, dice! —exclamó Iruwen con desprecio—. ¡Sobornos! ¿Hasta ese punto hemos llegado en Dangria?

—¿Y qué quieres hacer si no?

—Ir al Ayuntamiento, todos juntos, y *exigir* su libertad.

—Qué disparate —dijo Doalwen—. Luchar y derramar sangre, seguro. ¿Hasta ese punto hemos llegado en Dangria?

—Enviar un mensajero al rey Unauwen —dijo otro.

—No, eso llevaría demasiado tiempo... —empezó a decir Tiuri. No podía decirles que él mismo era un mensajero que se dirigía al rey y que tenía que darse prisa. Pero su corazón no podía soportar la idea de dejar a Piak en la estacada. Quién sabe lo que el alcalde y sus compinches harían con él.

Todo el mundo en el salón hablaba a la vez. Pero finalmente Ardoc llamó su atención:

—Escuchadme todos. La idea de Iruwen no me parece tan descabellada. No soy

habitante de Dangria, pero creo saber que nadie puede ser apresado sin motivo ni acusación.

—Así es —dijo Iruwen—. Lo dice la ley.

—Y el alcalde no tiene motivo ni acusación, porque el motivo no va a contarlo. ¿No es así, Martín? Algo así has dicho, ¿no?

—Sí —contestó Tiuri.

—Así que, si vamos ante él y le exigimos que libere al joven, no podrá negarse —siguió diciendo Ardoc—, a no ser que tenga una acusación o se la invente.

—¿Y si se la inventa? —preguntó el posadero—. Estaremos en las mismas.

—¿Cómo os apresó? —preguntó Ardoc a Tiuri—. ¿Por las buenas, sin motivo? ¿Había testigos?

—Sus soldados no van a testificar contra él —aseguró Doalwen.

—También estaba su escribano —dijo Tiuri—. Puede testificar que ninguno de nosotros dijo o hizo nada que diera motivo para apresarnos.

—¿Y tu amigo se escapó inmediatamente? —preguntó Ardoc.

—Sí, al ver que el alcalde iba por las malas.

—Entonces es una buena petición —dijo el posadero—. Luego habrá una reunión del concejo municipal. Siempre son públicas. Podemos ir todos.

—El alcalde nunca se atreverá a ir contra la ley en público —dijo Doalwen.

—Tenemos que pedirle al señor Dirwin que venga también —añadió otro cliente—. Es un hombre influyente y su palabra causará impresión.

—El señor Dirwin es el director del gremio de los plateros —susurró Iruwen a Tiuri—. Antes era miembro del concejo, pero dimitió porque nunca estaba de acuerdo con el alcalde.

—En cualquier caso, el señor Dirwin debe saber todo lo que ha contado este joven —volvió a decir el mismo cliente—. Lo de los es pías de Eviellan y esas cosas.

—Sigo sin entenderlo —dijo Doalwen—. Iba a haber paz, ¿no?

—Eso se decía —intervino Ardoc en voz baja—, pero ¿hace cuánto que partió la legación del rey? Después no hemos oído ninguna noticia más. Sé que el caballero Andomar aún no ha vuelto a Ingewel.

—Ni el caballero Edwinem a Foresterra —añadió Iruwen.

—Las cosas no van tan rápido —dijo Doalwen—. Eviellan está lejos.

—Pero tampoco ha llegado ningún mensaje, ni bueno ni malo... nada.

Hubo silencio. Después Tiuri recordó que había oído antes el nombre de Andomar. Al igual que Edwinem de Foresterra, iba en la compañía enviada por el rey Unauwen a Eviellan. Estaba seguro de que algo había ido mal en las negociaciones de paz.

Unas campanadas se oyeron a lo lejos.

—Escuchad —dijo el posadero—. Las campanadas de las ocho. Dentro de media hora empieza la reunión en el Ayuntamiento.

—Vamos —dijo uno de los clientes—. Iré a hablar con el señor Dirwin. Espero estar con

él en el Ayuntamiento dentro de media hora.

—Y yo hablaré con todos los que me encuentre —dijo Iruwen—. Vayamos primero a la plaza del mercado, todavía encontraremos a mucha gente.

—¿Me acompañas? —preguntó a Tiuri.

—Sí —contestó. Miró a la gente que había en el salón y añadió—: Les agradezco su ayuda.

—Déjalo para después —dijo Ardoc—. Venga, vamos.

6. La liberación de Piak

Cada cierto tiempo —le contaba Iruwen por el camino—, el alcalde y el concejo que gobierna la ciudad se reúnen en la gran sala del Ayuntamiento. Todo aquel que lo deseaba podía asistir. Antes había una de esas reuniones cada semana, y todos los habitantes de Dangria podían hacer propuestas, preguntas o presentar quejas. Últimamente esas reuniones fueron suspendidas o cerradas al público por motivos imprecisos, y ése fue uno de los reproches que le hicieron al alcalde.

Tiuri miraba y escuchaba sorprendido cómo Iruwen congregaba a muchas personas a su alrededor en la plaza del mercado. El anciano habló con entusiasmo. Repitió los reproches contra el gobernante de la ciudad, predijo los peligros que acechaban y concluyó diciendo que el alcalde había privado de su libertad a dos jóvenes extranjeros.

—Uno de ellos ha escapado y está aquí, a mi lado. El otro sigue en el calabozo. Sí, cuando el alcalde reformó el Ayuntamiento hasta convertirlo en un palacio con nuestro dinero, hizo que agrandaran la prisión que hay abajo. ¿Por qué? ¿Consideraba necesario encarcelar a más gente? ¿Temía al enemigo? ¿Tenía miedo de nosotros, habitantes pacíficos de Dangria, súbditos fieles del rey Unauwen? ¿O destinaba su cárcel a extranjeros inocentes? A menudo un dirigente debe ser duro —siguió diciendo—. Y a veces, por desgracia, es necesario encerrar a la gente. Pero a una persona nunca se la puede privar de su libertad sin motivo, sin acusación. Ésta es nuestra ley y para nosotros debe ser sagrada. Si ocurre una injusticia de este tipo hay que sublevarse... tenéis que sublevaros. Este joven entrará otra vez en el Ayuntamiento para exigir la inmediata liberación de su amigo. Y quien esté a favor del derecho y la justicia debe seguirlo y apoyar su exigencia.

La gente se apretó alrededor de Tiuri y de él. La mayoría vitoreaba lo que decía, aunque también había algunos que tenían mucho que denunciar y formulaban todo tipo de preguntas. Los soldados del alcalde se acercaron y preguntaron qué significaba todo ese alboroto.

Entonces Iruwen gritó:

—¡Vamos ya! Quien esté de nuestra parte puede seguirnos. Este joven se atreve a subir

de nuevo la escalera del Ayuntamiento porque tiene la conciencia limpia y, por lo tanto, no tiene nada que temer, al menos si sigue habiendo justicia en Dangria.

Pasados unos minutos Tiuri entraba por segunda vez en la gran sala. Ardoc e Iruwen le seguían y detrás de ellos iban muchos más. Tiuri se preguntó si Piak oiría desde abajo a toda aquella gente, y si sospecharía que él era el motivo por el que estaban allí. El corazón le latía con fuerza. No tenía miedo pero era la primera vez, desde que recibiera la misión, que actuaba tan abiertamente en público.

En la sala, sobre un podio cercano a la escalera, habían puesto una gran mesa a la que estaban sentados una docena de señores con el alcalde en el centro. En una mesa más pequeña, a su lado, estaban los escribanos. El del alcalde estaba entre ellos. En la escalera y entre las columnas había soldados con lanzas y antorchas. Además había otras personas, posiblemente espectadores; la mayoría estaba de pie aunque también había algunas sentadas. Iruwen señaló a uno de ellos y dijo en voz baja que era el señor Dirwin, el poderoso maestro de los plateros.

Cuando el alcalde reconoció a Tiuri le dio un escalofrío. Se quedaron mirándose mutuamente. El alcalde se volvió hacia el hombre que estaba sentado a su derecha y le susurró algo.

Entretanto no dejaba de entrar gente: Iruwen había despertado su curiosidad.

El hombre situado a la derecha del alcalde se levantó y gritó:

—¡Silencio! ¡Cierren la sala!

Un rumor se alzó entre la gente.

—La reunión es pública —gritó alguien.

—¡La sala está llena! —contestó el mismo hombre situado a la derecha del alcalde—. No cabe nadie más. ¡Cierren la puerta!

Pasó algo de tiempo antes de que la cerraran y de que todo el mundo estuviera tranquilo y en silencio.

El alcalde se recostó en la silla y jugó nerviosamente con un pergamino que tenía delante. Después se incorporó y dijo:

—El alcalde y el concejo de Dangria se han reunido. El que desee escuchar que escuche, el que desee hablar que hable.

Uno de los soldados de la escalera dio tres toques de trompeta.

—Declaro abierta la reunión —dijo el alcalde y se sentó.

El hombre que estaba a su derecha volvió a levantarse.

—Que el Primer Escribano lea el acta de la reunión anterior —dijo.

El escribano del alcalde se levantó e hizo una reverencia. Miró a su alrededor posando la mirada en Tiuri. Entonces empezó a leer. Leía mal y tartamudeando como si tuviese la cabeza en otra parte. Poco a poco lo hizo mejor.

Tiuri miró interrogante a Iruwen.

—Luego —susurró—. Cuando haya ocasión de preguntar.

Así que Tiuri tuvo que esperar. Lo que el escribano leía le era indiferente. Recorrió la

sala con la mirada y notó que el alcalde estaba claramente nervioso y evitaba su mirada.

Cuando el escribano se sentó tras haber leído, el hombre a la derecha del alcalde dijo:

–Esta reunión se centrará en la mejora de la construcción de nuestra ciudad. Es un asunto que afecta a todos ustedes. Por ello les rogamos que únicamente hagan preguntas y propuestas sobre este tema. En la próxima reunión podrán hablar de asuntos generales.

–¡Eso es premeditación! –susurró Iruwen.

Hubo murmullos.

–¡Silencio! –ordenó el hombre–. Quien no calle será expulsado de la sala. Ya conocen las normas.

–Sí, las conocemos –gritó Iruwen–. Y también conocemos las leyes, señor Marmuc. Quien ansía justicia puede pedirla cuando quiera.

–Silencio –repitió el señor Marmuc, después sonrió y dijo–: Claro que puedes pedir justicia cuando quieras. Pero esta noche hablaremos de la construcción...

–¿Por qué hablar de cosas nuevas cuando las viejas no están totalmente resueltas? –preguntó Iruwen.

Entonces habló el alcalde.

–¡Cállate, Iruwen! –dijo en tono severo–. Cada cosa a su tiempo.

–Señor alcalde –contestó Iruwen–, en eso está diciendo la verdad. Seguro que usted no aprobaría que se hubiera cometido una injusticia. Y seguro que no le gustaría esperar a la próxima reunión para arreglar esa injusticia. Los asuntos urgentes tienen prioridad.

El alcalde palideció.

Algunas personas respaldaron a Iruwen.

–¡Los asuntos urgentes tienen prioridad!

–¡Silencio! –gritó el alcalde dando un puñetazo en la mesa–. Si no os calláis hago que despejen la sala.

Hubo silencio. Un hombre alto, sentado cerca de Tiuri, se incorporó de golpe. Era el señor Dirwin.

–Señor alcalde –dijo–, como puede ver esta noche ha venido mucha gente. Al parecer ha ocurrido algo importante. Deje que hablen como siempre se ha hecho.

–Algo importante –gritó el alcalde levantándose también–. Un chico impertinente al que he hecho encerrar. ¿Desde cuándo se preo - cupa la gente de Dangria por algo así? Somos adultos, señor Dirwin, y sabemos que a veces hay que ser severos con la juventud.

–Señor alcalde –dijo Dirwin–, nadie ha dicho una palabra sobre el chico que ha mandado encarcelar. Usted ha sido el primero. Así que sí parece darle importancia.

El bullicio aumentó. Algunos se rieron. El alcalde parecía fuera de sus casillas. Después se repuso.

–Claro que hablaba de ese chico –dijo–. Y veo que su amigo está ahí. No entiendo cómo se atreve a venir. Esta tarde se ha escondido en el Ayuntamiento y me ha

amenazado de muerte. Ha herido a uno de mis soldados. Debería ser yo el que le acusara, en lugar de él a mí.

Todos miraron a Tiuri, que dio un paso al frente. Él y el alcalde volvieron a mirarse. En la sala reinaba una calma tensa.

—Os pedí a ti y a tu amigo que vinierais al Ayuntamiento en calidad de invitados —empezó a decir el alcalde—, pero me habéis agradecido la amabilidad de una forma muy extraña. Mis soldados testificarán que tú, joven, te encerraste en la parte de arriba de este Ayuntamiento negándote a salir. Que disparaste a mis arqueros desde la ventana...

—Pero entonces usted también debe contar que sus arqueros me dispararon primero —dijo Tiuri con voz clara y fuerte—. Y también debe contar por qué me encerré en una de sus habitaciones. Y que ordenó que encarcelaran a mi amigo. Sí, también debe contar eso. Mi amigo no le ha hecho nada. Nada. Sólo salió corriendo porque no quería quedarse aquí. ¿Por qué pretendía retenernos en contra de nuestra voluntad?

—¡No pretendía reteneros en contra de vuestra voluntad! —gritó el alcalde—. ¿Por qué iba a hacerlo? Ni siquiera os conozco. Os invité por amabilidad, pero no queráis quedaros. Me ofendisteis. Eso merece un castigo, ¿lo sabías?

—Vengo a exigir la liberación de mi amigo. No ha hecho nada por lo que deba ser encarcelado. Tal vez la gente que hay aquí no me crea si les digo lo que mi amigo ha dicho y hecho antes de que le echase encima a sus soldados. Cuéntelo usted mismo y diga de qué lo culpa.

El alcalde abrió la boca y volvió a cerrarla. Era evidente que no sabía qué contestar.

—Que lo cuente otro —siguió diciendo Tiuri—. Su escribano estaba presente. Él puede contar qué sucedió.

Se dirigió al escribano, que se puso colorado y estrujó su material de escritorio con dedos temblorosos.

—Testifique en mi lugar —dijo Tiuri—. ¿Qué ha hecho mi amigo para ofender al alcalde?

—¿Estaba usted presente? —preguntó otro de los señores de la mesa—. Hable entonces. ¿Qué hizo el chico?

El alcalde se sentó.

El escribano se levantó y dijo:

—Nada.

—¿Cómo que nada? —preguntó el señor Marmuc.

—Sí, nada —respondió el escribano—. No hizo nada. Entraron... Les habían preparado una habitación pero dijeron que no podían quedarse mucho tiempo. El alcalde insistió en que se quedaran: quería oír noticias del este. Entonces el otro, me refiero al chico que está en el calabozo, empezó a gritar que él la entregaría... «No te preocupes», dijo. «Yo la tengo y la entregaré». Algo así. Después salió corriendo y huyó. Eso es todo.

—¿Eso es todo realmente? —preguntó el señor Marmuc al alcalde.

Éste no contestó.

—¿Qué era lo que tenía que ser entregado? —preguntó el señor Dirwin dirigiendo la

mirada del escribano al alcalde y del alcalde a Tiuri.

—Pregúnteselo al alcalde —dijo el joven.

—No lo sé —contestó el alcalde—. No tengo ni idea.

—¡Sí la tiene! —exclamó Tiuri—. Pero comprendo que no se atreva a decirlo.

Miró a la sala y continuó:

—Yo tampoco puedo decirlo. Sólo sé una cosa: su alcalde no nos invitó por hospitalidad. Ordenó a los centinelas de la puerta que llevaran ante él a cualquier joven entre catorce y dieciocho años que entrara en Dangria. ¿Por qué? Eso deben preguntárselo a él. Pregúntenle de quién son los mensajes que le traen las palomas mensajeras. Pregúntenle quién le ha encargado que prive de su libertad a los extranjeros. Pregúntenle a qué señor sirve mientras gobierna esta ciudad en nombre del rey Unauwen.

Se calló un momento temiendo, de pronto, haber hablado más de la cuenta. Después siguió diciendo:

—Yo soy un extranjero en esta ciudad y no tengo nada que ver con sus asuntos. Sólo pido la libertad de mi amigo. ¡Ahora mismo!

Vio que el alcalde había sido vencido: tenía aspecto ceniciento y no lograba pronunciar una palabra.

La algarabía se desató. «¡Libéralo!», gritaron.

Uno de los miembros del concejo se levantó y rogó silencio.

—¿Tiene alguna acusación que hacer contra este joven o contra el que está en el calabozo? —preguntó al alcalde.

—No —contestó en voz tan baja que casi no se oyó—. No. Pero todo lo que ha contado es mentira... todo mentira —y después dijo en voz algo más alta—: Ha sido un malentendido, un lamentable malentendido.

No pudo terminar de hablar porque el griterío volvió a desatarse: «¡Libéralo!».

Los señores de la mesa estaban intranquilos y susurraban entre sí. Uno de ellos se levantó y dijo algo a los soldados. Después se volvió a rogar silencio, pero pasó un rato antes de que todos callaran.

—Por hoy, la reunión se da por terminada —dijo el señor Marmuc.

—¿Por qué? —preguntaron algunas voces enfadadas—. ¡Acabamos de empezar!

—La reunión se da por terminada —repitió el señor Marmuc—. El chico será liberado. Desalojen la sala y váyanse.

Los soldados se pusieron en movimiento apoyando de este modo sus palabras. Tiuri miró a su alrededor, desde la agitada y bulliciosa muchedumbre a los hombres pálidos de la mesa. Vio a Ardoc y a Doal - wen a cierta distancia, pero Iruwen había desaparecido. Alguien le dio unos golpes en el hombro. Era el señor Dirwin:

—Tu amigo vendrá ahora. Quiero hablar con vosotros inmediatamente.

Poco tiempo después apareció Piak acompañado por dos soldados. El chico parecía

sorprendido de ver tanta gente, pero al ver a Tiuri se le iluminó la cara. Tiuri fue hacia él. Tuvo que apartar a distintas personas antes de llegar a donde estaba su amigo.

–¡Eres libre! –exclamó estrechando las manos de Piak–. Ay, Piak, yo...

Se calló y le sonrió.

–¿Qué hace toda esta gente aquí? –preguntó Piak, después de haber respondido con creces al apretón de manos de Tiuri.

–Han venido a apoyar tu liberación –empezó a decir Tiuri. No pudo añadir nada más pues una parte de la muchedumbre lanzó gritos de júbilo: «¡Hurra, es libre!».

El alcalde y la mayoría de los miembros del concejo abandonaron sus puestos tras la mesa y subieron la escalera. Aquello parecía una huida.

–Vamos fuera –dijo Tiuri.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que logró llegar a la plaza con Piak. Seguía habiendo gente por todas partes hablando excitada entre sí sin prestar atención a los soldados, que no paraban de gritar que se fueran a casa. Los dos jóvenes lograron abandonar la plaza al cabo de un rato sin ser vistos.

Por una de las calles que daba a la plaza se encontraron con Dieric, el mozo de Ardóc.

–Vaya, estáis aquí –dijo–. ¡Es como si todo el mundo se hubiera vuelto loco! Los he perdido a todos. Venid conmigo al Cisne Blanco. Los demás también irán allí.

En El Cisne Blanco Tiuri volvió a ver a la mayoría de sus colaboradores. El posadero sirvió vino y los invitó a beber por el feliz desenlace. Piak y Tiuri tenían mucho que contarse, aunque eran cosas que debían reservar para un momento en el que estuvieran a solas.

Piak declaró que se sentía bien.

–Bueno, estar en uno de esos agujeros negros no es divertido, pero se puede aguantar un rato. Lo que tenía que haber sabido es que iba a estar muy poco tiempo.

Después quiso saber cómo Tiuri había conseguido liberarlo.

–Eso debes agradecérselo a todas las personas que hay aquí –le dijo Tiuri. Y con la ayuda de Iruwen, Ardóc y el resto de la gente que había en el salón le contó cómo lo había hecho.

–¡Uf! –exclamó Piak–. ¡Vaya historia! Voy a acabar sintiéndome una persona importante.

Miró a Tiuri.

–¿Todo bien? –preguntó con una mirada muy significativa.

–Todo bien –contestó Tiuri. Volvió a extender la mano y a estrechar la de Piak, y de esa forma le dio las gracias en silencio.

Entonces el señor Dirwin entró en el salón. Fue inmediatamente hacia Tiuri.

–Buenas noches, joven. Imaginé que te encontraría aquí. Me gustaría hablar contigo. Hay muchas cosas en este asunto que se me escapan.

–No puede contarle gran cosa, señor Dirwin –intervino Iruwen.

—Seguro que puede contarme más de lo que hasta ahora sé —dijo el señor Dirwin acariciándose la barba—. Acabo de venir del Ayuntamiento y he hablado con el concejo. Mañana mismo por la mañana se celebrará una reunión extraordinaria. El alcalde tendrá que rendir cuentas por su extraño comportamiento —siguió diciendo. Miró a Tiuri—. He oído hablar hasta de espías de Eviellan. Me gustaría saber qué hay de cierto en ello. También quiero saber exactamente por qué el alcalde os apresó. Tengo la impresión de que hay mucho más detrás de lo que has contado, joven. ¿Cómo te llamas en realidad y cómo se llama tu amigo?

—Se llaman Martín y Piak —dijo Iruwen.

—Martín y Piak, tendréis que asistir mañana a la reunión.

—¿Por qué señor Dirwin? —preguntó Tiuri, aunque lo comprendía.

—Para contar exactamente qué es lo que ha pasado, por supuesto —contestó el señor Dirwin—, y no sólo eso, también tenemos que saber la razón de todos estos hechos. Puedes contármelo todo ahora, pero mañana tendrás que repetir tu explicación ante el concejo.

—¿Mañana? —repitió Tiuri—. ¡Imposible! No podemos quedarnos tanto tiempo.

—¿Por qué no? —preguntó el señor Dirwin—. Eso es absurdo. Yo, y muchos como yo, creemos que habéis sido tratados de forma incorrecta. Por eso ha sido Piak liberado inmediatamente. Pero no podéis escaparos acto seguido así como así.

—No nos escapamos —dijo Tiuri—. Sólo digo que no podemos quedarnos.

—¡Gracias a vosotros casi se produce una revuelta en la ciudad! —exclamó el señor Dirwin casi enfadado—. No se me ocurre qué razón puede ser tan importante como para impedir que os quedéis. Tú mismo has acusado al alcalde... Bueno, no expresamente, pero has dicho lo suficiente como para darnos a entender que sería deseable realizar una investigación. Por el bien de la ciudad te ruego que te quedes. No sólo hablo como habitante de Dangria, sino también como miembro del concejo.

—¿Vuelve a ser miembro del concejo? —preguntó Iruwen.

—Sí, he vuelto a formar parte de él al finalizar la reunión de esta noche —contestó el señor Dirwin.

—Ésa es una buena noticia —dijo Iruwen.

El señor Dirwin volvió a dirigirse a Tiuri:

—Bien, habla.

Tiuri repitió todo lo que ya había dicho en el salón de El Cisne Blanco.

El señor Dirwin escuchó todo sin decir una palabra, pero no parecía muy satisfecho.

—Son todo palabras vagas —dijo al final—. Pero bueno, no te molestaré más por ahora. Tengo muchas cosas que hacer. Espero oír más mañana. Así que os ordeno que os quedéis.

—Aquí tenéis habitación —dijo el posadero—. Enseguida os la enseño; así podréis acostaros cuando queráis.

—Que descanséis —dijo el señor Dirwin—. Hasta mañana. Pasaré a recogeros a eso de

las ocho. ¿Está bien?

—Sí, señor —contestó Tiuri.

No tuvo ocasión de decir nada más porque el señor Dirwin dio el tema por concluido. Se despidió de los presentes y se marchó. Tiuri suspiró. No se le ocurría qué más habría podido decir.

—¿Nos vamos a la cama? —le susurró Piak.

—Sí —contestó Tiuri—. ¿No tienes hambre?

—Si te soy sincero —dijo Piak—, no he comido nada desde esta tarde.

—Voy a buscarte algo —comentó el posadero—. Te lo llevaré a la habitación.

—Que durmáis bien —dijo Ardoc a los jóvenes—. Y no tenéis nada que temer. El señor Dirwin es un hombre sensato y sobre todo honesto. Podéis fiaros de él.

Los jóvenes desearon buenas noches a todos los clientes y siguieron al posadero hasta una habitación pequeña y limpia en la que había dos camas.

Al rato Piak se reconfortaba con una cena tardía. Tiuri también comió algo.

—Por fin estamos solos —dijo Piak con la boca llena.

—Ahora puedo darte las gracias.

—Ya lo has hecho —contestó Piak—. ¿Todavía la tienes?

Tiuri se puso la mano en el pecho. Notó el anillo del caballero Edwinem, pero no el pergamino y los sellos de la carta que durante tanto tiempo había llevado.

—La he quemado —susurró—. Pero me sé el contenido de memoria.

—¿Ah, sí? —preguntó Piak susurrando igualmente. No preguntó cuál era el contenido, aunque gracias a él no se había perdido.

—Estaba escrito en clave —contó Tiuri—. No sé lo que significa. Oh, Piak, el alcalde habría conseguido apoderarse de ella de no haber sido por tu artimaña. No sé cómo agradeceréte.

—Cállate —dijo Piak con algo de timidez.

Entonces Tiuri preguntó:

—¿Cómo supiste que la hospitalidad del alcalde era una trampa?

—No lo supe enseguida. Tuve una rara sensación al ver todos aquellos escudos. Al final de la sala había uno tan rojo como la sangre. De pronto recordé que me habías contado que los caballeros de Eviellan llevaban escudos rojos. Pero pensé que podía ser una casualidad. Entonces aparecí junto a una puerta que estaba abierta y oí hablar a unos hombres. Decían que tenían que rodear el Ayuntamiento. Aquello me pareció extraño y me puse a escuchar. No oí gran cosa, pero sí suficiente.

—¿Qué decían?

—Algo de un chico entre catorce y dieciocho años, un chico del este, del otro lado de las montañas. Y que no podía escapar. Desconfié y por eso hice lo que hice. Y mordieron el anzuelo.

—Y después ¿qué? ¿Qué hicieron después de haberte apresado?

—Dejar que me cogieran fue una tontería por mi parte. Me llevaron a aquel agujero

bajo el Ayuntamiento... bueno, un agujero... Es muy grande pero no tan bonito como la parte de arriba. Es frío y oscuro. Me tiraron al suelo y el alcalde vino y dijo: «¡Dámela!». Me hice el tonto y pregunté: «¿El qué?». Se puso furioso pero se enfadó aún más al ver que yo no tenía nada, al menos nada que él quisiera. No, no vuelvas a darme las gracias. ¿Por qué escapé si no? Para ayudarte. Además las aventuras son divertidas si después tienes una buena comida y todo ha acabado bien.

Tiuri se rió. Después volvió a ponerse serio.

—Y ahora ¿qué? —preguntó—. Tenemos prisa pero mañana tenemos que estar aquí para testificar y dar explicaciones. Y no podemos contar nada.

—¿No podrías contárselo al señor Dirwin? —preguntó Piak.

—Ya lo he pensado. Si quiere retenernos aquí más tiempo, no nos quedará otro remedio. Pero prefiero no hacerlo. Mi misión es secreta. Es horrible pero no puedo ni debo fiarme de nadie. El alcalde de esta ciudad resulta que también está de parte del enemigo. Quién sabe si hay más gente. Ya somos demasiado conocidos en Dangria.

—Eso es culpa mía. Habría sido mejor que te hubieras marchado enseguida y que me hubieras ayudado después.

—No. Nunca lo habría hecho. El mensaje se ha salvado gracias a ti. Pero me gustaría que nos fuéramos ya de aquí.

Reflexionó un momento.

—Se lo contaré al señor Dirwin —dijo entonces—. Sólo a él. Tal vez pueda hablar con él esta misma noche...

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Tiuri.

Era Iruwen.

—¿Todavía no os habéis acostado? —preguntó mientras cerraba la puerta con llave tras de sí—. Me lo imaginaba.

—Síntese. Le agradezco otra vez su ayuda. Sin usted Piak nunca habría sido liberado.

—Sí —dijo Piak—, le doy mil gracias.

—Está bien —contestó el anciano sonriendo.

Se sentó y les miró alternativamente.

—Y ahora queréis salir de la ciudad lo antes posible —dijo—. Bien, tengo un amigo que es centinela de una pequeña puerta al norte. Tiene guardia de diez a dos. Os podréis ir ahora mismo.

Los jóvenes le miraron sorprendidos.

—¿Quiere ayudarnos a escapar? —preguntó Tiuri.

—Claro. Entiendo que tenéis prisa. Y que si os quedáis eso puede suponer un gran retraso. Sé cómo van estas cosas: reuniones del concejo, preguntas, respuestas, más preguntas, aclaraciones, testimonios. Todo es demasiado enrevesado y difícil. El señor Dirwin es un buen hombre, y me alegra que vuelva a estar en el concejo, pero tal y como ya dije: los asuntos urgentes tienen prioridad.

—Nos alegra mucho que quiera volver a ayudarnos —dijo Piak—. Pero ¿cómo sabe que nuestros asuntos son urgentes?

—Me hago una idea —contestó Iruwen—, y cuando tengo una idea acerca de algo suelo acertar. Perdonad que hable así de mí mismo. Habéis venido con un objetivo y algo me dice que es de interés para todos. Así que tengo que ayudaros a lograr ese objetivo.

—Gracias —dijo Tiuri—. ¿Cuándo podremos irnos?

—Cuando hayáis terminado de cenar. Saldremos por la puerta trasera. Nadie se dará cuenta.

—Yo ya estoy listo —dijo Piak—. No me entra ni un bocado más.

—¡Vaya! —exclamó Tiuri—. Me falta pagar las cenas y la habitación. Tal vez pueda usted darle el dinero al posadero.

Buscó la bolsita que le colgaba del cinturón y se asustó. ¡No estaba!

—¡Qué burro eres! —dijo Iruwen—. No has tenido cuidado con los rateros, ¿a que no?

—Lo siento —contestó Tiuri desconcertado—. Y ahora ¿qué?

—No importa —dijo Iruwen—. Esto ya se pagará. Pediré el dinero prestado en alguna parte.

—Qué situación más engorrosa. ¿Llevas dinero, Piak?

—Un centavo de cobre.

—Guárdalo para que te dé suerte —dijo Iruwen—. Vamos, nos os preocupéis por tonterías. Pero espero pillar a esos rateros. Seguro que ha sido durante el jaleo. Sí, Dangria ya no es lo que era.

—¿Cómo era antes? —preguntó Piak mientras se levantaba.

—Como volverá a ser —contestó Iruwen—. Espera a que tengamos un nuevo alcalde y vuelvan a venir los caballeros del rey. ¿Nos vamos?

—¿Qué dirá el señor Dirwin? —dijo Tiuri pensando en voz alta.

—Se enfadará probablemente. Pero no le durará mucho. Tiene demasiado trabajo. He oído que tiene planes de todo tipo. Mañana por la mañana, por ejemplo, partirá un mensajero a ver al rey Unauwen.

—¿Irá un mensajero a ver al rey? —preguntó Tiuri.

Iruwen le miró detenidamente.

—Sí, un mensajero irá a ver al rey —dijo—. ¿Acaso no es necesario?

—¿Por qué? —preguntó Tiuri.

—Podría ser que ya hubiera un mensajero en camino... Tú mismo, por ejemplo.

—Sí —contestó Tiuri en voz baja—. Vamos a ver al rey Unauwen.

—Bien, entonces iros ya. Mañana hablaré con el señor Dirwin. Podéis adelantar un buen trecho esta noche.

Poco después andaban por las silenciosas calles hacia la puerta en la que el amigo de Iruwen estaba de guardia. Por el camino se encontraron con algunos jinetes armados.

Iruwen indicó a los chicos que se rezagaran un poco. Entonces paró a los jinetes y les

habló. Al parecer tenían órdenes de reforzar la guardia en todas las puertas de la ciudad.

–Nadie puede abandonar la ciudad –contaron–. Orden del señor Dirwin en nombre de la ciudad.

Cuando los jinetes se marcharon Iruwen dijo:

–¡Vamos, rápido! Irán a la pequeña puerta al final. Tenemos que estar allí antes de que lleguen los refuerzos.

Llegaron a la puerta a tiempo pero tuvieron que despedirse muy deprisa. Piak y Tiuri volvieron a agradecer al anciano su ayuda y el centinela los dejó pasar.

Así abandonaron Dangria para continuar su viaje al oeste.

7. El impuesto del río Arco Iris

Los amigos anduvieron durante toda la noche. Querían dejar Dangria lo más lejos posible y recuperar el tiempo perdido. Había silencio: no vieron ni oyeron a nadie. De vez en cuando hablaban en voz baja, pero durante la mayor parte de la noche estuvieron callados.

Descansaron al amanecer, pero no durante mucho tiempo, a pesar de lo agotados que estaban. Más tarde tuvieron la suerte de poder ir en el carro de heno de un campesino que hacía una parte del camino hacia el oeste. Cuando estuvieron entre el heno oloroso les venció el sueño y se despertaron cuando el sol ya estaba en lo alto del cielo.

–Vaya par de dormilones estáis hechos –dijo el campesino–. Pero si queréis ir al río Arco Iris tenéis que bajaros aquí. Yo me desví en este punto.

Los jóvenes le dieron las gracias y un poco después continuaron andando por una región de colinas onduladas y suaves. Tiuri miraba de vez en cuando hacia atrás. Nadie les seguía. Dangria ya no se divisaba, pero sólo se sentiría tranquilo cuando hubieran llegado al otro lado del río Arco Iris donde, según Ardoc, estaba el corazón del reino de Unauwen.

Pasaron por una huerta y allí se detuvieron a mirar hambrientos las frutas maduras de los árboles.

–Voy a robar unas manzanas –dijo Piak–. ¿Es eso malo cuando no hay comida ni dinero para comprarla y se tiene hambre y prisa, y además una importante misión que llevar a cabo?

–Nos arriesgaremos –dijo Tiuri con una sonrisa.

Comiéndose las manzanas siguieron andando.

Entrada la tarde el camino los condujo por una cadena de colinas y cuando estuvieron en el punto más alto vieron el río Arco Iris.

El río era ancho y brillaba bajo el sol. Un puente de piedra lo cruzaba y muy cerca a su izquierda, en la orilla oriental, había un imponente castillo. En las cercanías vieron

casas y granjas rodeadas por campos de cultivo florecientes. En la otra orilla del río había un pueblo. El camino continuaba hacia el oeste desde él.

Los amigos fueron hacia el río y entraron en otra región habitada. Había mucha gente trabajando en los campos y el camino tampoco era tan tranquilo. Miraron el castillo; cuanto más se acercaban, más imponente les parecía. El puente parecía formar parte de él: donde empezaba había una puerta de piedra del mismo tipo que la del castillo.

—Hay una barrera —dijo Piak.

Tiuri también la vio. Junto a ella había un centinela con casco, lanza y un escudo que tenía todos los colores del arco iris.

Un hombre a caballo llegó por un camino lateral y cabalgó hacia el puente por delante de ellos. Cuando llegó a la barrera se inclinó frente al centinela y habló un momento con él. Éste apartó la barrera y lo dejó pasar. Después volvió a ponerla en su sitio.

—Podemos pasar —dijo Piak aliviado.

Un poco después los dos amigos estaban ante el puente.

—Buenas tardes —dijo el centinela—. ¿Queréis ir a la otra orilla?

Los chicos contestaron afirmativamente.

—Es la primera vez, ¿no es cierto? Eso os costará tres monedas de oro a cada uno.

—¿Qué? —gritó Tiuri—. ¿No podemos pasar sin más?

—Claro que no —contestó el centinela sorprendido—. Para atravesar el Arco Iris hay que pagar.

—¿Por qué? —preguntó Piak.

—Que ¿por qué? —repitió el centinela—. Nunca había oído esa pregunta desde que soy centinela encargado del pago del impuesto de pontazgo y llevo el escudo irisado. ¿De dónde venís que ni siquiera sabéis que hay que pagar el impuesto? ¿Creéis que podéis cruzar este precioso puente y llegar al otro lado del río sin más?

—Pero —dijo Tiuri— ¿y si no podemos pagar?

—Entonces no podéis ir al otro lado.

Tiuri miró el río. Era más ancho de lo que había pensado y la corriente parecía fuerte. Dudaba si llegaría a la otra orilla a nado. Pero tal vez pudiera conseguir una barca...

—Quien quiera cruzar el río Arco Iris, de la forma que sea, tendrá que pagar el impuesto —dijo el centinela como si adivinase lo que Tiuri estaba pensando—. Tenéis que pagar el impuesto de pontazgo tanto si vais por el puente, en barca o nadando. Pero esto último no os lo recomiendo.

Tiuri le miró.

—Tenemos que ir al otro lado —dijo—, pero no tenemos más que un centavo de cobre. ¿Por qué hay un impuesto aquí?

—Eso preguntádselo al señor que lo exige —contestó el centinela señalando al castillo—. Él es quien exige el impuesto con la autorización del rey Unauwen.

—¡Pero no podemos pagarlo! —exclamó Piak—. A mí me parece una costumbre muy rara. Así que la gente pobre nunca puede ir al corazón del reino de Unauwen.

—Eso no es verdad —dijo el centinela enfadado—. Todo el mundo, rico o pobre, puede cruzar el río. Sea como sea hay que pagar el impuesto, pero el señor ofrece a todo el mundo la oportunidad de ganarlo. Se puede trabajar en sus campos y por cada semana trabajada se recibe una moneda de oro. Pasadas tres semanas uno ha ganado las monedas necesarias.

Tiuri y Piak se miraron.

—¿Qué me decís? No tenéis por qué entristeceros. Id a aquella gran granja y preguntad al administrador qué hay que hacer. Supongo que podréis empezar mañana mismo.

—No tenemos tiempo para estar tres semanas trabajando —dijo Tiuri—. Tenemos prisa.

En aquel momento un segundo centinela salió por una puerta del castillo y fue hacia ellos.

—¡Sí, prisa! —dijo el primer centinela—. Eso lo dice tanta gente.

—Pero es verdad —dijo Piak.

—¿Qué es verdad? —preguntó el segundo centinela que había llegado hasta ellos.

El primer centinela contestó:

—Estos jovencitos no tienen dinero para pagar el impuesto y dicen que no tienen tiempo para ganárselo trabajando.

El segundo centinela miró detenidamente a los dos amigos.

—Ganar tres monedas de oro en tres semanas está muy bien —dijo.

—Seguro que al señor de este castillo nunca le faltan trabajadores —comentó Piak despectivo.

El segundo centinela le miró entre sorprendido y enfadado:

—¿Qué quieres decir con eso? Tres monedas en tres semanas es un buen jornal.

—Pero no tanto si con esas monedas de oro tienes que pagar el impuesto —dijo Piak.

—Bueno, para eso habéis estado trabajando, ¿no? Para pasar al otro lado.

—Quiero ir ya al otro lado —dijo Piak. Se dirigió a Tiuri y le preguntó—: ¿Te ha pasado esto alguna vez, que no puedas cruzar un río por las buenas?

—Nunca —contestó Tiuri.

—Entiendo que vienes de otra región —dijo el segundo centinela—. Si no ya me habría enfadado con vosotros hace rato. Y ahora dime, joven, ¿has visto alguna vez un río con un puente como éste? Tiene siete arcos de piedra levantados con esta corriente tan fuerte. ¿Has visto un puente así alguna vez?

—No —contestó Tiuri—, eso no. Pero me da igual cruzar en barca hasta la otra orilla. ¿No puede ser?

—Seguro que sí —dijo el primer centinela—. Si pagas tres monedas de oro. Esa es la norma aquí. Así es y así será, te parezca bien o no. Si no puedes pagar y no quieres trabajar no puedes pasar al otro lado.

Pero el segundo centinela dijo:

—Si de verdad tenéis prisa podéis hablar con nuestro señor. Recuerdo que a una mujer le permitió pasar inmediatamente porque su hijo, que estaba al otro lado, estaba muy

enfermo. Si tienes un motivo que justifique tu prisa debes ir al señor del pontazgo y pedirle que te deje pasar sin pagar. Él es el único que puede decidirlo.

Los jóvenes se miraron dudando.

—El señor del pontazgo está ahora mismo dándose una vuelta por sus posesiones —siguió diciendo el segundo centinela—. Suele volver a eso de las seis. Podéis ir yendo hacia la gran puerta y esperarle allí.

—Gracias —dijo Tiuri.

Los jóvenes se despidieron de los centinelas, pero el primero los retuvo un momento.

—Quiero advertiros que no hagáis tonterías. Podría costaros más de tres semanas. A los infractores se les sanciona con dureza.

—Y ahora ¿qué? —susurró Piak mientras iban caminando despacio hacia la gran puerta.

—No sé —dijo Tiuri suspirando.

«¿Se lo pedimos al señor del pontazgo?» Eso supondría revelar su secreto, y ¿cómo podía saber si el señor era de fiar? El mero hecho de que reclamara un impuesto ya hacía que no le resultara muy simpático.

La puerta estaba abierta y en el pasadizo de entrada había varios centinelas. Los dos amigos se detuvieron a cierta distancia. No hablaron pero, aun sin decirse nada, supieron que tendrían que esperar a que el señor regresara. Después de verle tal vez pudieran tomar una decisión. «En realidad no debo hacerlo», pensó Tiuri. El caballero Edwinem le había dicho: «No le cuentes esto a nadie». «Sí, Piak lo sabe, pero es como saberlo yo mismo...»

Piak le agarró del brazo.

—Por allí viene —le dijo susurrando.

En el este ya había oscurecido bastante: incluso el cielo tenía el aspecto de que el tiempo fuera a empeorar. Destacando claramente contra el cielo, montado en un caballo blanco, se acercaba un jinete. Llevaba un largo manto, negro por fuera y celeste por dentro, que se alzaba por la rapidez. Un instante después pasó a su lado levantando polvo, un hombre que inspiraba respeto, con una cara pálida y hermosa pero severa, y pelo negro ondeante. Entró en el pasadizo sin mirarlos y los centinelas lo saludaron como si, en efecto, fuera su señor.

Los jóvenes se dieron la vuelta y, como si se hubieran puesto de acuerdo, se alejaron del castillo.

—¿Qué te parece el señor del pontazgo? —preguntó Tiuri al cabo del rato.

—Sólo le he visto un momento —contestó Piak—, pero me parece un gran señor, un señor poderoso. No me gustaría discutir con él.

—Severo e inaccesible —masculló Tiuri. No, el señor no le parecía alguien al que se le pudiera mentir, alguien que abriera su puente sin un motivo justificado. El motivo que no se atrevería a contarle.

Pasaron junto a la barrera. Sólo estaba el primer centinela y los miró burlón. Acabaron paseando por un sendero que transcurría a cierta altura respecto a la orilla del río. Una

pendiente corta y empinada llegaba hasta una estrecha cala de arena amarillenta contra la que chocaba el agua. Después de un rato se detuvieron y se quedaron mirando hacia la otra orilla con ojos nostálgicos. Miraron el puente que veían en ese momento en todo su esplendor: siete arcos firmes sobre pilares sólidos y resistentes en el agua turbulenta.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Piak en voz baja.

—Me lo estoy pensando —contestó Tiuri—. Me pregunto si no podría llegar a nado a la otra orilla. Es verdad que el río es ancho y la corriente fuerte, pero mira, ahí hay una isleta. Allí podría descansar un poco.

Piak miró la isleta, que no era más que una roca, protegiéndose los ojos del sol con la mano.

—Tal vez —dijo dudando—. Yo no podría. Para serte sincero no sé nadar. Pero no debes detenerte por mí.

En aquel momento un soldado se les acercó paseando. Era el segundo centinela.

—Vaya —dijo—, así que estáis mirando la otra orilla. No estaréis pensando en cruzar a nado, ¿no?

Los jóvenes le miraron pero no respondieron.

—Sacáoslo de la cabeza —siguió diciendo el centinela—. Hasta donde recuerdo lo han intentado tres personas: una de ellas se libró de morir ahogada gracias a una barca del señor, y fue a la cárcel por haber querido eludir el impuesto. La segunda llegó a la otra orilla después de que su cadáver fuera escupido por el río días después. A la tercera no se la ha vuelto a ver.

—¿No sabían nadar? —preguntó Piak.

—Nadaban muy bien. Pero aquí la corriente es muy traicionera. Sobre todo en aquella isleta. Está llena de remolinos aunque desde aquí no lo parezca.

—Bueno —dijo Piak—, entonces no nadaremos.

Tiuri señaló la otra orilla.

—Allí veo una barca —dijo—. ¿Cruza alguna vez alguien el río en barca?

—Claro —afirmó el centinela—. Hay barcas que van de un lado al otro, y barcas de pescadores, y barcos que van de norte a sur con mercancías. Pero todo el que quiere ir de este lado al otro tiene que pagar el impuesto. La primera vez tres monedas de oro, la segunda dos y la tercera una.

—¿Y después? —preguntó Piak—. ¿Ya no hace falta pagar?

—Así es. Pero sois extranjeros, así que debéis pagar el impuesto. Permitidme que os dé un buen consejo. Intentad no escabulliros. Los sirvientes del señor del pontazgo ya están pendientes de vosotros. La guardia se intensifica cuando alguien no puede o no quiere pagar. Mirad al puente.

Los dos amigos miraron y vieron dos soldados que paseaban de un lado al otro.

—Y también habrá gente de guardia en la otra orilla —añadió el buen consejero.

—Entonces iremos a trabajar en las fincas —dijo Tiuri. Por supuesto no se creía una palabra de lo que estaba diciendo, pero eso al centinela no le importaba.

—Eso es muy sensato —dijo el centinela satisfecho.

Un poco más allá había un hombre trabajando en el campo que no les había quitado ojo. Clavó la pala en el suelo y fue hacia ellos.

—Hola, Ferman —dijo el centinela—. ¿Ya te has ganado el pan de hoy?

—Con el sudor de mi frente —contestó Ferman secándose la frente—. Buenas noches —les dijo a los dos amigos—. ¿Mirando con nostalgia la otra orilla?

—Ya les he dicho que no intenten hacer nada —dijo el centinela.

—Tienes razón como siempre —comentó Ferman—, sabio Warmin, centinela del pontazgo. Señaló hacia el noroeste y siguió diciendo a los chicos—: Si quisiérais intentarlo un poco más allá... mal. Allí hay otro. Y en el sur también: el Puesto de la Serranía del Arco Iris, y más allá todavía, río arriba, está el Puesto de Vórgota.

—¿No hay ningún sitio por el que se pueda atravesar el río Arco Iris sin más?

—No —dijo Warmin, el centinela—. Todo el río está custodiado por señores del pontazgo. Y en el río de Plata también hay un lugar en el que se exige el impuesto.

Piak puso cara de extrañeza pero no dijo lo que pensaba al respecto.

—Vamos —dijo Warmin—. Yo vuelvo al castillo. Dentro de nada será hora de cenar. Vosotros, chicos, podéis ir a ver al administrador. Si vais ahora os darán algo de cena y techo en adelante a vuestro trabajo. ¿Nos acompañas un poco, Ferman?

—Vale —contestó, pero se quedó donde estaba y miró a los dos amigos.

—Vámonos —dijo Warmin. Se dirigió a Tiuri y le dio un último buen consejo—: Aunque consiguieras una barca, sigue siendo peligroso navegar por un río que no conoces.

Se despidió de ellos y se marchó. Ferman lo siguió.

—Bueno —dijo Piak—, ya sabemos una cosa más: no podemos nadar, no podemos navegar y no podemos pasar el puente. Tampoco podemos ir a ver al señor del pontazgo. ¿Nos prestarían dinero en alguna parte? Pero ¿quién nos dará tres monedas de oro sin conocernos? ¿Volvemos a Dangria y lo intentamos allí? No, hemos tenido que salir con prisa de ese lugar... Y ahora ¿qué?

—Calla —dijo Tiuri. Permaneció en silencio un momento y añadió—: Es extraño, pero tengo la sensación de que hay otra forma de cruzar el río, pero no se me ocurre cuál.

—Calla —dijo Piak a su vez—. Por ahí viene alguien. Creo que es ese tal Ferman.

Era Ferman, en efecto. Les saludó y se puso a su lado.

—El sol está a punto de ocultarse —comentó. Calló un momento y luego siguió diciendo en tono misterioso—: Hay neblina en el oeste y lluvia en el este. Ésta va a ser una noche muy oscura. No veremos ni estrellas ni luna.

Los amigos le miraron interrogantes.

Ferman miró hacia atrás y les dijo susurrando:

—Tengo una barca, una pequeña barca. Está un poco más allá.

—Usted quiere decir... —dijo Tiuri—. ¿Quiere prestarnos su barca?

—Tal vez sí, pero no se lo digáis a nadie. Está prohibido. Me castigarían por ello. No tenéis monedas de oro, pero yo no pido tanto. ¿Con qué podríais pagarme?

—Con esto —contestó Piak sacando la moneda de cobre—. Esto es todo lo que tenemos.

Ferman negó con la cabeza y dijo:

—No es mucho.

Entonces cogió la moneda de la mano de Piak, masculló algo ininteligible y la tiró al suelo. Se agachó a recogerla y dijo: «Cruz».

—¿Y eso qué significa? —preguntó Tiuri.

—He tirado la moneda para saber qué iba a hacer. No podéis pagar nada, pero os ayudaré de todos modos. Si salía cruz, lo haría. Y ha salido, así que, si queréis, tendréis mi barca.

Ferman le devolvió el céntimo a Piak.

—¿Nos presta su barca? —susurró Piak excitado.

—Si queréis, sí. ¿Sabéis remar?

—Sí —contestó Tiuri.

—Entonces podéis intentarlo, pero bajo vuestra responsabilidad. Luego, cuando sea de noche, os indicaré dónde está. De todos modos no podríais iros antes.

—Le damos las gracias —dijo Tiuri.

—¡Calla! —exclamó Ferman—. De nada. Si la moneda hubiera caído del otro lado no lo habría hecho. Sólo una cosa más: no podéis decirle a nadie que la barca es mía. Ya he estado dos veces en la cárcel y no quiero volver. Si os cogen tampoco os ayudaré. Esto es bajo vuestra responsabilidad. Visteis la barca por casualidad y la cogisteis. ¿Entendido?

—Claro —respondieron los jóvenes.

—Me voy. Volved aquí después de las campanadas de las doce sin que nadie os vea. Bordead la orilla en sentido de la corriente. Os estaré esperando. Y si yo también puedo daros un buen consejo, id ahora a aquella granja y pedidle trabajo al administrador. Cuando lo hayáis hecho los sirvientes del señor del pontazgo dejarán de fijarse tanto en vosotros y tal vez os den algo de comer.

Los jóvenes dijeron que lo harían, le dieron las gracias una vez más y se despidieron.

—Hasta luego —dijo Ferman.

8. El paso del río

Arco Iris

Tiuri y Piak fueron a la granja y allí les prometieron trabajo para la mañana siguiente. Además les dieron pan y leche, y les indicaron un lugar para dormir en un cobertizo que estaba vacío.

Allí esperaron hasta que el reloj dio las doce. Después salieron a hurtadillas hacia el río. Ferman tenía razón: era una noche oscura. Hacía frío y temblaban, pero no sólo por la temperatura. Llegaron al río sin contratiempos y pasaron por el pequeño embarcadero que había río abajo. Sus ojos se fueron acostumbrando poco a poco a la oscuridad

aunque tampoco se veía mucho. Había un gran silencio; sólo oían el agua del río. El puente casi no se distinguía, pero tras algunas ventanas del castillo aún había luz.

Se asustaron cuando Ferman apareció de pronto ante ellos.

—Aquí estáis —dijo en voz baja—. Seguidme. Está a un par de pasos de aquí.

Le siguieron obedientes.

—Aquí es —dijo Ferman deteniéndose.

Los jóvenes vieron vagamente una barca medio encallada en la arena.

—Los remos están dentro —susurró Ferman—. Podéis irlos.

—Qué barca tan pequeña —dijo Piak algo intranquilo—. ¿No puede volcar?

—Cualquier barca puede volcar —contestó Ferman después de un momento de silencio—. Y os repito que os vais bajo vuestra responsabilidad. Podéis atar la barca en la otra orilla; ya me encargaré de recuperarla. Pero si os soy sincero, yo en vuestro lugar no me iría, ni hoy ni mañana. Si fuera vosotros preferiría trabajar tres semanas. Pero es cosa vuestra.

—¿Por qué nos deja su barca? —preguntó Piak.

—He tirado a cara o cruz. ¿Por qué? Tal vez porque puedo entender que alguien quiera eludir el pago del impuesto. Yo también lo he intentado. Ahora ya no me hace falta porque ya he estado más de tres veces en el otro lado. Bueno ¿qué vais a hacer?

—Yo me voy —dijo Tiuri—. Pero no tienes por qué venir conmigo si no quieres —le dijo a su amigo.

—Por supuesto que voy contigo —dijo Piak—. Me quedaré contigo mientras no te cause molestias.

—Pero... —empezó a decir Tiuri.

—¡Cállate! —le interrumpió Piak—. ¿Subimos y nos lanzamos a ello? Te toca remar.

—Creo que lo mejor será que uno reme y el otro vigile —dijo Ferman—. Aunque tampoco es que se vea mucho. No os puedo decir en qué debéis tener cuidado. Remad con energía. Después de unas treinta paladas más o menos debéis tener cuidado. Entonces os estaréis acercando a la isla que habréis visto esta tarde. Allí la corriente va hacia todos lados. Tened cuidado de no acercaros demasiado porque correríais el riesgo de encallar en una de las rocas que hay bajo el agua. Éste es un mal lugar para cruzar, pero un poco más allá está el puesto de guardia del señor del pontazgo y tenéis muchas posibilidades de que os descubran. Ocurre lo mismo más cerca del puente. Una vez pasada la isleta ya no hay más que temer al propio río. Bueno, ¿os vais o no?

—Nos vamos —dijo Tiuri decidido—. Su corazón latía muy deprisa. Era consciente de que el recorrido no estaba exento de peligros. Pero había remado a menudo en el río Azul.

—Nos vamos —repitió Piak como un eco.

—Buen viaje —dijo Ferman dando un suspiro—. Os ayudaré a empujar la barca y el resto os lo dejo a vosotros.

Poco después los jóvenes ya estaban en la barca: Tiuri a los remos y Piak frente a él.

Tiuri no podía ver la cara de Piak.

—Todavía estás a tiempo de bajarte —le susurró Tiuri.

—No.

—Chist —siseó Ferman mientras empujaba la barca.

Tiuri movió los remos.

—Que la suerte os acompañe —les deseó Ferman—. Rema con fuerza. Sí, así. No os balanceéis.

Tiuri remó, al principio un poco incómodo, pero mejor después de un par de paladas. Notó que la corriente era, en efecto, fuerte. Veía vagamente la cala y la cara de Ferman que les seguía con la mirada. Después desapareció en la oscuridad. Centró toda su atención en la barca que giraba y oscilaba.

—Tú estate pendiente de la isleta —le dijo a Piak—, y avísame en cuanto veas algo.

—¿Puedo ayudarte a remar? —preguntó Piak inclinándose hacia él.

—No —contestó Tiuri jadeando—. Uno de los dos tiene que vigilar. ¿Ves algo en la orilla o en el puente?

—Nada. En el castillo todavía hay luz. Pero seguro que no pueden vernos. Yo apenas consigo distinguir nada. Ni una roca. Y no veo ni torta del otro lado.

Tiuri miró hacia atrás. Piak tenía razón. Era como si flotaran sobre una inmensa superficie de agua sin principio ni fin. Al soltar un momento los remos, la barca perdió el rumbo al instante y tuvo que volver a cogerlos apresuradamente. Entonces vio una pequeña luz en la orilla que habían dejado atrás. ¿Sería el centinela del que les había hablado Ferman?

—Se me están mojando los pies —dijo Piak.

Tiuri también lo notaba. Había agua en el fondo de la barca. ¿Estaba ya cuando se montaron? ¿O la barca hacía agua?

—Espero que no nos hundamos —dijo Piak. En la voz se apreciaba que no se sentía muy a gusto.

—Chist —dijo Tiuri soltando otra vez los remos—. Allí veo luz. Tal vez puedan oírnos.

—Seguro que no. El agua hace demasiado escándalo.

—Mira a ver si ves algo para ayudarme a achicar.

—¿Para qué?

—Para sacar agua. ¿No hay una cazoleta o algo en la barca?

Piak se movió. La barca se balanceó.

—¡Cuidado! —susurró Tiuri.

A esas alturas ya estaba seguro de que la barca no tenía nada de especial: era pequeña, vieja y aparentemente hacía agua. Lanzó una mirada hacia atrás. Allí parecía que había más oscuridad todavía. ¿Estarían ya cerca de la isla? Siguió remando. Gotas de agua le salpicaban y tenía gotas de sudor en la frente. Piak buscó en el fondo de la barca.

—Cada vez entra más agua —dijo un poco después—. Aquí hay algo. Un tazón.

—Ahora a sacar agua —sugirió Tiuri—. Pero muévete lo menos posible.

La barca hacía agua sin duda. Pero si Piak no paraba de achicar conseguirían llegar a la otra orilla. ¡Vaya!, se le había olvidado vigilar. Volvió a mirar hacia atrás. No se veía nada. ¿O destacaba algo en la oscura noche? Una ola chocó de golpe contra la barca haciéndole virar.

—¡Cuidado! —susurró Piak asustado.

—Estate atento. Ya no podemos estar muy lejos de la isleta.

En aquel momento estaban en otra corriente o corrientes de todo tipo. Tiuri tuvo que hacer un gran esfuerzo para conseguir mantener la barca en lo que él esperaba fuese el rumbo correcto.

—Oigo algo —dijo Piak.

Sí, se escuchaban voces vagas a lo lejos.

—No podemos hacer nada —comentó Tiuri.

—¡Ve algo! —exclamó Piak después—. ¡La isleta, la isleta! Está cerca. ¡Rema! Hacia este lado.

Tiuri remó con todas sus fuerzas. A Piak se le olvidó achicar agua hasta que Tiuri se lo recordó.

—Estamos llegando —dijo Tiuri jadeando. Le dolían las manos de tirar de los remos y también empezaba a sentir dolor en su herida recién curada. Era como si tiraran de todos los lados de la barca. Los centinelas del pontazgo no habían exagerado: la corriente era traicionera.

Piak dividía su atención entre achicar agua y mirar hacia la isleta.

—Estamos llegando —repitió. Parecía haber vencido su miedo.

Pero de pronto pasó algo: un golpe, un crujido. Habían encallado en una roca. Tiuri hizo un intento desesperado de salir de allí. Lo consiguió.

—¡Nos hundimos! —exclamó Piak.

A Tiuri no le costó pensar lo que iba a suceder a continuación; así de rápido le funcionaba la cabeza. La barca estaba liberada, pero el agua entraba a chorros y parecía que se iba a hundir condenadamente rápido. Entonces chocaron con otra cosa. La barca se balanceó espantosamente. Se oyó el grito ahogado de Piak y un gran chapoteo. Piak se había caído por la borda.

Tiuri dejó que los remos se hundieran y tuvo la sensación de estar paralizado durante un momento. ¡Si Piak se ahogaba...! Un segundo después él también estaba en el agua gritando sin pensar que alguien podía oírle.

—Piak, Piak, Piak, ¿dónde estás?

Dio un par de brazadas, se sumergió, tocó el fondo. ¿Dónde estaría Piak en aquella agua agitada y oscura? Entonces, gracias a Dios, oyó su voz casi inaudible.

—¡Piak! —gritó una vez más—. ¿Dónde estás?

—Aquí —se oyó débilmente.

Tiuri tanteó a su alrededor y lo sintió.

—Mantente a flote —jadeó—. No, no te agarres a mí; así no puedo nadar.

Una ola les pasó por encima y les hizo callar. Pero tenía bien agarrado a un Piak que no paraba de mover los brazos y las piernas, y siguió sujetándole. «La barca, ¿dónde está la barca?» Posiblemente hundida. Tenía que conseguir llegar a la isla. Era su única salida, siempre y cuando no fueran lanzados contra la roca.

–Intenta ponerte boca arriba –le dijo a Piak–. Yo te arrastraré.

No sabía si Piak lo había entendido, pero dejó de moverse. Entonces Tiuri puso rumbo a la isleta tirando de Piak. Fueron momentos de tensión y miedo, pero finalmente sintió tierra firme bajo sus pies. Estaban en la isla.

Tiuri estaba magullado y jadeaba en busca de aire, pero Piak, a su lado, estaba muy quieto. Tiuri se inclinó sobre él.

–Piak –dijo zarandeándolo.

Piak gimió, se incorporó un poco y tosió.

–¡Vaya con el agua! –dijo de forma casi inaudible.

Tiuri se habría puesto a cantar y a bailar de alegría, pero no podía hacer otra cosa que dar palmadas en la espalda a su amigo.

–¿Dónde... dónde estamos? –preguntó Piak intentando levantarse.

–En la isleta. Quédate tumbado, por favor.

Piak se sentó y preguntó:

–¿Y la barca?

–Me temo que se ha hundido.

–Eso ni era una barca ni era nada –dijo Piak mientras los dientes le castañeteaban.

–Afortunadamente no nos hemos ahogado. ¿Cómo estás?

–Creí que me ahogaba, pero seguro que eso no va a ser tan rápido. ¿Me has traído hasta aquí?

–Sí, ¿qué podía hacer si no?

–Enseñarme a nadar. Aunque no me llama la atención. No me gusta tanta agua. ¿Ha desaparecido la barca por completo?

Tiuri se levantó y miró en la oscuridad. Incluso se metió un poco en el agua, pero no había ni rastro de ella.

–No te pongas a nadar ahora, por favor. Si te pasa algo no podré salvarte –dijo Piak con voz un poco temerosa.

Tiuri volvió y se sentó a su lado.

–No lo habríamos conseguido en ningún caso –dijo–. Cuando encallamos en aquella roca, la barca se fue al traste.

–Eso le gustará a Ferman. Me parece estupendo. ¿Qué hace ofreciéndonos una cosa que hace agua?

–Fue bajo nuestra responsabilidad.

–Sí, pero no nos dijo que hacía agua.

–Todo el mundo, incluso él, nos ha advertido de la corriente que hay aquí.

–Y ahora ¿qué? –preguntó Piak–. Estoy mareado y sigue estando oscuro.

—¿Te sientes muy mal? —preguntó Tiuri preocupado.

—No. Estoy bien. Sólo estoy mojado y enfadado, ¿tú no?

Tiuri suspiró. Estaban en mitad del río, sin barca. Cuando empezase el día habría muchas posibilidades de que los descubrieran. Pero no podían huir. Sí, claro que podía intentar cubrir el resto de la distancia a nado, pero era peligroso y por tanto imprudente. Además tendría que dejar a Piak. Le era imposible llevárselo con él.

—¿No querrás seguir nadando? —preguntó Piak interrumpiendo sus pensamientos—. Estás loco si lo haces. Te ahogará y tu mensaje contigo. De verdad que no lo digo por mí; no me importa en absoluto quedarme aquí. El señor del pontazgo puede meterme mañana en la cárcel, ya estoy acostumbrado. Y, además, volveré a quedar libre.

—El mensaje tampoco llegará al rey si me quedo aquí.

—Eso es cierto —dijo Piak rindiéndose.

Estuvieron un rato callados.

—Y ahora ¿qué? —se preguntó Tiuri por enésima vez.

Y entonces, de pronto, tuvo la respuesta.

—¡Qué burro! —exclamó.

—¿Por qué me llamas burro? —preguntó Piak.

—Me lo estoy diciendo a mí mismo. No entiendo cómo no se me pudo haber ocurrido antes.

—¿El qué?

—El impuesto, pagar el impuesto. No tengo oro pero sí algo mucho más valioso.

—¿Ah sí? —dijo Piak sorprendido—. Y ¿dónde lo tienes?

—Colgado al cuello.

El anillo del caballero Edwinem, el anillo con la piedra que brillaba en la oscuridad. Tiuri nunca había considerado como suyo aquel anillo, sino como algo que debía conservar, un objeto por el que sentía respeto. Tal vez por ello no se le había ocurrido dar el anillo como pago del impuesto. Pero el caballero Edwinem lo habría hecho sin duda. El mensaje para el rey era más importante que cualquier anillo. Tiuri sacó la joya y se la enseñó a Piak.

—Es como una estrella —dijo Piak en voz baja.

—Se me debería haber ocurrido al instante. Ya hemos vuelto a perder tiempo. Ha sido un despiste imperdonable.

—Pero este anillo vale mucho más que tres monedas de oro, o que las seis que tenemos que pagar.

—Y tal vez con multa —añadió Tiuri—. Creo que el valor de este anillo es incalculable. Tengo pensado dejarlo sólo en garantía. Después, a la vuelta, tal vez pueda desempeñarlo. Trabajaré gustosamente durante semanas para conseguirlo.

—¿Le parecerá bien al señor del pontazgo?

—Eso espero. Yo... —dijo interrumpiéndose de pronto. Pensó en los Caballeros Grises que, guiados por el anillo, le habían seguido. ¿Y si el señor del pontazgo lo reconociese al

verlo? Edwinem había sido un caballero famoso, y más allí, en el reino de Unauwen. ¿Y si el señor del pontazgo le preguntaba de dónde había sacado el anillo?

Volvió a levantarse. ¿Mejor nadar después de todo? Sabía que era peligroso, sí, posiblemente irresponsable; con un brazo que podía molestarle a mitad del recorrido, y además en la oscuridad. Pero si lo hacía de día le verían inmediatamente. ¿Qué era lo más sensato?

—¿Qué vas a hacer? —sonó la voz de Piak a su espalda.

Tiuri se sentó a su lado y compartió con él sus pensamientos.

—Creo que no hay más remedio que pagar con el anillo —añadió Piak—. No confío en nadar. Pero eres tú el que decides.

—Sólo estoy seguro de una cosa —dijo Tiuri después de haber pensado un momento. Bajó la voz y siguió diciendo—: ¿Cómo te encuentras? ¿Podrás recordar lo que te diga?

—Claro. Si es importante, sí.

Tiuri le susurró unas cuantas palabras al oído.

—¿Qué dices? —preguntó Piak sorprendido.

—Te estoy diciendo lo que ponía en la carta. Te contaré el mensaje palabra por palabra. Tú también debes conocerlo.

—¿Sí? —susurró Piak.

—Ya había pensado antes en contártelo porque tienes razón, mi misión también se ha convertido en la tuya. Ahora debes conocer el mensaje para que, si me ocurriera algo, tú puedas retomar mi misión.

—Sí... —suspiró Piak. Parecía impresionado, pero enseguida dijo—: Bueno, así al menos tendré algo que hacer hasta que se haga de día. Dímelo. Sólo espero que nunca sea necesario que yo tenga que hacerme cargo de tu misión.

Tiuri le iba diciendo el contenido de la carta en voz baja y dejaba que su amigo repitiera párrafo por párrafo.

—¿Entiendes algo? —preguntó Piak después de un rato.

—No. ¿Y tú?

—No, por desgracia no. ¿Estará en clave? Bueno, empieza otra vez y así hasta que me lo sepa de memoria.

—Piensa —dijo Tiuri pasado un momento— que nunca debes mostrar que lo sabes.

—Eso se da por supuesto. ¿No está empezando a aclarar por el este? Tengo que darme prisa porque quiero aprenderme todas esas palabras antes de que salga el sol.

9. El señor del pontazgo

—El río Arco Iris —masculló Piak cuando la noche dio paso a un gris amanecer—. ¡Pues vaya! Cuando pienso en el arco iris imagino algo bonito, pero este río es frío y desagradable y parece el mar.

Tiuri miró a su alrededor esperando, contra toda lógica, ver la barca. Pero no fue así. Vio que estaban más cerca de la orilla oriental que de la occidental. Miró al puente. Por él pasaba gente. ¿Servidores del señor del pontazgo?

—Nos van a ver ya mismo —le dijo a Piak.

—Vamos a hacer que sea cuanto antes —dijo éste—. No me apetece quedarme aquí mucho rato —estornudó tres veces seguidas—. En cualquier caso, va a hacer buen tiempo —añadió.

Así estaban los dos amigos, uno al lado del otro, tiritando bajo su ropa mojada y esperando que se hiciese totalmente de día. Vieron personas andando a ambos lados del río; algunos los señalaban.

Entonces sonó un toque de trompetas. Parecía venir de una de las torres del castillo.

«¿Será por nosotros?», se preguntó Tiuri.

—¡Mira allí! —exclamó Piak después de un rato. Señaló en dirección al castillo—. Una barca.

Bajo uno de los arcos del puente apareció una barca que se dirigía rápidamente hacia ellos. Era una barca bonita y estilizada, tripulada por remeros que movían acompasadamente los remos. En la popa había un soldado que llevaba un escudo irisado. Los escudos de los remeros estaban colgados del casco y así componían una hermosa decoración.

—Una barca del señor del pontazgo —dijo Piak volviendo a estornudar.

Los amigos la observaron tensos. Sí, se estaba acercando a la roca. Poco después había llegado hasta ellos y el soldado de popa dijo:

—Venid hasta aquí y subid a bordo. No podemos acercarnos más.

Los jóvenes obedecieron. Muchas manos se tendieron para ayudarles a subir a bordo.

—¡Cuidado! —gritó el hombre que estaba en la popa y que, aparentemente, era el capitán—. Remad a estribor.

Cuando la barca volvió a navegar a salvo, se dirigió a los amigos. Éstos reconocieron al centinela que había hablado con ellos en la orilla el día anterior, Warmin.

—Son prisioneros del señor del pontazgo —dijo en tono severo—. Han intentado evitar el impuesto y serán castigados por ello —después, en un tono más amable, dijo—: ¿Por qué no habéis hecho caso de mi consejo? Ya me temía yo esto, pero esperaba que fuerais más sensatos. Seguro que habéis cogido prestado ese viejo trasto de Ferman, ¿no?

—Ah, no —mintió Tiuri.

—¿Ah, no? —repitió Warmin—. ¿Habéis hecho ese tramo a nado en mitad de la noche? Entonces sois más hábiles de lo que pensaba.

Piak quiso decir algo, pero en lugar de hacerlo estornudó.

—Si te resfrías es porque te lo has merecido —dijo Warmin, pero se quitó el manto y se lo echó a Piak por los hombros, que no paraba de tiritar. Después les dijo a los amigos dónde debían sentarse y no se preocupó más de ellos.

La barca volvía hacia el puente, pero contra corriente y no avanzaba tan rápido, por

mucho que se esforzaran los remeros. Tiuri veía el puente y el castillo cada vez más cerca y, a su pesar, el corazón empezó a latirle más deprisa.

Se dirigió a Warmin y dijo:

–Me gustaría hablar inmediatamente con el señor del pontazgo.

–¿Con el señor del pontazgo? –repitió Warmin–. Eso deberías haberlo pensado ayer. Ahora es demasiado tarde para venir con arrepentimientos y disculpas.

–Los arrepentimientos y las disculpas me dan igual –contestó Tiuri algo enfadado–. Siento no haber conseguido cruzar el río. No siento haberlo intentado.

–Muy bonito –dijo Warmin igualmente enfadado.

–Es realmente necesario que hable con el señor del pontazgo –insistió Tiuri.

–¿Por qué?

–Eso sólo se lo puedo contar a él.

–Bien –refunfuñó Warmin–. Ya veremos.

Entretanto se habían acercado al puente. Tiuri miró hacia arriba. Alguien estaba apoyado en la barandilla y miraba arriba y abajo. Era un hombre con un sombrero de ala ancha que casi le tapaba toda la cara. Cuando el barco se acercó más, el hombre se inclinó hacia delante. Tiuri no podía quitarle la vista de encima aunque no sabía quién era. Le oyó reír con una risa burlona y triunfal. Continuó resonando en sus oídos cuando pasaron bajo el primer arco del puente. Le lanzó una mirada a Piak para saber si él también se había dado cuenta. Pero Piak estaba encogido a su lado y miraba hacia delante.

Salieron de debajo del arco. Entonces podía ver que el castillo llegaba hasta la orilla del agua. Allí había un pequeño embarcadero y una escalera subía desde allí perdiéndose en el interior del castillo. Mientras amarraban la barca, Tiuri vio aparecer a un hombre en lo alto de la escalera. Reconoció en él al propio señor del pontazgo. Estaba inmóvil y les miraba.

Warmin desembarcó el primero y saludó a su señor con la espada. Después ordenó con dureza a sus prisioneros que le siguieran. No subió por la escalera sino que fue hacia una pequeña puerta al final del embarcadero.

Tiuri se detuvo y dijo:

–Quiero hablar con el señor del pontazgo.

Warmin también se detuvo.

–Eso ya lo veremos. Seguidme.

–Quiero hablar con el señor del pontazgo –repitió Tiuri–, ahora mismo.

Estaba seguro de que el señor que estaba en la escalera le había oído, aunque no se diera por aludido.

Warmin dudó un momento y subió la escalera. Habló con su señor. Tiuri vio que éste negaba con la cabeza. Warmin bajó. El señor del pontazgo se dio la vuelta y entró en el castillo.

–Venid –dijo Warmin a secas.

–¿No puedo hablar con el señor del pontazgo?

–Eso ya te ha quedado claro, ¿no? –fue la respuesta.

–Pero tengo que hablar con él –insistió Tiuri–. Es importante, de verdad.

–Puede ser, pero ya no es tan fácil. Se lo he preguntado y me ha contestado: «No».
Con eso queda todo dicho.

No dijo nada más y condujo a los jóvenes a través de la puerta al interior del castillo. Atravesó con ellos un pasillo, bajó una escalera y después entró en una oscura sala abovedada. Allí un hombre gordo les salió al encuentro con un farolillo encendido en una mano y un manojo de llaves en la otra.

–Son prisioneros, evasores del impuesto –le dijo Warmin. Le quitó a Piak el manto de los hombros e hizo ademán de irse, pero Tiuri le detuvo.

–Señor. Ha sido muy amable con nosotros. Por eso le pido otra vez que interceda por mí. Tengo que hablar con el señor del pontazgo lo antes posible. Puedo contarle por qué quise eludir el impuesto.

–¿Y por qué lo hiciste? –preguntó Piak.

Ambos habían acordado en la isleta que Piak haría como si no supiera nada. Aquella les pareció la mejor forma de ocultar que Piak también conocía el mensaje.

–Eso sólo se lo contaré al señor del pontazgo –dijo Tiuri, según lo acordado.

Warmin les miró alternativamente:

–Humm –dijo–. Ya veremos.

Después se dio la vuelta y se marchó.

–Acompañadme –dijo el gordo–. Soy el carcelero y vuestro vigilante hasta que seáis liberados.

Abrió una puerta y les hizo pasar. Entraron en una celda sin ventanas, totalmente vacía. Sólo había un montón de paja en un rincón.

–¿Cuánto tiempo tendremos que quedarnos aquí? –preguntó Piak.

–Podríais haber trabajado tres semanas fuera, al sol –contestó el carcelero– y haber ganado el dinero del impuesto. Ahora estaréis tres semanas en la oscuridad sin hacer nada y cuando salgáis seguiréis sin tener un centavo para pagar el impuesto.

–¿No hay alguna forma de salir ahora mismo? –preguntó Piak.

–No –contestó el carcelero con cara de satisfacción–. Yo os vigilaré y no os dejaré salir. Al menos que venga alguien a pagar las tres monedas de oro por vosotros... Esa es la fianza necesaria para salir de la cárcel. Y si entonces aún queréis cruzar el puente, os costará tres monedas más. Pero no las teníais, ¿no?

Los chicos guardaron silencio.

–Bueno –dijo el carcelero–, me voy. Tenéis suerte de estar juntos; así al menos os hacéis compañía, ¿no? Y si queréis un buen consejo, quitaos esa ropa mojada. Es mejor no llevar ropa que llevarla mojada. Esa paja está seca. Justo ayer la traje recién segada.

Después de decir aquello, cerró la puerta con llave tras de sí. La celda quedó sumida inmediatamente en la oscuridad.

—No sé qué me parece peor —dijo Piak—, si el frío o la oscuridad.

—Esperemos —dijo Tiuri— que no sea por mucho tiempo.

Siguieron el consejo del carcelero, se desnudaron y se metieron entre la paja. No podían dormir; estaban demasiado tensos. Tiuri se puso el anillo en el dedo y levantó la mano. De la luz débil pero bien visible de la piedra lograron reunir algo de esperanza.

No sabían cuánto tiempo había pasado cuando oyeron la llave crujir en la cerradura. Tiuri se quitó el anillo rápidamente y lo ocultó en su mano.

El carcelero entró. Sostuvo el farol en alto y preguntó:

—¿Cuál de vosotros tenía que hablar con el señor del pontazgo?

—Yo —contestó Tiuri levantándose.

—Entonces acompáñame.

Tiuri se vistió enseguida.

—¿No tendría que venir tu amigo también?

—No. Él no —dijo guiñando un ojo a Piak con disimulo.

—¿No irás a dejarme solo? —preguntó éste fingiendo sentir miedo.

—No. Tengo que preguntar una cosa al señor del pontazgo. ¡Suerte!

Siguió al carcelero por la sala abovedada y escaleras arriba. Allí le esperaba otro sirviente del señor del pontazgo que le guió hasta una parte más alta del castillo.

—Aquí es —dijo finalmente mientras abría una puerta—. Entra, el señor te espera.

Tiuri entró. Parpadeó un poco porque en la habitación en la que acababa de entrar había mucha luz. Después miró a su alrededor. Se encontraba en una estancia amplia. Frente a él había dos ventanas por las que se veía el río. Al otro extremo había una gran mesa a la que había un hombre sentado: el señor del pontazgo. Tiuri dudó un momento y después dio un paso hacia él. La voz del señor del pontazgo le detuvo.

—Ve hacia la ventana —ordenó—, y mira fuera.

Tiuri obedeció. Se paró delante de una de las ventanas y miró. Vio el río y entendió por qué se llamaba así, porque en el agua iluminada por el sol se veían todos los colores del arco iris. El cielo se había despejado y podía ver hasta muy lejos. Vio el puente muy cerca; comenzaba justo debajo de él. Varias personas, un jinete y un carro tirado por caballos lo cruzaban.

Después dirigió su mirada hacia el señor del pontazgo. Éste se había levantado y se dirigía hacia él.

—¿Has visto el puente? —preguntó. Su voz era muy diferente a como Tiuri la había imaginado: era una voz grave y sonora, una voz a la que tenías que atender quisieras o no—. Desde aquí parece más pequeño —siguió diciendo el señor del pontazgo—, pero la anchura de un río se puede apreciar mejor cuando atraviesa un camino. Este puente se construyó hace mucho, mucho tiempo, y levantarlo costó mucho tiempo y esfuerzo. Mucho trabajo y dinero. Por eso todo el que lo cruzaba tenía que pagar, porque el puente también había sido construido para él. El que pagaba el impuesto pasaba a ser

copropietario del puente, aunque sólo fuese de una piedra. El puente que ahora une el este y el oeste tiene miles de propietarios.

—Pero —dijo Tiuri en voz baja— ¿aún no está pagado del todo?

Levantó la vista hacia el señor del pontazgo. Éste estaba a su lado con los brazos cruzados, las manos ocultas en las anchas mangas de su túnica. Miró al puente. Su expresión era seria y pensativa. Después miró a Tiuri. Tenía unos ojos oscuros que parecían más melancólicos que severos.

—Tienes que estar dispuesto a pagar por lo que quieres —dijo.

A Tiuri le asombraba aquel hombre que era tan diferente a lo que él había pensado y temido.

El señor del pontazgo volvió a mirar hacia fuera.

—Este puente, como los demás, fue construido para unir al reino de Unauwen con el resto del mundo —siguió diciendo—. Antiguamente el río Arco Iris era la frontera del país. Mucha gente venía del este añorando llegar a este lado del río y dispuesta a pagar por ello. También hubo tiempos difíciles, tiempos de peligro, de invasiones del norte, del este y del sur. Entonces los señores de los pontazgos se convirtieron en centinelas del río, en defensores del corazón del reino de Unauwen. Posteriormente la tierra que se extiende hasta la Gran Cordillera estuvo bajo el dominio de Unauwen, pero la tradición persistió: quien cruzaba el río Arco Iris debía pagar un impuesto al rey. El propio rey designó a los señores de los pontazgos. Y así sigue siendo, aunque el que lo haya cruzado más de tres veces ya no tenga que pagar. Y, posiblemente, así será durante mucho tiempo. Sólo espero que los señores de los pontazgos no tengamos que volver a ser los defensores, los señores duros e implacables que ven los extranjeros en nosotros.

Tiuri guardó silencio sin saber qué decir.

El señor volvió a mirarle y dijo en un tono más práctico:

—Bueno, dime quién eres y por qué quieres hablar conmigo.

—Noble señor —empezó Tiuri—, me gustaría cruzar el río Arco Iris, pero no tengo dinero para pagar ni tiempo para trabajar.

—¿Cómo te llamas? —le interrumpió el señor del pontazgo.

—Martín —contestó Tiuri después de dudarlo un momento.

—Noto en tu acento que vienes del otro lado de las montañas —dijo el señor del pontazgo—. ¿De verdad te llamas Martín?

—Sí, señor. Así me llamo.

—Bien, Martín a este lado de las montañas. Has intentado cruzar el río Arco Iris sin pagar. Eso está penado. Nunca perdono ese castigo. ¿Por qué no viniste a mí ayer?

—Porque... —Tiuri apretó el anillo que tenía en la mano—. Señor —dijo entonces—, no tenía monedas de oro para pagar pero tengo otra cosa, una joya que vale mucho más. Con ella podría pagar el impuesto y la fianza de mi amigo y la mía.

—Vaya, ¿de qué joya se trata? Y ¿por qué la sacas ahora a relucir?

—No quisiera desprenderme de ella, señor. No sólo por ser valiosa, sino porque le

tengo mucho aprecio. Tampoco quiero venderla. Quiero darla en garantía. Más adelante la desempeñaré y para ello trabajaré todo lo que usted quiera.

—¿Dejarla en garantía?

—Sí, señor. ¿Le parece bien?

El señor del pontazgo miró a Tiuri con ojos penetrantes y no contestó.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —preguntó después.

—Me resulta difícil de explicar.

—Cuéntamelo de todos modos.

—Señor, no se lo puedo contar.

El señor del pontazgo volvió a mirarle de forma penetrante. Tiuri esperó nervioso su respuesta.

—Tú y tu amigo me debéis tres monedas de oro cada uno —dijo el señor del pontazgo—, y otras tres monedas de oro de fianza por persona. Si la joya vale doce monedas haré lo que me pides. Enséñamela.

Extendió la mano derecha, con la palma hacia arriba.

Tiuri puso en ella el anillo. El señor del pontazgo miró la alhaja, cerró los dedos y volvió a mirar a Tiuri. Éste se dio cuenta, antes de que dijera una sola palabra, que el señor del pontazgo conocía el anillo.

—¿Cómo has conseguido este anillo? —preguntó el señor del pontazgo incisivo. Abrió la mano y dijo—: Este anillo no es tuyo. ¿Cómo lo has conseguido?

—Señor, veo que reconoce el anillo. Puedo decir que no es mío aunque me lo han dado...

—¿Que te lo han dado? ¿Que te lo han dado? ¿Quién? Sólo hay doce anillos como éste. ¡Mira! —extendió la mano izquierda y le enseñó a Tiuri el anillo que llevaba.

—¡Es igual a éste! —susurró Tiuri sorprendido.

—No es exactamente igual. Sólo hay dos anillos idénticos entre sí: los que el rey Unauwen entregó a sus hijos. A sus caballeros les dio cinco y a los señores de puentes y ríos los otros cinco.

Tiuri recordó de pronto lo que le había dicho el caballero Ewain: «El rey Unauwen les dio esos anillos a sus paladines más fieles».

—¿Cómo te has hecho con este anillo? —volvió a preguntar el señor del pontazgo.

¡A sus paladines más fieles! ¡El señor del pontazgo era uno de ellos!

—Me lo dio el caballero Edwinem —contestó Tiuri.

—Edwinem —repitió el señor del pontazgo—. ¿Dónde, cuándo y por qué te dio su anillo? —calló un momento y preguntó en voz baja—: ¿Ha muerto?

—Sí.

El señor del pontazgo no mostró temor, dolor ni sorpresa, pero su mano apretó tanto el anillo que sus nudillos se pusieron blancos.

—Sigue contando —ordenó a secas.

—No puedo contarle gran cosa. Fue asesinado por los Caballeros Rojos y el Caballero

Negro del Escudo Rojo, su señor.

–¿Asesinado?

–Cayó en una trampa.

–¿Dónde?

–En el bosque cercano a la ciudad de Dagonaut.

–¿En el reino de Dagonaut? ¿No en Eviellan?

–Salió de Eviellan y se dirigía hacia aquí.

El señor del pontazgo fue hacia la mesa y se sentó. Apartó el libro que había abierto sobre ella y puso el anillo de Edwinem delante de él. Con un movimiento de la mano le indicó que se acercara. Tiuri se detuvo ante la mesa y le contó cuándo y cómo había sido asesinado el caballero Edwinem. Pero ocultó todo lo que se refería a la carta.

–Quiero entender, por lo que dices, que él fue quien te envió aquí –dijo el señor del pontazgo cuando Tiuri calló.

–Sí, señor.

–Él te dio el anillo.

–Sí señor.

–Y vas a ver al rey.

–Sí, señor.

–¿Eso es todo lo que puedes contar?

–Sí, señor.

–Y querías dar este anillo, el anillo del caballero Edwinem, como pago.

–Sí, señor. En garantía.

–No es tuyo. ¿Cómo puedes dar algo que no te pertenece?

–El caballero Edwinem también lo habría hecho. Yo... yo viajo en su lugar.

–A ver al rey Unauwen.

–Sí, señor.

El señor del pontazgo cogió el anillo y volvió a mirarlo:

–Traes noticias estremecedoras. Uno de los caballeros de Unauwen ha sido asesinado por los caballeros de Eviellan. Una muerte como esa no puede quedar impune.

Dejó el anillo y se levantó. En aquel momento Tiuri le vio como le había imaginado la tarde anterior: severo, implacable, un señor que debía ser temido por sus enemigos.

–Unos cuantos caballeros se han puesto en marcha para vengar su muerte –contó Tiuri–. Se hacen llamar los Caballeros Grises. Ya han abatido a muchos Caballeros Rojos.

–Los Caballeros Grises. ¿Quiénes son?

–Su capitán es el caballero Ristridín.

–¿Ristridín del Sur? Conozco su nombre. Era amigo de Edwinem.

–Y el caballero Bendú y Arwaut y el caballero Ewain de este país.

–¿Ewain está con ellos? Eso está bien. Pero tú, Martín, o como te llames, ¿qué tienes

que ver con estos asuntos? Lo que me has contado me ha sorprendido, pero sigue siendo muy poco.

—No puedo decirle más. Lo que me queda por contar sólo puedo decírselo a su rey.

—¿Y por eso tienes tanta prisa?

—Sí, señor.

—Eres el primer mensajero del que oigo estas noticias. ¿Por casualidad sabes algo más de la compañía que fue enviada a Eviellan? ¿Del caballero Argarath y del caballero Andomar de Ingewel?

—No, señor. En realidad conocí al caballero Edwinem por casualidad, o tal vez no. No lo sé. Pero el caballero Ristridín me contó que el caballero Edwinem había huido de Eviellan por alguna razón.

Contó brevemente al señor del pontazgo lo que le había dicho el caballero Ristridín.

El señor reflexionó un momento. Después le dio el anillo a Tiuri.

—Aquí tienes el anillo. Sólo puedes dárselo al rey. Puedes cruzar el puente. Pero tienes que prometerme que a la vuelta vendrás a pagarme lo que me debes. Al fin y al cabo, nadie puede cruzar el río sin pagar el impuesto.

—Se lo prometo, señor. Y mi amigo...

—¿Tu amigo?

—Sí. Él debe venir conmigo.

—Bien. Puede ir. ¿Cuándo quieres irte?

—Ahora mismo.

El señor del pontazgo golpeó un gong que estaba junto a la mesa.

—Puedes marcharte inmediatamente, mensajero ante el rey.

—Señor, sería mejor que no mencionara esa palabra. Mi misión es secreta; nadie debe conocerla.

El señor del pontazgo asintió en silencio. La puerta se abrió y entraron dos sirvientes.

—Saca al otro chico de la celda —le dijo el señor del pontazgo al primero de ellos— y tráelo aquí.

El sirviente hizo una reverencia y desapareció.

El señor del pontazgo se dirigió al segundo sirviente:

—¿Qué ocurre?

—Señor, ha venido a verle un mensajero del este.

Entregó una carta al señor del pontazgo.

Éste rompió los sellos, la leyó y preguntó:

—¿Dónde está el mensajero?

—Está esperando en la sala de abajo.

—Enseguida estoy con él —dijo el señor del pontazgo. Miró a Tiuri y añadió—: Espérame aquí. Ahora mismo vuelvo.

Salió de la habitación y el sirviente le siguió.

Cuando Tiuri estuvo solo empezó a andar de un lado al otro de la habitación. Se sentía

aliviado por lo bien que había ido todo y muy impaciente por seguir el viaje. Volvió a mirar fuera y reflexionó sobre lo que le había dicho el señor del pontazgo. Después regresó a la mesa. Ojalá el señor volviese pronto. Y Piak, el fiel Piak. Su mirada se detuvo en el libro que había sobre la mesa y que, al parecer, el señor del pontazgo había estado leyendo. Era un libro grande y grueso, y estaba abierto. Vio letras bellamente trazadas y una gran mayúscula dorada decorada con coloristas motivos florales. Dio la vuelta a la mesa para poder verlo mejor. Reconocía las letras, pero las palabras le eran extrañas, palabras en una lengua que desconocía. Al examinarlas con atención aquellas palabras empezaron a sonarle, sí, había visto algunas de ellas antes, en la carta para el rey Unauwen. ¿Estaría aquel libro escrito en la misma lengua? En ese caso, el señor del pontazgo podría entender el mensaje si lo conociera. ¡Ojalá pudiera preguntarle!

Unos pasos fuera de la habitación le sobresaltaron. Se apartó de la mesa y fue hacia la puerta. Ésta se abrió y entró Piak acompañado por un sirviente.

—El señor vendrá enseguida —les dijo el sirviente y los dejó solos.

—¡Estoy libre! —exclamó Piak—. ¿Va todo bien?

—Sí, ya podemos irnos.

Se dispuso a contarle lo que había sucedido, pero antes de que hubiera empezado entró el señor del pontazgo con la carta todavía en la mano.

—Aquí está tu amigo. Te llamas Piak, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Acaba de llegar un mensajero de Dangria, enviado por el señor Dirwin de parte del concejo de la ciudad.

Los dos amigos contuvieron un momento la respiración.

—Al parecer no os sorprende —siguió diciendo el señor del pontazgo—. En esta carta se menciona a dos jóvenes que han organizado una sublevación en la ciudad y que se han marchado en contra de la voluntad del concejo.

—No pudimos quedarnos —dijo Tiuri.

—El señor Dirwin me ruega que os interrogué y os retenga aquí si lo considero necesario.

—Señor, le he contado todo lo que tenía que contarle. No podíamos esperar. Tenemos que seguir nuestro camino. Le he contado más de lo que en realidad debía, pero me atreví a hacerlo porque lleva un anillo como el del caballero Edwinem. ¡Déjenos ir, por favor!

—Lo haré —dijo el señor del pontazgo, sonriendo por primera vez—. Os habéis atrevido a confiar en mí y ahora yo lo haré en vosotros. Sólo una cosa: ¿pensáis ir a pie con la prisa que tenéis?

—No tenemos ningún otro medio de transporte —contestó Tiuri.

—Y tampoco tenéis dinero. Bien, os daré un caballo a cada uno. Esta noche llegaréis a Ingewel. Dejad allí los caballos al cuidado del dueño de la posada La Primera Noche.

—Gracias —dijo Tiuri.

—El posadero tal vez quiera daros caballos de refresco si los tiene. Con ellos podéis cabalgar hasta la posada Las Colinas Lunares. En cuanto al impuesto, ya os he dicho que espero vuestra vuelta cuanto antes.

—Sí, señor —dijo Tiuri.

—Id entonces.

Los jóvenes hicieron una reverencia, pero él les estrechó la mano y con gran amabilidad les deseó un buen viaje.

Cuando cruzaban la sala de abajo un hombre se levantó de golpe del banco en el que estaba sentado.

—¡Así que estáis aquí! —exclamó. Era Doalwen, el hombre que habían conocido en El Cisne Blanco. Él era el mensajero de Dangria.

—Vaya, vaya, nos habéis causado muchos problemas.

—No —dijo Piak—. Nos fuimos enseguida de allí.

—Por eso precisamente —dijo Doalwen—. Iruwen os ayudó, ¿no es así? Siempre se está metiendo en cosas que no le incumben. Cuando el señor Dirwin fue a buscaros por la mañana, Iruwen le dijo que ya habíais ido al Ayuntamiento. Cosa que, por supuesto, no habíais hecho. Entre unas cosas y otras ya había pasado media mañana cuando se dieron cuenta de que habíais volado. Iruwen tuvo una larga conversación con el señor Dirwin para convencerle de que vosotros estábais en lo cierto. ¿Volveréis conmigo a Dangria?

—No —contestó Tiuri—. Vamos a seguir nuestro camino.

—Vaya —dijo Doalwen algo sorprendido—. Bueno, que decidan los grandes señores. Además vuestra huida cayó rápidamente en el olvido. El propio alcalde también intentó irse. ¡Vaya cosa! Pero consiguieron alcanzarle y ahora está a salvo en su propia bonita casa junto a la plaza.

—¡Vaya! —exclamó Piak—. Habría sido mejor que le metieran en los calabozos del Ayuntamiento.

Doalwen se rió.

—Es una lástima que tengamos que despedirnos de nuevo. Ahora me toca volver solo. ¿Habéis visto al mensajero que iba a ver al rey? Ya tiene que haber pasado por aquí. Salió de Dangria ayer por la mañana. Lo conocéis; es el escribano del alcalde. No es sólo un chupatintas, también es un buen jinete.

A los jóvenes les habría gustado hablar más tiempo con Doalwen, pero sabían que tenían que darse prisa. Así que se despidieron y salieron a la calle.

La barrera del puente ya había sido retirada y Warmin esperaba con dos caballos.

Tiuri habló con él.

—Usted ha hecho posible que pudiera hablar enseguida con el señor del pontazgo. Gracias de todo corazón.

—De nada —dijo el soldado mirándoles con curiosidad—. Veo que, en efecto, teníais motivos para querer pasar sin demora.

Los amigos montaron en los caballos. Esta vez Piak lo hizo como si no hubiera hecho

otra cosa en su vida.

–En las alforjas encontraréis cosas útiles. ¡Buen viaje!

Los jóvenes cruzaron la puerta y el río. ¡Tocotoc!, sonaron los cascos de los caballos sobre el pavimento de piedra, mientras el agua del río resplandecía a ambos lados.

–Tal vez el río Arco Iris sea un nombre acertado después de todo –dijo Piak a Tiuri.

Había comenzado la última parte de su viaje.

SÉPTIMA PARTE

AL OESTE DEL RÍO ARCO IRIS

1. El Bosque de Ingewel

Un camino ancho y bien conservado arrancaba del río Arco Iris y atravesaba una extensa llanura de campos, cultivos y huertas. Los dos amigos cabalaron deprisa. Piak se sentía bastante cómodo sobre el caballo.

—Con algo de práctica te convertirás en un buen jinete —le pronosticó Tiuri.

—¡Uf! —exclamó Piak cuando descansaron un poco—. Estoy agarrotado. ¡Cuántas cosas he vivido! He montado a caballo y he navegado en barca. Casi me ahogo, he estado dos veces en la cárcel, aunque eso sí me habría gustado perderme, y he conocido a un montón de gente. ¡Y todo lo que he visto! Una ciudad, un castillo, un gran río... Para ti todas estas cosas son muy normales, claro.

—No creas. Sí que he visto antes una ciudad, un castillo y un gran río, pero eran diferentes a éstos.

—Tengo curiosidad por todo lo que nos falta ver y vivir —dijo Piak y miró hacia el oeste—. Allí veo un bosque —añadió—. ¿Será el Bosque de Ingewel?

—Creo que sí. Hemos cabalgado muy rápido.

En las alforjas encontraron pan, una botella de vino y una bolsita con algunas monedas de plata.

—Qué amable —dijo Piak—. Ese señor del pontazgo me ha caído muy bien. Es extraño que algunas personas sean tan diferentes a como te las imaginas.

—Sí —dijo Tiuri pensativo—, así ha sido con el señor del pontazgo y antes con los Caballeros Grises.

Estaba animado y lleno de optimismo, y apenas podía imaginar que aún les esperasen dificultades.

Piak se sentía igual porque, cuando siguieron cabalgando, empezó a cantar alegremente. Entonaba una canción tras otra, pero al final pasó a una melodía sin letra, una melodía que Tiuri no conocía. Sonaba extraña: a veces rápida, luego lenta, a veces emocionante, a veces suave y misteriosa. Piak la tarareaba una y otra vez con constantes variantes. Al final pareció encontrar una melodía que le gustó. Entonces miró a Tiuri y le preguntó en voz baja:

—¿Sabes lo que estoy tarareando?

—No.

—Una cancioncilla basada en las palabras que sólo nosotros conocemos. No puedo cantarla en voz alta. Cántala conmigo pero en silencio.

Piak empezó a canturrear de nuevo, y sí, Tiuri notó que podía cantar el mensaje de la

carta con esa música. Después de un rato, canturreó con él y de esa forma, cantando sin palabras, se internaron en el Bosque de Ingewel.

Aquel bosque no se parecía a ninguno de los que hubiera visto Tiuri. La hierba era más verde, los árboles más bonitos, las trepadoras más caprichosas que en cualquier otra parte. El camino estaba totalmente cubierto por un musgo denso y elástico. Pero lo más curioso era que por todas partes crecían flores: las había a ambos lados del camino, crecían en los troncos y colgaban en guirnaldas de las ramas.

Pasadas una o dos horas vieron a tres hombres vestidos de verde y marrón tumbados a un lado del camino. Junto a ellos había ramos de flores que al parecer habían cortado.

–Buenas tardes, chicos –dijo uno de ellos–. Cabalgáis demasiado rápido.

Los amigos retuvieron a sus caballos.

–¿Por qué? –preguntó Piak.

–¿Qué os parece este bosque? –preguntó el hombre.

–Es el bosque más bonito que he visto nunca –contestó Piak.

–Ésa es la única respuesta correcta. Pero en el Bosque de Ingewel no hay que tener prisa. No nos gusta. Vamos, tumbaos a nuestro lado y escuchad el canto de los pájaros. Y comed una de mis manzanas. ¿O preferís una ciruela o una cereza silvestre? Ninguna fruta sabe tan rica como la fruta de Ingewel. El rey no quiere comer otra.

Los amigos se bajaron del caballo; ya iba siendo hora de descansar un rato. Siguieron el consejo de aquel hombre, se echaron sobre la hierba y comieron la fruta.

–¡Ay! –exclamó Piak–, esto es maravilloso.

–¿Sois extranjeros? –preguntó otro.

–Sí –contestó Piak.

–Queríamos visitar vuestro país –añadió Tiuri.

Los hombres la consideraron una empresa muy loable y les hicieron todo tipo de preguntas; de dónde venían y dónde habían estado. También les contaron cosas de su país y en especial de Ingewel.

–Tenéis que venir a la Fiesta de las Flores –dijo uno de ellos–. Todo el mundo va adornado con flores cantando y bailando por el bosque. Y por la noche nos reunimos en Ingewel; ése es el lago que da nombre a esta región. Allí vamos en barca y nos tiramos flores los unos a los otros hasta que el agua deja de verse por la cantidad de flores que flotan en ella.

–Este año no ha habido Fiesta de las Flores –contó otro algo triste–, porque el caballero Andomar no estaba. El caballero Andomar es el señor que gobierna esta región; no hay otro como él. Se marchó a principios de año. El rey lo envió de viaje a Eviellan. Aquél es un país peligroso; no vayáis nunca.

–Pero firmaremos la paz con Eviellan –dijo el tercero–. Por eso el rey mandó allí a sus mejores caballeros. ¿Y a quién iba a elegir mejor que a nuestro caballero Andomar?

–Pero todavía no ha vuelto –volvió a decir otro.

Los hombres guardaron silencio y los chicos también lo hicieron.

Tiuri se preguntó si aquella amable gente volvería a ver alguna vez a su señor y si el caballero Andomar volvería a celebrar alguna vez la Fiesta de las Flores.

Se levantó y dijo que debían continuar.

—¿Ya? —preguntaron los hombres—. ¡Cuánta prisa!

—Queremos llegar a una posada antes de que se haga de noche —dijo Tiuri—. A la posada La Primera Noche.

—Podéis dormir perfectamente al aire libre —dijo uno de los hombres—. Pero La Primera Noche también está bien. Se encuentra en el pueblo, junto al Ingewel. Para llegar sólo tenéis que seguir este camino.

Los amigos se despidieron de los hombres y continuaron. No se dijeron mucho más el uno al otro.

Tiuri no dejaba de pensar en el caballero Andomar, al que no conocía, pero que había sido un compañero de batalla del caballero Edwinem. De pronto se dio cuenta de que tras la paz y la alegría de aquella bonita región había miedo y preocupación. Y se preguntó qué significaría para los habitantes de aquel país el mensaje que él, un extranjero, tenía que transmitir.

Era casi de noche cuando llegaron a la aldea que también se llamaba Ingewel y que se encontraba junto al lago, cerca de la linde occidental del bosque. El lago brillaba tranquilo y misterioso bajo la luz crepuscular. Junto a las orillas crecían nenúfares blancos por lo que parecía que era la Fiesta de las Flores. Al sur algunas torres puntiagudas sobresalían tras los árboles. Los chicos oyeron después que eran las del castillo del caballero Andomar.

Encontraron enseguida la posada. Era grande y la única del pueblo. El posadero los recibió con mucha amabilidad. Se ocupó de los caballos y dijo que podían tener otros de refresco para seguir el viaje.

—Tenéis suerte. Me quedan dos que están bien descansados. Ya no tengo al mejor caballo; se lo he dado a un caballero que vino esta tarde desde el este. Pero es que era un mensajero de camino a la ciudad de Unauwen.

«El mensajero de Dangria», pensó Tiuri y preguntó:

—¿Ah, sí? Y ¿cuándo ha salido de aquí?

—Llegó a las cuatro. Comió aquí y descansó un poco. Se marchó a eso de las siete, así que hace algo más de una hora.

Entonces preguntó a los chicos qué querían comer.

—Nos da lo mismo —dijo Tiuri—. Déjeme que antes le enseñe lo que podemos pagarle. No llevamos mucho dinero.

—No pasa nada. Venís de parte del señor Ardian, el señor del pontazgo del río Arco Iris, así que seríais bienvenidos aunque no tuvierais dinero para pagar. También os daré una habitación para esta noche. Los viajeros que vienen del pontazgo siempre pasan aquí la primera noche. Por eso se llama así mi posada.

Los amigos disfrutaron de la cena. No había muchos huéspedes: sólo un viajero y algunos aldeanos. Después de la cena, la mujer del posadero los acompañó a su habitación.

—¡Qué maravilla! —suspiró Piak después de dejarse caer sobre el centón de la cama—. ¿Quieres creer que estoy cansado? Ahora es cuando noto que me he pasado el día sentado en una silla. Ahora puedo ponerme tan ricamente boca abajo y dormir.

Bostezó sonoramente, miró a Tiuri y se echó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Tiuri.

—Esta cama es tan bonita y tú tienes un aspecto tan diferente... Esa chaqueta que llevas es preciosa; se han mezclado todos los colores.

Tiuri también se rió.

—Era la chaqueta más barata del mercado de Dangria. Tú tampoco vas muy elegante.

—Cuánto lo siento por esta bonita cama —dijo Piak—. Pero no me importa. Seguiré tumbado.

Tiuri volvió a ponerse serio.

—Pero no por mucho tiempo —dijo.

—¿Y eso? ¿Quieres que sigamos viaje ya mismo?

—Sí, quiero llegar a la ciudad de Unauwen lo antes posible. Nos darán caballos de refresco así que...

—Tienes razón —dijo Piak suspirando.

—Iré a decirle al posadero que queremos irnos ya —siguió diciendo Tiuri—. Tampoco ahora mismo. Digamos que dentro de una hora.

Volvió al comedor. El posadero le prometió encargarse de que los caballos estuvieran listos en una hora. No parecía sorprenderse ni sentir curiosidad fácilmente, porque no dijo una palabra sobre la apariencia de sus jóvenes huéspedes, y tampoco hizo ni una sola pregunta.

Cuando Tiuri volvió junto a Piak, éste se había dormido. Tiuri también se acostó, pero no se durmió. Era extraño lo que sentía en aquel entorno tranquilo y amable, pero tenía la sensación de que debía apresurarse más que nunca y que no había tiempo que perder.

2. Una noche angustiosa en las Colinas Lunares

—Dejad los caballos en el establo de la posada Las Colinas Lunares —dijo el posadero cuando los amigos estuvieron listos para partir.

—¿Las Colinas Lunares? —preguntó Piak, que se había encaramado a la silla con cara de dolor.

—Sí, se llaman así porque cuando brilla la luna es cuando son más hermosas. Ya no hay luna llena, de todos modos las veréis bastante bonitas.

—¿A qué distancia está esa posada? —preguntó Tiuri.

—A un día de viaje, a unas once o doce horas. En las Colinas Lunares podréis cabalgar rápidamente, la noche está despejada. Si tenéis que ir más lejos podéis quedaros los caballos, a no ser que consigáis otros en la posada. Ya los recuperaré en su momento. ¡Buen viaje!

Los jóvenes le dieron las gracias, se despidieron y se fueron. Cabalgaron al paso por la aldea silenciosa y después algo más rápido por el bosque. Al poco tiempo la aldea quedó atrás. Después se internaron en aquellas colinas que debían ser tan bonitas bajo la luz de la luna.

Llegaron a un paisaje sorprendente, un paisaje de cuento: colinas suaves cubiertas de hierba, rocas grises y algún que otro arbusto o árbol caprichoso. El camino era prácticamente blanco y todos los colores eran difusos excepto el negro intenso de las sombras. Tal vez fuese por la luz de la luna que brillaba claramente en un cielo lleno de pequeñas nubes transparentes. Había mucho silencio, pero cuando retuvieron un momento a sus caballos oyeron un ruido: el monótono canto de los grillos en la hierba. Parecía una región deshabitada; no vieron ni una casa ni ningún otro signo de presencia humana.

Los jóvenes cabalgaron un rato en silencio. Contribuían así a la paz que había a su alrededor.

El paisaje empezó poco a poco a cambiar de carácter. Al principio apenas lo notaron, pero de pronto descubrieron que las colinas se habían vuelto más altas, el camino más estrecho, los arbustos más espesos y los árboles más irregulares. Todo el paisaje parecía más salvaje y desolado. Y, al mismo tiempo, parecía haber cambiado algo más. La paz parecía amenazadora, la luz fantasmal; todo el entorno adquirió un tinte aterrador. Así, al menos, es como lo percibió Tiuri aunque no le dijera nada a Piak.

Pero Piak parecía sentir lo mismo. No dejaba de mirar a su alrededor y en un momento dado empezó a cantar en voz baja como si intentase ahuyentar un miedo indefinido. Pero su voz sonó extraña y fuerte en el silencio de la noche, se hizo insegura y se extinguió.

Otro sonido llegó de pronto a sus oídos. Tiuri detuvo su caballo tirando de las riendas.

—¿Has oído eso? —susurró.

—Sí. ¿Qué era?

—No lo sé... Silencio, ahí está otra vez.

Eran relinchos.

—Un caballo —dijo Tiuri en voz alta.

Enseguida vieron aparecer un caballo por detrás de una cadena de colinas. Cruzó el camino y se detuvo a un lado durante un momento. Después se alejó dando saltos y desapareció de su vista.

—No llevaba jinete —masculló Tiuri—. ¡Qué extraño!

—¿No puede haber sido un caballo salvaje?

—Llevaba riendas y silla.

—Ah.

Se quedaron mirando hacia el lugar en el que habían visto al caballo.

«Tenemos que ver si ha pasado algo», pensó Tiuri. «Pero ¿por qué tiene que haber pasado nada?», sostuvo. Aquel caballo podía haberse escapado sin más.

A pesar de ello cabalgó despacio hacia el lugar por el que había aparecido el caballo. Piak lo acompañó.

A medida que se acercaban, Tiuri tuvo la sensación cada vez más fuerte de que había algo maligno en los alrededores; algo que se escondía en las sombras entre las colinas, o que esperaba detrás de la inmóvil maleza.

—Este es el lugar —susurró.

—¿Vas a ir a ver qué hay ahí? —preguntó Piak susurrando igualmente.

—Sí —dijo Tiuri con decisión.

Se bajó del caballo y Piak le siguió. Se quedaron a un lado del camino y miraron en una pequeña hondonada. Vieron un sendero que se perdía entre matorrales. Aguzaron los oídos, pero no oyeron otra cosa que el canto de los grillos y su propia respiración.

A continuación bajaron con cuidado por la hondonada.

Tiuri se detuvo después de andar unos pasos.

—Quédate aquí —susurró.

—No, voy contigo.

—No lo hagas. Si hubiese algo, me refiero a algún peligro, es mejor que no vayamos los dos. Ya sabes por qué.

Tiuri avanzó rápidamente sin esperar respuesta y se internó, venciendo su miedo, en la oscura maleza. Pasado un instante llegó de forma inesperada a un claro. Allí había una figura humana tendida en el suelo.

Tiuri se detuvo. Había contado con algo así, pero dudó un instante antes de ir hacia allí y arrodillarse a su lado. Entonces se le cortó la respiración.

Lo que vio fue la cara del escribano del alcalde de Dangria. Éste parecía dormido, pero no había duda de que estaba muerto; había sido alcanzado en el corazón por una flecha.

Un ruido a su espalda le hizo volver la vista asustado. Era Piak que le había seguido a pesar de todo. Estaba pálido y descompuesto, y sus labios se movían sin que le saliese ni un sonido por la boca.

—Ha sido asesinado —dijo Tiuri.

Piak ahogó un suspiro tembloroso y repitió:

—¡Asesinado!

Ambos guardaron silencio.

—¿Por qué? —masculló Piak.

—No lo sé —contestó Tiuri volviendo a mirar la cara del joven que le había ayudado hacía tan poco; del mensajero enviado a Unauwen por el concejo. Un mensajero que se dirigía al rey Unauwen.

Con manos temblorosas cogió las del mensajero y las puso una sobre la otra.

–Recemos por su alma –dijo de forma casi inaudible.

Al rato los amigos se levantaron y se miraron.

–Y ahora ¿qué? –susurró Piak–. ¿Debemos dejarle ahí tumbado?

–No lo sé –empezó a decir Tiuri. El suceso le había conmocionado mucho. Tenía la extraña sensación de que aquello tenía algo que ver con su misión. El escribano también se había puesto en camino con un mensaje para el rey Unauwen. Miró en la bolsa de viaje que había en el suelo. No había ninguna carta en su interior. Después de dudar un poco, registró la ropa del propio muerto pero allí tampoco encontró nada.

–¿Por qué haces eso? –susurró Piak.

–Buscaba la carta. Pero no está.

Se levantó y añadió:

–No puede llevar mucho tiempo muerto.

–¿Quién es?

–No le conoces. Él es... era el escribano del alcalde, el mensajero enviado por Dangria al rey Unauwen.

–El mensajero –susurró Piak.

Volvieron a mirarse. Piak fue el primero en hablar.

–¿Seguirá... seguirá por aquí el que lo ha matado? –susurró.

Tiuri no contestó. Después de lo visto, la idea de que ese asesinato tenía algo que ver con su misión ya no era tan descabellada. A fin de cuentas el escribano había sido enviado al rey para comunicarle lo acontecido en Dangria... y esos hechos tenían muchísimo que ver con su misión. Entonces tuvo un pensamiento estremecedor: ¿podría ese asesinato ser una *equivocación*? ¿Se habría cometido por otra carta, por otro mensaje... su mensaje? ¿Era Slupor el asesino?

Se asustó porque Piak le agarró y le arrastró hasta la maleza.

–¿Qué pasa?

–Creo que le he visto –susurró Piak.

–¿A quién? ¿Dónde?

–No, a nadie. Sólo algo que se movía. Allí, en aquel árbol.

Piak señaló hacia el oeste.

Tiuri miró.

–En aquella colina, un poco más allá. ¿Ves aquel árbol?

–Sí –susurró Tiuri. El árbol estaba inmóvil, pero ¿no se movía algo en los arbustos cercanos?

Los amigos miraron tensos, pero no vieron moverse nada. ¿Eran imaginaciones suyas o había realmente alguien por los alrededores? Tiuri estaba seguro de esto último. Y si era el asesino, estaban corriendo un gran peligro. Podría haberlos visto y debía de estar armado con arco y flechas. Ellos no tenían más armas que el puñal que llevaba en el cinto.

–Ven –susurró.

Se arrastraron por la maleza hasta que consiguieron llegar muy cerca del camino. Sus caballos seguían allí.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar Piak.

—¡Silencio! —susurró Tiuri. Miró a través de los arbustos por si advertía algún peligro. Pero todo estaba inmóvil bajo la blanca luz de la luna—. Si está aquí, nuestra vida no está a salvo. En cualquier caso, creo que no está cerca.

—¿Él? ¿El asesino?

—Sí.

—¿No tiene por qué asaltarnos, no?

—Me temo que sí.

—¿Por qué?

Tiuri no dijo nada. Volvió a mirar a su alrededor. No debían quedarse allí.

—¿Estás pensando... estás pensando... estás pensando en Slupor? —le susurró Piak al oído.

—Chist —ordenó Tiuri. De pronto no le apetecía nada escuchar ese nombre.

Se quedaron un momento en silencio, uno al lado del otro.

«Podemos seguir cabalgando», pensó Tiuri, «tan rápido como nos sea posible hasta que lleguemos a una región habitada». Probablemente al hacerlo adelantarían al asesino. «O podemos volver a Ingewel. Pero también nos puede seguir hasta allí. ¡Ya sé qué vamos a hacer!»

Y dijo:

—Tenemos que irnos de aquí. Uno de nosotros volverá y el otro seguirá el viaje.

—¡No! —susurró Piak—. Permanezcamos juntos.

Pero Tiuri sabía que su plan era mejor. Si alguien estaba empeñado en atraparlos, sólo podría seguir a uno de los dos; así el otro quedaría fuera de su alcance.

—Yo continúo —decidió—. Tú te vuelves, vas a la posada y les cuentas lo del asesinato. Consigue hombres armados y tráelos hasta aquí.

—¿Y tú?

—Ya te lo he dicho, ¿no? Yo sigo el viaje.

—Pero Tiuri, no puedes hacer eso. No solo. Yo voy contigo.

—No. ¡Entiéndelo! No podemos quedarnos juntos. Tenemos que repartirnos el riesgo.

—Y a ti te toca... Tienes que pasar por su lado...

—¡Silencio! —interrumpió Tiuri a su amigo—. No lo sabes. ¡Vete ya!

—No. No quiero hacerlo así.

—Si no quieres irte, te lo ordeno —susurró Tiuri nervioso—. Has prometido que me obedecerías en todo.

—Pero si es Slupor...

—Precisamente por eso tenemos que hacerlo así —contestó Tiuri y, casi enfadado, siguió diciendo—: ¡Piak, obedece! No debes pensar en ti mismo o en mí.

Piak no dijo nada.

—¿Vas a obedecerme?

—Sí —susurró Piak triste.

Tiuri fue hacia los caballos. Piak le siguió más despacio. Los caballos estaban intranquilos, pero seguían sin ver a nadie.

—Hagámoslo —susurró Tiuri tendiéndole la mano a Piak. Piak la estrechó pero tardó en soltarla.

—¡Escucha! —exclamó Piak en voz baja.

—No oigo nada —contestó Tiuri retirando la mano.

Piak se llevó el dedo a los labios.

Tiuri escuchó. Entonces también lo oyó, muy débilmente, muy lejos. Pasó un rato antes de reconocer el sonido.

¡Era ruido de cascos!

Se arrodilló y pegó la oreja al suelo. Volvió a levantarse y señaló al este.

—Vienen de allí —susurró.

Recorrieron con la mirada el camino que habían seguido pero no vieron nada... todavía.

—¿Tengo que irme ya? —preguntó Piak.

—No. Espera un poco.

Era como si aquello ya lo hubiese vivido y de pronto pensó en aquella noche, hacía mucho tiempo, la primera noche de su aventura. En aquella ocasión habían sido los Caballeros Rojos. ¿Quiénes serían los jinetes que se acercaban? ¿Serían amigos o enemigos?

Sujetó al caballo por las riendas y le hizo señas a Piak. Se escondieron a una cierta distancia del camino, cerca del lugar en el que yacía el escribano.

El ruido de cascos se oyó con más claridad; los jinetes no tarda rían en llegar hasta ellos. Sí, ahí estaban. Se acercaron como sombras veloces. Parecían guerreros con lanzas o picas. Pasaron al galope por delante de ellos. Eran unos diez. Pero no iban vestidos de rojo.

Tiuri pensó un momento si darles el alto, pero no lo hizo. Los jinetes aún no se habían alejado mucho cuando uno de ellos dio la orden. Se detuvieron y hablaron entre sí de forma ininteligible. Después giraron y retrocedieron.

Los amigos se abrazaron sin querer. Los jinetes volvían. Algunos habían desmontado y llevaban sus caballos por las riendas. Iban lentamente hacia ellos por el camino.

—¿Lo veis? —sonó muy clara la voz de uno de los jinetes—. No han pasado de aquí. Lo veo en las huellas.

«Nos están buscando», pensó Tiuri. Tenía que actuar rápidamente. Se inclinó hacia Piak y susurró:

—¡Vete! Cabalga hasta Ingewel. ¡Deprisa!

Piak le miró con los ojos muy abiertos y negó con la cabeza.

Tiuri le dio un empujón.

—¡Deprisa! —susurró—. Piensa en la misión. Yo los retendré, si...

Guardó silencio. Los jinetes estaban tan cerca que no se atrevió a decir nada más.

Por suerte Piak obedeció. Se fue hacia los caballos que estaban detrás de ellos, cogió el suyo por las riendas y empezó a escabullirse.

Tiuri volvió a dirigir la mirada a los jinetes.

—Bueno, tienen que estar por aquí —dijo la misma voz.

Una voz que le resultaba familiar. El hombre al que pertenecía estaba frente a él con el caballo sujeto por las riendas. Tiuri no llegaba a distinguir los rasgos de su cara. El hombre volvió a hablar:

—¡Eh! —llamó—. ¿Hay alguien ahí?

Y después añadió:

—Martín, Piak. Estoy buscando a Martín y a Piak. ¿Estáis por aquí?

Tiuri contuvo la respiración. Oyó el crujir de las ramas.

Miró hacia atrás pero ya no había rastro de Piak.

En aquel momento se acercaba otro jinete montado a caballo.

—¡Silencio! —dijo éste—. Oigo algo.

Todos callaron. Tiuri escuchó claramente el ruido que hacía Piak, y que ellos también debían estar oyendo. Tenía que ayudarle a escapar.

Antes de que los jinetes volvieran a ponerse en movimiento, dijo con una voz un tanto temblorosa:

—¿Quién anda ahí?

—¿Eres tú? ¿Martín, Piak? —preguntó el hombre que tenía más cerca. Después se metió entre los arbustos donde Tiuri se escondía.

—¡Alto! —ordenó Tiuri—. ¡Alto! Estoy armado. ¡No des ni un paso más!

Hubo murmullo entre los jinetes.

El hombre que se había dirigido a él, probablemente el capitán, se detuvo y dijo sorprendido:

—Buen amigo, buen amigo, ¿y ahora qué? No tienes nada que temer.

—¡Quieto! —gritó Tiuri—. Tengo arco y flechas. Dispararé. No des ni un paso más. Quieto, que nadie se mueva.

Cogió su puñal para disponer de un arma en cualquier caso.

El capitán de los jinetes empezó a decir algo, pero Tiuri lo interrumpió y repitió sus palabras.

—¡Quieto! Dispararé al primero que se mueva. ¡Les digo que dispararé! —hablaba fuerte y rápido, y repetía sus palabras varias veces. Piak debía estar a salvo antes de que los jinetes se dieran cuenta de que no llevaba arco ni flechas.

—¡Pero amigo! —exclamó el capitán cuando Tiuri por fin calló—. No tenemos malas intenciones. ¿Eres Martín o Piak?

—Creo que sólo hay uno —dijo otro jinete.

—Estamos los dos aquí. ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de nosotros?

—¿Es que no nos reconoces? —preguntó el capitán—. Nos ha enviado para daros alcance...

—¿Quién? —preguntó Tiuri.

El otro se acercó un paso más.

—El señor del pontazgo.

3. Slupor

Aquella noticia sorprendió mucho a Tiuri. Pero siguió desconfiando.

—¿El señor del pontazgo? —repitió—. ¿Por qué? Y ¿cómo puedo saber si es verdad?

—¡Soy Warmin! —exclamó el capitán de los jinetes—. Mira, me estoy desarmando para que veas que vengo en son de amistad —dijo mientras lo hacía.

Sí, su voz sonaba, en efecto, a la de Warmin.

—Venimos de parte del señor del pontazgo —siguió diciendo el soldado—, para protegeros del peligro. Y al parecer no sin motivo. Os contaré algo para convenceros de que podéis confiar en nosotros. Dejad que me acerque.

—Bien —dijo Tiuri. Y aún con prudencia añadió:

—Pero sólo usted.

Warmin, si es que lo era, ordenó a sus hombres que se quedaran donde estaban y se dirigió a los arbustos.

—¿Dónde estáis? —preguntó.

—Estoy aquí —contestó Tiuri dando un paso adelante. Le miró. Sí, reconocía la cara ruda, curtida pero digna de confianza del centinela del pontazgo.

Éste se inclinó hacia él.

—Ajá, Martín —dijo susurrando y siguió diciendo—: Esto es lo que el señor del pontazgo desea transmitirte: «*Por la joya que ambos conocemos* te pido que aceptes la ayuda de mis servidores».

Tiuri se llevó la mano al pecho y notó el anillo. Envainó el puñal y dijo:

—Gracias, Warmin. Pero ¿por qué os ha enviado el señor del pontazgo?

—Oyó algo que le preocupó. Si confías en nosotros, acepta nuestra ayuda. Y di a tu amigo que también salga de donde esté.

Warmin tendió las manos para demostrarle que iba desarmado.

—No llevamos escudo —añadió—. Sólo podemos llevarlo en la región del río Arco Iris.

Tiuri olvidó sus recelos y le estrechó la mano.

—Perdóneme, pero ha ocurrido algo que me ha hecho temer la presencia de enemigos.

—¡Pero si no tienes ni arco ni flechas! —exclamó Warmin sorprendido.

—No, estaba disimulando. Yo... me alegro de no haberlos necesitado.

Suspiró una vez que la tensión había desaparecido.

Ambos fueron rodeados por el resto de los jinetes.

—¿Dónde está tu amigo? —preguntó uno de ellos.

—No está aquí.

—¿Estás solo? —preguntó Warmin nuevamente sorprendido—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Espere un momento —dijo Tiuri. Se llevó las manos a la boca y gritó:

—¡Piak! ¡Piak!

—Así que es él a quien acabo de ver —masculló uno de los jinetes.

—¡Piak! —volvió a gritar Tiuri—. ¡Vuelve!

Su amigo no podía estar lejos y tal vez oyera su llamada. El silencio que siguió le empezó a preocupar. Y si le hubiese pasado algo.

—¡Piak! —gritó una vez más.

—Yuju —sonó como respuesta—. Ya voy, ya voy.

Piak apareció sorprendentemente rápido. Se detuvo a cierta distancia de ellos y preguntó:

—¿Eres tú de verdad, Tiuri?

—Muy bien, Piak. Nunca hay que ser demasiado confiado. Ven. Estamos entre amigos. Has venido muy rápido —siguió diciendo cuando Piak se bajó del caballo a su lado.

—En ningún momento me he alejado. Cómo iba a dejarte aquí solo. Estaba allí, detrás de aquella roca. Y había juntado un montón de piedras por si... si...

—Vaya, vaya —dijo Warmin riendo—. Hemos escapado a un gran peligro.

—¡Warmin! —exclamó Piak.

—El mismo, para servirte —contestó el soldado.

—¡Uf! —suspiró Piak—. ¡Vaya noche! Creo que he vuelto a verle, Tiuri. A lo lejos. Creo que ha huido hacia el oeste.

—¿Quién? —preguntó Warmin.

—El... el... —Piak calló de pronto.

—¿Qué es lo que ha pasado? —volvió a preguntar Warmin mirándoles alternativamente—. Y ¡qué raro! Te ha llamado Tiuri. Creí que te llamabas Martín.

Piak dio un respingo.

—Y así es —contestó Tiuri con calma—. Quiero decir que mi nombre aquí es Martín, aunque también me llamo Tiuri.

Le hizo un gesto a Piak para indicarle que no tenía importancia. En efecto ya no importaba mucho que supieran su nombre.

—Bueno —dijo Warmin.

—Hemos encontrado a alguien cerca de aquí —contó Tiuri—. Asesinado. Muerto de un flechazo.

—¿Asesinado? —preguntó Warmin—. ¿Quién?

—El mensajero que iba a ver al rey Unauwen —contestó Tiuri. Fue hacia el lugar en el que se encontraba el cadáver. Los demás le siguieron.

Un instante después Warmin miraba el cadáver.

—¡El mensajero de Dangria! —exclamó estremecido—. ¿Por qué ha ocurrido esto? Y además aquí, en este país. ¿Un ladrón?

—Creo que sólo le quitó la carta —dijo Tiuri y se dirigió a Piak—. Tú le has vuelto a ver. Entonces tal vez nosotros consigamos además darle alcance.

—¿Al asesino? —preguntó Warmin.

—No puede estar lejos —dijo Piak—. Hace un momento no podíamos hacer nada. Estábamos pendientes de él.

—Ahora empiezo a entenderlo —dijo Warmin—. Pero en este instante no podemos perder el tiempo con charlas.

Corrió hasta su caballo.

—¿Dónde le has visto? —preguntó a Piak.

Éste señaló una colina al suroeste.

—¿Vamos tras él? —preguntó Warmin a Tiuri.

—Sí —contestó Tiuri subiendo también a su caballo.

—Pero ten cuidado, Ti... Martín —le dijo Piak a su amigo.

—Permaneced agrupados —ordenó Warmin a los jinetes—. Y que los jóvenes vayan en el centro.

Se pusieron en movimiento.

Pero Tiuri pensó: «Si el asesino es realmente Slupor, me temo que no le encontraremos».

El resto de la noche no fue angustiosa, pero estuvo llena de tensión febril. Encontraron un rastro de hierba aplastada y lo siguieron hasta que desapareció en un riachuelo. Luego estuvieron recorriendo las colinas durante mucho tiempo. Fue como estar persiguiendo sombras porque no encontraron a nadie. La noche ya estaba muy avanzada cuando volvieron al camino, no lejos de su punto de partida.

—¿No os lo habréis imaginado? —preguntó Warmin a los chicos.

—Puede ser, por supuesto —dijo Tiuri—, pero no lo creo.

—Seguro que no —dijo Piak decidido.

—Si es quien yo me temo, no se dejará encontrar fácilmente —dijo Tiuri.

—Y ¿quién es? —preguntó Warmin.

—No puedo decírselo. Apenas sé nada de él.

—Qué extraño —dijo Warmin sorprendido—. ¿Va a veces vestido de marrón, con el pelo largo y claro, y sombrero de ala ancha?

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó Tiuri asombrado.

De pronto recordó algo: el hombre apoyado en el puente y que se había reído...

—Sí, eso aún no te lo he contado —dijo Warmin—. Pero ¿qué hacemos ahora? El muerto no puede quedarse aquí tendido. Debemos capturar al asesino; si no es ahora, mañana. La noticia debe llegar a Dangria y al rey, y en cualquier caso a Ingewel; es el lugar más

cercano y allí encontraremos a un mensajero. Los guerreros del caballero Andomar pueden ayudarnos a buscarlo. Él también puede haber huido a Ingewel, ¿no es cierto?

—Tiene razón —dijo Tiuri—. Pero no podemos esperar. Debemos seguir.

—Lo sé. Nosotros tenemos que acompañaros hasta donde queráis. ¿Te parece bien si ordeno a tres de mis hombres que se ocupen del cadáver y se dirijan a Ingewel?

—Claro que sí.

Tres de los jinetes se fueron un instante después. Luego Warmin volvió a dirigirse a los amigos.

—Os contaré por qué nos ha enviado el señor del pontazgo. ¿Qué hacemos: seguimos o descansamos un poco?

—Descansemos un poco, por favor —dijo Piak, y Tiuri estuvo de acuerdo.

Se sentaron al borde del camino y Warmin dijo:

—Lo que tengo que contaros es breve. El mensajero de Dangria, que en gloria esté, llegó ayer por la noche al pontazgo.

—¿Sabía usted que era un mensajero? —preguntó Tiuri.

—No tenía ningún motivo para ocultarlo. Necesitaba un caballo de refresco, y cualquier mensajero puede conseguir caballos descansados en cualquier parte. Se le dio uno y continuó inmediatamente. Aún quería recorrer un trecho antes de reposar. Bueno, eso es todo lo que hay sobre el mensajero. Es mejor que el resto lo cuente Imin; él estaba de guardia la pasada mañana.

Uno de los jinetes tomó la palabra.

—Sí, esta mañana estuve de guardia, quiero decir ayer por la mañana. El primero en llegar al puente fue un extranjero; creo que era extranjero por el acento. Pagó el pontazgo: tres monedas de oro porque era la primera vez que cruzaba el río. Charló un poco conmigo. Hablamos de un montón de cosas: del tiempo, de los cultivos del campo, y entonces me preguntó si por casualidad había cruzado un joven el puente hacía poco. Tal vez, dijo, fueran dos, dos jóvenes. Uno debía tener unos dieciséis años, el pelo oscuro y los ojos claros. Del otro no dijo nada. Le conté que dos jóvenes, me refería a vosotros, claro, no habían podido pagar el pontazgo y que, por lo tanto, debían seguir en la orilla oriental del río. Al extranjero pareció divertirse. Bueno, a lo mejor estoy exagerando un poco. Sólo dijo: «Vaya, vaya», pero me atrevería a jurar que se reía. No pude verle bien la cara; tenía el sombrero muy calado sobre los ojos y era de ala ancha.

—¿No tiene ni idea de qué aspecto tenía? —preguntó Tiuri.

—No... Tenía el pelo rubio que le salía del sombrero, y la ropa era muy normal, marrón... y él... Pero eso ahora os lo cuento. Bien, algo más tarde os descubrimos en la isleta. Warmin recibió la orden de recogeros. A mí ya se me había olvidado el extranjero; creí que habría seguido su camino. Pero mientras estaba en el puente con otro centinela viendo cómo os recogían de la isleta, apareció de pronto a nuestro lado. «Así que esos son los jóvenes», dijo. «¡Qué malos! ¡Cómo se atreven a eludir el pontazgo!» Nos preguntó qué castigo pesaba sobre eso y lo que oyó pareció gustarle. Se apoyó en el

ponte para miraros y volvió a reírse. Aquella sonrisa me resultaba desagradable. Pensé que teníais lo que os merecíais, pero aquel tipo no me caía bien. Nosotros, los centinelas, volvimos a la barrera porque había más gente que quería cruzar por el puente. Entonces Warmin se acercó un momento a nosotros.

—Sí —le interrumpió Warmin—. Le conté a Imin que habías pedido que te permitieran ver al señor del pontazgo.

—Y aquel extranjero volvía a estar allí —siguió diciendo Imin—. Dijo que vuestro sitio era la cárcel. Entonces le dije: «Parece que lo estuviera deseando. Usted conoce a esos jóvenes, ¿verdad?». Pero me dijo que no. «Bueno», le dije, «había preguntado por un joven de pelo oscuro y ojos claros, ¿no?». «De esos hay muchos», dijo él. «A éste no le conozco. Yo pregunté por un amigo mío. Iba a cruzar el río conmigo, pero seguro que se ha entretenido. Viene del este, de Dangria.»

—Al decir esto —dijo Warmin—, le conté lo del mensajero que había pasado por allí la noche anterior, que también tenía el pelo oscuro y los ojos claros. Tal vez no debí hacerlo, pero no sospeché nada malo. Cuando el extranjero oyó aquello pareció asustarse...

—Sí, se asustó —dijo Imin—. Levantó la cabeza y nos miró. Vi sus ojos y yo también me asusté. Era como si estuviera mirando a una serpiente. Y de pronto le entraron las prisas. Pasó el puente como si le siguiera el diablo.

«O sea que sí», pensó Tiuri. «El extranjero era Slupor; sólo podía ser él. Al principio el espía habría pensado, con razón, que el joven que buscaba estaba encerrado. Pero cuando oyó hablar de otro joven que se dirigía al oeste, un mensajero con una carta para el rey Unauwen, le entraron dudas y le siguió. El pobre escribano había sido asesinado por una flecha que iba destinada a él, a Tiuri. Pero Slupor ya debía saber que se había confundido y que había matado a la persona equivocada. Había robado y leído la carta, y a esas alturas ya debía saber, por supuesto, que aquélla no era la carta que estaba buscando...»

Warmin siguió contando:

—Después, cuando ya os habíais marchado, hablé con el señor del pontazgo. Parecía estar preocupado por algo que le había contado el segundo mensajero de Dangria. Me preguntó si habíais partido sanos y salvos, y entonces dijo, casi para sí mismo: «Me pregunto si he debido dejarles que fueran solos». «¿Por qué, señor?», pregunté. «Porque tal vez estén en peligro.» Entonces le conté lo del hombre del puente. No era gran cosa pero él pareció asustarse. «Warmin, ¿conseguirías alcanzar a esos jóvenes? Ve a caballo y llévate a diez hombres armados. Alcánzalos, cabalga con ellos y protégelos con tu vida si fuera necesario. Tal vez consigas alcanzar también al mensajero de Dangria. No sé si me estoy preocupando demasiado, pero presiento el peligro, sobre todo para esos dos chicos.» Eso es lo que dijo y por eso hemos venido.

Warmin miró a los dos amigos.

—Bien, ¿nos aceptáis como acompañantes? ¿O el señor del pontazgo se ha preocupado

demasiado y no tenéis nada que temer?

—Creo que sí —contestó Tiuri.

—¿La muerte del mensajero de Dangria tiene algo que ver?

—Sí. Ya le había visto antes. Me ayudó. Y ahora... ahora él está muerto, y yo sigo vivo...

Warmin le miró interrogante.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —dijo Tiuri—, por qué no iba a contarlo.

Warmin se encogió de hombros.

—Mi señor me ha dicho que no debo hacer preguntas —dijo—. Así que me limitaré a hacer lo que me han encargado y te ayudaré con mis hombres y mis armas.

—Gracias. ¿Seguimos?

Se levantó y notó que las piernas le temblaban del cansancio. A pesar de ello, unos instantes después estaba montado en la silla.

Así, rodeados por los soldados del señor del pontazgo, él y Piak continuaron su viaje.

Al amanecer se encontraron con gente; pastores que estaban con sus ovejas en los prados. Warmin habló con ellos y les contó lo del asesinato, describió el aspecto del asesino y les pidió que estuvieran pendientes.

Al final de la mañana llegaron a una aldehuela; allí estaba la posada en la que descansarían. Al cabo de un rato estaban sentados en el comedor y el posadero les servía la comida. Warmin le contó que iban de parte del señor del pontazgo y preguntó si podían tener caballos de refresco.

—No para toda la compañía —dijo el posadero—. No tengo tantos.

Warmin miró a Tiuri.

—¿Qué te parece? Creo que lo mejor es que todos nos detengamos un rato para que nuestros caballos puedan descansar y seguir después. Nosotros también necesitamos descanso.

Tiuri asintió.

—Bien. Pero no quiero quedarme aquí mucho tiempo.

Warmin le miró con atención.

—Tienes cara de necesitar un descanso —dijo—. Y tu amigo también. Mira, ya se ha dormido.

En efecto, Piak estaba sumido en un profundo sueño; tenía la cabeza apoyada en la mesa, cerca de un plato que ni siquiera había acabado.

En aquel momento Tiuri también notó lo cansado que estaba, tan cansado que casi no podía comer. Las conversaciones de sus acompañantes le llegaban vagas y lejanas, e incluso saber que Slupor tal vez estuviera cerca no lograba despejarlo. Warmin lo agarró por el hombro.

—Dime, ¿qué tal estás? —preguntó algo preocupado—. ¿Cuánto hace que no descansas

ni duermes?

Sí, ¿cuánto hacía de eso? Lo último que recordaba Tiuri era haber avanzado sin apenas descansar, días agotadores y noches en vela.

—No lo sé —masculló.

—¡Ahora mismo os vais a la cama! —ordenó Warmin—. ¿O quieres quedarte dormido sobre el caballo y caerte de él?

Piak se despertó por el volumen de voz y se incorporó en la silla parpadeando.

Tiuri se levantó. Warmin tenía razón. Tenía que descansar un poco y reunir fuerzas para la última parte de su viaje.

—¿Cuánto falta para llegar a la ciudad de Unauwen? —preguntó.

—Dos días y medio de viaje —contestó Warmin.

—Y ¿qué hora es?

—Más de las doce —respondió el posadero.

—¿Tiene cama para estos dos jóvenes? —le preguntó Warmin.

—Por supuesto. Venid conmigo.

—Bien —dijo Tiuri—. Pero quiero que me despierten a las cuatro.

No acompañó al posadero hasta que Warmin se lo hubo prometido. Poco después, Piak y él estaban acostados y dormían profundamente.

Warmin cumplió su promesa y fue a despertarlos a las cuatro.

—Por mí puedes quedarte en la cama un poco más —dijo—. ¿Y si pasamos aquí la noche y seguimos mañana?

—No —contestó Tiuri reprimiendo un bostezo—. Aún faltan dos días y medio, y quiero llegar tan pronto como sea posible.

—Tengo noticias del asesino —dijo Warmin.

—¿De Slupor? —gritó Piak.

—Vaya, así que se llama Slupor. Es la primera vez que lo oigo.

—¿Qué noticias son esas? —preguntó Tiuri.

—Ya no tenéis por qué temer. Le cogerán dentro de nada. Venid al comedor. Le he dicho al posadero que preparase una comida fuerte.

Dicho eso, salió de la habitación.

—Bueno —dijo Tiuri—. ¿Por qué Warmin no iba a poder saber que nuestro enemigo se llama Slupor?

—Qué burro soy —dijo Piak dando un suspiro—. Todavía no estaba bien despierto y por eso se me ha escapado. En realidad no importa que Warmin lo sepa. A nosotros tampoco nos importa mucho. Ni siquiera conocemos a Slupor.

La noticia que les había dado Warmin les había quitado el sueño y los amigos no sabían cuánto debían tardar en bajar al comedor. Allí los esperaban Warmin y otros tres soldados. Mientras comían, Warmin les contó que un jinete extraño había llegado a la

posada hacía una hora. Era uno de los pastores que vivían en la parte más oriental de las colinas.

—El pastor contó que estaba solo con su rebaño cuando, de pronto, llegó un hombre. Éste se bajó del caballo y le preguntó si podía darle algo de comer. El pastor reconoció al asesino por la descripción que habíamos dado: vestido de marrón, pelo claro y sombrero de ala ancha. El asesino notó el miedo en su rostro y amenazó con matarlo si gritaba pidiendo ayuda. Pero el pastor hizo lo mejor que podía hacer: saltó sobre el caballo del extranjero y se marchó. El asesino le disparó una flecha, aunque afortunadamente falló.

—Todavía tenía la flecha clavada en el sombrero —añadió uno de los soldados.

—¿Dónde está ahora el pastor? —preguntó Tiuri—. ¿Por qué no me han despertado?

—Porque no hacía falta —contestó Warmin—. Estabas durmiendo tan a gusto. Pero hemos enviado inmediatamente a un grupo de hombres armados al lugar donde el pastor se encontró con el extranjero. Cuatro hombres le acompañan. El pastor les indicará el camino. Sí, ha actuado con valentía y rapidez al llevarse el caballo del asesino. Así no avanzará tanto y no podrá huir muy lejos.

—Eso es cierto —dijeron los amigos.

A pesar de todo, a Tiuri le habría gustado hablar personalmente con el pastor. Le habría gustado saber más sobre el hombre cuya malvada influencia llevaba sintiendo desde Dangria. Pero a Slupor le perseguían por todas partes, había perdido su caballo y le sacaban una buena ventaja. Piak y él sólo tenían que encargarse de mantener esa distancia. Miró a Warmin.

—Tal vez ya no necesitemos su escolta. Creo que ya no tenemos nada que temer del hombre que suponía un peligro para nosotros.

—Me atengo a tu deseo —dijo el soldado—. Pero no nos cuesta nada acompañaros un poco más. El camino que va por las Colinas Lunares es muy solitario. Y el señor del pontazgo me encargó que os protegiera. No me gustaría que os pasara nada después de habernos despedido.

Tiuri sonrió.

—Les agradezco mucho su ayuda, a usted y al señor del pontazgo. Sin usted tal vez hubiéramos acabado mal.

Al final se decidió que Warmin y los tres hombres que permanecían con él acompañarían a los amigos al menos hasta el final de las Colinas Lunares. Después ya verían qué hacer.

A las cuatro y media ya estaban en camino y viajaron rápidamente, sin paradas y sin aventuras. La luna volvía a estar en lo alto del cielo cuando vieron a lo lejos un castillo sobre una colina.

—Ése es el castillo de la Luna Blanca —señaló Warmin—. En él vive el caballero Iwain. El posadero ha dicho que podemos pasar la noche allí.

—Así que voy a dormir en un castillo —dijo Piak—, y esta vez no será en un calabozo oscuro. Me parece un castillo muy bonito.

–Es muy antiguo –dijo Warmin–. Pero el castillo del señor del pontazgo lo es todavía más.

–El señor del pontazgo se llama Ardian, ¿no? –preguntó Tiuri.

–Sí, Ardian es su nombre. Antes fue un caballero errante, sin hogar, ahora es el señor del pontazgo del río Arco Iris.

–¿Entonces, el castillo del peaje no pertenece a sus antepasados?

–No. El señorío sobre el derecho de tránsito no es hereditario de padres a hijos. El propio rey nombra a los señores de los pontazgos y para ello elige a sus mejores caballeros.

–Los caballeros de los escudos blancos –dijo Piak.

–Sí, pero los señores de los pontazgos también pueden llevar los siete colores del arco iris.

–¿Cuántos caballeros tiene su rey? –preguntó Tiuri–. Y ¿cómo se llaman?

–Bueno, eso no es tan rápido de contar. Seguro que ya has oído algunos nombres, ¿verdad? Ardian, mi señor, y Wardian, su hermano, y el caballero Iwain cuyo castillo ves allí, y los hijos del caballero Iwain que aún son jóvenes. Y Andomar de Ingewel, y Edwinem de Foresterra, conocido como el Invencible, y Marwen de Iduna, cuyo apodo es Hijo del Viento Marino. Podría decirte muchos más nombres y contarte muchas historias sobre sus hazañas. Mi señor podría hacerlo mejor; tiene grandes libros que guardan la historia de este país.

Tiuri recordó el libro que había visto mientras esperaba al señor del pontazgo.

–Dígame, Warmin, su idioma es casi como el nuestro. En realidad es curioso, ¿no le parece?

–¿Curioso por qué? Más extraño me parece que alguien que tiene el mismo aspecto que yo, hable en una lengua que no entiendo sólo porque viene de otro país. Pero la lengua que hablamos aquí no es nuestra única lengua. Hay una segunda que es muy antigua... Tan antigua que la mayoría de nosotros no la conoce. Sólo los reyes y los príncipes, los sabios y algunos caballeros pueden hablar y entender esa lengua.

–¿El señor del pontazgo también? –preguntó Tiuri.

–Creo que sí. Él sabe muchas cosas y puede leer los libros. Antes yo sólo sabía poner una cruz donde tenía que escribir mi nombre, pero él me ha enseñado todas las letras.

Mientras hablaban se iban acercando al castillo. Un estrecho camino bordeado por muros de piedra serpenteaba por la colina hasta llegar a él.

Aunque ya era tarde, les permitieron entrar inmediatamente. Tanto los jinetes como los caballos recibieron una cordial bienvenida con comida y un lugar para pasar la noche.

A la mañana siguiente, muy temprano, Tiuri estaba en el patio con Warmin y Piak listo para partir.

Uno de los habitantes del castillo se les acercó y le dijo a Warmin:

–Usted es el capitán de los jinetes de Ardian, ¿no? El caballero Iwain quiere hablar con

usted. ¿Me acompaña un momento?

Warmin señaló a Tiuri y dijo:

–Permítame que este joven nos acompañe.

–¿Es necesario? –preguntó el habitante del castillo–. Mi señor ha pedido hablar con el capitán.

–Entonces seguro que tiene que acompañarnos –dijo Warmin.

El habitante miró a Tiuri algo sorprendido. Debió pensar que era demasiado joven y que su aspecto era demasiado pobre como para tener alguna importancia. Pero asintió y entró en el castillo precediéndoles.

Tiuri había fruncido el ceño un momento. Habría preferido que Warmin no hubiese llamado la atención sobre él. «Ojalá nos hubiésemos levantado antes», pensó, «así ya estaríamos de camino». Lanzó una mirada a Piak, que le guiñó el ojo animándole, y después fue tras Warmin.

Fueron conducidos a una gran sala que aún estaba medio a oscuras. Junto a una mesa, en la que había dos velas encendidas, les esperaba el señor del castillo. El caballero Iwain ya no era joven. Tenía el pelo blanco pero su figura era muy esbelta. Miró al uno y al otro, y entonces preguntó a Warmin:

–¿Eres tú Warmin, el capitán de los soldados del señor Ardian?

–Sí, señor caballero –contestó Warmin haciendo una reverencia.

–He oído que un hombre fue asesinado anoche en las Colinas Lunares –siguió diciendo el caballero Iwain–. Un mensajero que se dirigía al rey Unauwen. ¿Es eso cierto?

–Sí, señor caballero.

–¿Por qué no me informó inmediatamente de ello? El oeste de las Colinas Lunares pertenece a mi territorio, y hasta que el caballero Andomar regrese, la otra parte también está bajo mi vigilancia.

–Enviamos noticias a Ingewel, señor caballero. Y se avisó a toda la gente de los alrededores para que buscaran al asesino.

–¿Por qué no ha ido usted mismo a buscarlo?

–El señor del pontazgo nos envió al oeste con una misión, señor caballero, y teníamos que continuar. Pero ya he enviado de vuelta a una parte de mis hombres, a más de la mitad de ellos.

–Bien –dijo el caballero Iwain, y miró a Tiuri–. ¿Eres tú, por casualidad, uno de los jóvenes que encontraron el cadáver?

–Sí, señor –contestó Tiuri pensando: «Espero que no vaya a hacerme también un montón de preguntas. Es como si todas las personas que me encuentro quisieran retenerme».

Su temor no se hizo realidad. El caballero Iwain no preguntó nada más, sino que sólo dijo:

–Puedo deciros que el asesino ha sido apresado.

—¡Qué! ¿De verdad? —dijeron Tiuri y Warmin sorprendidos.

—Sí —dijo el caballero Iwain—. En este momento está detenido en la posada Las Colinas Lunares hasta que decida qué debo hacer con él. Ha sido capturado en mi territorio, así que yo lo juzgaré.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó Warmin.

—Ayer por la noche, poco después de que os hubierais ido de la posada. Un mensajero ha venido esta mañana temprano a traerme la noticia. Él os podrá contar más. Aquí está.

En ese momento Tiuri se percató de que había alguien más en la sala en penumbras. A un gesto del señor del castillo, éste se acercó y se detuvo ante ellos en una postura respetuosa. Tenía el aspecto de un campesino, pero llevaba una cota de malla sobre la ropa y un casco sobre su pelo castaño.

—Este mensajero vino con una carta escrita por el dueño de la posada, y además trae un mensaje oral.

El mensajero hizo una reverencia.

—El dueño de la posada ha pagado mi servicio de mensajero, pero el mensaje que traigo es también de los soldados del señor del pontazgo. Éste va dirigido al caballero Iwain, señor de la Luna Blanca, a Warmin, capitán de los soldados, y a los dos jóvenes que viajan con él.

—Continúa —dijo el caballero Iwain.

El mensajero hizo otra reverencia:

—Ayer por la noche varios hombres de mi aldea, ayudados por cuatro soldados del señor del pontazgo, capturaron a un hombre que responde a la descripción del asesino. Se llamó a sí mismo con un nombre extraño... ¿cuál era? Lo pone en la carta que le he entregado, señor caballero.

—Slupor —dijo el caballero Iwain.

—Slupor... —repitió Tiuri en voz baja.

—Al principio negó ser el asesino —continuó el mensajero—, pero después de detenerle, atarle y encerrarle en una habitación de la posada, empezó a echar sapos y culebras. Nos insultó e insultó a este país, y finalmente insultó a los dos jóvenes. A ellos los insultó de todas las formas posibles.

—¿Por qué? —preguntó el caballero.

—Eso es precisamente lo extraño —dijo el mensajero en tono apagado—. No dijo por qué. Sólo los maldecía... que daba miedo. Yo mismo estuve allí y lo oí todo. Se refirió a uno de ellos por el nombre: «Maldito seas, Tiuri. Que el diablo y todas las fuerzas oscuras te retuerzan el pescuezo».

El mensajero calló y Tiuri sintió por un instante que le entraban escalofríos como si él mismo hubiera estado presente mientras Slupor le insultaba. Pero aquella sensación no duró mucho; Slupor había sido apresado.

—¿Quién es Tiuri? —preguntó el caballero Iwain.

Warmin hizo un movimiento pero no dijo nada.

—¿Eres tú Tiuri? —preguntó el caballero al joven.

—Sí, señor.

—¿Por qué te desea tanto mal ese tal Slupor?

Tiuri reflexionó un momento antes de contestar:

—Creo que es porque soy uno de los causantes de su captura.

El caballero Iwain le miró pensativo. A Tiuri le pareció de pronto que se parecía a alguien conocido, pero no se le ocurrió a quién.

El caballero se dirigió otra vez al mensajero y le preguntó:

—¿Tiene algo más que contar?

—Sí, señor, todo lo que está en la carta. Los soldados del señor del pontazgo le preguntan a su capitán si puede volver al este, con los hombres que aún le acompañan, tan rápido como le sea posible. Pero eso sólo si los dos jóvenes pueden prescindir de él.

—¿Por qué he de volver? —preguntó Warmin.

—Eso —dijo el mensajero— no me lo han dicho.

—¿Tiene algo más que decir? —preguntó el caballero Iwain. Y como el mensajero contestó negativamente añadió:

—Entonces puede retirarse. Mis sirvientes se encargarán de servirle algo de comer. Enseguida le daré una respuesta al mensaje.

El mensajero hizo una profunda reverencia y se fue.

—¿Quién eres? —preguntó el caballero a Tiuri.

—Ya lo sabe, señor. Mi nombre es Tiuri.

—¿De dónde vienes?

—Del este, señor.

—No eres uno de los sirvientes del señor del pontazgo, ¿no?

—No, señor caballero —contestó Warmin en esta ocasión—. Pero el señor del pontazgo nos encargó a mí y a mis hombres que lo acompañáramos a él y a su amigo. Deben ir hacia el oeste y tienen prisa.

—Así es, señor —dijo Tiuri.

Warmin sacó algo de debajo de su cota de malla y se lo entregó al caballero.

—Ésta es la prueba de que obro por encargo del señor del pontazgo. Aquí tiene su guante.

—Lo reconozco —le devolvió el guante a Warmin y siguió diciendo—: Aunque la paz y el orden parecen reinar, están sucediendo cosas que me preocupan. El señor Ardian no enviaría a sus soldados sin motivo. No le retendré, ahora que le he dicho lo que debe saber. En lo que respecta a Slupor, será mi prisionero y le espero a usted de vuelta para testificar en la causa contra él. Eso también cuenta para ti, Tiuri.

—Sí, señor —dijo el joven.

De pronto se sintió contento y aliviado. ¡Slupor había sido encarcelado! Ya no tenía qué temer. Al día siguiente, por la noche, llegarían a la ciudad de Unauwen; la misión casi había concluido. Se dirigió a Warmin.

—No hace falta que nos acompañe más. Slupor ya no puede hacernos ningún daño.

—¿Quién es Slupor? —preguntó el caballero Iwain.

—No le conozco —contestó Tiuri—. Sólo sé que es malvado y peligroso.

—Eso parece —dijo el caballero a secas—. Pero tienes que saber algo más de él, ¿no?

—Viene de Eviellan.

Aquella respuesta pareció sorprender al caballero.

—¡De Eviellan! —repitió.

Warmin también miró impresionado a Tiuri.

—Señor caballero —dijo Tiuri—. Solicito su permiso para partir inmediatamente. Tal vez dentro de poco oiga más de lo que ahora puedo contarle.

—Eres un joven enigmático —dijo el caballero tras un momento de silencio—. Si he oído bien, vienes del otro lado de la Gran Cordillera. ¿Es así?

—Sí, señor.

—¿Tal vez has...? —empezó a decir el caballero pero no acabó la frase, negó un momento con la cabeza y dijo—: Confío plenamente en el señor del pontazgo y me atenderé a lo que ha decidido. ¡Ve en paz! A ti, Warmin, te toca decidir si sigues o vuelves con tus soldados al este. Adiós.

Tiuri y Warmin hicieron una reverencia y un poco después volvían a estar en el patio donde los demás les esperaban llenos de impaciencia.

—¿Qué os ha contado el caballero? —preguntó Piak a su amigo.

—¡Buenas noticias! —exclamó Tiuri—. Slupor ha sido detenido. Un mensajero ha venido a traer el mensaje.

—¿Slupor detenido? ¿De verdad? —susurró Piak.

—Sí, eso parece.

Piak le miró con ojos brillantes.

—Ésa sí que es una buena noticia —dijo—. Eh, eh —añadió—, así ya no tendré que temer cada sombra y mirar detrás de cada arbusto.

Warmin se puso a su lado y tosió.

—¿Qué pasa? —preguntó Tiuri.

—Bueno —dijo el soldado—, ¿qué hacemos ahora? ¿Os acompaño?

—Puede dejarnos solos con el corazón tranquilo —contestó Tiuri.

—Ya que lo dices... Me pregunto por qué me han pedido que vuelva tan rápido como me sea posible. Y si dices que ya no necesitas nuestra ayuda, me gustaría ir allí donde puedan necesitarla. Algo anda mal en este país, parece que algo se está tramando... Pero si queréis os acompaño. Te considero mi ordenante, por raro que suene al ser tú mucho más joven que yo.

Tiuri le tendió la mano y dijo:

—Le agradezco su ayuda, Warmin. Y dé también las gracias al señor del pontazgo de nuestra parte. Lo haremos en persona cuando volvamos al río Arco Iris.

—Bien. Pero no os dejaré ir hasta saber que vais bien armados. Tal vez no sea

necesario, pero nunca está de más. Los arcos y flechas imaginarios no son de mucha ayuda. Os daré unos de verdad y seguro que en la sala de armas podrán prescindir de un par de cotas de malla.

Pasó un rato antes de reunirlo todo y entregárselo a los amigos.

—¿De verdad tengo que llevar esta cosa? —preguntó Piak, después de haberse puesto una cota de malla por primera vez en su vida—. Prefiero una simple camisa.

—Ya te acostumbrarás —dijo Warmin riendo—. Es una buena protección y debes poner de tu parte.

—Entonces me la dejaré puesta —suspiró Piak—. Pero el arco sí que no lo quiero. No sería capaz de darle a una montaña aunque estuviera a tres pies de distancia.

Después rectificó y dijo:

—No, dámelo a pesar de todo. Tal vez me quede bien.

Los amigos se despidieron de Warmin y de sus jinetes, y después siguieron cabalgando por el camino hacia el oeste.

—Volvemos a estar juntos —dijo Piak—. ¿Qué aspecto tengo? ¿No me parezco un poco a un escudero?

4. La ciudad de Unauwen. El mendigo de la puerta

Por supuesto, Tiuri tuvo que contarle a Piak lo que el caballero Iwain había dicho exactamente.

—Menos mal que nos ha dejado partir —dijo Piak—. Estaba empezando a temer que tuviéramos que quedarnos. Sí, me estaba arrepintiendo de no habernos disfrazado de ancianos barbudos, por ejemplo.

—¿De dónde ibas a sacar las barbas? —preguntó Tiuri riendo.

—Ya no tengo que pensar en ello. No hace falta, ¿verdad?

Miró a su alrededor y dijo:

—Estas Colinas Lunares se parecen un poco a las montañas y también son bonitas, creo, pero me alegraré cuando estemos lejos de aquí. ¿Y tú?

—Yo también.

Sí, las Colinas Lunares siempre irían unidas a recuerdos de horas angustiosas, a la amenaza del malvado Slupor y, sobre todo, al joven escribano muerto.

Su deseo se cumplió rápidamente porque pasado un rato habían dejado atrás las colinas y llegaron a una región muy diferente. Campos ondulados de grano dorado y praderas verdes por las que corrían caballos, además de oscuras arboledas. Se encontraron con bastante gente y vieron pueblos y granjas, y de vez en cuando, en la lejanía, divisaron las torres de algún castillo.

Por la tarde empezó a llover, pero eso no logró que desapareciera su buen ánimo ni les impidió avanzar igual de rápido. Siguieron cabalgando un rato incluso tras la puesta de

sol. Para entonces el tiempo volvía a ser seco y cabalgaron bajo la pálida luz de la luna y sus reflejos en los charcos del camino. Las ranas croaban en una acequia invisible a cierta distancia y los grillos cantaban en la hierba.

—Podríamos seguir viaje toda la noche —susurró Piak.

Pero Tiuri lo negó con la cabeza. Miró hacia atrás; allí estaban las Colinas Lunares en las que habían dejado atrás el mal y el peligro. Y, a pesar de todo, estaba alerta como si viajase por un país hostil. ¿A qué se debía? Por el día no había sido así. ¿Por qué volvía a tener la sensación de que estaban siendo observados y vigilados? ¡Tonterías! No se lo diría a Piak. Pero decidió buscar un lugar seguro donde pasar la noche lo antes posible.

Cabalgaron junto a un cobertizo que parecía estar vacío y decidieron pasar allí la noche. Apenas habían entrado con sus caballos cuando un perro empezó a ladrar. Poco tiempo después oyeron pasos y una voz grave que gritaba:

—¿Quién anda ahí?

Tiuri miró hacia fuera por un resquicio de la puerta. Allí había un hombre con un farol en la mano. Un gran perro daba vueltas alrededor de sus piernas. Tiuri dudó si contestar y Piak también se mantuvo en silencio. El perro abandonó a su dueño y fue saltando y meneando la cola hasta el cobertizo.

—Vaya, Parwen. Tengo huéspedes en el cobertizo —dijo el hombre—. Está bien, siempre y cuando sepa quiénes son.

Entonces Tiuri se atrevió a hablar. Salió y Piak le siguió.

—Buenas noches —dijo Tiuri—. ¿Podemos pasar aquí la noche?

—Claro —contestó el hombre que evidentemente era el granjero dueño del cobertizo—. Pero también podéis venir conmigo. En mi casa queda una cama libre; seguro que allí dormiréis mejor. Y tal vez a mi señora le sobre algo de comida.

Insistió con tanta amabilidad que los amigos aceptaron la invitación. Poco después estaban con el campesino y su mujer en la cocina comiendo una tortilla de tocino.

—Muchísimas gracias por su amabilidad —dijo Tiuri.

—No es nada —contestó el campesino riendo—. Es tarde para viajar. ¿Vais a la ciudad?

—¿A la ciudad de Unauwen? —preguntó Piak.

—Sí, ¿a cuál si no? Aunque hay más ciudades... —el campesino se calló—. Escuchad, Parwen está ladrando otra vez. Iré un momento a ver quién es.

Cogió el farol y salió.

—¿De dónde venís? —preguntó la campesina.

—De muy lejos —contestó Tiuri.

—De la Gran Cordillera al este —añadió Piak.

—Pero, hombre, entonces habéis hecho un largo viaje. ¿Habéis estado en Dangria, y cruzado el río Arco Iris? ¿Habéis cogido flores en Ingewel y visto brillar la luna en las colinas? Pero la ciudad del rey es lo más bonito de todo.

—¿Está lejos de aquí? —preguntó Piak.

—No. Podéis llegar mañana si os levantáis con las gallinas.

El campesino entró y dijo:

–No se ve a nadie. Qué raro. El perro no suele ladrar porque sí.

Se dirigió a los amigos y dijo:

–No sé a qué hora queréis levantaros mañana pero creo que es hora de irse a la cama.

–Sí, parecéis cansados –dijo la campesina–. Acompañadme y os enseñaré dónde está.

–Qué amable es esta gente –susurró Piak cuando estuvieron acostados.

–Sí –dijo Tiuri.

Fuera, el perro volvió a ladrar. «¿Por qué ladrará?», se preguntó Tiuri. Después sonrió y se dijo a sí mismo: «¡Que ladre! Estamos a salvo tras las puertas cerradas».

Piak se durmió enseguida, pero Tiuri se quedó un buen rato mirando al frente en la oscuridad. El perro ya no ladraba. Finalmente también se durmió.

Los amigos se levantaron con el primer canto de los gallos, dieron las gracias al campesino y a su mujer y volvieron a ponerse en camino. Hacía buen tiempo; soplaban un fuerte viento del oeste, pero el sol brillaba. Al principio cabalgaron por un paisaje parecido al del día anterior. Después el camino les llevó por un bosque y una colina... y entonces vieron aparecer la ciudad de Unauwen ante ellos.

Debía de ser una gran ciudad: veían muchas torres, en realidad sólo torres blancas y plateadas brillando al sol. Detuvieron los caballos y se quedaron un momento contemplándola en silencio. Allí estaba la meta de su viaje.

Después siguieron cabalgando con más rapidez. El camino se hizo bastante concurrido; muchos senderos laterales confluían en él y se dieron cuenta de que no eran los únicos viajeros que iban a la capital. Aún faltaba mucho para llegar y no tuvieron en cuenta el cansancio de sus caballos. El deseo de llegar a la ciudad era cada vez más grande.

La ciudad de Unauwen estaba construida sobre suaves colinas. No era gris ni estaba amurallada, sino que era luminosa y abierta. Estaba muy extendida y tenía muros bajos y muchas puertas con escaleras y torres sobre las que destelleaban veletas doradas. Desde el sur fluía y relucía un río que se perdía en el interior de la ciudad; debía de ser el río Blanco. A lo lejos, más hacia el norte, había colinas más altas resplandeciendo rojizas bajo el sol, y detrás de ellos aún había más colinas como arco iris perdiéndose en la neblina. Varios caminos conducían a la ciudad, caminos anchos como el que seguían los amigos.

–Esto –dijo Piak– es lo más bonito que he visto en este viaje.

–Estoy de acuerdo.

–¿La ciudad de Dagonaut es también así?

Tiuri negó con la cabeza.

–No. Ésta es más bonita.

–Seguro que es la ciudad más bonita del mundo –opinó Piak.

Tiuri dijo para sí las palabras del mensaje y después las cantó en voz baja con la melodía de Piak. Éste le acompañó y de esa forma llegaron a la ciudad. Pero cuando se

acercaron y vieron el sol brillando sobre la parte oeste de la ciudad, ambos guardaron silencio.

El camino tenía muchas bifurcaciones que llevaban a distintas puertas de la parte este de la ciudad, con caminos de herradura cubiertos de hierba y calles y escaleras de piedra. Todas las puertas estaban abiertas pero había centinelas de aspecto impresionante con cascos plumados y escudos de colores. Sobre los bajos muros blancos también había guerreros.

Los amigos se miraron radiantes durante un segundo.

–¡Hemos llegado! –susurró Piak.

–Casi –añadió Tiuri.

Tomaron uno de los caminos y, despreocupados, dejaron que sus caballos fueran al paso. Había tanto que ver. A lo largo de las escaleras y de los caminos se elevaban columnas de piedra sobre la hierba decoradas con relieves y signos extraños.

Entonces vieron a alguien que destacaba entre toda esa belleza que había alrededor. Un anciano mendigo estaba sentado en el suelo, apoyado en una columna, cerca de una puerta. Iba vestido con un manto rasgado y remendado, y con una capucha bajo la cual apenas se le veía la nariz y el pelo y barba largos, grises y despeinados. Se dirigió a los amigos y les pidió una limosna.

Tiuri cogió la bolsita de dinero que le había dado el señor del pontazgo. Ya no había mucho en su interior, pero la vació en la escudilla que el mendigo sostenía en alto. Piak también le dio todo lo que tenía: su centavo de cobre.

El mendigo masculló una palabra de agradecimiento y los amigos se dispusieron a continuar, pero la voz del mendigo los detuvo.

–Preferiría –dijo en voz alta– *no* tener que darles las gracias.

–¿Y eso? –preguntó asombrado Tiuri, que estaba más cerca de él.

–Está tan alto sobre su caballo, viajero, y desde esa altura es fácil tirarme una moneda sin ni siquiera mirarme a la cara. Ahora seguirá su camino y me olvidará. Veo que está lleno de impaciencia y que le molesto. Tiene razón; no soy más que un mendigo que sólo supone una pérdida de tiempo pero que, por suerte, se deja pronto atrás.

Tiuri bajó la vista hacia el mendigo sin saber muy bien qué decir. A pesar de ello se le hacía muy violento continuar, por mucho que lo deseara. La voz de aquel anciano le había sonado tan triste, tan amarga y sin esperanza.

–¿A qué está esperando? –preguntó el mendigo–. Siga su camino, extranjero. Ésta es la ciudad del rey Unauwen, la ciudad en la que no existe la pobreza. Entre y olvídeme como todo el mundo hace. ¿Por qué iba a bajarse del caballo e inclinarse hacia un miserable como yo?

–¡No se enfade conmigo! –dijo Tiuri–. No quise ofenderle. Siento no haberme detenido un momento ante usted por mi apresuramiento. Le he dado todo lo que llevaba y me gustaría ayudarle si pudiera.

—¡Ah! —exclamó el mendigo—. Muchas gracias. Le gustaría ayudarme... si pudiera. Cuánto me alegro. Ya no necesito más. Adiós. Que consiga lo que se merece, que obtenga lo que yo le deseo. Adiós.

Volvió la cara, cogió su bastón y empezó a incorporarse con dificultad.

Piak puso una mano en el brazo de Tiuri y susurró:

—Vamos.

Pero Tiuri no conseguía apartar sus ojos del mendigo. Sentía una gran lástima por él y de pronto supo que no quería entrar en la ciudad hasta estar con él frente a frente y saber a quién le había dado la limosna. Saltó del caballo sin escuchar lo que le susurraba Piak. Tendió la mano para ayudar al mendigo y dijo:

—Tengo prisa, pero no tanta como para no demostrarle que quiero ayudarle y conocerle.

El mendigo dejó que le ayudara a incorporarse. Se quedó frente a Tiuri, encorvado sobre su bastón, con la cara prácticamente oculta por la capucha y el pelo.

—Gracias —dijo en voz baja—. Es usted como yo imaginaba. No le doy las gracias por su dinero sino por estar frente a mí.

—¿Quiere mirarme?

El mendigo se encorvó aún más y no contestó.

—¿Quiere mirarme? —preguntó Tiuri una vez más. Su corazón se había acelerado. No comprendía por qué, pero sabía que no podría dar un paso sin que antes el mendigo le mirase. Fue después cuando supo exactamente lo que había sentido en aquel momento. Su compasión había desaparecido dando paso a la curiosidad. Y, con ella, a una sensación irracional de tensión, como si fuese muy importante que el mendigo le mirara, como si aquél fuera un momento del que dependieran muchas cosas.

Entonces el mendigo contestó:

—Lo haré. Loco.

Y Tiuri, de pronto, comprendió que estaba en peligro. Ni siquiera se asustó demasiado cuando el mendigo levantó la cara. Sabía de quién eran los ojos que estaban a punto de clavarse en él: ojos fríos y falsos como los de una serpiente. ¡Slupor! Por fin estaba frente al enemigo al que había temido durante tanto tiempo.

El mendigo sacó algo de su bastón y le intentó apuñalar. Pero Tiuri estaba prevenido. Esquivó la puñalada y sólo recibió un pequeño arañazo. Después obligó al mendigo a soltar el puñal, pero sus manos se aferraron inmediatamente a su cuello. Piak gritó detrás de él:

—¡Slupor!

Tiuri luchó con Slupor. Notó que éste era más fuerte que él, pero no le tenía miedo. Se zafó de la garra de aquellas manos e intentó dominar a su enemigo.

Entonces llegó ayuda. Primero de Piak y después de otros, transeúntes y centinelas. Slupor soltó a Tiuri y se dio a la fuga.

—¡Se escapa! —gritó Piak—. ¡Cogedle! ¡Coged al asesino!

Los centinelas de la puerta empuñaron sus espadas y fueron tras él.

Piak se dirigió a su amigo:

—¿Cómo estás, Tiuri? ¡Estás sangrando!

Tiuri se secó la frente.

—No es nada —dijo jadeando aún por la tensión.

—Me he pegado un buen susto —dijo Piak—. De pronto vi ese puñal y pensé, pensé...

—Lo vi venir. Cuando me miró supe quién era. No, creo que incluso antes de eso.

Miró a los guardianes que seguían al huido Slupor. ¡Sí, lo tenían! Entonces fue cuando se dio cuenta de la gente que había a su alrededor con cara de sorpresa y de susto y que preguntaba qué estaba pasando.

Los guardianes traían al mendigo con ellos, rodeándole.

—Queremos saber —dijeron— qué significa esto.

—¡Yo también quiero saberlo! —gritó el mendigo en tono chillón—. Qué he hecho para que me traten así.

—Ha intentado asesinarle —gritó Piak cogiendo a Tiuri por el brazo.

—No es verdad —dijo el mendigo—. Él me atacó.

—¡Mentiroso! —exclamó Piak furioso—. Mirad, su puñal sigue aquí, en el suelo. Y además también mató al mensajero, al mensajero de Dangria.

El mendigo intentó moverse, pero los guardianes lo tenían fuertemente agarrado.

—No sé de qué estás hablando —dijo.

—Sí lo sabes —contestó Tiuri con calma—. Llevas mucho tiempo siguiéndonos, Slupor.

El mendigo le lanzó una mirada llena de odio. Por un momento pareció que iba a soltarse, pero no lo consiguió. Después dijo:

—¡Maldito seas, Tiuri! Entra en la ciudad y lleva al rey tu importante mensaje. Enorgullécete de lo bien que has cumplido tu misión. Pero de todos modos no podrás cambiar el destino de este país. ¡Que las rencillas y la discordia se apoderen de estas tierras, el fuego y la sangre de esta ciudad!

Tiuri se estremeció, no tanto por las palabras en sí sino por el tono en que fueron pronunciadas.

—¡Silencio! —ordenó uno de los guardianes, enfadado y asustado a la vez.

Después preguntó a los amigos:

—¿Quiénes sois? ¿De qué le conocéis y quién es?

—Es un espía —contestó Tiuri—, un espía de Eviellan.

—Es nuestro prisionero —dijo el centinela a Slupor—, prisionero del rey Unauwen. Vendrá con nosotros a la ciudad.

—Ahora que lo sé —dijo Slupor—, no diré una palabra más.

El centinela volvió a dirigirse a los amigos:

—Os lo pregunto una vez más, ¿quiénes sois?

—Venimos del reino del rey Dagonaut —contestó Tiuri en voz baja—, con un mensaje para el rey Unauwen.

El centinela le miró con asombro y preocupación.

—Acompañadme. Dos de mis hombres os conducirán a palacio.

5. El rey Unauwen

Los amigos pasaron por la puerta y entraron en la ciudad. A Slupor se lo llevaron y desapareció rápidamente de su vista. Poco después iban acompañados por dos guardianes, camino de palacio.

Tiuri apenas veía las casas, las calles y la gente a su alrededor. Iba montado a caballo con la mirada fija en el guardián que les precedía indicándoles el camino y no podía pensar en otra cosa que en el mensaje. Estaba a punto de cumplir su misión y su juramento. De vez en cuando miraba a Piak, que también parecía serio.

Fue al llegar al río Blanco, que atravesaba la ciudad, cuando volvió a prestar atención a su entorno. El río era muy bonito, de agua clara y plateada, pero no era tan ancho como el río Arco Iris. En la otra orilla estaba el palacio del rey Unauwen. Construido en piedra gris y blanca, sobre un terreno elevado, lo rodeaban bajos muros con puertas y jardines que llegaban hasta el agua.

Pasaron un puente de madera, atravesaron una puerta y se detuvieron ante una segunda puerta en la que había soldados de guardia. Los escoltas de los amigos pidieron paso.

—¿Para quién? —preguntaron los soldados.

—Para dos mensajeros que vienen a ver al rey Unauwen.

—Pasad.

En la siguiente puerta tuvieron que desmontar. Allí también había soldados que, tras una breve conversación, abrieron la puerta. Después los escoltas se despidieron de los amigos y regresaron a la puerta de la ciudad.

—Nos haremos cargo de vuestros caballos —dijo uno de los soldados a los jóvenes—. Entrad y anunciaros al jefe de guardia.

Tiuri y Piak entraron en una gran corte en la que había muchas personas. Una amplia escalera llevaba al palacio. Un joven caballero con escudo blanco fue hacia ellos; era el jefe de guardia.

—¿Qué deseáis?

—Queremos que se nos permita ver al rey Unauwen —dijo Tiuri.

El caballero les miró algo sorprendido.

—¿Por qué? ¿Quiénes sois?

—Nos llamamos Piak y Tiuri. Traemos un mensaje para el rey Unauwen. Un mensaje importante.

—¿Quién os envía?

—El caballero Edwinem de Foresterra.

El joven caballero miró con sorpresa pero no dijo más que:

–Seguidme.

Los precedió por la escalera y los condujo a una gran sala.

–Esperad aquí, anunciaré al rey vuestra llegada. ¿Cuál es el mensaje?

–Sólo puedo contárselo al rey en persona –contestó Tiuri–, y lo antes posible. ¡Inmediatamente!

–Vaya –dijo el caballero–. Se lo diré al rey. Pero antes debéis contarme...

Tiuri tiró del cordel que llevaba al cuello y le enseñó el anillo.

–Ésta es la prueba de que he sido enviado por el caballero Edwinem –dijo interrumpiéndole–. Permítanos ver al rey inmediatamente.

El caballero le miró con los ojos como platos.

–Bien, acompañadme.

Atravesaron muchas salas y finalmente el caballero se detuvo ante una puerta a la que llamó y por la que entró. Un segundo más tarde volvió a salir y dijo:

–El rey Unauwen os espera.

Tiuri se dispuso a entrar pero de pronto se dio cuenta de que Piak no le seguía. Se detuvo en el vano de la puerta y susurró:

–Piak, ven.

Piak negó con la cabeza.

–Vamos.

–No.

–Tienes que estar presente –dijo Tiuri con impaciencia.

–No –repitió Piak–. Ve tú solo. Es lo mejor, de verdad.

–El rey Unauwen os espera –dijo el caballero una vez más.

–¡Date prisa! –susurró Piak–. No puedes hacer esperar a un rey.

A Tiuri no le quedó más remedio que entrar solo aunque lamentara que Piak no quisiera acompañarle. Cruzó el umbral y notó que le temblaban las piernas. Detrás de él cerraron la puerta con suavidad.

La estancia en la que entró no era grande; en un abrir y cerrar de ojos vio que era blanca y azul, con una hilera de columnas a los dos lados. Entonces se encontró frente al rey Unauwen.

Éste se levantó de la silla y le miró. Ya era anciano: su pelo y su barba eran blancos como la nieve. Blanca era también su larga túnica y no llevaba joyas, salvo una pequeña cinta dorada en la cabeza. Pero nadie podría dudar de que era un rey: regia era su actitud, noble y sabio su rostro. A Tiuri le recordó mucho a Menaures; sobre todo sus ojos se parecían a los del ermitaño.

–Acércate, mensajero –dijo el rey. Su voz era acorde con su apariencia.

Tiuri fue hacia él y se arrodilló como antes lo había hecho a menudo ante el rey Dagonaut. Le costó un poco recuperar la voz. Después dijo:

–Su Majestad, vengo a traerle un mensaje del caballero Edwinem del Escudo Blanco.

Pero antes debo contarle que el caballero Edwinem ha muerto. Antes de fallecer me dio una carta que debía entregarle y su anillo. Aquí lo tiene.

El rey Unauwen cogió el anillo.

–Levántate.

Tiuri obedeció.

El rey miró un momento el anillo en silencio.

–Ésa es una triste noticia, mensajero –dijo entonces lentamente–. ¿Cómo murió mi caballero?

–Fue asesinado, Su Majestad, por los Caballeros Rojos de Eviellan.

–El caballero Edwinem asesinado... por caballeros de Eviellan –repitió el rey–. Temo que ésta no vaya a ser la única mala noticia –añadió–. Dame la carta, mensajero.

–Su Majestad, ya no la tengo. El caballero Edwinem me ordenó que la destruyera si corría el riesgo de que cayese en otras manos. Y he tenido que hacerlo. Pero sé su contenido de memoria.

El rey le miró con atención y preguntó de forma inesperada:

–¿Quién eres, mensajero?

–Me llamo Tiuri, Su Majestad.

–Bien, Tiuri, dime el mensaje. Te escucho.

Tiuri quiso hablar, pero se dio cuenta, para horror suyo, que no sabía qué decir.

¡No recordaba ni una palabra! Ni una palabra del mensaje que había repetido tan a menudo para sí mismo... Pero eso era, naturalmente, imposible. Si pensaba un momento con tranquilidad volvería a venirle a la memoria. Cerró los ojos y pensó febrilmente. Pero su mente parecía vacía. Se quedó helado de espanto. ¡Había olvidado el mensaje!

Volvió a abrir los ojos y miró al rey. ¿Mostraba impaciencia? Agachó la cabeza y sintió que se ruborizaba por la vergüenza. Tenía que acordarse... ¡Tenía que hacerlo!

Entonces recordó algo. Piak también lo sabía. Incluso había inventado una melodía. Una melodía... Empezó a canturrearla e inmediatamente surgieron las palabras. Levantó la cabeza y vio que el rey Unauwen le miraba asombrado.

–La melodía... –quiso decir–. Piak, mi amigo, ha inventado una melodía con él.

Pero antes que nada, el mensaje. Respiró profundamente y después pronunció las enigmáticas palabras despacio, despacio pero con claridad y sin titubeos.

Se dio cuenta de que el rey estaba muy afectado con sus palabras. Creyó ver en sus ojos terror, repugnancia, pesar y finalmente ira. Cuando terminó de hablar, el rey apartó la mirada. Parecía de pronto mucho más anciano. Durante un instante se hizo un enorme silencio.

–Repite otra vez lo que acabas de decir –le ordenó el rey.

Tiuri lo hizo. El rey Unauwen escuchó sus palabras, mirando hacia otro lado. Después se quedó un rato inmóvil con la cabeza agachada y sumido en pensamientos.

Tiuri no se atrevía a decir nada. No se atrevía ni a mirar al rey. Le dio la impresión de

que pasaba un tiempo interminable. Empezó a preguntarse si el rey se habría olvidado de él. ¿No debía retirarse?

En aquel momento el rey levantó la cabeza como si hubiese tomado una decisión. Miró a Tiuri y dijo:

—Discúlpame, Tiuri. Necesitaba asumir la noticia. Grave es el mensaje que me has traído y de gran importancia para este país y sus habitantes. ¿Serías también capaz de escribir esas palabras tal y como estaban en la carta?

—Sí, Su Majestad. Yo... no sé lo que significan, pero me las he aprendido de memoria, incluso con su ortografía.

—Bien. Cuéntame ahora cómo el caballero Edwinem te pidió que trajeras el mensaje hasta aquí. Vamos.

Puso una mano en el hombro de Tiuri y lo condujo hasta un rincón de la habitación donde había una mesa y algunas sillas. Se sentó y le dijo que también debía tomar asiento.

—Cuéntame —repitió.

Tiuri le contó: contó que un anciano había llamado a la puerta de la capilla durante la noche y cómo su petición de ayuda le llevó a realizar la misión que le había encomendado el agonizante caballero Edwinem.

—Y entonces te pusiste en camino —dijo el rey Unauwen—, por el reino de Dagonaut, cruzando las montañas, y por este país hasta llegar a mi ciudad. Ha sido un largo viaje y peligroso también, creo. Los enemigos que asesinaron al caballero Edwinem también te habrán perseguido.

Tiuri asintió.

El rey le dedicó una sonrisa, una sonrisa amable y cordial. Le tendió la mano y dijo:

—Gracias, Tiuri.

Tiuri se sintió de pronto muy feliz y agradecido por haber llevado a cabo su misión. Después pensó en Piak.

—Su Majestad, ¿sería tan amable de darle también las gracias a mi amigo? Ha hecho tanto como yo. De no haber sido por él, no habría podido escuchar nunca el mensaje. Él es... él ha...

Se calló porque el rey golpeó un gong que había junto a la mesa. A esa señal entró un joven caballero. Éste hizo una reverencia y dijo:

—¿Qué desea mi monarca?

—El otro joven —dijo el rey—, que venga.

Piak apareció un instante después. Parecía muy tímido. El joven caballero volvió a salir. El rey Unauwen se levantó, fue hacia Piak y le tendió la mano. Pero el chico se arrodilló y dijo:

—Saludos, rey.

El rey volvió a sonreír.

—Levántate Piak, para que pueda agradecerte todo lo que has hecho.

Piak le obedeció. Parecía emocionado. Tiuri también sentía emoción y apenas podía creer que hubiera cumplido realmente su misión.

El rey también invitó a Piak a sentarse y les hizo algunas preguntas. Quería saber cuánto tiempo había pasado desde que Tiuri se había puesto en marcha, y le pidió que contara todo lo que supiera sobre las vicisitudes del caballero Edwinem. También quería oír por qué tuvo que ser destruida la carta. Los amigos respondieron a sus preguntas lo mejor que pudieron y después Tiuri tuvo que escribir el contenido de la carta.

Cuando terminó, el rey dijo:

—Dentro de poco me gustaría oír más cosas sobre vuestras aventuras, Tiuri y Piak. Pero ahora hay otros asuntos que tienen preferencia. Tengo mucho que hacer.

Volvió a golpear el gong y dijo al joven caballero:

—Caballero Iwain, que todos los que llevan el Escudo Blanco, los consejeros y grandes del reino se reúnan inmediatamente en la gran sala para escuchar las noticias que han llegado desde el este. Que el consejero más anciano y amigo Tirillo venga ahora mismo. En cuanto a estos jóvenes, son honorables invitados míos. Llévelos ante la señora Mirian y dígame que debe ocuparse de su bienestar. Después vuelva aquí.

El caballero hizo una reverencia y los amigos también. El rey Unauwen se incorporó; parecía alto y solemne, fuerte e invencible.

—Hasta la vista —dijo.

Los amigos siguieron al joven caballero.

Piak le susurró a Tiuri:

—¿No crees que el rey Unauwen se parece a Menaures?

—Sí, yo también lo he pensado.

—Bueno, misión cumplida —suspiró Piak.

Y Tiuri pensó que seguía sin saber el significado del mensaje que había llevado.

6. El caballero Iwain y Tirillo

El joven caballero los condujo a un pequeño patio rodeado de columnas. Entró en una habitación en la que había una anciana sentada ante una rueda.

—Señora Mirian, le traigo unos honorables invitados del rey.

La mujer se levantó y se acercó a ellos. Iba vestida de gris con sencillez, y de su cinto colgaba un manojo de llaves que tintineaba con cada uno de sus movimientos. Tenía una cara amable enmarcada por una toca blanca con muchos pliegues.

—¿Querría ocuparse de su bienestar, señora? —preguntó el caballero y se dirigió a los jóvenes—: Tengo que volver con el rey. Pero ya me veréis. Os confío con toda tranquilidad a la señora Mirian.

—¡Qué prisas, caballero Iwain! —dijo la señora Mirian—. Ni siquiera me has presentado a estos jóvenes invitados. ¿Quiénes son y de dónde vienen?

—Se llaman Tiuri y Piak. Son mensajeros y vienen de muy lejos.

—Bienvenidos Tiuri y Piak —dijo la mujer cordialmente—. Espero que no hayáis traído malas noticias.

—Que Dios lo quiera —dijo el caballero—. Pero ya lo sabremos.

Hizo una reverencia y se marchó.

Tiuri le siguió con la mirada. El caballero se llamaba Iwain, como el señor del castillo de las Colinas Lunares. ¿Serían familia? Era posible; se parecía al señor de la Luna Blanca, pero todavía más a otra persona.

—Así que, Tiuri y Piak —dijo la señora Mirian—, ¿de dónde venís?

—Del país del rey Dagonaut, señora —contestó Tiuri.

—Eso sí que es lejos. Pero no empecemos con preguntas. ¡Tenéis un aspecto...! Estaréis cansados después de un viaje tan largo.

—Sí, señora —dijo Piak—. Y también extraños, maravillados, asombrados... No sé cómo.

—Nos encargaremos de que eso se os pase. Venid conmigo.

Se encargó de que los amigos tomaran un baño y después les llevó ropa nueva: un pantalón gris, una camisola blanca y un corto jubón gris bordado para cada uno.

—Vaya —dijo cuando se hubieron vestido—, ahora sois idénticos a los escuderos que andan por aquí.

—Escudero —masculló Piak.

—Mírate —dijo la señora Mirian situando a Tiuri frente a un espejo de metal pulido.

Tiuri miró un tanto asombrado su reflejo.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había contemplado. Le pareció que había cambiado, no era sólo que hubiera adelgazado y tuviera la cara curtida, sino que sus ojos lo miraban de una forma diferente... ¿con más gravedad?

Piak abrió muchos los ojos.

—Ésta es la primera vez que me veo tan bien —dijo—. Me parece que tengo un aspecto bastante ridículo y más con esta ropa. Tal vez no vaya conmigo.

Se apartaron del espejo y siguieron a la señora Mirian hasta la columnata donde se sentaron en un banco. El patio era agradable; crecían margaritas blancas y flores azules llamadas espuelas de caballero y en el centro murmuraba una fuente.

—Eh —dijo Piak con un suspiro—, es como si estuviera soñando. ¿De verdad estamos en el palacio del rey Unauwen?

—Estáis en él, de verdad —dijo la señora Mirian riendo—. Y el caballero Iwain ha preguntado si queréis comer con él. Cuando lo hayáis hecho os sentiréis de otra manera.

—El caballero Iwain —masculló Piak—. ¿Hay más caballeros que se llamen Iwain en este país?

—Sí. Este caballero es el joven Iwain. Es hijo del caballero Iwain de las Colinas Lunares. Mirad, por allí viene a buscaros su escudero.

Los amigos se levantaron. Tiuri dio las gracias a la señora Mirian por su hospitalidad.

—No tienes que darme las gracias por eso. Haré que os preparen una habitación; así

podréis acostaros cuando queráis. Buen provecho.

Cuando los jóvenes caminaban con el escudero del caballero Iwain, Piak susurró:

—Sólo me pregunto cómo pudo llegar Slupor a la puerta antes que nosotros si estaba encerrado en las Colinas Lunares.

—Chist —le dijo Tiuri.

Le parecía que el nombre de Slupor no encajaba en aquel entorno. Además en aquel momento le importaba bastante poco cómo había llegado a la puerta. Slupor había sido detenido y derrotado. Prefería no oír ni ver nada que tuviera relación con Slupor nunca más.

El caballero Iwain les estaba esperando en una habitación amplia revestida de madera rojiza y con grandes ventanales en uno de los lados. El caballero se había quitado el casco y Tiuri supo de pronto a quién se parecía: a Ewain, el más joven de los Caballeros Grises.

El caballero les saludó amablemente y les invitó a sentarse a una de las mesas junto a las ventanas. Ésta estaba puesta con un mantel blanco de lino, bonita cerámica y valiosas copas. Por las ventanas podían ver los florecientes jardines de palacio y el río Blanco. El escudero les llevó bandejas de comida, llenó las copas y después se fue. El caballero Iwain también se sentó pero no comió con ellos. Era un anfitrión cortés aunque parecía preocupado por algo.

—He oído la noticia —dijo pasado un rato—. El caballero Edwinem ha muerto. El Invencible ha sido derrotado a traición. A mucha gente le habrá entristecido.

No hizo preguntas a los amigos y Tiuri se preguntó si, tal vez, no sabría más que ellos. Ellos que ni siquiera conocían el significado del mensaje. De pronto se sintió inapetente y abatido.

—Estaréis cansados —dijo el caballero Iwain—. He oído que habéis hecho un viaje peligroso, desde el reino de Dagonaut.

Se calló un momento y siguió diciendo:

—Tal vez no os apetezca hablar de vuestro viaje, pero me gustaría preguntaros una cosa. Venís del país de Dagonaut y...

—Pregunte sin reparos —dijo Tiuri.

—Tengo un hermano... Hace un tiempo fue enviado por el rey Unauwen a vuestro país con un mensaje de amistad para el rey Dagonaut. Debía llegar allí antes del solsticio de verano, y volver lo antes posible. Pero desde entonces no hemos vuelto a oír nada de él.

—¿El caballero Ewain? —preguntó Tiuri.

—Sí, así se llama. ¿Cómo lo sabes?

—Se parece a él —dijo Tiuri con una sonrisa—, o él a usted.

Entonces contó que el caballero Ewain se había unido a los Caballeros Grises que habían jurado vengar la muerte del caballero Edwinem. Mientras lo contaba se olvidó por un momento de su inapetencia.

El caballero Iwain le escuchó con toda atención y después quiso saber todo acerca de

los Caballeros Grises y de las circunstancias de la muerte del caballero Edwinem.

—Me alegra oír que mi hermano está bien, y nuestro padre también se alegrará. Ahora, al menos, entiendo por qué Ewain no ha vuelto todavía.

En aquel momento entró el escudero.

—Caballero Iwain, el rey Unauwen le pide que vaya a verlo.

El caballero se levantó inmediatamente.

—Discúlpennme —dijo a los amigos—, pero volveré en cuanto me sea posible. Podéis considerar este palacio como vuestra casa. Si necesitáis algo podéis pedirselo a la señora Mirian. Bien, vuestra llegada ha provocado inquietud; hay mucho que hacer. Hasta la vista.

Cuando se marchó, los amigos se quedaron un rato en silencio mirando hacia fuera. Se acercaba la puesta de sol y todo estaba iluminado por una luz naranja. En aquel momento fue cuando empezaron a notar la inquietud que, según el caballero Iwain, habían despertado. Por el puente cabalgaban soldados de un lado a otro. En el palacio también oyeron sonidos de pasos que iban y venían, y murmullos y voces de mando.

—¿Qué es lo que pondría en esa carta? —preguntó Piak susurrando.

—Eso sigue siendo secreto —dijo Tiuri dando un suspiro—. Supongo que pondría algo sobre un peligro procedente de Eviellan, una traición o algo así. Pero no sé qué es.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Piak—. ¿Damos un paseo por el palacio? Seguro que no podré dormir.

—Será mejor que deis el paseo por el jardín —dijo una voz detrás de ellos.

Volvieron la vista algo asustados. Al otro lado de la habitación había un joven delgado vestido de todos los colores del arco iris. Debió de haber entrado sin llamar la atención.

—El jardín es bonito —siguió diciendo—. Podéis sentaros en un murete y observar todo sin tener que intervenir en nada.

Mientras hablaba se acercó a ellos y al hacerlo sonaba un tintineo. Entonces los amigos vieron que no era joven, aunque sí pequeño y delgado. Era imposible adivinar su edad, que podía estar entre los treinta y los cincuenta años. Tenía una cara afilada y burlona, ojos negros y vivos, y en la cabeza llevaba una capucha blanca con cascabeles.

—Buenas noches —dijo haciendo una reverencia—. Soy Tirillo, bufón del rey Unauwen, el bobo al servicio de la sabiduría... No es hora de chistes ni de bromas —siguió diciendo—, pero os invito a que aceptéis mi compañía y os sentéis conmigo en el jardín para hablar o callar, lo que prefiráis.

Fue hacia una de las ventanas y saltó ágilmente hacia fuera. Tiuri y Piak le siguieron. Un poco más tarde paseaban con él por el jardín. Se sentaron en un murete y estuvieron mirando un rato al río y a la parte de la ciudad que estaba en la otra orilla sin decir nada. Poco a poco iba oscureciendo y ya se habían encendido algunas luces.

El bufón se movió y los cascabeles de su capucha tintinearón.

—Una vez hubo un hombre que vio un arco iris —dijo—, un arco iris precioso. Estaba en el cielo, frente a él, como un puente alto y redondo, pero sus extremos rozaban la tierra.

Entonces el hombre se dijo a sí mismo: «Venga, me voy de viaje al final del arco iris; así podré ir al otro lado de la tierra cruzando el puente...».

–Eso también intenté hacerlo hace mucho tiempo –susurró Piak–. ¿Y entonces qué pasó?

–Se puso en camino –dijo el bufón–, y viajó durante mucho tiempo. Pasó por ciudades y pueblos, por campos y desiertos, por ríos rápidos y espesas selvas. Y se ilusionaba con lo que iba a ver. «Allá, donde termina el arco iris, todo debe de ser precioso y maravilloso...» Cuanto más se acercaba a su meta, más la añoraba. Pero cuando llegó, el arco iris había desaparecido y el lugar de la tierra sobre el que había estado era igual a cualquier otro lugar. Y el hombre se entristeció mucho. Entonces pensó en cuántas cosas bonitas había visto durante su viaje, en cuánto había vivido y aprendido. Entonces supo que lo importante no era el arco iris en sí, sino su búsqueda. Y volvió a su casa, con el corazón contento, y se dijo a sí mismo que ya habría más arco iris. Y sí, al llegar a casa había uno sobre ella.

–¿Ya se ha acabado la historia? –preguntó Piak.

–Sí –contestó el bufón.

–¿Por qué nos la ha contado? –preguntó Tiuri que tenía la sensación de que el bufón lo había hecho con un propósito.

–Porque sí. Es una historia antigua y muy conocida. Pero así son los bufones: siempre cuentan las mismas cosas.

Los tres guardaron silencio. Entonces el bufón empezó a cantar en voz baja. Tiuri reconoció la melodía. Una vez la había cantado la noble Lavinia en el castillo de Mistrinaut.

Edwinem cabalgaba con viento norte
desde su tierra Foresterra,
del brazo el escudo blanco,
así cabalgaba, venía de lejos...

El bufón dejó de canturrear y dijo:

–Ahora te sientes extraño y algo perdido porque has cumplido tu misión y no tienes otra. Y te preguntas cuál será el mensaje que tanto tiempo has llevado. Pero el significado de ese mensaje no tiene importancia. Lo único importante es que lo has transmitido bien, fiel a tu juramento, con valor y perseverancia a pesar de los peligros.

Tiuri le miró. Algo sorprendido, se dio cuenta de que el bufón tenía razón. En aquel momento desapareció por completo la sensación de pérdida y se quedó tranquilo y sosegado.

–Eh –dijo Piak en voz baja–, ahora sí podría dormir.

El bufón se bajó de un salto del murete.

–Eso es lo mejor que podéis hacer. Tal vez luego tengamos mucho que hacer. Id a dormir. Os llevaré hasta la señora Mirian.

Volvieron al palacio por los jardines casi oscuros.

–¿Quién es la señora Mirian? –preguntó Piak.

–Ella está al frente del gobierno de palacio –contestó el bufón–. Se ocupa de que la comida esté en la mesa y de que las camas estén hechas. Ella es, sin duda, la persona más importante de palacio.

En el patio se encontraron con el caballero Iwain.

–Os estaba buscando. Veo que os he dejado en buena compañía. Vengo a despedirme. El rey me envía al sur con una misión. Me marcho enseguida.

–¿A ver al príncipe heredero? –preguntó el bufón.

–A ver al príncipe heredero –contestó Iwain.

Se dirigió a los amigos y les dijo:

–Si veis a mi hermano antes que yo, saludadlo de mi parte. Y a ti, Tirillo, te deseo lo mejor.

–Espero que lo mejor sea también lo más agradable –dijo el bufón–. ¡Esas dos cosas no suelen ir juntas! Y, bromas aparte, Iwain, mis mejores deseos te acompañan y que el sol brille en tu escudo blanco.

El caballero Iwain se marchó y Tirillo llevó a los amigos hasta la señora Mirian. Parecía que había llorado, pero no mencionó una palabra sobre su tristeza.

–Vuestra habitación está preparada –dijo–. Acompañadme.

Tirillo deseó buenas noches a los amigos y la señora Mirian los llevó a su habitación. Poco después estaban acostados en una cama blanda bajo sábanas blancas como la nieve y dormían profundamente.

7. Slupor por última vez

A la mañana siguiente se ofició en la catedral de la ciudad una solemne ceremonia en memoria del caballero Edwinem, señor de Foresterra. Tiuri y Piak asistieron.

Después desayunaron en palacio en compañía de la señora Mirian, Tirillo y distintos miembros de la corte del rey. En palacio había duelo por la muerte de uno de los paladines más valientes. También reinaban la intranquilidad y la preocupación. Los amigos oyeron hablar de traición por parte de Eviellan, pero nadie parecía saberlo o querer decirlo abiertamente.

Tras desayunar, los jóvenes deambularon un poco por palacio. Había tantas cosas bonitas que ver; «ni el rey Dagonaut tiene un palacio así», se dijo Tiuri. Había salas con columnas decorativas y techos azules con estrellas doradas. Había salas con vidrieras y paredes con cuadros representando a héroes y santos. Había suelos de mosaicos de colores y escaleras de mármol, y esculturas de madera, de bronce y de piedra. Lo asombroso era que todas aquellas cosas guardaban una armonía entre sí; en ningún sitio sobraba nada.

De vez en cuando algún habitante de palacio se acercaba a ellos para charlar un poco, pero nunca durante mucho tiempo; todo el mundo estaba muy ocupado. Seguía entrando y saliendo gente de palacio: mensajeros, caballeros, soldados.

Después de un rato los amigos fueron a sentarse al jardín, en el murete en el que habían estado la noche anterior con Tirillo. Miraron las terrazas escalonadas del jardín, con árboles y flores, escaleras y fuentes. Vieron gente que se dirigía a palacio cruzando el puente; entre ella, muchos caballeros con escudos blancos y armaduras de color. Piak era el más asombrado.

—¡Mira! —exclamó en un momento dado señalando a un caballero que venía sobre un caballo blanco que parecía incluso demasiado fogoso para llevar jinete. Casi... porque el caballero mantenía el control sobre el animal y voló sobre el puente como un viento huracanado, la cabeza descubierta, un escudo blanco en el brazo y el manto, como un arco iris, ondeando tras él.

—Su pelo ondulado es rojo como el sol del oeste, sus ojos azules son como el mar —dijo inesperadamente una voz tras ellos. Era Tirillo.

—¿Quién es? —preguntó Piak siguiendo al caballero con la mirada hasta que éste se bajó del caballo y desapareció en el interior del palacio.

—Marwen de Iduna, conocido como el Hijo del Viento Marino —contestó el bufón—. Su caballo se llama Idanwen y es uno de los mejores de este reino. El caballero Edwinem montaba un caballo hermano de éste: Ardanwen o Viento de la Noche.

Tiuri pensó de pronto que el caballero Edwinem también debió de tener aquel mismo aspecto cuando vivía y cabalgaba sobre Ardanwen por la ciudad de Unauwen. En realidad no se parecía nada al caballero Marwen pero, a pesar de ello, le recordaba a aquél.

—Pero no he venido a contaros eso. Tengo tres cosas que deciros: lo primero es que luego se espera vuestra presencia ante el rey...

—¡Ah! —exclamó Tiuri contento. Piak y él sólo habían visto al rey Unauwen un momento por la mañana, en la catedral. Así que no se había olvidado de ellos.

—Además tengo que daros recuerdos de Warmin, un soldado del pontazgo del río Arco Iris —siguió diciendo Tirillo.

—¿Warmin? —preguntaron los amigos algo sorprendidos.

—Sí, vino la noche pasada contando historias largas y confusas sobre un mensajero que fue a ver al caballero Iwain en las Colinas Lunares con mentiras... Ya lo oiréis. Le habría gustado hablar personalmente con vosotros, pero el rey le ha enviado de vuelta al señor del pontazgo antes de la salida del sol.

—Ah, sí —dijo Piak—. ¿Cómo pudo contar aquel mensajero que Slupor había sido apresado cuando estaba aquí esperándonos?

—¡Slupor! —dijo Tirillo—. Ésa es la tercera cosa que tenía que contaros. Debéis ir a ver al preboste para contar exactamente lo que sabéis de él. A eso se le llama testificar... Veo

que no os apetece mucho –siguió diciendo después de contemplar la cara de Tiuri–, pero tendréis que hacerlo. Ahora mismo.

–Obedeceremos –dijo Tiuri.

–Bien, ¿sabéis qué? Yo os llevaré. La corte del preboste y la prisión están al otro lado del río, en la plaza. Así, de paso, podréis ver algo de la ciudad.

En la ciudad había bastante bullicio y mientras caminaban por las calles no paraban de retenerlos. La gente quería ver de cerca a Tirillo. El bufón llamaba bastante la atención con su ajustado traje irisado y su capucha blanca con cascabeles.

–¡Allí está el bufón del rey! –exclamaba la gente–. ¿No nos cuentas nada, Tirillo? Seguro que no podrá ser algo alegre.

–Y ¿por qué no? –preguntó el bufón–. Mirad alrededor y decidme: ¿no está hoy bonita la ciudad? Veréis que incluso está más bonita que de costumbre. Eso tal vez sea porque sentís que hay peligro. Cuando algo es amenazado, es cuando uno se da cuenta de cuánto lo quiere...

–Tirillo, ¿es cierto que habrá guerra? –le preguntó alguien.

–Oirás lo que tengas que oír cuando sea el momento. Es cierto que tenemos enemigos, pero no quiero decir su nombre todavía.

–Eviellan –susurraron.

–Confiad en nuestro rey –dijo el bufón.

–Venga, Tirillo, cántanos algo –pidió uno de los presentes–. Nuestro corazón está triste, alégranos.

–No puedo borrar esa tristeza. De vez en cuando hay que estar triste para poder valorar la alegría. Al igual que tiene que llover entre los días de sol. Adiós.

Llevó a los amigos a un gran edificio que daba a una bonita plaza.

–Entrad ahí. Yo os esperaré.

Los jóvenes entraron y enseguida pudieron ver al preboste. Éste resultó ser un caballero de Unauwen. Esperaba su llegada y sabía de su misión tanto como el rey. Entonces preguntó qué más sabían de Slupor. Los amigos respondieron a todas sus preguntas y cuando terminaron, el preboste dijo:

–Os doy las gracias. Slupor se niega a decir una palabra. Pero tal vez quiera hablar cuando os vea. Haré que lo traigan.

Slupor fue introducido en la sala. No estaba ni encadenado ni atado, pero iba acompañado por dos soldados armados. Ya no tenía el aspecto de un mendigo anciano; sus greñas grises habían desaparecido y tenía el pelo corto y castaño claro. Sólo se le reconocía por los ojos. Al ver a los amigos le sacudió un escalofrío.

–Vaya –dijo en tono mordaz–. ¿No os basta con que me hayan apresado? ¿Tenéis que venir además a regocijaros ante la visión de un enemigo vencido?

Miró a Tiuri.

–Ahora te sientes muy valiente, claro –dijo–. Oh, oh, un caballero tan valiente que ha

llevado a buen término una misión peligrosa. ¿Qué misión en realidad? Traer una carta el rey Unauwen. Viajar muchas millas, arriesgar la vida... ¿para qué? ¿Qué pone en esa carta que sea tan importante? ¿Algo que aún no supiera el rey Unauwen? ¡Vaya cosa! Todos los días vienen mensajeros a verle, uno tras otro, y todos piensan que llevan un mensaje especial. Es para morirse de risa. Ja, ja.

Se echó a reír, con falsedad, de forma desagradable.

Tiuri estaba fuera de sí y no supo qué decir. Lo peor era que había algo de cierto en las palabras de Slupor. Ni siquiera sabía lo que ponía en la carta.

—¡No sabe perder! —exclamó Piak levantando la voz—. Por supuesto que esa carta era importante. ¿Por qué, si no, nos ha estado persiguiendo todo el tiempo y se ha tomado tantas molestias para impedir que la entregáramos?

Slupor dejó de reír y lo miró asombrado. Tiuri habría abrazado a su amigo. ¡Piak tenía razón! Y además... en aquel momento pensó en las palabras de Tirillo: para él, la carta en sí no era lo más importante, sino el haber cumplido con su juramento al caballero Edwinem.

Slupor volvió a enfadarse.

—Ah, sí; ah, sí, es cierto. Yo también tenía una misión que cumplir, una misión de mi señor el Caballero Negro del Escudo Rojo.

El preboste le interrumpió.

—¿Quién es el Caballero Negro del Escudo Rojo?

Slupor hizo una mueca burlona.

—¿Que quién es? —repitió—. No lo sé. Y si lo supiera no se lo diría. Pero lo conocerá cuando los caballeros con escudos rojos y negros vengán a conquistar este país...

—Esas palabras son insensatas, malévolas y estúpidas —dijo el preboste con dureza.

—No son estúpidas —contestó Slupor—. Sí malévolas. Yo soy malévolo.

Y volvió a dirigirse a los jóvenes.

—No he cumplido mi misión. Tendría que haberlo conseguido porque soy más fuerte que vosotros. Sí, lo soy. ¿Quiénes sois vosotros? Un escudero que olvida su obligación y huye la noche que tiene que velar antes de ser nombrado caballero, y un pastor que no ha hecho otra cosa que escalar montañas. No sé cómo os librasteis de Jaro; él es naturalmente el que os dijo mi nombre. ¡Que el diablo se lo lleve! Sabía que él no te atraparía, Tiuri. Es débil aunque se cree mejor que yo. Por eso fui al otro lado de las montañas por el Primer Gran Camino y envié palomas mensajeras a mi amigo, el alcalde de Dangria. Debía reteneros hasta que yo llegara. Pero cuando llegué tú y tu amigo habías volado y Dangria estaba patas arriba. Eso es lo que pasa cuando dejas que otro haga tu trabajo. Pero el resto lo hice yo mismo. Os vi, apresados por el señor del pontazgo, mientras estaba en el puente del río Arco Iris. ¡Ay!, luego seguí a la persona equivocada, pero no ha sido una gran pérdida.

Los amigos le miraron con repugnancia.

—Tenía que haberos cogido —siguió hablando Slupor cada vez más rápido—. Fui más

listo que todos vosotros. Fui el campesino que, por decirlo de alguna forma, cogió el caballo del asesino. Fui el mensajero que llegó a informar al caballero Iwain de que el asesino había sido apresado. Y conseguí lo que buscaba: vuestros acompañantes, esos estúpidos sirvientes del señor del pontazgo, os dejaron en la estacada y regresaron. Ésa era mi intención; debíais estar solos y desprotegidos. Os seguí, pero ¡maldición!, todo estaba en mi contra. Los campos estaban llenos de gente y prefería no mataros a plena luz del día. Y por la noche dormisteis en la casa de un campesino cuyas puertas cerró para mí y cuyo perro me ladró. No me desanimé. Seguí cabalgando, os saqué ventaja y os esperé como un pobre mendigo anciano. Tendría que haberlo conseguido. Soy más fuerte que vosotros. Sentís lástima por un pobre mendigo anciano y eso es debilidad – escupió en el suelo y terminó diciendo–: Pero os lo advierto, no os sintáis demasiado encumbrados, demasiado buenos, demasiado fuertes. Alguna vez se os puede volver en contra. Y una última cosa te digo, Tiuri, hijo de Tiuri. ¿Sabes lo que has hecho al irte y desperdiciar la oportunidad de ser caballero? ¿Acaso crees que el rey Unauwen te va a nombrar caballero? ¡Tonterías! Éste no es tu país y él no es tu rey. Espero que el rey Dagonaut te dé el trato que mereces y que nunca lleves la espada y el escudo.

–¡Silencio! –gritó el preboste–. ¡Basta!

Y ordenó a los soldados que se llevaran a Slupor.

–Tendrá el castigo que merece –dijo–. No penséis más en él. Podéis iros. Gracias por vuestra ayuda.

Tiuri suspiró de alivio cuando estuvieron fuera.

–¡Uf! –exclamó Piak a su lado–. ¡Qué desgraciado! En verdad no quiero volver a pensar en él.

Pero Tiuri dudaba si alguna vez lograría olvidar las malévolas palabras y miradas de Slupor.

8. Espadas y anillos

Pasó algún tiempo hasta que los amigos encontraron a Tirillo. Éste estaba en el centro de la plaza con muchas personas a su alrededor. Cantaba para ellos y al hacerlo movía la cabeza y las manos de tal forma que los cascabeles de su capucha y de sus guantes acompañaban con el tintineo su canción. Cuando vio a los jóvenes dejó de cantar y fue hacia ellos.

–¡No te vayas, Tirillo! –gritó la gente–. ¡Venga, cántanos otra!

–Ahora no. Tengo que llevar a estos jóvenes a palacio y el rey me está esperando.

Todos miraron entonces a los amigos.

–¿Quiénes son? –preguntaron.

–Vienen del país del rey Dagonaut, y podrían contaros muchas cosas. Pero no lo harán porque se vienen conmigo.

Cogió a los amigos por el brazo y volvió con ellos a palacio.

—Al final les he cantado un poco —susurró—. Es lo menos que puedo hacer.

Cuando estuvieron de vuelta en palacio, los llevó ante el rey. En esa ocasión no estaba solo, el caballero Marwen le acompañaba. Presentó a los jóvenes y les invitó amablemente a que se sentaran. Tirillo llenó cinco copas de vino y después se sentó también a los pies del rey. Tiuri vio que el caballero Marwen llevaba un anillo como el del caballero Edwinem y entendió que él también se encontraba entre los paladines más fieles del rey.

—Os he hecho venir —dijo Unauwen—, para volver a hablar con vosotros y oír más cosas sobre vuestras aventuras. No seáis tímidos y hablad libremente.

Y los amigos hablaron, al principio con pocas palabras, pero después extendiéndose más. El rey escuchó con toda atención e hizo muchas preguntas. Consiguió que le contaran más cosas de las que luego contarían a otras personas. También hablaron del anciano que había hecho salir a Tiuri de la capilla. Por supuesto había sido Vokia, el escudero del caballero Edwinem.

El rey Unauwen le pidió a Tiuri que intentara dar con su paradero cuando estuviera de vuelta en el reino de Dagonaut.

—Encárgate de que Vokia tenga todo lo que desee. Espero que esté en condiciones de volver aquí o a Foresterra. Temo que su edad y el dolor por la muerte de su señor lo hayan debilitado...

Después dijo:

—Os vuelvo a dar las gracias, Tiuri y Piak. Me gustaría recompensaros por lo que habéis hecho, pero no hay ningún regalo adecuado que pueda daros...

—Pero no es necesario, Su Majestad —dijo Tiuri.

—Lo sé —habló el rey—. Únicamente os daré un recuerdo, aunque sin él tampoco olvidaréis vuestras vivencias. Caballero Marwen, ¿querría enseñarnos esas espadas?

El caballero le dio al rey dos bonitas espadas.

—Una para cada uno —dijo el rey—. Estas espadas han pertenecido a mi estirpe durante siglos.

—Tienen más de mil años de antigüedad —dijo el caballero Marwen—, pero siguen estando igual de afiladas que cuando las forjaron.

El rey les entregó las espadas.

—Utilizadlas únicamente para una buena causa. Y aquí tenéis un anillo para cada uno... Es sólo un pequeño y fino anillo. No es un anillo como los que llevan mis probados paladines; sois demasiado jóvenes para ello. Suelo dar estos pequeños anillos a todos mis caballeros después de haber recibido el espaldarazo y, aunque no sois caballeros míos, tendréis uno.

Los jóvenes le dieron las gracias.

—Una cosa más —dijo el rey—. Has dicho, Tiuri, que Ardanwen te ha aceptado como su dueño. Por ello, será tu caballo a partir de ahora.

—Gracias, Su Majestad —dijo Tiuri contento.

—No debes agradecermelo, porque yo no puedo regalar a Ardanwen. Él es quien elige a su dueño. ¿No es así, caballero Marwen?

—Sí, señor —contestó—. Al igual que Idanwen o Viento de la Mañana, mi caballo y el hermano de Ardanwen.

Asintió con amabilidad mirando a Tiuri.

El rey Unauwen se levantó. Tiuri entendió que la conversación había acabado y también se incorporó. Piak siguió su ejemplo.

—¿Tienes alguna pregunta? —preguntó el rey mirando a Tiuri.

«¿Cómo lo sabe?», pensó. Y dijo titubeando un poco:

—Sí, Su Majestad.

—¿De qué se trata?

—Su Majestad, ¿qué decía el mensaje que le he traído? —preguntó Tiuri. Se arrepintió inmediatamente de lo que acababa de decir. Había sido muy descarado al preguntar algo que era evidente que debía permanecer en secreto.

Pero el rey no pareció enfadarse.

—No quiero hablar de ello todavía —dijo seriamente—. Pero enseguida lo sabrás. Posiblemente mañana mismo.

—¡Una espada! —exclamó Piak mirando el arma con respeto—. ¡Una espada de verdad! ¡Y menuda es!

—Es preciosa —dijo Tiuri—. Mira, hay figuras grabadas y el nombre del rey Unauwen.

—Para serte sincero me espeluzna un poco tener algo así. No sé si eso de ir andando por ahí con una espada está hecho para mí. Es más un objeto para colgar encima de la cama y poder mirarlo. Pero siempre llevaré el anillo.

Estaban sentados uno al lado del otro en el borde de la fuente del pequeño patio.

—¿Qué te parece todo esto? —preguntó Piak un poco después.

—¿Qué te parece a ti, Piak?

—Ah, espléndido y bonito pero, a pesar de ello, no termino de sentirme cómodo. Tal vez sea demasiado para mí. Todos esos caballeros con escudos blancos y anillos centelleantes. ¡Y el propio rey! ¿Qué te parece?

—Un gran rey —dijo Tiuri lentamente—. Es anciano, y a pesar de ello fuerte y valiente, un soberano poderoso pero amable, alguien que infunde respeto pero que no es orgulloso ni altivo.

—A mí me sigue recordando a Menaures. Por eso no me da vergüenza estar ante él. Si no, seguro que me la daría.

—Sí. El ermitaño se parece a él o él al ermitaño.

—¿Es el rey Dagonaut como él? —preguntó Piak.

—No —contestó Tiuri pensativo—. El rey Dagonaut es más joven. Es aguerrido, severo, justo, pero creo que no es tan... tan sabio como el rey Unauwen. Es difícil juzgar a este

tipo de personas. Dagonaut es mi rey. Siento respeto por él y me gustaría ser uno de sus caballeros.

—Seguro que lo serás, ¿no?

Tiuri pensó en lo que había dicho Slupor, pero no dijo nada.

—¿Te gustaría ser un caballero de Unauwen y llevar un escudo blanco? —preguntó Piak.

—Sí, eso también. Pero si me convierto en caballero, tendré que ser caballero de Dagonaut. Su país es mi casa.

—Yo no sé si me gustaría ser caballero —pensó Piak en voz alta—. Sólo soy un chico normal. Me siento torpe con una cota de malla y me veo ridículo con una espada en la mano. Pero, como dijo Warmin, tal vez uno se acostumbre a ello.

En aquel momento Tirillo venía hacia ellos caminando.

—Vengo a buscaros para dar una vuelta por ahí fuera. Para ver algo distinto a este palacio lleno de caballeros y grandes señores.

Le guiñó un ojo a Piak.

Tiuri se preguntó si Tirillo tenía el don de leer los pensamientos ajenos o si había oído su conversación.

—Puedo leer los pensamientos —dijo el bufón—. Tened cuidado conmigo; soy peligroso. ¿Os apetece acompañarme? Llevad las espadas a vuestra habitación. Mañana podréis ceñíros las. El rey Unauwen hablará a sus sacerdotes y paladines, a sus caballeros y consejeros. Vosotros también debéis asistir.

—¿Adónde quiere ir? —preguntó Piak.

—Quiero ir a navegar por el río.

Piak frunció pensativo el ceño.

—Ah, el río Blanco no es el río Arco Iris —dijo Tirillo riendo—. Y mi barca no hace aguas. Venid, el sol brilla y sopla un viento frío del oeste, un viento marino. He ordenado que preparen una gran cesta con bocadillos; así comeremos sobre el agua.

Pasado un rato los amigos se subían a la barca de Tirillo. Era una bonita barca de muchos colores.

—Yo remaré río abajo —dijo Tirillo—. Vosotros lo haréis río arriba. Sois jóvenes valientes, fuertes y musculosos. Yo sólo soy un débil bufón.

Se quitó los guantes y empezó a remar. Tiuri tuvo que llevar el timón. Piak no tenía que hacer nada, dijo el bufón, hasta que hubiera superado su miedo.

—¡No tengo nada de miedo! —exclamó Piak indignado—. Me resulta agradable.

Y era agradable. El agua brillaba al sol y el viento acariciaba su pelo. Tiuri se sintió ligero y feliz, lejos de cualquier responsabilidad y misión.

El río daba la vuelta al palacio y fluía hacia el oeste. Ante ellos aún se veía un puente y detrás una puerta.

—Por esa puerta sale el río Blanco de la ciudad —contó Tirillo— hacia el mar.

—Hacia el mar —repitió Piak—. Nunca lo he visto. ¿Cómo es el mar?

—Es agua —contestó Tirillo—. Agua salada. Olas hasta donde alcanzas a ver y más allá, hasta el final del mundo. Si te dejaras llevar por la corriente de este río llegarías a él. Pero se tarda un par de días.

Tiuri se dijo a sí mismo que le gustaría hacerlo. Tampoco había visto el mar. Además, el castillo del caballero Edwinem, Foresterra, debía de estar junto al mar...

Miró a Tirillo y de pronto vio que algo lo conmovió: un anillo en su mano izquierda cuya piedra destelleaba cuando movía los remos. Se inclinó hacia delante y dijo sorprendido:

—Usted también lleva uno de esos anillos... Un anillo como el que lleva el caballero Marwen y el señor del pontazgo y como el del caballero Edwinem.

Tirillo sonrió.

—Sí, claro. El rey Unauwen me dijo cuando me lo dio: «No necesitas llevar espada ni escudo para ser caballero».

—Sí —dijo Tiuri—; sí, por supuesto.

Era cierto. ¿Por qué no podía un bufón estar entre los paladines más fieles del rey? Precisamente Tirillo merecía llevar uno de esos anillos. Podía alegrar a la gente cuando estaba apenada, y eso era algo que muchos no eran capaces de hacer.

9. Lo que anunció el rey Unauwen

Al día siguiente no pararon de llegar caballeros a palacio cruzando el puente. Todos habían sido convocados a la capital por el rey Unauwen. Los amigos oyeron que el rey estaba esperando noticias de la ciudad del Sur donde residía su hijo mayor, el príncipe heredero. Se decía que el príncipe también vendría, pero que tardaría unos días en llegar.

Entre los caballeros que acudieron había uno que Tiuri había visto antes: el señor de la Luna Blanca, padre de Iwain y de Ewain. Tiuri habló largo rato con él, en especial sobre el caballero Ewain.

Ya era por la tarde cuando los caballeros y los grandes del reino se reunieron en la sala mayor de palacio donde el rey Unauwen se dirigiría a ellos. A Tiuri y a Piak también les dejaron estar presentes y se sintieron insignificantes entre todos aquellos poderosos señores. Por primera vez vieron al rey engalanado, vestido de blanco y púrpura, con corona de oro y cetro. No estaban presentes todos sus caballeros; muchos aún se encontraban en otras partes del país, por no hablar de aquellos que debían seguir en Eviellan. A pesar de ello había un gran número de ellos con cascos relucientes, escudos blancos y mantos irisados. Había consejeros y sabios con largas túnicas y altos sombreros. Sólo Tirillo tenía el mismo aspecto de siempre con su capucha de bufón con cascabeles, pero con su brillante anillo en el dedo.

El rey Unauwen se levantó del trono y dio a todos la bienvenida. Entonces dijo:

—Amigos, caballeros, súbditos, escuchad lo que he de deciros. Sabéis que dos jóvenes

han traído la noticia de la muerte del caballero Edwinem. Tiuri y Piak han viajado desde el reino de Dagonaut hasta nuestro país salvando muchos peligros...

Tiuri no apartaba la vista del rey, pero notó que muchos les miraban a él y a Piak.

—Además de la triste noticia, me han traído un mensaje —siguió diciendo el rey—, el contenido de una carta que el caballero Edwinem le dio a Tiuri antes de fallecer. Dicha carta procede de Eviellan, pero el monarca no quería que llegásemos a leerla nunca... El monarca de Eviellan, como sabéis, ha solicitado la paz, y en primavera le envié una legación. También sabéis que el caballero Edwinem huyó de Eviellan y que fue atacado y asesinado por Caballeros Rojos en el reino de Dagonaut. Por ello entenderéis que Eviellan no desea realmente la paz. Han sido enviados más mensajeros al sur para recoger noticias, pero pasará algo de tiempo antes de que vuelvan. A pesar de ello tengo noticias que daros, una información que os apesumbrará, aunque tal vez ya no os sobrecoja tanto.

El caballero Andomar de Ingewel tampoco volverá a nuestro país. Ha sido asesinado en las Montañas del Viento del Sur por los guerreros de Eviellan.

En la sala se hizo un silencio sepulcral. En todas las caras podía verse dolor, espanto o ira.

—Fue un caballero valiente —dijo entonces el rey en voz baja—, un fiel paladín. Que Dios se apiade de su alma.

Todos agacharon la cabeza y pensaron en el valiente caballero que no volvería a Ingewel. Tiuri vio ante sí el bonito bosque y la aldea junto al lago. Sus presentimientos de inquietud se habían cumplido. ¿Habría sido la oferta de paz una trampa para atraer aquellos caballeros a Eviellan?

Entonces el rey volvió a hablar.

—He recibido esta noticia hace una hora —contó—, a través de una carta del príncipe heredero. Ésta es breve, pero espero saber más dentro de poco. Mi hijo vendrá. El caballero Andomar ha sido asesinado, pero su escudero consiguió escapar y llegó a la ciudad del Sur el mismo día en el que Tiuri y Piak llegaron a esta ciudad. Sus destinos son parecidos: el caballero Andomar también venía de camino a nues tro país, tal vez con la misma noticia que el caballero Edwinem...

Un leve rumor recorrió la sala pero cuando el rey continuó se hizo silencio.

—Y ahora hablaré del mensaje —dijo el rey Unauwen—, la carta que el caballero Edwinem le dio a Tiuri. No he querido comunicaros su contenido hasta que el príncipe heredero lo conociera. La noticia les concierne, en primer lugar, a él y a su hermano, el monarca de Eviellan. El caballero Iwain fue a llevárselo inmediatamente; el príncipe ya está al corriente.

Calló un momento. Tenía la cara triste.

—Ya os he dicho que mi hijo menor, porque el monarca de Eviellan es también hijo mío, no desea realmente la paz. A pesar de ello os digo que sí *quería firmar la paz*. Y la habríamos firmado con toda seguridad de no haber sido por el caballero Edwinem.

Otro rumor volvió a recorrer la sala. Tiuri miró al rey con los ojos como platos. ¿Qué significaba aquello? No podía dudar de la lealtad del caballero Edwinem, ¿no?

—El caballero Edwinem huyó de Eviellan —siguió diciendo el rey—, vestido de negro y con un escudo negro. Pero bajo tanto color negro se ocultaba el blanco. Se había enterado de algo... No sabemos dónde ni cómo, y nunca lo sabremos porque ya no nos lo puede contar. Un caballero de Eviellan y sus jinetes lo asesinaron para evitar que me contara lo que sabía. Pero la carta que pretendía traer se salvó. O mejor dicho, su contenido. Éste fue escrito en la lengua antigua que apenas conocen unos pocos iniciados. Mi hijo menor también conoce esa lengua.

El rey volvió a guardar un momento de silencio.

—Os contaré lo que habría pasado de no haber sido por el caballero Edwinem; si el mensaje que pretendía traer se hubiera perdido. En tal caso habríamos firmado la paz con Eviellan. Mi hijo menor se habría reconciliado con su hermano y habría vuelto a su patria y a la casa de sus padres. Y todos nos habríamos regocijado y alegrado sin sospechar el peligro que nos acechaba, la suerte que nos esperaba. Habríamos tenido al enemigo dentro de nuestras fronteras. Porque ¿qué habría pasado?

¡El príncipe heredero habría muerto repentinamente poco después! ¿Lo entendéis? Mi hijo menor tenía planeado, cuando ya nadie sospechara de ningún mal, *asesinar* a su hermano, o hacer que lo asesinaran para conseguir así lo que deseaba; el poder sobre este reino. Tras la muerte del príncipe heredero se convertiría en el sucesor de la corona. Ése era el plan traicionero que se ocultaba tras su petición de paz. No le basta con Eviellan; quiere gobernar este reino.

El rey Unauwen recorrió la sala con la mirada. Seguía habiendo tristeza en sus ojos, pero su cara estaba seria cuando dijo:

—Ahora ya sabéis que el monarca de Eviellan sigue siendo nuestro enemigo. Nunca deberá gobernar este reino porque es malvado. Es mi hijo, y le quiero, pero es malvado. Si alguna vez llegara a ser rey, la desgracia se cerniría sobre este país.

«Así que era eso», pensó Tiuri. Miró al rey y luego a la gente de la sala. Vio temor, furia y repugnancia en sus caras. Después volvió a mirar al rey. También estaba enfadado, le pareció, pero sobre todo triste.

El rey Unauwen siguió hablando.

—Ahora conocemos sus malvadas intenciones y ya no podrá llevar a cabo su astuto plan. Enseguida se enterará de que estamos al tanto, eso, si no se ha enterado ya. Ha matado a dos de mis caballeros para que no conociéramos su plan de asesinato. Aún no sabemos qué ha sido de los demás, del caballero Argarath, de Marcian y de Darowin, pero me temo lo peor. Pero señores, ahora ya sabemos lo suficiente. El plan del monarca de Eviellan ha fracasado; no volverá a pedir la paz. Temo que ahora, usando la violencia, intente conseguir lo que ya no podrá lograr con su artimaña. Temo que volverá a coger las armas. Por ello debemos prepararnos para la defensa.

Y concluyó diciendo:

—Triste es lo que ahora debo deciros, pero tenemos suerte: ahora sabemos dónde se esconde el peligro. Juntos lucharemos si es necesario. ¿Quién no está dispuesto a hacerlo?

Entonces todos los caballeros levantaron sus espadas y la sala se convirtió de pronto en una selva de cuchillas destelleantes. Y vitorea - ron a su rey.

Después se habló de cómo se organizaría la defensa del país. Tiuri y Piak no se quedaron; a fin de cuentas eran asuntos que no les incumbían.

Salieron juntos de palacio y fueron a la ciudad. Algo después estaban en uno de los puentes del río Blanco hablando sobre lo que acababan de escuchar. Al rato ambos callaron y miraron el agua transparente sumidos en sus pensamientos.

Tiuri pensó en el joven escudero que había traído la noticia del caballero Andomar al reino de Unauwen. Fue sorprendente saber que no había sido el único: que otra persona había recibido el mismo tipo de misión que él, y que posiblemente había tenido los mismos miedos, pero también la misma satisfacción. ¿Habría encontrado a un amigo tan leal como Piak? Le miró. Éste apartó la vista del río y miró hacia el oeste.

—Allí tiene que estar el mar —dijo—. Me gustaría navegar alguna vez hasta él.

—A mí también —dijo Tiuri—. Si tuviéramos tiempo...

Al decir aquellas palabras supo de pronto que ya no le quedaba más tiempo. No podía quedarse más: el rey Dagonaut le esperaba. Ya no había nada que le impidiera volver. Su misión allí había concluido.

—Si tuviéramos tiempo —repitió—, pero tengo que volver con el rey Dagonaut.

—Sí, lo comprendo —dijo Piak—. ¿Cuándo quieres irte?

—Ya que hay que hacerlo, que sea lo antes posible. Mañana.

—Bien, entonces mañana nos vamos.

—¿Quieres quedarte más tiempo?

—Me voy contigo —contestó Piak simplemente.

Los dos volvieron a estar un rato callados.

Entonces Piak preguntó:

—¿Tienes ganas de volver?

—Sí y no —contestó Tiuri—. Me gustaría quedarme un poco más y conocerlo todo mejor, pero también echo de menos volver a estar en casa. Qué raro, ¿no?

—No. A mí me pasa lo mismo. Una parte de mí quiere quedarse y otra parte desea volver a las montañas.

—El país del rey Dagonaut parece quedar tan lejos —siguió diciendo Tiuri, algo pensativo—. A veces tengo la impresión de que allí todo habrá cambiado cuando vuelva.

¿Cuánto tiempo había pasado en realidad desde su partida? No llegaba a un mes. Cuántas cosas había vivido en ese tiempo.

Piak se dio la vuelta despidiéndose con la mano del entorno.

—Adiós, ciudad de Unauwen.

—No —dijo Tiuri—, diremos «Hasta la vista». Estoy seguro de que volveremos.

Volvieron a palacio. La reunión había concluido y en una de las salas estaba Tirillo en medio de muchos caballeros y escuderos.

—Bien, Tirillo —dijo uno de los caballeros—, ya nos has leído la cartilla por atrevernos a pensar en las grandes hazañas que vamos a realizar. Pero he oído que tú también vendrás con nosotros cuando nos vayamos.

—Seguro que sí —contestó el bufón—. Alguien tendrá que cuidar de vosotros.

—¿Qué armas vas a llevar, Tirillo? —preguntó otro con algo de burla.

—Su vara de bufón para golpearlos los dedos —dijo Marwen de Iduna— y su lengua de bufón para cuidar nuestro orgullo.

Aunque lo dijo con una sonrisa, estaba claro que hablaba en serio.

—Sí —intervino otro caballero—, Tirillo tiene que acompañarnos cuando entablemos la lucha contra el mal.

—Bien dicho, caballero —dijo el bufón—. Siempre y cuando recuerde que el hecho de que usted luche contra el mal, no le convierte en *bueno*. El bien y el mal son enemigos mutuos, pero pueden estar muy próximos. Piense que nuestro príncipe heredero y el monarca de Eviellan son hermanos, hijos de un mismo padre...

Entonces vio a Tiuri y a Piak.

—¡Ajá! —exclamó interrumpiéndose a sí mismo—, allí están los amigos. ¿Os sentís un poco en casa en nuestra ciudad?

—Sí, Tirillo —contestó Tiuri.

—Pero, por desgracia, tenéis que ir —siguió diciendo el bufón.

—Sí —dijo Tiuri. Ya no le sorprendía que el bufón pudiera adivinar sus pensamientos—. ¿Podremos hablar hoy con el rey?

—Acompañadme, os llevaré ante él. Tiene algo de tiempo.

Los jóvenes le siguieron y Tiuri pensó: «Ahora entiendo mejor por qué Tirillo lleva el resplandeciente anillo. No es sólo porque sea sensato y alegre, sino porque protege a los caballeros contra el orgullo».

Los amigos le contaron al rey Unauwen que habían decidido iniciar la vuelta lo antes posible.

—Tenéis razón —dijo el rey—. Sois súbditos del rey Dagonaut. Y tú, Tiuri, ahora que has cumplido tu juramento y realizado tu misión, debes contarle todo a tu rey. Y esta vez serás mi mensajero. Te daré una carta para el rey Dagonaut. No, no te asustes, es un mensaje importante, naturalmente, pero al que no va unido ningún peligro.

Tiuri sonrió.

—Para servirle, Su Majestad —dijo.

—¿Y tú, Piak? ¿Hasta dónde acompañarás a tu amigo? ¿Hasta la Gran Cordillera?

—No, Su Majestad, hemos acordado que iré con él más allá, hasta la ciudad de Dagonaut.

–Pero de todos modos volveréis por el mismo camino –dijo el rey–, pasando por la casa del ermitaño Menaures. Saludadlo de mi parte.

–¿Lo conoce, Su Majestad? –preguntó Piak sorprendido.

–Lo conozco –respondió el rey.

Miró amablemente a uno y luego al otro, y siguió diciendo:

–Siento que tengáis que ir, pero no nos despediremos porque deseo y espero volver a veros aquí. Aunque vuestra casa y vuestra tarea esté en el reino de Dagonaut, siempre estaréis unidos a mi país.

OCTAVA PARTE

DE VUELTA A LA CIUDAD DE DAGONAUT

1. De la ciudad de Unauwen a Dangria

A la mañana siguiente los amigos dejaron la ciudad de Unauwen. Se despidieron del rey y de la gente que habían conocido y cabalaron al encuentro del sol naciente. Ante ellos el cielo estaba teñido de púrpura, rosa, rojo y oro, pero avanzaron despacio y a menudo vol - vían la vista hacia la ciudad, preguntándose cuándo volverían a verla. Cuando dejaron de ver la ciudad, espolearon a sus caballos y cabalaron más rápido a medida que la distancia iba aumentando.

–Me gustaría estar ya en casa –comentó Piak.

Tiuri sentía lo mismo. Así que viajaron de prisa, aunque de vez en cuando les asaltaba la nostalgia de «la ciudad más bella del mundo».

La primera noche de su regreso la pasaron al aire libre, en la segunda durmieron en el castillo de la Luna Blanca. Al día siguiente atravesaron las Colinas Lunares, esta vez durante el día. Ya era bastante tarde cuando llegaron a Ingewel, donde devolvieron los caballos al dueño de la posada La Primera Noche.

El posadero les ofreció caballos de refresco para llegar al pontazgo. Debía de considerarles amigos personales del señor del pontazgo e importantes sirvientes del rey.

En aquella ocasión había muchos aldeanos en el comedor. No se habían reunido para pasar un buen rato, sino para comentar la estremecedora noticia que también acababan de conocer. La muerte del caballero Andomar es lo que más les había impresionado.

Tiuri y Piak oyeron las conversaciones sin intervenir, hasta que el posadero contó al resto de sus clientes que ellos acababan de llegar de la ciudad de Unauwen. Entonces les bombardearon a preguntas. ¿Era cierto que el monarca de Eviellan había matado personalmente al caballero Andomar? ¿Era cierto que el señor de Foresterra también había sido abatido? ¿Cuál era la última noticia de la ciudad? ¿Habían visto al rey y había dicho si habría guerra? ¿Era cierto que el príncipe heredero iba a retar a su hermano a un duelo?

El rey Unauwen les había dicho a los amigos en la despedida que ya no tenían que guardar más secretos. Así que Tiuri y Piak contestaron a todas las preguntas lo mejor que pudieron, pero, como si lo hubieran acordado, ambos callaron sobre el papel que habían desempeñado en aquellos acontecimientos.

Cuando a la mañana siguiente fueron al lugar donde el posadero los esperaba con los caballos, vieron una comitiva de jinetes que se acercaba bordeando el lago. Después de un rato, pasó junto a la posada y todos los que estaban a un lado del camino se inclinaron respetuosos. El jinete que iba en primer lugar era un joven de la edad de Tiuri; parecía

triste y grave, pero su actitud era valiente y altiva. Iba vestido en tonos grises, en señal de duelo, y no llevaba armas. Algunos soldados le seguían.

—Es el caballero Andomar de Ingewel —dijo el posadero cuando pasó la pequeña comitiva hacia el oeste.

—¿El caballero Andomar? —repitió Tiuri algo sorprendido.

—Su hijo. Se llama como su padre y se parece a él. Va a la ciudad de Unauwen. Supongo que el rey lo nombrará caballero para que dentro de poco vuelva a haber un caballero Andomar que gobierne Ingewel. Así es: cuando alguien muere siempre hay otra persona que se encarga de su misión.

—Siempre hay otra persona que se encarga de su misión —dijo Tiuri pensativo.

—¿No es así? —preguntó el posadero—. No debemos entristecernos demasiado...

Cuando los amigos volvieron a cabalgar por el Bosque de Ingewel permanecieron callados. Las flores seguían creciendo en abundancia como si no hubiera sucedido nada. «Esperemos», pensó Tiuri, «que nunca suceda nada que haga que este bonito bosque sea arrasado...». «Pero incluso si ocurriera», pensó un poco después, «otras bonitas flores saldrían en su lugar». Aquéllas eran unas ideas curiosas que no había tenido antes.

Una vez pasado el Bosque de Ingewel, el río Arco Iris ya no quedaba lejos. Cruzaron el puente y pidieron hablar con el señor del pontazgo. Tiuri llevaba el dinero que le había dado el rey para pagar el impuesto que aún debían.

Los centinelas del puente no los reconocieron inmediatamente; fue cuando llegó Warmin y les saludó con cordialidad cuando se dieron cuenta de quiénes eran.

—No os esperaba de vuelta tan pronto —dijo Warmin—. Anunciaré vuestra llegada a mi señor.

Entró con ellos al castillo.

—Ahora sé quiénes sois —contó—. Habéis llevado noticias importantes al rey. No conozco los detalles pero mi señor lleva un tiempo entrenando a sus soldados. Dice que tal vez su castillo vuelva a convertirse en una fortaleza como hace cientos de años. Mi señor está triste. Por la noche mira el río desde el puente sin decir una palabra.

El señor del pontazgo no mostró a los amigos su tristeza. Sí, tenía melancolía en los ojos, pero parecía propia de él. Era la melancolía de alguien que sabe y comprende mucho y que, por ello, no puede estar despreocupado. Los saludó con amabilidad y dijo que eran sus invitados. No quiso aceptar el dinero del impuesto. «Ya está pagado», dijo. Posiblemente lo hubiera hecho él mismo.

Los jóvenes tuvieron que contarle las novedades de la ciudad de Unauwen, aunque él ya conocía la mayoría. Después de la cena estuvieron mucho tiempo con él en la habitación con vistas al puente y al río. El señor del pontazgo le preguntó si era familia del caballero Tiuri el Valiente (el joven ya le había dicho su verdadero nombre). Él conocía bien el reino de Dagonaut porque había estado algunas veces, hacía unos años, antes de convertirse en el señor del pontazgo. Pero sabía más cosas aún de su propio

país y, a petición de los amigos, les contó algunas de ellas. Habló de regiones, ríos, castillos, del rey Unauwen, de sus caballeros y de los dos príncipes.

—¡Qué locura que esos dos hermanos sean enemigos! —dijo Piak pensando en voz alta—. Precisamente los gemelos deberían quererse más.

—Sí —dijo el señor del pontazgo—, también podría haber sido diferente. El rey Unauwen también tenía un hermano, nacido el mismo día e idéntico a él. Pero aquel príncipe nunca aspiró al trono. Incluso se distanció de su condición monárquica y se fue a vagabundear por el mundo. Después se retiró a las montañas como ermitaño.

—¿Ermitaño? —repitió Piak mirándole con los ojos muy abiertos.

Tiuri también estaba sorprendido. Pensó inmediatamente en Menaures, el ermitaño del nacimiento del río Azul.

—¿Vive todavía ese hermano... ese ermitaño? —preguntó Piak.

—Sí, aún vive.

—¿Cómo se llama?

—Cuando se apartó de su condición monárquica adoptó otro nombre —dijo el señor del pontazgo—, y no sé si debo decirlo. Vive al otro lado de la Gran Cordillera y estuvo aquí hace muchos años. Pero lo que sí ha sucedido en varias ocasiones es que los peregrinos y caballeros de aquí cruzan las montañas para visitarle. Tal vez os lo hayáis encontrado alguna vez. ¿Vosotros venís de las montañas, no es así? Miró a Piak con una sonrisa.

—Sí, sí —contestó—, tal vez sí...

Después, cuando los amigos estaban acostados, Piak le dijo a Tiuri:

—¿Tú qué opinas? ¿Será Menaures el hermano del rey Unauwen?

—Es muy posible —contestó Tiuri.

—¡Es muy posible! ¡No puede ser de otro modo! Santo cielo, se me podría haber ocurrido antes. En realidad no es tan raro. ¿No te dije que Menaures y el rey se parecían?

Aunque los amigos se habían acostado tarde, a la mañana siguiente se levantaron temprano porque querían llegar ese mismo día a Dangria. Después de la despedida cordial del señor del pontazgo se fueron en dos caballos que éste les prestó. Warmin y otro soldado los acompañaron. Irían hasta Dangria para volver después con los caballos.

Cuando vieron el río por última vez, Piak dijo de pronto:

—¡Vaya, se nos ha olvidado una cosa!

—¿El qué? —preguntó Tiuri.

—Me habría gustado ir a ver a Ferman para darle un coscorrón por lo de la barca.

Tiuri se echó a reír. Al parecer Piak todavía tenía atragantado el baño en el río Arco Iris.

Warmin también rió.

—¡La venganza de Ferman! —exclamó—. Está bien que esa cosa por fin se haya hundido.

Por la tarde volvieron a estar juntos en la plaza de Dangria. Tenía el mismo aspecto que la vez anterior, llena de puestos y tenderetes, compradores y vendedores.

—Es como si no nos hubiéramos ido —dijo Piak cuando estuvieron frente al Ayuntamiento.

—Sin embargo las cosas han cambiado mucho —dijo una voz tras ellos.

Era Iruwen, por supuesto. Les sonrió amablemente y siguió diciendo:

—¡Las cosas han cambiado mucho! El señor Dirwin es ahora el alcalde. En cuanto llegue la aprobación oficial del rey, recibirá el solemne nombramiento.

Se puso entre ellos y añadió en un tono confidencial:

—Primero me preguntaron a mí si quería ser alcalde. Pero no me apetecía. Quiero tener tiempo para pasear por la ciudad y hacer valer mis ojos y mis oídos. Y el señor Dirwin también será un buen alcalde... Pero —se interrumpió— ni siquiera os he preguntado si habéis tenido un buen viaje. En cualquier caso se os nota que habéis logrado cumplir vuestra misión. Siento curiosidad por lo que tenéis que contar.

Señaló el Ayuntamiento.

—¿Tal vez queráis saludar antes al señor Dirwin? A fin de cuentas es el alcalde.

—Sí —contestó Tiuri—. El rey Unauwen nos encargó que saludáramos al señor Dirwin de su parte y que le contáramos las novedades.

—¡Ah! —exclamó Iruwen—, ya sabemos lo de la muerte de esos buenos caballeros y la de nuestro pobre escribano. Vinieron mensajeros de la capital. Pero las noticias siempre son bienvenidas. Siempre he dicho que Eviellan era nuestro enemigo a pesar de la petición de paz.

Acompañó a los amigos hasta la escalera del Ayuntamiento.

—¿Vendréis después al Cisne Blanco? Ardoc también estará. Acaba de llegar a la ciudad; llega en buen momento. Además dejé allí vuestras bolsas de viaje; os las habíais dejado en el Ayuntamiento la otra vez. Iré a decir al posadero que pasaréis por allí. ¡Hasta la vista!

Los amigos hicieron lo que Iruwen les había propuesto y después de su visita al señor Dirwin fueron al Cisne Blanco. Allí se encontraron con Iruwen, Ardoc, Doalwen y otros conocidos con los que comieron e intercambiaron noticias. En efecto, les vino bien que Ardoc estuviera en la ciudad porque les dijo que podrían acompañarle a su casa a la sombra de la Gran Cordillera la mañana siguiente.

2. De Dangria a Menaures

Tiuri y Piak viajaron con Ardoc, en esa ocasión sentados a su lado en el pescante del carro.

—¿Habrá guerra de verdad? —preguntó Piak mirando a su alrededor.

—Aquí estamos lejos de Eviellan —dijo Ardoc—, y tal vez pase algún tiempo antes de

que notemos nada. En el sur enseguida se reanudarán los ataques. Pero aunque los soldados de Eviellan entren en nuestro país, nunca pasarán del río Arco Iris mientras existan los señores de los pontazgos. Y tampoco tendrán Dangria. La ciudad resistió muchos asedios antiguamente y volvería a hacerlo si fuese necesario. Por suerte, el peligro que había dentro de las murallas ha sido descubierto y el alcalde que gobierna ahora es fuerte y de fiar.

Miró a los dos amigos alternativamente.

—Cuando viajasteis conmigo la otra vez no se me ocurrió —dijo negando con la cabeza—. ¿Os acordáis que os dije que aquí debíais descubrirlo todo por vosotros mismos? Entonces ya sabíais cosas que yo ni sospechaba.

—Bueno —dijo Piak—, tampoco sabíamos tanto. Hemos tenido que descubrir un montón de cosas.

—Pero habéis desempeñado un papel importante en lo que ha sucedido últimamente —dijo Ardoc—. Vosotros habéis sido los primeros en traer noticias sobre la traición de Eviellan.

Piak miró las montañas que cada vez estaban más cerca.

—Mañana o pasado estaremos allí otra vez —dijo suspirando—. ¡Es casi increíble! Me quitaré la cota de malla y la dejaré atrás, ¿no te parece, Tiuri? Ya tenemos bastantes cosas que llevar; nuestras espadas, por ejemplo. Eso sí que no lo he hecho nunca; subir una montaña con una espada en la cintura.

—Supongo que no querrás dejar la espada, ¿no? —dijo Tiuri.

—¡Ay, no! ¡Nunca! —exclamó Piak.

—Sería una vergüenza si lo hicieras —opinó Ardoc—. Más de un caballero te envidiaría por tener una espada así.

Algo más tarde señaló hacia delante con la fusta.

—Allí se ve mi casa. Os quedaréis hasta mañana por la mañana. Así podréis conocer a mis hijos y nietos. Tengo una gran familia y eso es muy agradable.

Los jóvenes aceptaron con gusto la invitación.

A la mañana siguiente se despidieron del último conocido que tenían al oeste de la Gran Cordillera y empezaron la ascensión.

—Vuelvo a andar por terreno conocido —dijo Piak al día siguiente cuando pasaron Filamen—. Todo ha sido precioso, pero es aquí donde me siento más cómodo.

Por supuesto volvieron a pasar por la casa de Taki e Ilia, que los recibieron con amabilidad pero con cierta sorpresa.

—¡Pero, bueno! —exclamó Taki dirigiéndose a Piak—. ¿Qué has hecho y dónde has estado para volver con una espada en el cinto como si fueras un auténtico caballero?

—No lo soy ni de broma —dijo Piak riendo—. Mi amigo, sí.

Tiuri negó con la cabeza y masculló:

—Todavía no, Piak.

—A juzgar por las apariencias os ha debido pasar de todo. Espero que podáis contarnos algo. Lo digo sobre todo por Ilia.

—Como vuelvas a decir que soy curiosa, Taki —dijo Ilia amenazante—, no te daré natillas.

—Entonces mejor me callo —rió Taki.

—Y nosotros te lo contaremos, tía —dijo Piak—. Y ésta será la enésima vez que lo hacemos. Según estamos aquí, casi no puedo imaginar que todo haya pasado realmente.

Piak volvió a repetir una vez más esas mismas palabras cuando él y Tiuri estuvieron algunos días después en el «mirador» para echar un vistazo al reino de Unauwen.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuvimos aquí? —preguntó Piak.

—Unas tres semanas —contestó Tiuri después de pensar un poco.

—Entonces aún no sabíamos lo que íbamos a vivir ni cómo era todo de cerca...

—Y hemos estado más lejos de donde alcanzamos a ver —añadió Tiuri.

Se quedaron un rato mirando antes de seguir el ascenso.

—Hemos vuelto en un buen momento —dijo Piak—. Dentro de nada empezarán las lluvias otoñales y entonces será difícil cruzar las montañas.

Un día después llegaron al puerto y a la noche siguiente durmieron en la cueva bajo la séptima roca. Después el viaje no se hizo largo. Hacía buen tiempo, mucho mejor que la vez anterior, y la mayor parte del camino era cuesta abajo.

Piak saludó con alegría todos los lugares conocidos. Según se acercaban a la cabaña del ermitaño se fue volviendo más callado. A Tiuri le sorprendía un poco. Su amigo no parecía fatigado, ¿no?

Ya había oscurecido cuando descendieron a la cabaña, pero vieron una pequeña luz que les indicaba el camino. Resultó ser un farol que había sido colocado junto a la cabaña.

Menaures salió; esperaba su regreso.

—Durante todo el día he tenido la sensación de que vendríais, y ¿veis?, aquí estáis. ¡Sed bienvenidos!

Poco después estaban sentados con él a la mesa y le contaban que habían conseguido llevar a cabo la misión.

—Me alegra oírlo —dijo el ermitaño—, y también me alegra que os hayáis hecho buenos amigos. Esperaba que eso ocurriera.

—¿Esperaba que yo acompañara a Tiuri? —preguntó Piak.

—Sí. No me sorprendió ver que no volvías.

Piak abrió la boca y volvió a cerrarla. Miró al ermitaño un rato en silencio y finalmente dijo:

—Debo darle recuerdos del rey Unauwen.

Menaures agachó un poco la cabeza.

—Gracias —dijo.

Otra vez se hizo el silencio. Tiuri miró al ermitaño y luego a Piak y pensó: «¿Será Menaures realmente el hermano del rey? Se parece a él, es cierto». Pero no se atrevió a preguntárselo.

Al parecer Piak debía de estar pensando lo mismo porque lo siguiente que dijo fue:

—¿Conoce al rey Unauwen?

—Ya sabes que sí, ¿verdad? —contestó el ermitaño con una sonrisa.

—¿Lo conoce bien? —siguió preguntando Piak.

—Sin duda —respondió Menaures aún sonriendo con cierto brillo en sus ojos oscuros.

—Entonces, ¿por qué no nos dio recuerdos para él? —preguntó Piak.

—Mi hermano sabe que pienso mucho en él. Sí, mi hermano. Eso es lo que querías saber, ¿no?

—Sí, sí —dijo Piak ruborizándose.

—Podías habérmelo preguntado sin rodeos —siguió diciendo Menaures—. No sé cómo os habéis enterado, pero ya que lo sabéis no lo negaré.

—Usted se parece mucho al rey —dijo Piak.

—Pero debes verme como siempre lo has hecho. Como el ermitaño de las montañas, no como un príncipe ni un monarca.

Tiuri se dijo a sí mismo que el ermitaño, a pesar de todo, tenía algo regio. Su ropa sencilla y su figura delgada no podían ocultarlo.

—Contadme vuestro viaje —dijo Menaures.

Los amigos lo hicieron, pero fue Tiuri el que más habló. Piak estaba incluso demasiado callado. Tiuri le miraba de vez en cuando preguntándose si le estaría molestando algo.

Un poco después, mientras los jóvenes hacían su cama de paja y mantas en el suelo, Piak dijo de pronto:

—Menaures, ¿me ha echado de menos?

—Claro que sí —contestó el ermitaño afectuoso.

—¿Lo ve?, Tiuri le ha dicho que iré con él a ver al rey Dagonaut. Pero si no puede prescindir de mí, me quedará.

—Que te haya echado de menos no significa que no pueda prescindir de ti. Si así fuera, no estaría bien. Puedes ir tranquilamente con él. De todos modos no te habrías quedado conmigo para siempre.

—Yo... —empezó a decir Piak, pero calló. Entonces preguntó otra cosa—: ¿Ha pasado algo desde que nos fuimos?

Y Tiuri preguntó:

—¿Sabe qué ha sido de Jaro? ¿Estuvo con usted?

—Sí —contestó el ermitaño—. Tuvimos una larga conversación. Creo, Tiuri, que ya no servirá al monarca de Eviellan.

Y ya no dijo más.

Poco después les deseó buenas noches. Él no se acostó sino que salió y, como hiciera

la vez anterior, dejó la puerta entornada.

Tiuri estaba cansado y enseguida estuvo dando cabezadas. De pronto le pareció que Piak se inclinaba sobre él y le preguntaba algo en susurros. Abrió los ojos, pero Piak estaba totalmente quieto a su lado. Se dio la vuelta y casi había vuelto a dormirse cuando notó que Piak se levantaba sin hacer ruido. Volvió a mirar y le vio salir. Después oyó que su amigo hablaba con el ermitaño de forma ininteligible. Sin embargo, la respuesta de Menaures sí fue clara y nítida:

—No tienes por qué ir, Piak. Si prefieres estar en las montañas, debes quedarte aquí.

Tiuri se despejó al momento.

Piak masculló algo, pero después dijo de forma bien audible:

—Menaures, le he prometido que iría con él. ¡Yo mismo se lo pedí! Al principio quería ir. Quería convertirme en escudero. Pero ahora que estoy de nuevo en las montañas siento que pertenezco a este sitio.

—Nadie pertenece a ningún lugar sobre la tierra —dijo el ermitaño—. Pero comprendo a qué te refieres. Sientes que éste es tu sitio.

—Ni siquiera estoy seguro de ello —dijo Piak dando un profundo suspiro—. Creo que no sé lo que quiero. A veces pienso que en las montañas no estaré tan a gusto como antes. Ahora sé lo que hay abajo. Pero no sé si querría vivir en otra parte. No sé si quiero ir al país del rey Dagonaut y convertirme en escudero.

Tiuri oyó todo aquello. En ese momento comprendió por qué Piak había estado tan callado; eso es lo que tenía atragantado. Piak se arrepentía de su decisión de quedarse con él e ir a la ciudad de Dagonaut.

—¿Qué hago, Menaures? —preguntó Piak.

Tiuri se sintió de pronto culpable por estar escuchando unas palabras que no iban destinadas a él. Pero, pensándolo mejor, le pareció bien haberlas escuchado después de todo. Posiblemente Piak nunca se lo habría dicho.

—Eso debes decidirlo tú, Piak —fue la respuesta del ermitaño.

—Pero es que no puedo hacerlo. O en realidad sí sé lo que debo hacer. Se lo he prometido.

—Sé sincero, ¿prefieres quedarte en las montañas?

Hubo un rato de silencio.

—Sí —contestó entonces Piak en voz baja—. Pero le pedí que me dejara ir con él. Y no quiero que piense que le dejo en la estacada porque...

—¿Por qué? —preguntó el ermitaño con calma.

—Tiene miedo de que el rey Dagonaut no lo nombre caballero, y podría pensar que ésa es la razón por la que no quiero ir con él...

—Por supuesto que no pensará eso —dijo el ermitaño.

«Por supuesto que no», repitió Tiuri para sí.

—Tampoco es por eso —dijo Piak—. Es que... ¡bueno! Ya te lo he dicho. Me puse tan contento al volver aquí que entendí que era en este lugar donde quería quedarme. Y a

pesar de ello, y eso es lo extraño Menaures, a pesar de ello añoraría bajar. Me siento mal ante la idea de tener que despedirme, y podría arrepentirme. Pero si le acompaño volveré a añorar las montañas.

—Sí —dijo Menaures—, siempre habrá algo que eches de menos, te vayas o te quedes. Uno siempre se está despidiendo, durante toda su vida. Pero si prefieres quedarte aquí, si crees que éste es tu sitio, debes decírselo a Tiuri con toda sinceridad. Él no debe ni va a tomárselo a mal.

«No, seguro que no», pensó Tiuri. Cómo me iba a enfadar con Piak por eso. Pero estaba triste. Echaría de menos a su amigo. ¿Sería cierto eso que había dicho el ermitaño de que uno siempre se está despidiendo?

Cuando poco después Piak volvió y se acostó, Tiuri se hizo el dormido. Pero se quedó un rato despierto aunque ya tuviera decidido lo que le diría a su amigo al día siguiente.

3. La despedida de Piak

—Oye, Piak —dijo Tiuri a la mañana siguiente—, sé que prefieres quedarte en las montañas...

—¿Cómo se te ocurre...? —empezó a decir Piak.

Pero Tiuri no le dejó terminar:

—Tanto si vienes como si no, seguiremos siendo igual de buenos amigos. Tú perteneces a las montañas, yo al país del rey Dagonaut. Así es en definitiva. Yo tampoco me quedo aquí porque tú lo quieras, ¿no?

—Pero iba a ser tu escudero.

—Eso es lo que querías, sí, pero no voy a enfadarme porque hayas cambiado de idea. Tengo que reconocer que ayer escuché lo que le dijiste a Menaures.

—Ah —masculló Piak.

Agachó la cabeza y calló un momento. Entonces dijo:

—Bueno, pues como lo has oído todo ya no hace falta que te diga nada. Me parece horrible, Tiuri, pero es cierto que prefiero quedarme aquí.

—¿Horrible, por qué? —preguntó Tiuri con calma—. Lo entiendo perfectamente.

—No, no lo entiendes. A mí también me disgusta no ir contigo. Seguro que añoraré la ciudad de Dagonaut aunque nunca haya estado allí y no sea tan bonita como la de Unauwen. Pero si estoy allí añoraré las montañas. ¿Sabes qué? Seguro que no me sentiría a gusto entre todos los caballeros y escuderos. Tú sí, tú perteneces a ese lugar...

—Seguro que te acostumbrarías, pero te repito que no tienes que sentirte obligado a acompañarme.

—Me gustaría saber lo que quiero —suspiró Piak. Miró alrededor, a los valles y a las cimas. Tenía la cara triste.

Los amigos estaban sentados sobre una roca junto al nacimiento del río Azul.

—Tú eres de aquí —dijo Tiuri en tono decidido—. Con eso ya está todo dicho. Así que te quedarás aquí. ¿Hay algo más sencillo?

En aquel momento Menaures los llamó desde la cabaña para desayunar.

—¿Habéis hablado? —preguntó el ermitaño—. ¿Ya te has decidido, Piak?

—Sí —contestó Tiuri en lugar de su amigo—. Piak se queda aquí, en las montañas.

El ermitaño miró a uno y luego al otro con una sonrisa enigmática.

—Bien —dijo—, está decidido. ¿Cuándo te vas, Tiuri?

—Puedes quedarte un día más —dijo Piak.

Tiuri negó con la cabeza.

—No, es mejor que no. Me iré después de desayunar.

El ermitaño asintió.

Piak suspiró y dijo:

—Pero te parecerá bien que te guíe durante un tramo, ¿no?

—Claro.

Tiuri se despidió de Menaures y éste le dio su bendición. Entonces se marchó, acompañado por Piak, bordeando el río Azul. Los amigos hablaron un poco compungidos por la cercana despedida.

Tiuri se detuvo nada más pasar el desfiladero por el que Jaro había estado a punto de caer.

—Piak, ¿no va siendo hora de que nos despidamos? Tienes que estar de vuelta antes de que sea de noche.

—Sí... —dijo Piak en tono titubeante—. Me gustaría ir más lejos contigo —siguió diciendo—, sí, hasta la ciudad de Dagonaut.

—No, no debes hacerlo.

—¿Por qué no?

—Es mejor que nos despidamos ahora y no después. Siempre podrás ir a la ciudad de Dagonaut, pero eso es diferente. Yo tengo pensado venir a verte alguna vez. ¡Oh, sí!

Piak se animó un poco:

—Sí —dijo—, tienes que hacerlo.

Se quedaron un momento mirándose y después ambos apartaron la vista.

—Bien —dijo finalmente Tiuri—. Te deseo lo mejor. No puedo agradecerte todo lo que has hecho...

—¡Ay, cierra la boca! —exclamó Piak.

—Te deseo lo mejor —volvió a decir Tiuri—. No quiero despedirme para siempre.

—No, por favor, no.

Se dieron la mano y se dijeron: «Hasta la vista».

Entonces Tiuri se dio la vuelta y continuó bajando deprisa. Pasado un tiempo volvió la vista. Piak había subido a una colina y le saludaba. Ya no se distinguía su cara. «¿Tendrá también lágrimas en los ojos?», pensó Tiuri. Devolvió el saludo con la mano.

Cuando poco tiempo después volvió a mirar hacia atrás ya no quedaba ni rastro de

Piak.

Tiuri volvía a estar, y se sentía, solo. Anduvo rápido pero a veces se preguntaba por qué tenía tanta prisa. No añoraba en absoluto la ciudad de Dagonaut ni su casa. ¿Qué podía esperarle allí que mereciera la pena? El rey no le iba a nombrar caballero y, aunque lo hiciera, ¿qué más cosas había? A pesar de ello había un motivo por el que tenía que darse prisa: debía explicarle todo a su rey y darle la carta del rey Unauwen. Bien, lo haría.

Por la tarde pasó por el lugar en el que colgaba el crucifijo y poco tiempo después se detuvo en el lugar en el que había oído el cuerno de Ristridín por última vez. Miró hacia el Primer Gran Camino; allí se movían un par de pequeñas figuras, dos jinetes que iban hacia el oeste. Cuando siguió andando pensó en los Caballeros Grises. ¿Habrían perseguido y castigado a los Caballeros Rojos? ¿Y al Caballero Negro del Escudo Rojo?

El cielo empezó a oscurecerse y se hizo tan sombrío como sus sentimientos. Incluso el ruido del río Azul le sonaba triste. En aquel momento se dio buena cuenta de que había estado fuera cierto tiempo; el otoño estaba empezando.

El camino a lo largo del río Azul se le hizo interminable, posiblemente porque tenía que hacerlo solo y a pie en lugar de a caballo. A pesar de ello llegó en tres días a la posada La Puesta de Sol. El posadero no le reconoció y tenía a otro mozo. Tiuri no preguntó qué había sido de Leor. Al igual que tampoco intentó informarse sobre los Caballeros Grises. Ya sabría de ellos en el castillo de Mistrinaut.

4. El castillo de Mistrinaut

Antes de la salida del sol, Tiuri volvió a ponerse en camino. Quería llegar ese mismo día a Mistrinaut, y en esta ocasión no cabalgaba sobre el veloz Ardanwen. Aunque pudo viajar un rato con un campesino, ya era de noche cuando llegó al castillo. Llovía y se había puesto su viejo hábito para protegerse.

–Buenas noches, reverendo hermano –dijo el centinela que le abrió–. ¿Se ha mojado mucho?

«¡Exactamente igual que la vez anterior!», pensó Tiuri. «Y también es el mismo centinela.»

En el cuarto, junto a la puerta, también le esperaba la misma escena: el segundo centinela mirando pensativo el tablero de ajedrez. Tiuri olvidó por un momento que estaba cansado, mojado y melancólico, y se echó a reír.

–Bien, reverendo hermano –dijo el primer centinela–, ¿qué le hace tanta gracia?

–¿Es la misma partida? –preguntó Tiuri.

–¿A qué se refiere? –preguntó el centinela mientras sacaba un gran libro y le daba un empujón a su compañero.

—Cuando vine hace más de un mes también estaban jugando al ajedrez.

El otro centinela levantó la vista y dijo:

—Ahora que lo dice, reverendo hermano... usted me resulta familiar.

—Soy el hermano Tarmin —dijo Tiuri.

—Hermano Tarmin —repitieron los centinelas.

Luego el primero dijo:

—Pero entonces no es usted el hermano Tarmin. El hermano Tarmin no era ningún hermano y tampoco se llamaba Tarmin.

—Exacto —dijo Tiuri quitándose la capucha.

—¡Le reconozco! —exclamó el primer centinela—. Bienvenido a Mistrinaut. Se ha hablado mucho de usted aquí o, mejor dicho, murmurado, porque no podíamos saber nada de usted. ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Mi nombre verdadero es Tiuri, hijo de Tiuri.

—Lo escribiré inmediatamente —dijo el segundo centinela—. Creo que el señor del castillo se alegrará de verle.

Movió una de las piezas sobre el tablero.

—Mi caballo —dijo satisfecho—. Eso me recuerda algo, Tiuri, hijo de Tiuri. ¿No es usted el del caballo, el caballo negro, que trajeron los Caballeros Grises?

—¡Ardanwen! —exclamó Tiuri—. ¿Está Ardanwen aquí?

—Sí, está aquí —contestó el primer centinela—. ¡Un animal precioso! Le hemos dejado correr por el campo todos los días, pero nadie ha podido montarlo... Acompáñeme —siguió diciendo—. Le llevaré ante el señor del castillo. Seguro que quiere saludarle.

El centinela llevó a Tiuri a la gran sala donde, aunque ya había pasado la hora de cenar, seguía habiendo mucha gente. El señor del castillo se encontraba junto a una de las mesas hablando con un par de escuderos. Su esposa bordaba junto a la chimenea. La noble Lavinia estaba sentada a sus pies en un pequeño banco, ocupada en clasificar ovillos de hilos de colores. Era una escena tierna y agra - dable.

El centinela anunció a Tiuri en voz alta:

—Señora, señor, aquí hay un huésped que ustedes conocen.

El señor del castillo se acercó al joven con la mano extendida.

—¡Bienvenido! —exclamó.

El saludo fue muy cordial. A Lavinia se le cayeron todos los ovillos, que rodaron por el suelo, y Tiuri se arrodilló para recogerlos.

—¡Levántate, levántate! —dijo el señor del castillo—. ¡Ésta no es forma de dar la bienvenida a un huésped!

Acercó una silla para Tiuri. El señor del castillo le invitó a sentarse y le miró detenidamente. No fue el único; todos los ojos de la sala se dirigían al joven.

—Ha pasado algo de tiempo desde que nos vimos —dijo el señor del castillo—. ¿Vas de camino a casa? Pero no te haré preguntas si no lo deseas.

Tiuri soltó el cordón de su cintura y respondió mientras se quitaba el hábito:

—Puede preguntarme todo lo que quiera, señor Rafox; ya no tengo secretos que guardar. En efecto, voy camino a casa o, mejor dicho, a ver al rey Dagonaut.

—¿Dónde has estado? —preguntó Lavinia.

—Viendo al rey Unauwen —contestó Tiuri.

—Ah... —dijo ella mirándole con grandes ojos.

—Entonces vienes de lejos —dijo el señor del castillo—. Pero empezar preguntando no es señal de buena educación. ¿Has cenado ya?

Como la respuesta de Tiuri fue negativa, encargó a uno de sus pajes que sirviera una buena cena lo antes posible. Tiuri le contó brevemente su misión y, un poco después, durante la cena, tuvo que completar su relato. Él también había oído que los Caballeros Grises dejaban al caballo Ardanwen en el castillo.

—Nos pidieron que cuidáramos de él hasta que tú volvieras —dijo el señor del castillo—. Es una lástima que no hayas venido un par de días antes. Habrías visto al caballero Ewain y a su escudero.

—¿Al caballero Ewain? —preguntó Tiuri algo sorprendido—. ¿Y los demás?

—La compañía de los Caballeros Grises se ha disuelto. El caballero Ewain ha vuelto a su país. ¿No te has encontrado con él en el Primer Gran Camino?

—He pasado las montañas por otro camino. Pero ¿por qué se ha disuelto la compañía de los Caballeros Grises? ¿Han cogido a todos los Caballeros Rojos?

—A la mayoría sí, pero no a todos —contestó el señor del castillo—. No han encontrado al Caballero Negro del Escudo Rojo.

—¿Han abandonado la búsqueda?

—Tuvieron que hacerlo. No para siempre. Sólo han interrumpido su caza. El rastro del Caballero del Escudo Rojo los llevaba de vuelta al este. Siguiendo ese camino pasaron por aquí y dejaron a Ardanwen. Las últimas noticias que tengo me las dio Ewain. Me contó que no habían encontrado al Caballero Negro del Escudo Rojo. Temían que hubiera huido a Eviellan. Al principio pensaron en ir allí, pero una misión del rey Dagonaut los ha obligado a posponer ese plan. Sólo *posponer*; los Caballeros Grises volverán a reunirse para cumplir su venganza.

—¿Por qué tuvieron que posponerlo? —preguntó Tiuri.

—El rey necesitaba a sus caballeros errantes más experimentados —contestó el señor del castillo—, y a Ristridín el primero. La misión del rey era más urgente que la que se habían propuesto los propios caballeros. No sé mucho más. Ewain me dijo que primero quería ir al sur para seguir con la búsqueda del Caballero del Escudo Rojo. Pero después de pensarlo mejor le pareció que debía ir antes a ver al rey Unauwen. Llevaba mucho más tiempo ausente de lo que habían acordado y un viaje a Eviellan supondría un retraso aún mayor. Era necesario que diera una explicación por su larga ausencia. Además debía dar a su rey la noticia de la muerte del caballero Edwinem. No podía saber que tú le llevarías esa noticia mucho antes que él. Él sólo tenía sospechas sobre el motivo de tu viaje. Por ello volvió al oeste y se quedó una noche aquí como invitado.

—En efecto es una lástima no haberle visto —dijo Tiuri—. He conocido a su hermano en el reino de Unauwen.

Tuvo que volver a contar muchas cosas y Lavinia, sobre todo, le hizo muchas preguntas.

—Un trovador podría componer una canción con tus aventuras —dijo ella finalmente.

Tiuri sonrió, algo tímido, pero también un poco orgulloso. Después habló de Piak, que tantas canciones conocía y que había compuesto una melodía basándose en las palabras de la carta. ¡Ay, Piak! Seguía echándole de menos, pero su ánimo triste había desaparecido por completo en aquel entorno amable y pendiente de él.

Aunque ya se había hecho tarde, le apetecía saludar al caballo Ardanwen. ¡Su caballo! El señor del castillo estuvo dispuesto enseguida a llevarle a los establos. El caballo negro reconoció inmediatamente a Tiuri y se alegró de volver a verlo. Tiuri acarició el hocico del fiel animal y de pronto anheló con ilusión los viajes que haría montado en su lomo. Se convertiría en un caballero errante, ¡caballero, sí!, e iría a todas partes con la espada del rey Unauwen.

Tiuri se sentía ya casi un caballero cuando al día siguiente se fue montado en Ardanwen. Lamentó no poder quedarse más tiempo en el castillo de Mistrinaut, le habían invitado a hacerlo, pero tenía que estar lo más rápido posible ante el rey Dagonaut. El señor del castillo y Lavinia le acompañaron un trecho; fueron con él hasta el comienzo del bosque. Allí había una pequeña posada donde descansaron un poco y comieron algo antes de despedirse.

—Tienes que prometer que vendrás a visitarnos —dijo el señor del castillo.

Tiuri lo prometió. Después se despidió de Lavinia. Cuando tendió la mano hacia ella, ésta dejó caer su guante. Él lo recogió e iba a devolvérselo, cuando de pronto lo pensó mejor y dijo:

—¿Puedo quedarme con tu guante, Lavinia?

—¿Por qué? —preguntó la noble.

—Para llevarlo conmigo cuando se celebren torneos. Si llego a ser caballero...

Se calló de pronto y notó que se ponía rojo.

Lavinia también se sonrojó pero dijo amablemente:

—Por supuesto que serás caballero... Está bien, Tiuri.

Entonces notaron que el señor del castillo les observaba y volvieron a ruborizarse.

El señor del castillo les miró alternativamente y sonrió un poco bajo su barba.

—Bien —dijo—, tal vez vayamos alguna vez a la capital, en verano, cuando se celebren los torneos. Así que esto es un «hasta la vista» Tiuri. Te deseo lo mejor.

Poco tiempo después Tiuri cabalgaba hacia el este. Observó el guante de Lavinia y vio a la joven frente a sí. Esperaba que ella fuera a la ciudad en verano. Pasara lo que pasara quería volver a verla; él visitaría, tan pronto como le fuera posible, el castillo de

Mistrinaut. Sus habitantes se habían convertido en sus amigos y la noble Lavinia no iba a ser menos.

«Cuánta amistad he encontrado en mi viaje», pensó un poco después. «Aquí, en el reino de Unauwen.» Suspiró. Volvía a estar solo; se había despedido de todos. Incluso Piak, con el que había vivido tantas cosas, ya no estaba con él. Entonces le dio una palmada en el cuello a Ardanwen.

—Todavía te tengo a ti, Viento de la Noche, y a los demás también volveré a verlos.

5. El bosque

El Gran Camino era nuevo para él, pues a la ida lo había evitado. Con Ardanwen podría llegar a la ciudad en unos seis días. Hacía buen tiempo. Un olor otoñal flotaba en el aire y sobre los árboles había un velo rojo y dorado. Había mucha tranquilidad; apenas se encontró con nadie.

Al tercer día de su partida del castillo de Mistrinaut, por la tarde, llegó a unas edificaciones de madera que habían sido levantadas al lado del camino para dar cobijo a viajeros y caballos. Casi no había posadas en aquella región escasamente habitada. Tiuri cabalgó hacia el albergue y pensó si quedarse a pasar la noche o continuar. Aún era pronto y más adelante podría dormir al aire libre. Vio que había viajeros; oyó el ruido de caballos en la zona que hacía las veces de establo y observó que junto a la puerta principal colgaba un escudo. Aquello significaba que dentro había un caballero. Tiuri intentó recordar qué caballero del reino de Dagonaut llevaba escudo plateado, gris y verde, pero antes de haber dado con la respuesta una voz le gritó:

—¿No es ése Tiuri, hijo de Tiuri?

Se dio la vuelta y vio a un caballero en el camino. Cuando éste se acercó, se dio cuenta de que era Ristridín del Sur. Con una cota de malla de color claro y manto verde tenía un aspecto muy diferente al del Caballero Gris que había sido una vez. Se saludaron con mucha cordialidad y Tiuri decidió, naturalmente, quedarse para poder hablar con Ristridín y oír las noticias que tuviera que contarle.

—¿Has visto a Ewain? —preguntó Ristridín.

Tiuri contestó que no.

—A mí por poco no me ves —dijo el caballero—. Estoy esperando a Arwaut y a sus guerreros. En cuanto vengan me internaré con ellos en el bosque. Esperaba que llegaran antes y acababa de salir para ver si ya venían.

—¿Y dónde está el caballero Bendú? —preguntó Tiuri—. El señor de Mistrinaut me ha dicho que los Caballeros Grises se han separado.

—Así es. Pero nos reuniremos otra vez para castigar al único hombre que aún no ha sido castigado: el Caballero Negro del Escudo Rojo. Pero cuenta tú primero. ¿O sigues estando obligado a guardar silencio?

—Ya no, caballero Ristridín. He cumplido con el encargo que me hizo el caballero Edwinem llevando una carta al rey Unauwen. Eso es todo.

—Esas son muy pocas palabras para describir un largo viaje —dijo Ristridín con una sonrisa y miró a Tiuri con atención—. Sea lo que sea que hayas vivido —añadió—, te ha hecho bien y no mal, Tiuri, hijo de Tiuri. Hablé con tu padre en la ciudad de Dagonaut. Ha pensado mucho en ti y sigue haciéndolo, pero confía mucho en su hijo. Tu madre ha estado muy preocupada y no quiere volver al castillo de Tehuri hasta que hayas regresado a la ciudad.

—Caballero Ristridín, cuéntemelo todo.

—Contestaré a todas tus preguntas. Pero entremos y comamos algo. Estoy aquí con mi escudero y mis guerreros. Mira, por allí viene Ilmar.

Ilmar también se sorprendió al ver a Tiuri.

—¿Has recuperado a Ardanwen? —preguntó.

—Sí, ahora es mi caballo —dijo Tiuri orgulloso.

—¿Y funcionó nuestra artimaña?

—Sí y no —contestó Tiuri—. No del todo. Pero el viaje ha acabado bien.

—Eso ya me ha quedado claro —dijo Ristridín—. Pero tendrás que contar algo más, ¿no crees? Me gustaría saber qué novedades hay en el reino de Unauwen y en el de Eviellan.

El caballero Ristridín también habló. Tiuri oyó cómo los Caballeros Grises habían perseguido y castigado a los Caballeros Rojos, y cómo habían vuelto al este, hasta las proximidades de la ciudad de Dagonaut siguiendo el rastro del Caballero del Escudo Rojo. Cuando el rey se enteró de que estaban cerca los hizo llamar. Al parecer necesitaba caballeros errantes.

—En particular a Bendú o a mí —contó Ristridín—. Somos mayores y experimentados, y además ya teníamos pensado ir al Bosque Salvaje.

—¿El Bosque Salvaje? —repitió Tiuri.

—Sí. Esto es lo que nos dijo el rey Dagonaut: «Me han llegado extraños rumores del Bosque Salvaje que hablan de ladrones que huyen de la luz del día, cazadores salvajes y Hombres de Verde. Quiero que investiguen qué hay de cierto en ello. Y quiero que salgan inmediatamente, porque quién sabe qué peligros nos acechan desde allí. Después podrán continuar su viaje de venganza; el interés de nuestro propio país tiene prioridad». No me quedó más remedio que reconocer que el rey tenía razón aunque lamentaba no haber encontrado todavía al Caballero del Escudo Rojo. Al rey le pareció bien que uno de nosotros siguiera con la caza. Por eso Bendú se fue hacia el sur, creemos que el Caballero del Escudo Rojo ha huido a Eviellan, y yo me dirigí al Bosque Salvaje. Arwaut vendrá enseguida con guerreros para acompañarme. Iremos hacia nuestro objetivo atravesando el Bosque de los Ladrones y el río Verde.

—¿Elegió usted mismo el Bosque Salvaje? —preguntó Tiuri.

Ristridín asintió:

—Sí. Pensé en lo que Edwinem me dijo una vez: «Haz lo que te has propuesto; ve al Bosque Salvaje. Eso está bien porque debes conocer tu propio país...».

Calló un momento y siguió diciendo:

—Hemos levantado un montículo sobre la tumba de Edwinem, cerca de la posada Yikarvara, con un crucifijo y su escudo blanco. A su lado hay otra tumba, la de Vokia, su escudero. Vólvimos a verle en la ciudad de Dagonaut y poco después murió. El sobresalto por la muerte de su señor fue demasiado para él.

—El desconocido... —masculló Tiuri. Después de un momento de silencio preguntó—: ¿Cuándo volverá a ver a los demás?

—Hemos quedado los cuatro en ir al castillo de Ristridín en primavera. Tal vez Bendú tenga para entonces noticias de Eviellan. Al principio la intención era que Ewain fuera con Bendú, pero le pareció mejor ir antes a su país para comunicarle a su rey lo que había sucedido.

—Así es como os separasteis —dijo Tiuri.

—Sí, Bendú se fue al sur, Ewain al oeste, y Arwaut y yo vamos al Bosque Salvaje. Es una lástima que tengas que ir a ver al rey Dagonaut; si no podrías venir con nosotros.

—Me habría gustado hacerlo.

—Ven tú también al castillo de Ristridín en primavera... o antes si el tiempo lo permite.

—Con mucho gusto —dijo Tiuri—, si me es posible.

—También es muy posible, claro, que el rey Dagonaut te encargue una misión —dijo Ristridín—. Cuando oiga tus noticias querrá reforzar la vigilancia en la frontera sur. De momento la mirada del monarca de Eviellan sólo está puesta en el reino de Unauwen, a cuyo rey y príncipe heredero odia, reino que tal vez le merezca más la pena conquistar. Pero a nuestro país sólo lo separa el río Gris de Eviellan y por tanto es más fácil de atacar...

Levantó la cabeza y escuchó.

—Escucha —dijo—. Hay ruido de cascos a lo lejos. Serán Arwaut y sus jinetes.

En efecto era Arwaut, y Tiuri también tuvo ocasión de saludarle. Al día siguiente se despidió de los caballeros, pero deseó volver a verlos al año próximo en el castillo del hermano de Ristridín.

Tiuri continuó su viaje sin mayores acontecimientos ni encuentros, pero en un momento dado, cuando ya estaba cerca la ciudad de Dagonaut, recordó algo. Había hecho una promesa.

Una promesa a Marius, el Loco de la Cabaña del Bosque, la primera persona que le había ayudado en su viaje. Le había prometido visitarlo a su vuelta para contarle lo que había vivido en su viaje hacia «donde el sol se esconde». Ni que decir tiene que no podía decepcionarlo.

Tiuri se salió del camino en cuanto vio una senda transversal, pero tardó en descubrir el lugar en el que se había encontrado con él. Deambuló un poco por el bosque y ya

empezaba a preguntarse si estaba buscando en la dirección adecuada cuando oyó que alguien le llamaba:

—¡Eh, caballo y jinete bonitos! ¿Qué estáis buscando?

Era el Loco. Apareció por detrás de unos arbustos y miró contento a Tiuri, rizando los rizos de su barba.

—Jinete viajero y bonito caballo negro, ¿a quién buscáis y adónde vais? ¿Sabéis quién soy?

—Te estaba buscando a ti, Marius —contestó Tiuri bajándose del caballo—. Te prometí que volvería para contarte dónde he estado, ¿no?

—Dónde has estado, lo sé —dijo el Loco—. Donde se esconde el sol. Pero no se lo he dicho a nadie. A nadie. Era un secreto. Han venido los Caballeros Rojos y los Caballeros Grises, y preguntaron por el secreto. Pero no lo conté. Tampoco a mi madre ni a mis hermanos.

—Gracias —dijo Tiuri con una sonrisa.

—Y ahora has vuelto, viajero, y eres diferente pero el mismo. ¿Me acompañarás ahora a la Cabaña del Bosque para hablar conmigo?

—Claro que sí.

El Loco acarició el hocico de Ardanwen y miró contento a Tiuri.

—Has venido a visitarme —dijo—. ¡A mí! Pero mi madre te hará de comer. Y a mi padre y a mis hermanos les diré: «Viene a verme a mí. Para vosotros es un extraño, para mí un amigo. Ha estado donde se esconde el sol». ¿Dónde se esconde el sol?

—No he llegado tan lejos —contestó Tiuri—. He oído que se esconde en el mar.

—¿En el mar? ¿Qué es el mar?

—Está hecho de agua.

—¿Como un arroyo o un manantial?

—No, mucho más grande.

—¿Como un río? ¿Como un lago?

—Mucho más grande todavía. El mar es tan extenso que no se ve nada más que agua hasta donde alcanza la vista. Agua hasta el final del mundo.

—¿Y allí se esconde el sol?

—Sí.

El Loco pensó un poco.

—Está bien —dijo entonces—. Así puede refrescarse después de estar brillando todo el día. El sol se esconde en el mar, en el agua. Se lo diré a mis hermanos, ellos no lo saben. ¿O es un secreto?

—Ya no hay más secretos —contestó Tiuri mientras caminaba con el Loco hacia la Cabaña del Bosque.

El Loco se detuvo y arrugó la frente.

—¿Ya no hay más secretos? —repitió—. Me llaman Loco, pero no creo que no haya más secretos.

Tiuri le miró de pronto con cierto respeto.

—Sí —dijo—, tienes razón. Ya puedo contar mi secreto pero por supuesto quedan muchos otros. Los secretos del Bosque Salvaje, por ejemplo, y muchos más. Sí, de algunos tal vez ni hayamos oído hablar. Y otros no los entenderemos jamás.

—Ahora no entiendo lo que dices —dijo el Loco.

Tiuri le sonrió.

—Llévame a la Cabaña del Bosque —dijo—, allí hablaré contigo tanto como quieras.

—Hablares los dos —dijo el Loco—. Te he esperado todos los días. Sabía que volverías. Ahora vas hacia donde el sol sale. ¿Sabes dónde sale el sol?

—No —contestó Tiuri—, no lo sé. Tienes razón, todavía quedan secretos.

6. El rey Dagonaut

Tiuri pasó la noche en la Cabaña del Bosque y al día siguiente viajó hasta la posada Yikarvara. También hizo una breve visita a las tumbas del caballero Edwinem de Foresterra y de Vókia, su escudero.

El posadero de Yikarvara reconoció a Ardanwen y por ello también a Tiuri.

—Eres el joven que quería hablar con el Caballero Negro del Escudo Blanco, que en gloria esté —dijo—. ¿Cómo es posible que vuelvas montado en su caballo?

—Ahora es mi caballo —contestó Tiuri.

—¿De verdad? —preguntó el posadero con una expresión algo recelosa—. ¿Quién eres en realidad? Caballeros Rojos y Caballeros Grises te han estado buscando... Ya hace tiempo, pero lo recuerdo perfectamente.

—Soy un mensajero, que se dirige al rey Dagonaut con una carta del rey Unauwen.

Creyó que con esas palabras el posadero se daría por satisfecho.

Durmió en la posada. Mejor dicho: estuvo tumbado en la cama, porque apenas pegó ojo.

De la posada a la ciudad sólo había una pequeña distancia. Toda - vía era temprano cuando Tiuri llegó a su meta. Se sentía extrañamente animado. Casi le parecía extraño que la ciudad de su rey tuviera el mismo aspecto. Miró hacia la capilla en la que había comenzado su aventura hacía más de mes y medio. Miró hacia las torres que sobresalían de la muralla de la ciudad; encima de las torres de palacio ondeaba el estandarte real en señal de que aquélla era la casa del rey.

Tiuri pensó en Piak y se preguntó qué habría dicho él si le hubiera acompañado. ¿Le habría decepcionado la ciudad de Dagonaut al igual que lo hizo Dangria? Aquella ciudad se parecía un poco a Dangria, pero era más grande.

Retuvo a su caballo, sacó el viejo hábito de su bolsa de viaje y se lo puso. Quería entrar en la ciudad, donde muchos le conocían, de la forma más desapercibida posible y

no hablar con nadie hasta ver al rey Dagonaut. Después cabalgó hasta la puerta oeste que estaba abierta.

En ese preciso momento salía una comitiva de jinetes: dos caba - lleros, seguidos por escuderos y arqueros. Los caballeros eran jóvenes y tenían un aspecto resplandeciente, con armas relucientes, mantos de colores y un halcón sobre el puño. Tiuri tuvo una sacudida al reconocer a Armán y Yiusipú. Pasaron galopando a su lado sin fijarse en él y él los siguió con la vista hasta que desaparecieron tras una colina.

«Podía haber estado con ellos», pensó Tiuri. «Si no hubiera escuchado aquella voz, tal vez ahora iría con ellos de caza al Bosque del Rey.» Pero sabía que no deseaba que hubiera sido de otra forma. No le habría gustado perderse todo lo vivido.

Los centinelas le dejaron pasar inmediatamente, aunque hicieron algún comentario.

—Tu caballo es más bonito que tu hábito, monje —dijeron.

—No soy monje —contestó Tiuri—. Soy un mensajero y traigo un mensaje del oeste para el rey Dagonaut.

Siguió cabalgando por las conocidas calles y enseguida llegó a la plaza en la que se encontraba el palacio. Enfrente de él había una posada; junto a la puerta colgaba un escudo azul y dorado, las armas del caballero Tiuri el Valiente. Tiuri dudó un momento junto a la posada. ¿Entraría a saludar a sus padres? No, antes debía ver al rey, eso era más importante.

Los centinelas de palacio le preguntaron quién era.

—Un mensajero para el rey Dagonaut —dijo una vez más.

—¿Quién te envía y cuál es tu nombre?

—El rey Unauwen me envía y Tiuri es mi nombre.

En ese momento los centinelas le reconocieron y le dejaron entrar. Tiuri dejó a Ardanwen a cargo de un par de sirvientes en el patio y un poco después se encontró en la gran sala en la que debían esperar las visitas del rey. ¡Ojalá el rey le recibiera pronto!

Entró un caballero que ahogó un grito de sorpresa.

Tiuri le miró.

—¡Padre! —exclamó.

Fueron el uno hacia el otro y se abrazaron.

—¡Padre! —volvió a exclamar Tiuri.

El caballero Tiuri le miró con cara de felicidad.

—¿Todo bien, hijo mío?

—Sí... oh sí, padre.

—¿Eres tú el mensajero del rey Unauwen?

—Sí, padre. ¿Cómo le va? ¿Y a madre?

—Todo bien —contestó el caballero Tiuri—. El rey te espera. Debo llevarte ante él.

No hizo ademán de acompañarle enseguida sino que se quedó mirando a su hijo detenidamente.

—Has crecido —dijo. Después puso su mano en el hombro de Tiuri—. Vamos a ver al

rey. Después seguiremos hablando.

Unos instantes después, Tiuri se encontraba ante el rey Dagonaut mirando aquella cara que le era tan familiar. Era una cara marcada, con ojos claros y penetrantes, rodeada por una melena espesa y castaña y una barba corta. No había nadie más en la sala salvo el padre de Tiuri, que se había retirado a la puerta.

Tiuri había saludado respetuosamente al rey y le había entregado la carta de Unauwen. Entonces dijo:

–Su Majestad, también me gustaría contarle por qué me fui de la capilla la noche del solsticio de verano.

–Eso es evidente –dijo el rey Dagonaut–. El caballero Ristridín ya me ha contado algo, pero me gustaría oír toda la historia contada por ti. Te marchaste de forma inesperada, sin dar explicación, y has estado mucho tiempo fuera... aunque para hacer un viaje hasta el reino de Unauwen no ha sido demasiado.

Miró al joven tan detenidamente como lo había hecho el caballero Tiuri.

–¿Has saludado ya a tu padre?

–Sí, Su Majestad.

–¿Y a tu madre?

–No, Su Majestad.

–Está bien.

El rey rompió los sellos de la carta de Unauwen. Ésta constaba de muchas hojas escritas de arriba abajo. Le echó un vistazo rápido y volvió a dirigirse al joven.

–Quiero escuchar tu historia y tu explicación, Tiuri, hijo de Tiuri, pero antes leeré lo que me escribe el gran rey del oeste. Ve ahora con tu padre y vuelve dentro de una hora.

Tiuri hizo una reverencia y dijo que obedecería.

Fue con su padre a la posada donde se reencontró con su madre. La hora pasó rápidamente, y aún le faltaba mucho por contar cuando, acompañado por su padre, volvió a palacio. En aquella ocasión fue dejado completamente solo en presencia del rey.

Tiuri contó qué fue lo que le impulsó a salir de la capilla en lugar de velar hasta las siete de la mañana.

–El desconocido me pidió ayuda, y no pude negarme. Y al jurar al caballero Edwinem que entregaría la carta tuve que llevar a cabo aquella misión...

–Eso es cierto –dijo el rey Dagonaut–. ¿Te ha costado mucho cumplir esa misión?

–A veces sí. Pero me ha ayudado mucha gente.

El rey dio unos golpecitos en la carta que tenía en la mano.

–El rey Unauwen ha escrito sobre ello –dijo. Volvió a mirar a Tiuri–. Has ganado una espada, un anillo y un caballo –añadió–, pero aún no eres caballero.

–N-no..., Su Majestad –dijo Tiuri sin saber qué debía pensar de aquellas palabras. ¿Aprobaba el rey Dagonaut su comportamiento o no? Tenía una sonrisa tan extraña.

El rey calló un momento. Tiuri también.

–Bien –dijo finalmente el rey–, ¿no tienes nada más que decir o contar?

–No, Su Majestad –contestó Tiuri. ¿Qué más podía decir? No iba a volver a contar la historia de sus aventuras. Había contado aquello que el rey debía saber.

–¿Y no tienes nada que preguntar, Tiuri, hijo de Tiuri?

¡Sí, Tiuri sí tenía algo que preguntar!

–Su Majestad –dijo balbuciendo un poco–, usted acaba de decir que aún no soy caballero. ¿Querría.... querría nombrarme caballero?

El rey Dagonaut se levantó de golpe de su trono.

–¿Nombrarte caballero? –repitió lentamente–. Te fuiste antes de que pudiera hacerlo... por propia voluntad y libremente. ¿Acaso crees que yo, ahora, después de más de mes y medio, voy a hacer como si no hubiera pasado nada? El día del solsticio de verano hace mucho que pasó. ¿Por qué quieres que te nombre ahora caballero?

–Yo... yo esperaba que aún quisiera hacerlo –balbució Tiuri.

–Una vez cada cuatro años se elige a los jóvenes que recibirán el espaldarazo –dijo el rey–. Previamente han sido puestos a prueba y se han atenido a muchas reglas. Su obligación es pasar la noche anterior reflexionando y velando, no escuchando voces del exterior. Si no quieren o pueden hacerlo, rompen la regla demostrando con ello que no son aptos para ser caballeros. Eso es lo que ha ocurrido contigo, Tiuri.

–Pero... –empezó a decir Tiuri. No consiguió añadir nada más. «Pero no podía hacer otra cosa», le habría gustado decir.

–Sé sincero, Tiuri –siguió diciendo el rey–, si volvieras a tener la oportunidad de pasar una noche velando en la capilla, y una voz volviera a pedirte ayuda... ¿Qué harías entonces?

Tiuri le miró. De pronto estaba muy sereno.

–Haría lo mismo –contestó.

El rey Dagonaut asintió.

–Exacto. Harías lo mismo aun sabiendo las consecuencias. Y tendrías que aceptarlas.

Tiuri levantó la cabeza.

–Sí, Su Majestad –dijo alto y claro.

–Aunque eso significara que no recibieras el espaldarazo.

–Aunque eso significara que no recibiera el espaldarazo –repitió Tiuri en tono firme.

El rey Dagonaut volvió a asentir y dijo:

–Puedes irte, Tiuri. Te espero esta noche en palacio. Sigues debiéndome obediencia, no sólo porque soy tu rey sino también porque estás a mi servicio como escudero.

Tiuri hizo una reverencia y se marchó.

Abandonó el palacio y volvió a la posada donde lo esperaba su madre. Su padre llegó más tarde. Tuvo que volver a contar sus vivencias, pero tenía la cabeza en otra parte. Ésta seguía en la conversación con el rey Dagonaut. En aquel momento se dio cuenta de

que en los últimos días había contado con que el rey le nombrase caballero. El malvado deseo de Slupor se había cumplido después de todo.

—¿Te pasa algo? —preguntó su madre interrumpiendo una de las historias.

—Tiuri debe de estar cansado —dijo su padre—. Ha vivido tantas cosas en tan poco tiempo que tendrá que acostumbrarse a volver a estar en la ciudad con nosotros.

«¿Seré capaz de decírselo?», pensó Tiuri. Le habría gustado hacerlo porque había entendido que sus padres estaban orgullosos de él. Tal vez se pusieran de su parte y considerasen injusto al rey, aunque no estaba seguro de que su padre fuera a hacerlo; éste tenía a Dagonaut en muy alta consideración y para él sus deseos eran ley. Pero no dijo nada. Antes quería aclarar sus pensamientos que eran confusos y contradictorios. Además, pronto se darían cuenta de que, por el momento, no sería caballero.

Por la tarde no aguantó más en la posada. Ensilló a Ardanwen y fue a cabalgar fuera de la ciudad. Así podría pensar tranquilamente.

No se arrepentía de haberse ido el día del solsticio de verano y volvería a hacerlo si surgiera la ocasión. El rey Dagonaut tenía razón: debía aceptar las consecuencias. Casi debía agradecer quedarse como estaba en lugar de convertirse en caballero. Pensó en el rey Dagonaut. Su actitud le había decepcionado. ¿Se habría comportado de igual forma el rey Unauwen?

Pero no debía pensar así. Dagonaut era su rey y estaba obligado a obedecerle. Dagonaut era severo, pero no injusto. Era muy posible que aprobase su comportamiento pero considerase que debía aceptar las consecuencias.

Tiuri detuvo el caballo y miró hacia la ciudad. La tarde tocaba a su fin; debía volver. El paseo le había sentado bien; ya era capaz de asumir la decepción. Cuando volvía a cabalgar, sonaron en su mente las palabras de Tirillo: «No necesitas llevar escudo y espada para ser caballero».

«¡Eso es!», se dijo a sí mismo. «No importa que sea o no caballero. Soy Tiuri y siempre podré hacer algún bien.»

7. Un Caballero de Escudo Blanco

En la posada, los padres de Tiuri le esperaban llenos de impaciencia. El rey Dagonaut celebraba una cena en palacio a la que debían asistir. Todos los caballeros que había en la ciudad acudirían con sus esposas y escuderos.

—El rey también te espera —le dijo su padre.

—Lo sé.

—Cíñete tu espada —dijo el caballero cuando se disponían a salir.

—Aún no puedo llevar espada —comentó Tiuri—. ¿Sabe que el rey no va a nombrarme caballero?

—Lo sé —dijo su padre con calma—. Pero, a pesar de ello, debes ceñírtela, ésa es la orden. Aquí tienes, lleva mi escudo.

—¿Podría volver a ser su escudero, padre? —preguntó Tiuri cogiendo el escudo.

—Eso debe decidirlo el rey —contestó su padre.

—¿Qué caballeros estarán presentes esta noche? —siguió preguntando Tiuri—. Esta mañana he visto a Armán y a Yiusipú.

—Ellos son los únicos amigos tuyos que aún están en la ciudad. Wilmo volvió a las tierras de su padre y Foldo ha ido al sur con una misión. De los caballeros más antiguos tampoco quedan muchos en la ciudad. Tu madre y yo también nos iremos dentro de poco. Hemos ido retrasando la vuelta a Tehuri porque esperábamos recibir noticias tuyas.

¡El castillo de Tehuri! Tiuri añoró de pronto la casa de sus padres, en la que hacía más de un año que no había estado. Se preguntó qué sucedería con él. ¿Tendría que seguir sirviendo al rey al igual que antes? Entonces sintió también nostalgia de algo más: ¡Ojalá estuviera en la ciudad de Unauwen, la ciudad más bonita del mundo, junto al río Blanco, cerca del mar en el oeste!

En palacio, las mesas estaban dispuestas en la sala más pequeña utilizada para los encuentros del rey y sus caballeros. A pesar de ello, esa sala era bastante grande y muy bonita, y estaba rodeada por una columnata. De las columnas colgaban los escudos de los caballeros que asistirían. Tiuri colgó el escudo de su padre en el lugar indicado y se quedó un poco rezagado. Pero le vieron de todos modos. Armán y Yiusipú se le acercaron engalanados como corresponde a los caballeros. Sus caras jóvenes y alegres no habían cambiado.

—Oímos que habías vuelto —dijeron estrechándole la mano—, pero no sabíamos si era cierto. ¿Cómo te va?

—Bien —contestó Tiuri con una sonrisa—. ¡A vosotros no hace falta preguntároslo!

Los jóvenes le miraron conteniendo su curiosidad.

—Has estado muy lejos, ¿no es así? —preguntó Armán finalmente—. Vi cómo te marchabas a hurtadillas aquella noche.

Guardó silencio.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Yiusipú.

—¿Marcharme a hurtadillas?

—Sí. Lo que hiciste fue una gran tontería.

—Seguro que no lo hizo porque sí —dijo Armán un poco enfadado.

Tiuri volvió a sonreír. Armán siempre había sido su amigo.

—No lo hice porque sí —contestó.

En aquel momento el jefe de comedor pidió a los invitados que se dirigieran a las mesas. El rey estaba a punto de llegar.

—Ven con nosotros —le dijo Armán a Tiuri.

Tiuri negó con la cabeza. Sólo los caballeros y sus esposas podían sentarse a la mesa

en ocasiones como aquella. Él seguía perteneciendo al grupo de los escuderos y sirvientes. Fue hacia ellos para saludar a algunos antiguos conocidos. Pero el jefe de comedor lo retuvo y dijo:

–Tiuri, hijo de Tiuri, su lugar está allí.

–¡En la mesa! –exclamó Tiuri sorprendido–. No, Muldo, creo que no es así.

–Su lugar está en la mesa –repitió el jefe de comedor–, entre el caballero Armán y el caballero Yiusipú. Eso es lo que me han ordenado.

Tiuri no pudo oponer más resistencia porque un toque de trompetas anunció la llegada del rey.

Así que allí estaba, con los caballeros y sus esposas, sentado a una de las grandes mesas que habían sido dispuestas en forma de herradura. Cuando el rey entró, Tiuri hizo una reverencia y esperó a que diese la bienvenida a sus invitados y tomado asiento. Hecho esto, todo el mundo podía sentarse.

Sin embargo, el rey Dagonaut se quedó de pie y miró a cada uno de los presentes. Su mirada también se detuvo en Tiuri, quien no se sintió del todo cómodo porque creía que no tenía derecho a estar allí como un caballero más.

El rey saludó a sus caballeros y a sus esposas. Después dijo:

–Habrán visto que hoy, por primera vez, se sienta con nosotros un joven caballero. Él es el más joven de todos ustedes. Quiero darle una particular bienvenida. ¡Caballero Tiuri, hijo de Tiuri!

Tiuri lo miró sorprendido.

El rey Dagonaut se echó a reír.

–¡Observen cómo me mira! –exclamó–. Caballero Tiuri, te doy la bienvenida. Acércate para que podamos saludarnos mejor y así ratificar mis palabras.

Tiuri obedeció.

–Su Majestad –dijo cuando estuvo frente al rey–, disculpadme pero creí...

–Creíste que no iba a nombrarte caballero –dijo el rey riendo otra vez. Después se puso serio y dijo–: Me entendiste mal, Tiuri, aunque debo decir que intenté confundirte a propósito. Quería que fueras consciente de que te habrías comportado como lo hiciste aunque salieses perjudicado.

–¡Ah! –exclamó Tiuri en voz baja.

–Que yo dijese que no iba a nombrarte caballero responde también a otro motivo –siguió diciendo el rey–. En realidad ya no era necesario. Si no hubieras atendido a la petición de ayuda, ya serías caballero. Pero como lo hiciste, llevaste a cabo tu misión y cumpliste tu juramento al caballero Edwinem, ¿acaso no eres ya caballero? No has recibido el espaldarazo, pero has demostrado ser un caballero. Te has nombrado a ti mismo, Tiuri, y que yo toque tu nuca con una espada no te hará más caballero de lo que ya eres.

Un murmullo recorrió la sala. Tiuri miró al rey, conmovido y asombrado, tímido, orgulloso y alegre a la vez.

—Dame tu espada —dijo el rey.

Tiuri se la dio.

—Arrodíllate —ordenó el rey.

Tiuri obedeció. El rey tocó su cuello con la hoja de la espada y dijo:

—¡Levántese, Caballero Tiuri!

Cuando Tiuri se hubo levantado el rey le ciñó la espada y lo besó como era costumbre. Después hizo un gesto a uno de los sirvientes, quien le entregó al rey un escudo que era tan blanco como la nieve.

—Caballero Tiuri, ahora jurará servirme con lealtad. Pero a petición del rey Unauwen, le doy un escudo blanco como símbolo de que también servirá a Unauwen, y en recuerdo del caballero cuya misión aceptó.

Tiuri cogió el escudo y con voz temblorosa pronunció el juramento que cualquier joven caballero debe hacer y mantener.

—Juro como caballero servirle con lealtad, así como a sus súbditos y a cualquiera que solicite mi ayuda. Juro utilizar mi espada sólo para el bien y contra el mal, y proteger con mi escudo a los que son más débiles que yo...

Entonces todos los presentes en la sala gritaron:

—¡Viva el Caballero Tiuri del Escudo Blanco!

Pero Tiuri agachó la cabeza porque tenía los ojos llenos de lágrimas.

En aquel momento la cena pudo empezar. Sirvientes y escuderos llevaban bandejas y llenaban las copas. Tiuri vio que muchas caras se dirigían a él: alegres, sorprendidas y curiosas. No se sentó, sino que se dirigió al rey y le dijo susurrando:

—Su Majestad, ¿puedo pedirle algo?

—¿Qué ocurre, caballero Tiuri?

—¿Me concede permiso para irme? —preguntó Tiuri en voz tan baja que nadie salvo el rey pudo oírlo.

—¿Por qué? —preguntó el rey hablando igual de bajo.

—Su Majestad... aún no he concluido la vigilia... —empezó a decir Tiuri.

Afortunadamente el rey lo entendió.

—Ve, Tiuri —le dijo amablemente—. Hasta mañana.

Tiuri abandonó la sala de la forma más discreta posible y salió a la calle. Allí se subió a Ardanwen y cabalgó por las calles desiertas hasta la puerta de la ciudad.

Tiuri estaba arrodillado en el suelo de piedra de la capilla y miraba la llama de la vela que tenía delante. Todo lo que había vivido le parecía un sueño. Cuando mirase a su alrededor vería a sus amigos allí sentados: Armán, Foldo, Wilmo y Yiusipú. Entonces se daría cuenta de que la voz que le pedía que abriera la puerta era una invención, al igual que todo lo que había sucedido después.

Pero cuando miró a su alrededor seguía estando solo y sobre el altar colgaba su escudo blanco.

No, todo había sucedido realmente. El Tiuri que velaba esa noche era otro muy distinto al Tiuri de muchos días atrás. En ese momento fue realmente consciente de lo que significaba ser caballero. Y no había hecho nada más que empezar. Todo lo que había vivido podía ser considerado como una prueba. Pensó en lo que había experimentado, en la gente que había conocido, en los amigos que había hecho. También pensó en el futuro y se juró a sí mismo intentar ser un buen caballero.

Así pasó la noche y sólo se levantó cuando los primeros rayos de sol iluminaron e hicieron brillar la capilla.

8. Un reencuentro al amanecer

Tiuri salió al aire libre, donde el fiel Ardanwen le había esperado pacientemente. El sol estaba detrás de las torres de la ciudad, que parecía preciosa con aquella luz matinal, casi tan bonita como la ciudad de Unauwen. Tiuri se subió a Ardanwen y bajó la colina cabalgando lentamente.

Casi al final del descenso, vio que por el camino del oeste se acercaba un chico pobremente vestido pero que ceñía una espada.

«Se parece a Piak», pensó, y vio con un sobresalto que efectivamente era él.

Éste se detuvo y miró hacia la ciudad protegiéndose los ojos con la mano. No vio a Tiuri.

Tiuri aflojó las riendas y fue cabalgando velozmente hacia él.

Piak no le reconoció y retrocedió asustado.

—Piak, ¡Piak!

Saltó del caballo.

—Tiuri... ¡eres tú! —exclamó Piak sorprendido.

Los amigos se estrecharon la mano y se dieron palmadas en los hombros.

—¡Eres tú de verdad! —dijo Piak—. Creí que eras un caballero... ¿O es que lo eres?

—Sí, sí. Pero ¿qué haces aquí?

—He cambiado de idea —contestó Piak algo tímido de pronto—. Yo quería, quise... prefería ser tu escudero a pesar de todo...

—Escudero —repitió Tiuri—. Amigo, compañero de viaje, guía y quién sabe, quizá también caballero del rey.

—¡Ya estás pidiendo demasiado. Sólo quiero ser tu amigo y tu escudero. Si es que necesitas uno.

—Sólo te quiero a ti.

—¡Estás fantástico! —exclamó Piak mirándole de pies a cabeza—. No te había reconocido. ¿Puedo seguir llamándote Tiuri?

—Te retorceré las orejas si me llamas de otro modo —contestó Tiuri riendo.

—Y llevas un escudo blanco. ¿Cómo es posible? Creía que los únicos que llevaban

escudos blancos eran los caballeros de Unauwen.

–Ya te contaré –dijo Tiuri.

–¿Es ése tu caballo negro? –preguntó Piak acariciando con cuidado el hocico de Ardanwen.

–Es él. Le parecerá bien que tú también cabalgues sobre su lomo. Pero tienes que contarme cómo has llegado tan rápido... ¿Cuándo cambiaste de idea y por qué?

–Me arrepentí enseguida –contó Piak–. Subí la montaña de vuelta a Menaures y a cada paso que daba pensaba: «Ahora la distancia entre nosotros es más grande, más grande...». Y cuando ya estaba arriba haciendo las tareas de costumbre y miré a mi alrededor, estuve seguro. ¡Vaya si me arrepentía! Al final se lo dije a Menaures y éste se rió un poco y me dijo: «Lo sabía. Ve y sigue a tu amigo».

–¿Por qué no lo dijo inmediatamente? –preguntó Tiuri.

–También se lo pregunté yo. ¿Sabes lo que dijo?: «Porque ahora estás seguro de que quieres estar con Tiuri aunque eches de menos las montañas». Tenía razón, ¿ves? Justo después de habernos despedido se acabaron mis dudas. Bueno, me despedí de Menaures y descendí corriendo. ¡Uf, qué prisa me he dado! Más de un día tardé en llegar al castillo de Mistrinaut. Recordaba que me habías hablado de él y llamé. Por supuesto pregunté si sabían algo de ti. Y sí. Se acercaron a mí todos: el señor del castillo, su mujer y su hija. Esa noble es muy amable y también muy bonita. Creo que le gustas mucho.

Piak miró a Tiuri riendo.

–¿Y ella a ti? –preguntó.

–Sí, claro –contestó Tiuri ruborizándose.

Piak volvió a reírse.

–Fueron muy amables conmigo –siguió diciendo–. Incluso me prestaron un caballo. Un escudero me acompañó una parte del camino para poder volver con el caballo después. Sólo he hecho a pie el último tramo.

Se calló un momento.

–Eso es todo. Y ahora tienes que contarme tu viaje y lo que te ha dicho el rey Dagonaut –concluyó.

–Eso será más adelante –dijo Tiuri–. Antes vendrás conmigo a la ciudad. Allí conocerás a mis padres y a los caballeros de Dagonaut, e incluso al propio rey.

–Y después ¿qué?

–Ya veremos. Seguro que hay algo que podamos hacer.

Entonces Tiuri, con Piak a su lado y Ardanwen de las riendas, caminó lentamente hacia el este, hacia la ciudad de Dagonaut.

Título original: *De brief voor de koning*

Edición en formato digital: abril de 2011

© Tonke Dragt, 1962

© De la traducción, María Lerma, 2005

© Ediciones Siruela, S. A., 2005, 2006

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-761-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

CARTA AL REY	5
INTRODUCCIÓN LOS CABALLEROS DEL REY DAGONAUT	7
PRIMERA PARTE LA MISIÓN	11
1. La vigilia en la capilla	14
2. La petición de un desconocido	15
3. El camino a la posada	19
4. La posada Yikarvara	21
5. El Caballero Negro del Escudo Blanco	23
6. Los Caballeros Rojos	27
7. La huida	29
SEGUNDA PARTE EL VIAJE POR EL BOSQUE	33
1. De camino. El caballo negro	36
2. El Loco de la Cabaña del Bosque	40
3. Toque de trompetas. El anillo	47
4. Los ladrones	49
5. Los Caballeros Grises	52
6. Los monjes y el monasterio Marrón	57
TERCERA PARTE EL CASTILLO DE MISTRINAUT	65
1. El peregrino y los Caballeros Grises	68
2. Prisionero	77
3. El señor del castillo y su hija	81
4. La lucha con los Caballeros Grises	86
5. La reconciliación	91
6. El nombre del Caballero del Escudo Blanco	96
CUARTA PARTE BORDEANDO EL RÍO AZUL	104
1. Otra vez en camino	107
2. La posada La Puesta de Sol. La historia de Ewain	111
3. Lo que Ristridín contó del Caballero del Escudo Blanco	118
4. Los Caballeros Rojos	122
5. La despedida de los Caballeros Grises	130
QUINTA PARTE EN LAS MONTAÑAS	135
1. Un compañero de viaje	138

2. El ermitaño	144
3. La despedida de Jaro	152
4. Piak	157
5. Niebla y nieve	161
6. Vista del reino de Unauwen	168
7. Taki e Ilia. El descenso continúa	172
SEXTA PARTE AL ESTE DEL RÍO ARCO IRIS	177
1. Hacia Dangria con Ardoc	180
2. El alcalde de Dangria. La artimaña de Piak	187
3. La carta	190
4. La huida	194
5. En El Cisne Blanco	198
6. La liberación de Piak	205
7. El impuesto del río Arco Ir is	215
8. El paso del río Arco Ir is	221
9. El señor del pontazgo	227
SÉPTIMA PARTE AL OESTE DEL RÍO ARCO IRIS	239
1. El Bosque de Ingewel	242
2. Una noche angustiosa en las Colinas Lunares	245
3. Slupor	252
4. La ciudad de Unauwen. El mendigo de la puerta	265
5. El rey Unauwen	271
6. El caballero Iwain y Tirillo	275
7. Slupor por última vez	280
8. Espadas y anillos	284
9. Lo que anunció el rey Unauwen	288
OCTAVA PARTE DE VUELTA A LA CIUDAD DE DAGONAUT	294
1. De la ciudad de Unauwen a Dangria	297
2. De Dangria a Menaures	300
3. La despedida de Piak	305
4. El castillo de Mistrinaut	307
5. El bosque	311
6. El rey Dagonaut	315
7. Un Caballero de Escudo Blanco	319
8. Un reencuentro al amanecer	323

